TEORIA DE LA GEOGRAFIA

PRIMERA PARTE

publicaciones de oikos asociación para la promoción de los estudios territoriales y ambientales



P. H. RANDLE

ALGUNAS
PUBLICACIONES
DE OIKOS

P. H. Randle: **LA CIUDAD PAMPEANA.** (2ª ed.)

Federico A. Daus: **QUE ES LA GEOGRAFIA.** (6ª edición corregida y aumentada.)

Mario Fuschini Mejía: **LA SINGULARIDAD GEOGRAFICA GUAYRAENSE.** Energía y geopolítica. (Prefacio del Alte. Isaac F. Rojas.)

P. H. Randle: **EL METODO DE LA GEOGRAFIA.** Cuestiones epistemológicas.

F. A. Daus, R. Rey Balmaceda: **ISLAS MALVINAS.** Geografía - Bibliografía.

Raúl Rey Balmaceda: **LIMITES Y FRONTERAS LA REPUBLICA ARGENTINA.** (Epítome geográfico.) (Agotado.)

P. H. Randle: **LA GUERRA INCONCLUSA por el Atlántico Sur.**

Raúl Rey Balmaceda: **LA PROPUESTA VATICANA y el futuro oceánico argentino.**

Raúl Rey Balmaceda: **BUENOS AIRES UNA CAPITAL CUESTIONADA.**

Mario Fuschini Mejía: **CORPUS-ITAIPU: UNA SOLUCION ARMONICA.** (2 vol.)

G. De Marco, R. Rey Balmaceda, S. Sassone: **EXTRANJEROS EN LA ARGENTINA.** (En preparación.)

OBRA ESPECIAL

P. H. Randle: **ATLAS DEL DESARROLLO TERRITORIAL DE LA ARGENTINA** (con dos anexos: I Memoria. II Serie de estadísticas históricas).

TEORIA DE LA GEOGRAFIA
(PRIMERA PARTE)

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

G A E A
SOCIEDAD ARGENTINA DE ESTUDIOS GEOGRAFICOS

O I K O S
ASOCIACION PARA LA PROMOCION DE LOS ESTUDIOS TERRITORIALES Y AMBIENTALES

P. H. RANDLE
editor

TEORIA DE LA GEOGRAFIA

2ª edición

(PRIMERA PARTE)

BUENOS AIRES
1984

GAEA Sociedad Argentina de Estudios Geográficos expresa su reconocimiento muy especial a The Association of American Geographers por haber concedido el permiso para reproducir varias de las contribuciones que componen este volumen. Asimismo agradece al profesor A. Perpillou de la Universidad de París la cesión igualmente gratuita de los derechos correspondientes al trabajo de A. Demangeon. Otro tanto agradece al profesor M. Le Lannou de la Universidad de Lyon y al profesor Jean Gottman de la Universidad de Oxford por su generosa actitud.

Otros derechos han sido adquiridos de The Geographical Association, The Institute of British Geographers y Economic Geography, especialmente para esta edición.

Esta 2ª edición ha sido financiada conjuntamente por GAEA Sociedad Argentina de Estudios Geográficos y OIKOS Asociación para la Promoción de los Estudios Territoriales y Ambientales.

La revisión de este texto ha sido realizada por la Licenciada Analía S. Conte, por parte de OIKOS y por el Capitán de Navío (R.E.) Luis Tristán de Villalobos por parte de GAEA.

PLAN DE LA OBRA

Primera Parte

I. BASES CONCEPTUALES

P. Vidal de la Blache: *El principio de la geografía general.*
P. Vidal de la Blache: *Los caracteres distintivos de la geografía.*
A. Hettner: *La esencia y los problemas de la geografía.*

II. FUNDAMENTOS DE LA GEOGRAFIA HUMANA

A. Demangeon: *Una definición de la geografía humana.*
J. Gottmann: *El método de análisis en geografía humana.*
M. Le Lannou: *La vocación actual de la geografía humana.*

III. EL ELEMENTO REGIONAL

P. James: *Hacia una más profunda comprensión del concepto regional.*
R. Hartshorne: *El concepto de región como objeto unitario y concreto.*
E. Ackerman: *Investigación regional: conceptos y técnicas.*

IV. EL FACTOR TEMPORAL

C. Sauer: *Introducción a la geografía histórica.*
C. T. Smith: *Geografía histórica: tendencias actuales y perspectivas futuras.*
R. M. Newcomb: *Doce enfoques operativos sobre la geografía histórica.*

Segunda Parte

V. EL DETERMINISMO GEOGRAFICO

A. F. Martin: *La necesidad del determinismo.*
O. H. K. Spate: *Toynbee y Huntington: un estudio sobre determinismo.*
S. R. Eyre: *El determinismo y el enfoque ecológico de la geografía.*

VI. GEOGRAFIA COMO ECOLOGIA HUMANA

H. H. Barrows: *Geografía como Ecología Humana.*
L. F. Shnore: *Geografía y Ecología Humana.*
D. R. Stoddart: *La geografía y el enfoque ecológico.*

VII. PERCEPCION Y DESCRIPCION

J. K. Wright: *Terra incognitae: el sitio de la imaginación en geografía.*
D. Lowenthal: *Geografía, experiencia e imaginación: hacia una epistemología geográfica.*
H. C. Darby: *El problema de la descripción geográfica.*

VIII. CUESTIONES DE METODO

V. Kraft: *Metodología de la geografía: la geografía como ciencia.*
F. K. Schaeffer: *Excepcionalismo en geografía: un examen metodológico.*
W. Kirk: *Problemas de la geografía.*

IX. CONTRIBUCIONES ARGENTINAS A LA TEORIA DE LA GEOGRAFIA

H. Difrieri: *La noción de estructura y la geografía regional.*
R. Rey Balmaceda: *La geografía como forma de pensamiento.*
P. H. Randle: *Geografía: ¿espacio locacional o espacio ecológico?*
F. A. Daus: *De la geografía cuantitativa a la geografía del comportamiento.*

INTRODUCCION

La traducción y edición de estos trabajos en nuestra lengua, estoy seguro que tendrán consecuencias inexorables entre los geógrafos argentinos. De pronto se ponen al alcance de la mano en castellano, textos fundamentales que antes era necesario campear —y a veces eran inhallables— aparte de tener que leerlos en idioma extranjero, lo que reducía enormemente la difusión de los mismos. Unos pocos "iniciados" monopolizaban estos conocimientos haciéndose, voluntaria o involuntariamente, cómplices de la no-traducción. Una situación así, no sólo se dio entre nosotros sino en el mundo de los geógrafos anglosajones con relación a la producción alemana, concretamente en lo referente a un autor —Christaller— y a una obra fundamental —*Der Zentralen Orte in Süddentschland* (Jena, Fischer, 1941)— que durante casi veinte años careció de traducción al inglés y durante diez años más circuló muy restringidamente en una versión mimeografiada sólo al alcance de unos pocos privilegiados. Durante ese tiempo, Christaller fue un tabú que permitió que aquellos autores que tenían acceso a la fuente pudieran beneficiarse de su glosa como si se tratara de un trabajo original.

En nuestro caso, seguramente, la traducción y edición de esta obra obligará inexorablemente a que los profesores levanten el nivel de su formación si es que no quieren correr el riesgo de sentirse acosados por las embarazosas preguntas de sus alumnos. Se trata de un estricto "juego limpio" con consecuencias saludables para el futuro.

1. Comentarios a la selección

Uno está autorizado a pensar que si estas traducciones hubieran sido hechas y publicadas escalonadamente entre nosotros, en lo que va del siglo, seguramente la situación de la geografía argentina sería otra; no habría un abismo tan grande en relación a Europa y los Estados Unidos, no estaríamos tan aislados y hasta

podríamos hallarnos a la vanguardia, como acontece en otras ciencias. Nuestra ignorancia de lo que se hace afuera es tan grande que ni siquiera se hallan traducidos los trabajos más importantes realizados por geógrafos extranjeros de talento sobre nuestra realidad geográfica [1].

No se busque —como resulta lamentablemente frecuente— en el plan de esta obra de compilación un "programa completo", ni una fórmula perfecta para memorizar. La selección es fatalmente arbitraria; han gravitado en ella las preferencias del autor, el más fácil acceso a los textos originales (aunque fuera menester una estadía en una Universidad de Londres que me honrara con el título de "visiting scholar" en 1972 para poder trabajar con el apoyo necesario para hacer una tarea fluida y sin tropiezos materiales) e, incluso, la posibilidad de adquirir los derechos de autor respectivos lo que, en algunos casos, nos hizo tener que descartar de publicar, muy a nuestro desagrado, algunos trabajos que ya habíamos llegado a traducir.

De cualquier manera la actitud correcta frente a estos temas —algunos verdaderamente profundos e intrincados— no es la de ir en pos de respuestas positivas y aplicables directamente sino la de una aproximación desinteresada a los dominios de la especulación legítima. Tampoco los contenidos es posible deslindarlos aséptica o mecánicamente unos de otros; hay un complejo entrelazamiento de sujetos y de enfoques que exige ser estudiado en su propia naturaleza vital y que no permite ser disectado previamente.

Naturalmente, los espíritus simples, los mecanicistas, los nuevos bárbaros intelectuales que pretenden ver todo blanco sobre negro, o reducir todo a términos cuantificables, o descartar lo que no sea pasible de ser enunciado en forma de ley científica (como si la geografía no incluyese el factor humano y social que impide cualquier trasposición de fórmulas de las ciencias experimentales) quedarán defraudados. De pronto hallarán que la geografía no es un mero aparato científico-técnico sino que también es *una cultura,* una filosofía, un modo de pensar pleno de matices sutiles de no fácil asimilación y que todavía tiene pendientes muchos problemas sin resolver. Lo que vale de esta obra, más que la forma, de su plan que sólo pretende abarcar la temática más incursionada,

son los contenidos mismos. No sería la primera vez que algunas lecturas dispersas sean más provechosas que las que resultan de una rígida planificación que no se compadece con una realidad mental fluida y polifacética.

Otra contribución positiva que hará esta antología será la de facilitar la comprensión de la literatura geográfica actual ya que sin cumplir todos los pasos intermedios que han conducido a la actual coyuntura del pensamiento y de la metodología geográficas, los estudiantes suelen incurrir en una lamentable indigestión de textos sofisticados que no pueden ser cabalmente asimilados sin contar con el apoyo que dan los trabajos y las experiencias precedentes. No hay que olvidar que el culto de la novedad es muy tentador para quien se inicia en el estudio de una ciencia; inconcientemente promete llegar a la meta por el camino más corto sin caer en la cuenta de que las etapas intermedias —y hasta los puntos de partida— no pueden ser obviados sin poner en peligro la auténtica comprensión de las consecuencias. En geografía, difícilmente un descubrimiento vaya a modificar totalmente el conocimiento adquirido, ni hacerle perder vigencia. Todo el desarrollo de la metodología científica de la geografía —aún en estos últimos cincuenta revolucionarios años— se caracteriza por haber sumado y seguido avanzando en forma tal que difícilmente puede entenderse una etapa sin conocer las anteriores. Es más, como lo señala Hartshorne[2], *"En geografía, en Norteamérica como en Europa, se puede decir que hemos retornado, en cierto sentido, al punto de vista que era común a Humboldt y a Ritter"*. O lo que es lo mismo decir que existe un saber de valor permanente y que no está sujeto a los avances de las técnicas, ni a los descubrimientos de la ciencia experimental. Todo lo cual nada tiene de extraño desde que la geografía, como sabemos, está como a caballo de las ciencias naturales y de las ciencias sociales y todo lo que involucra al hombre, cuando apunta acertadamente a su naturaleza esencial, no está sujeto al "progreso científico" sino más bien a la "verdad filosófica". Por lo que igual que no se puede decir que Kant sea más *avanzado* que Aristóteles, tampoco sería apropiado afirmar que las ideas originales de Hartshorne son mejores que las de Ritter, pongamos por caso.

2. Geographia Perennis

Quien no comprenda esa calidad de permanente vigencia que tiene el pensamiento geográfico en sí mismo, pierde el tiempo asomándose a esta selección porque lo hará suponiendo que los autores más antiguos tienen menos relevancia que los más modernos y que el saber acumulado en geografía tiene el mismo valor que en física o en química, lo cual enteramente no es el caso. Porque si la geografía sistemática es verdad que está muy supeditada al avance de las ciencias naturales, otros enfoques metodológicos son pasibles de enriquecerse y profundizarse aplicando ideas muy antiguas y de valor permanente.

Al respecto podría todavía abundarse más. La complejidad de los problemas teóricos ha llegado a tal grado que es deseable, no tanto incrementarla con nuevos elementos, sino tratar de alcanzar una mayor claridad conceptual, un léxico más unívoco, una más sólida vinculación con los fundamentos filosóficos de la ciencia. Y todo esto se alcanzará sólo asentando el conocimiento en las nociones más fijas y menos mutables que se puedan hallar.

En rigor de verdad, en nuestro medio, todavía estamos en deuda con la geografía antigua y, por lo menos, con los padres del siglo XIX. Un Humboldt, un Ritter, un Mackinder, o un Ratzel, o una Semple debieran ser mejor conocidos y, en ese caso esta antología hubiese adquirido una mayor dimensión como podrá advertirlo el lector que esté medianamente familiarizado con aquellos autores. Sin abandonar el proyecto de elaborar otra antología que cubra ese período precedente de tanta importancia, pensamos que, aunque a contramano de la lógica, de hecho, la mayoría de nosotros ha llegado a interesarse genuinamente por los clásicos haciendo el camino inverso, o sea remontándose en el tiempo; partiendo de lo contingente actual para alcanzar lo trascendente en nuestros ancestros. Hace falta una cierta madurez para apreciar los clásicos.

El auténtico pensamiento geográfico, por eso, no es posible decir que envejezca. Participa de las mejores virtudes de la tradición humanista y en lugar de presentar un conflicto cada vez que se amplía el ámbito de los conocimientos —como suele ser el caso habitual de las ciencias experimentales— tiene como preparado un

marco de referencia que sin anquilosar el saber, por el contrario lo dinamiza sometiéndolo a innúmeras pruebas conceptuales. A propósito de esto resulta interesante haber comprobado cómo cuando a una persona culta se la enfrenta con un texto clásico de nuestra disciplina no puede dejar de reconocer el haber sido inducido previamente a error y vencer automáticamente todas las prevenciones que tenía, fueran éstas originadas en la idea falsa de que la geografía era una ciencia meramente inventariadora, o que se trataba de un saber de puro valor científico experimental y únicamente accesible a través de sus técnicas.

3. Factores que pueden dañar a la Geografía

Hay que aceptar el hecho de que el valor de la geografía como ciencia es algo que —aunque sin fundamento— se suele discutir, en nuestro país. Entre varias causas, hay dos importantes que colaboran para ignorar la relevancia de nuestra disciplina. Una proviene directamente de la mala pedagogía, especialmente a nivel secundario, sea por el deficiente enfoque que surge de los programas, sea por la falta de *pathos* atribuible a los profesores. En cualquiera de los dos casos las consecuencias son gravísimas porque la idea que se llevan los jóvenes a su vida adulta es la de una materia enciclopédica, superflua considerando la extensión del conocimiento impartido y que no se compagina —como debiera— con el resto de sus conocimientos. Esta enseñanza meramente enumerativa, enseñada y aprendida de memoria, sin problemática palpitante, sin realidad concreta, libresca y superficial, naturalmente no deja una semilla fértil como lo hace la química o la filosofía en quien se siente atraído a ellas porque aparentemente pretende mostrar todo lo que hay, en lugar de dejar envuelto en el misterio todo el caudal de saber posterior que es posible adquirir como hacen otras disciplinas.

No hay que olvidar que entre los adultos que retienen esta imagen tan poco favorable de una geografía mal concebida, y peor enseñada, habrá muchos científicos de otras disciplinas que, acaso nunca más, descubrirán las potencialidades del saber geográfico y hasta perderán la oportunidad de establecer fecundas relaciones

entre su departamento cognoscitivo y el nuestro. Y lo que es más grave todavía, que generaciones enteras salgan de los colegios secundarios sin sentido del espacio, del entorno, de las fronteras, de los recursos y, sobre todo, de la problemática que se deriva de la interrelación de estos fenómenos que clama por un tratamiento específico que no le podrá suministrar ni el economista, ni el geólogo, ni el político.

La segunda causa de este estado de cosas la hallamos en el auge que tienen los medios de expresión gráfica contemporánea que si bien hacen una contribución valiosa cuando son empleados específicamente, pueden inducir a error cuando se los maneja desaprensivamente y sin la debida seriedad. Cine, fotografías en color, mapas ricamente ilustrados, etc., lo que se llama *una geografía de divulgación,* es acaso más el daño que ocasiona que el beneficio que produce. Hay una conocida revista de este género publicada en los Estados Unidos, pero con lectores en todo el mundo, y que tira muchos millones de ejemplares cada mes, que no sólo excluye deliberadamente todo tratamiento sistemático de los temas de sus artículos sino que estos son escogidos cada vez dentro de un menor rigor científico. De allí que justificadamente quien encuentra en uno de los últimos números una nota dedicada a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (sin la menor referencia geográfica, sin una fotografía del *Map Room* o lo que contiene en materia de geografía) o retratos de escritores (como fue el caso de una nota referente a la Argentina publicada no hace mucho) tendrán toda la razón del mundo para deducir que la geografía *—esa geografía* que ellos creen que es la verdadera o la única— no tiene seriedad alguna. Bien que la revista de marras defina su tema como "viajes, historia natural y expediciones", su nombre, tan difundido, y su intención inequívoca invocan explícitamente a la geografía, una ciencia a la que, de esta manera, no favorecen realmente.

4. Revalorización de la Geografía como ciencia

Frente a quienes dejados llevar por estas dos causas —enumeradas y circunscriptas a su exacta dimensión— han llegado a poner en duda el valor de la geografía como ciencia en nuestro país,

esta antología constituye, así en un solo volumen, un alegato compacto e ilevantable. Sólo una supina ignorancia de lo que constituye la médula del pensamiento geográfico puede haber inducido a formular tan poco serias apreciaciones. Y aunque verdad es que, entre nosotros, no se ha cultivado el género de la teoría y metodología geográfica todo lo que se debiera, jamás podría inferirse, legítimamente, que por ello carece de jerarquía científica.

La calidad, la altura, el rigor, la profundidad y la riqueza conceptual que exhiben estos trabajos —unos más que otros, naturalmente— es elocuente testimonio de que la geografía posee una problemática extraordinariamente variada, con matices que van desde la más elevada especulación filosófica hasta las comprobaciones más concretas de la realidad material de nuestro entorno cotidiano. La dimensión científica de la geografía abarca, de este modo, un repertorio harto surtido de temas teóricos. En ellos aparecen patentes las famosas dicotomías del pensamiento geográfico que alguna vez puedan haber sido causa de esterilidad argumental, bien encaradas han servido de motor impulsor de enfoques más ajustados y adecuados. Geografía física o humana, monista o dualista, trabajo de campo o de gabinete, estrictamente contemporánea o histórica, pura o aplicada, cualitativa o cuantitativa, idiográfica o nomotética, determinista o posibilista, locacional o ecológica, académica o profesional, sistemática o regional, descriptiva o explicativa. Suprimamos los "o" que crean y endurecen artificialmente alternativas falsas y podremos divisar un panorama fecundo en contenidos y en conceptualizaciones.

¿Qué otra ciencia, excluidas tal vez la Economía y la Sociología (aunque sin alcanzar un rigor equivalente esta última), podría exhibir un bagaje equivalente en punto a una temática teórica tan variada como amplia? Pero, lamentablemente, esto no lo sospechan quienes no se han introducido suficientemente al campo de la geografía y no han extendido sus conocimientos incorporando el acervo científico de escuelas norteamericanas y especialmente europeas, acaso particularmente la alemana.

Respecto de esto más de un lector preguntará el porqué de una selección en la que entre los extranjeros privan los autores anglosajones ya que más de la mitad son de esa procedencia, aun-

que surtidos: ingleses y estadounidenses por mitades y dos australianos y en cambio hay sólo cinco franceses y dos alemanes[3]. Las razones a alegar son varias. Por un lado las de forma: como que son los anglosajones quienes se caracterizan por cultivar más y mejor el género del artículo más o menos breve, lo que ellos llaman "paper" y que se adapta más a este tipo de selección. Por otra parte, el editor debe confesar avergonzado su ignorancia casi total de la lengua alemana, lo que sólo le permitió detectar dos capítulos de autores alemanes con la entera seguridad de que iban a ser pertinentes. Desde el punto de vista de los contenidos hay que decir que el enfoque más ajustado a este tipo de temática, recientemente ha contado con un mayor entusiasmo de parte de académicos provenientes de universidades inglesas y estadounidenses. Podría decirse, incluso, que el tradicional enfoque alemán, ha resurgido vivificado de esta adaptación y enriquecimiento por parte de los anglosajones que, como en un diálogo permanente, siguen haciendo importantes contribuciones dentro de los temas que hemos seleccionado así como en muchos otros que por razones de espacio tuvimos que dejar de lado.

5. Cuestiones de terminología

Las dificultades que hubo que vencer para poder concretar esta idea fueron de la más variada suerte, desde las de tipo material hasta las de lenguaje. No hay que olvidar que entre nosotros hay muchos conceptos que aunque no son desconocidos por un cierto número de especialistas no han sido traducidos, ni empleados, ni discutidos lo suficientemente como para existir el hábito a su uso. Asumir la responsabilidad de introducir a una lengua una serie de conceptos nuevos, complejos y discutibles por su falta de asentamiento cultural no es poca audacia. Más de algún lector quedará insatisfecho en esos casos en que frente a dos o tres alternativas, a nuestro entender equiparables, hemos optado por una en detrimento de otras.

La palabra *environment,* tan presente en este tipo de literatura científica, en general hemos preferido traducirla como entorno en lugar de ambiente, o ambiente humano como parecen inclinados

a hacerlo los traductores profesionales de las organizaciones internacionales que por falta de un mayor intercambio efectivo científico en esta materia entre los países de lengua castellana y anglosajona han tomado sobre sus hombros una carga que realmente les excede. Ambiente es un concepto un tanto vago, demasiado empleado para todo propósito en castellano como para elegirlo para designar un concepto mucho más preciso como es el de *environment*. De allí que prefiramos apelar a una palabra un tanto olvidada de nuestra lengua aunque no poco castiza como es la de entorno con la idea de inyectarle este nuevo enfoque sin peligro de que se confunda con otros matices análogos.

En algunos casos, es cierto, hemos utilizado el viejo término de medio. Lo hemos hecho así toda vez que se hacía referencia al concepto genérico, como en el caso del tema del determinismo, o de la geografía humana. Pero en general, estimamos que la palabra medio, acaso por tener una acepción diversa, no se adecua exitosamente en todos los casos; especialmente cuando se quiere designarlo superando la dicotomía: medio físico-medio humano. Entorno, de por sí da la idea acertada de que se trata de algo que no admite esa falsa dicotomía. Pero, en cualquier caso, todo esto es materia opinable y sólo pretendemos dejar aclarados nuestros mejores propósitos.

En algunos casos, la política seguida ha sido la de conservar una traducción relativamente literal como en el caso de conceptos que no son usuales entre nosotros tales como el de *social scientist*, tan común en los Estados Unidos. Es imposible pretender hacer una traducción más acertada de algo que se comienza por no conocer. Y aunque admitamos el riesgo de que en algunos casos podamos incurrir en barbarismos, no está de más dejar un margen libre para reflexionar si efectivamente ese no es el caso igualmente en el idioma original...

6. Otras cuestiones accesorias

Con relación a la abundancia de citas en la mayoría de los trabajos presentados pueden hacerse algunas consideraciones tanto de forma como de fondo. En general hemos preferido dejar in-

tacta la modalidad de citas de cada autor bien que por motivos prácticos hemos unificado el criterio de agruparlas al final de cada artículo respectivamente. Las notas del traductor que nos pertenecen en todos los casos han quedado intercaladas entre las referencias originales de cada trabajo esperando no ocasionar confusión alguna al lector.

Esa abundancia de citas, a nuestro entender, es una prueba elocuente de la riqueza del pensamiento geográfico desplegado en los trabajos e implícito en la cultura de los autores. Tómese un artículo como el de David Lowenthal y podrá disponerse, conjuntamente con una contribución original y persuasiva, de una valiosa y selectiva bibliografía comentada sobre cada uno de los temas y subtemas que considera el trabajo. Analícese la dispar proveniencia de algunas de estas referencias bibliográficas y se advertirá que la interdisciplina, en casos como éste, deja de ser una mera aspiración para convertirse en palpable realidad. Otro tanto podría decirse del trabajo seleccionado de H. C. Darby que incorpora con la mayor pertinencia y naturalidad para la jurisdicción de la geografía, los más inesperados autores y las más insólitas citas. Lowenthal exhibe en su caso una erudición científica extraordinaria. Darby, una buena base humanística consolidada, sin duda, en sus largos años en Cambridge, integrando una auténtica comunidad académica. En ambos casos, los dos ejemplos ilustran las potencialidades generalmente no aprovechadas suficientemente del pensamiento geográfico que en lugar de crear una falsa oposición entre las ciencias naturales y las humanas logran una armoniosa simbiosis creadora.

Algún lector inficionado de chauvinismo dirá que se trata de un libro "extranjerizante". En el segundo volumen de esta obra hemos tratado de dejar sentada la presencia de algunas colaboraciones por autores argentinos. Lamentablemente, no podemos incluir más por la sencilla razón de que no existen otros trabajos sobre problemas teóricos de la geografía. En todo caso, a este presunto lector —que nunca falta— podríamos invitarle a reflexionar concediéndole que si es verdad que a veces la intención de aprovechar la experiencia ajena fracasa porque no se adecua a las condiciones peculiares del propio medio, no po-

dría suceder así en esta circunstancia. Todos los conceptos e ideas manejados en estos trabajos son deliberadamente generales y, por tanto, no sujetos a ninguna clase de barrera, ni fronteras. Se trata de conceptos y valores que son moneda corriente en el mundo occidental ya que en ningún momento nos hemos arrogado cubrir alguna otra área cultural como la soviética, pongamos por caso, dentro de la cual —es sabido— las palabras tienen frecuentemente sentidos muy diversos que en nuestro mundo.

Algún otro lector argüirá que podríamos haber incluido sólo trabajos recientes, o sea, presentar algo que, además, fuera novedad. Al respecto respondemos que, para bien o para mal, entre nosotros siguen siendo "novedad" algunos textos que tienen treinta o más años y, de cualquier modo el criterio seguido ha sido el de, en cada instancia temática, incluir lo más clásico y lo más vital que se haya escrito. Por ejemplo, al tratar de la geografía como ecología humana no habríamos podido omitir el trabajo de Barrows, bien que tenga más de medio siglo, ni hacer lo mismo con Sauer considerando el factor temporal en geografía. En otros casos, independientemente de consideraciones cronológicas, hemos optado por seleccionar trabajos como el de H. C. Darby que debe ser uno de los pocos —y sin duda el mejor— que ha tratado el problema de la descripción en geografía. Finalmente, digamos que pese a haber considerado posible incluir algunos trabajos muy recientes y muy interesantes por su originalidad, a último momento los hemos desechado porque al no ser suficientemente generales y teóricos dentro de la temática desequilibraban el terceto que, a priori, habíamos programado para cada tópico, a efectos de componer un conjunto más o menos armonioso, sin demasiado peso a favor de un tema especial.

I

Los trabajos que componen el primer capítulo de esta selección abarcan la problemática fundamental de la geografía a partir de algunos artículos básicos, conceptual y cronológicamente hablando. Así pues los dos artículos de Paul Vidal de la Blache (1845-1918),

creador de la escuela francesa de geografía humana, son de carácter fundamental, destinados ambos a definir mejor el ámbito de estudio de la geografía que tanto a fines del siglo pasado —como es la data del primer trabajo— como diez y siete años después —fecha del segundo—, todavía merecía las tan acertadas precisiones de Vidal.

Ambos artículos fueron publicados en los "Annales de Géographie" que él mismo fundara en 1891 y dirigiera hasta su muerte a los setenta y tres años en plena actividad. El primero de ellos trata del principio general de la geografía y está destinado a que el lector de hoy encuentre el fundamento de porqué la geografía es una ciencia interdisciplinaria *per se*. La novedad, en tiempos de escribirse estas páginas, radicaba seguramente en que al afirmar la *unidad de la Tierra* Vidal la consideraba asimismo un organismo vivo; y aunque en su descargo asegura que no se trata de una idea nueva y que los griegos ya la conocían, no hay duda que es a partir de su obra que el proceso de desarrollo y perfeccionamiento de ese principio adquiere un nuevo y decisivo ritmo.

Es obvio que de no seguirse esta orientación —como sucede con algunos geógrafos no tan brillantes— la geografía se pierde en el detalle, la pura descripción erudita y los rodeos sin distinciones entre lo principal y lo accesorio. Es la evolución de la geografía como ciencia la que, no obstante, perfecciona la observación y sus técnicas de análisis. El proceso de ensanchamiento del dominio material de la geografía —o sea el progresivo descubrimiento de toda la superficie terrestre— está en cierta manera correlacionado con la ampliación de su campo de estudio y la profundización de los fenómenos.

Vidal nos recuerda que Varenius se adelantó en cierta forma a la división de la geografía en sistemática y regional pero que no por esa causa existe oposición alguna entre ellas desde que *la relación entre las leyes generales y las descripciones particulares, de las que son la aplicación, constituye la unidad íntima de la geografía.*

En suma, en este artículo Vidal se refiere a todos los principios que otorgan unidad a la geografía como ciencia y a cómo el progreso de las ciencias naturales particulares confirman la unidad de la geografía. Para ello retrocede nutriendo su pensamiento

en el de los dos pilares de la escuela geográfica alemana: en Ritter y en Humboldt, en la inspiración histórica del primero (que abriría el primer rumbo hacia la geografía humana) y en la pasión científica del segundo, perfecta síntesis que se hallaría simbolizada en la reiteradamente usada fórmula de Ritter: *Natur und Geschichte*. O sea que nada se entendería de lo geográfico si no es dentro de ese contexto de totalidad, de conjunto, que es entonces el primer principio de la geografía misma.

* * *

En el segundo trabajo de Vidal se advierte de entrada su preocupación por aclarar dudas y contradicciones que se suscitan en torno a la idea de geografía y que provendrían de distintos motivos. Aunque han transcurrido muchos años desde que estas páginas fueron escritas, hay que confesar que aún hoy es necesario aventar los mismos riesgos. En primer lugar, ocurre que se suele confundir el dominio material de la ciencia geográfica (común con otras disciplinas) con el campo de estudio (que le es propio); por otra parte no siempre está bien en claro cual es el nivel de integración teórica de todos los conocimientos acumulados por la investigación geográfica y, finalmente, es necesario demostrar que no existen compartimientos estancos en el saber sino vastas zonas de claroscuro que exigen, una y otra vez, nuestra cuidadosa reflexión para discriminar mejor los inevitables solapamientos que se producen cada vez que una disciplina hace un avance.

Para Vidal, la mejor manera de combatir la confusión es establecer lo más taxativamente posible lo que es auténticamente distintivo de la geografía como ciencia y, en todo caso, a partir de esto, estudiar los aspectos interdisciplinarios. Las características fundamentales, entonces, serían seis a saber: 1) *la unidad terrestre* según la cual la visión de conjunto analizada en el artículo anterior preside toda otra caracterización; 2) *la combinación de fenómenos* o la extrema complejidad en que este proceso tiene lugar; 3) *las superficies* o las áreas y regiones que son a la vez el plano donde se verifican los fenómenos netamente geográficos y los espacios que limitan los estudios concretos; 4) *la fuerza del medio y la adaptación*, donde se enfatiza la interdependencia de los elemen-

tos que concluye por dar lugar a la noción de adaptación; 5) *el método descriptivo* que es reivindicado como primordial aunque no excluyente de la explicación, y 6) *la geografía y la historia* donde se reitera la indisoluble relación mutua entre una y otra desde que, directa o indirectamente, el hombre está presente en la Tierra en todo momento y lugar.

Después de haber oscilado entre la geología y la historia, Vidal percibe que el concepto de geografía se ha ido perfeccionando. En cuanto a su relación con esta última distingue: "la geografía es la ciencia de los lugares y no de los hombres" y se interesa en la historia en tanto éstos alteran a aquéllos.

Sin habérnoslo propuesto deliberadamente, una vez compuesta esta selección hallamos una notable correspondencia entre estas características fundamentales enunciadas por Vidal y el plan de esta obra. En efecto, 1) *la unidad terrestre* puede considerarse tratada en I. - BASES CONCEPTUALES; 2) *la combinación de fenómenos* pareciera estar presente en VI. - GEOGRAFÍA COMO ECOLOGÍA HUMANA; 3) *las superficies* etc., estarían contempladas en III. - EL FACTOR REGIONAL; 4) *la fuerza del medio y la adaptación* estaría tratada, al menos en su aspecto más polémico, en V. - EL DETERMINISMO GEOGRÁFICO; 5) *el método descriptivo* está obviamente presente en VII. - PERCEPCIÓN Y DESCRIPCIÓN y 6) *la geografía y la historia* están consideradas en IV. - EL FACTOR TEMPORAL.

Ni aún habiéndonos decidido a buscar una coincidencia en esta programación habríamos imaginado alcanzarla con tanta precisión como la que casualmente logramos y vinimos a descubrir a posteriori. Todo indica, sin duda alguna, el valor rector del pensamiento de Vidal de la Blache, así como es la prueba de la influencia que ha dejado en nosotros particularmente, la escuela francesa que él fundara. De cualquier manera nos congratulamos de esta feliz *casualidad* pues encuadra, con mayor objetividad que lo que creíamos, esta antología.

* * *

Complementando el rico y variado aporte de Vidal de la Blache al establecimiento de unas sólidas bases conceptuales para la geografía, hemos creído interesante incorporar simultáneamente

algunas páginas de Alfred Hettner, el célebre geógrafo alemán, que renovase esta ciencia a principios de siglo en su país y que culminase su obra al publicar en 1927, *Die Geographie. Ihre Geschichte, ihr Wesen un ihre Methoden* de la cual hemos extraído unas pocas páginas, bien que suficientemente elocuentes como para dar cuenta de su talento.

Hettner se entronca en la tradición geográfica alemana que arranca con Kant, a quien glosa repetidamente y vuelve a colocar sobre el tapete, no ya como filósofo idealista sino como profesor de geografía que lo fue durante cuarenta años en la Universidad de Königsberg desde 1756 hasta su retiro en 1797. Ya veremos más adelante que no ha faltado quien sostenga que esta raíz espiritual de la geografía alemana no es la única, ni merece exclusividad, contraponiendo el enfoque de Humboldt al de Ritter que fue, por así decir, el maestro intermedio entre Hettner y Kant. La corriente kantiana podríamos decir que cruza el Atlántico y llega a nuestros días especialmente incluida en la famosa obra de Richard Hartshorne: *The Nature of Geography* y su complemento *Perspective on the Nature Geography* publicada en 1959[4].

Los detractores de esta escuela, algunos de los cuales como Schaeffer hemos incluido en esta antología, y la mayoría de los cultores de la geografía cuantitativa como señera de una supuesta "nueva" geografía, suelen simplificar en demasía el pensamiento de Hettner, tanto como el de Hartshorne. Es por tanto beneficioso retornar a la lectura de estos antecedentes para comprender que, con frecuencia se ha esquematizado singularmente más de un concepto omitiéndose las referencias hechas en otro lugar que vienen a morigerar la aparente intransigencia de algunas afirmaciones. Todo lo cual no importa reconocer que el debate siempre es beneficioso y lícito y que de él, finalmente, cada uno —a condición que lo profundice— puede sacar conclusiones no carentes de cierto valor universal.

Cuando Hettner escribe su obra, reflexiona acerca del indudable hecho de que los geógrafos y la geografía, han pasado ya la época de la mera curiosidad, de la aventura, del espíritu exclusivamente explorador, para adentrarse en la preocupación por conceptualizar los conocimientos incorporados a la ciencia. Esto no

impide, sin embargo, que en ese tiempo —como en todos— no falten los detractores de la inteligencia que consideran inútiles las reflexiones metódicas que sean posible hacer acerca de las tareas y de los límites de las ciencias tomadas individualmente. Muchos de quienes así piensan suelen aferrarse, por su parte, a conceptos verdaderamente chauvinistas respecto de las jurisdicciones de su disciplina, incluso de su especialidad. Pero ¿cómo adoptar esas posiciones sin conocer lo que hay *del otro lado* de cada frontera? Por lo demás, cada problema exige métodos diversos y cada metodología básica exige una definición teórica como necesario marco conceptual. Sin una base epistemológica relativamente sólida es preferible abstenerse de hacer juicios acerca de la jurisdicción de una disciplina por muy ducho que uno se crea en su manejo. De donde, como asegura Hettner, no sólo la Filosofía de la Ciencia está interesada en esta problemática sino que la ciencia misma, cada ciencia en particular, no podría desinteresarse de su importancia.

Reflexiones de este tipo llevan a Hettner a plantearse nada menos que la necesidad de definir la esencia de la geografía, para lo cual caracteriza una época anterior a la suya —la de Karl Ritter, el contemporáneo de Humboldt— en la que predominaba el enfoque *unilateral, antropocéntrico y teleológico* y la subsiguiente —la de Von Richthofen (coincidente con el norteamericano Davis)— durante la cual el hombre queda excluido en beneficio de la geología y la consideración de la Tierra exclusivamente desde el punto de vista natural, como si se pudiera hacer una simple división entre los reinos.

Antes de sumergirse en las profundidades del tema, Hettner hace una acotación que no podríamos dejar de destacar por lo inesperada que resulta en los tiempos que corren. En efecto, afirma que *al revés de lo que comúnmente se piensa, el criterio decisivo no es la investigación sino la enseñanza; no el método, sino el contenido del conocimiento*. Lamentablemente no se explaya sobre este juicio pero, para quienes conocemos de cerca la *beatería* de la investigación y el abuso de las *metodologías* en que ha caído la ciencia contemporánea, resulta una aseveración refrescante y llena de sugestión. Sin duda alguna la investigación ensimismada y

ensimismante, sin un sentido siquiera remotamente docente, anula toda dimensión de universalidad en el científico y no le deja tiempo para la especulación creadora, cosa que la enseñanza —a condición de que no sea repetitiva y mecánica— brinda la oportunidad de provocar (aunque a veces los frutos, lejos de ser recogidos sistemáticamente, queden dispersos y finalmente se pierdan). En cuanto a la anteposición del método, por encima de los contenidos, no hace falta argumentar mayormente ya que es una característica de nuestro tiempo la de perderse en las complejidades de los medios al punto de perderse de vista los fines... algo que puede comprobarse ocurriendo en los dominios del análisis locacional y otras sofisticadas orientaciones de la geografía actual.

Entre los muy valiosos aportes de Hettner hacia una definición de lo esencial en geografía está el completamiento del pensamiento de Kant sobre la importancia del factor espacial ya que, lejos de dejarlo dentro de los simples límites de la abstracción, lo concreta. Para Hettner lo que diferencia, entre otras cosas, a la geografía de las ciencias experimentales (o sistemáticas como las llama) es que éstas dejan de lado la circunstancia espacio-temporal en que transcurren los fenómenos mientras que la geografía le otorga una importancia primordial. Pero esa dimensión espacial no es vaga, ni imprecisa, pues se trata, concretamente de la escala corológica que considera propia y distintiva de la geografía. La aclaración es precisa pues el espacio no deja de estar presente en la física atómica, ni en la astronomía, pero, por no ser de una escala tan esencial para el hombre no ocupa un lugar de importancia como en el caso de la geografía.

Hettner no pierde la ocasión de enfatizar la importancia de la noción corológica. Frente a la dicotomía que exhibe el enfoque de Ptolomeo —más locacional— y Estrabón —más ecológico— insiste en que ambos, sin embargo, coinciden en situarse netamente al nivel de la escala corológica, escala que sería la propia y esencial de la geografía; ni el *topos*, ni el *geos*, como afirmará Preston James en su trabajo sobre el concepto regional. La geografía corológica, según Hettner no es un mero medio sino un fin. En ese sentido cabría advertir aquí acerca de la diferencia que existe entre lo que hoy se llama *análisis regional* y esta visión sintética y fina-

lista de la geografía regional que es algo distintivo, sin ninguna duda, de nuestra disciplina. Parafraseando un conocido juicio de Vidal de la Blache podríamos decir que se trata de *volver a estudiar junto lo que la Naturaleza efectivamente trae junto* y no hacerlo separadamente como lo hace la ciencia sistemática, bien que no pueda obviarse ese paso.

Otra diferencia entre la geografía y las ciencias experimentales es la importancia capital que le da al lugar donde acontecen los fenómenos y a la interrelación de éstos con aquél. De tal modo, para la geografía, los hechos no son independientes del lugar en que acontecen y las interrelaciones entre fenómenos están determinadas por su posición relativa (aquí surge la clásica distinción entre *situación* y *posición*, ambas características de la geografía y no relevantes en otras ciencias). De allí que la geografía no pueda asimilarse, sin más, a una *ciencia de la Tierra* pues su meta no se agota con poner en conexión los tres reinos de la Naturaleza, ni siquiera en enfocarlos *espacialmente* sino en atender a las diferencias locales, en considerarlos corológicamente. Por eso Hettner remata su pensamiento afirmando que ni siquiera los problemas de la distribución constituyen la nota peculiar de la geografía, ni lo primero que debe interesar sino las cosas en sí, en su relación ambiental. Por ello cabría hablar más de la importancia de los *contenidos espaciales* que de la distribución.

Estos son algunos de los temas que trata y que sugiere Hettner en el breve texto que presentamos. En él, en forma abigarrada, se pasa revista a una multiplicidad de aspectos de la geografía, lo que hace recomendable —y no sólo al geógrafo novel— volver sobre esas páginas después de haber terminado toda la lectura de este libro. Así se podrá juzgar el carácter señero de la obra de Hettner y la influencia decisiva que tuvo en el pensamiento geográfico de, por lo menos, la primera mitad de este siglo.

Pese a la densidad de su pensamiento, pese a su claridad expositiva, Hettner atestigua haber pasado por las mismas experiencias a las que hoy nos vemos expuestos todos los que estamos ligados académica, profesional o intelectualmente a la geografía. En efecto, refiere que una de las dificultades prácticas que tiene nuestra ciencia —*prácticas*, repetimos y no teóricas— es la de que no

es factible encuadrarla enteramente ni entre las ciencias de la Naturaleza, ni entre (las que él llama) ciencias del espíritu —Geisteswissenschaften— sino en ambas al mismo tiempo. Y ese problema cotidiano que todavía sufrimos nosotros (y que a veces atribuimos al subdesarrolo académico de nuestra Universidad) Hettner mismo lo experimenta refiriendo que la geografía no es considerada como pertinente en las Facultades de Ciencias Naturales, ni tampoco las facultades de Filosofía la consideran como algo propio, convirtiéndose así en una especie de cenicienta (sic) de las disciplinas universitarias.

La verdad es que, los cincuenta años que nos separan de la obra comentada de Hettner no han pasado en vano. Aunque la geografía como ciencia siga padeciendo ese desconocimiento injusto. los temas que descubre, presenta y estudia la geografía, han pasado a ocupar los primeros puestos de la atención mundial. Verdad es que en todos los casos, re-aparecen disfrazados con otros nombres y encarados como si nadie antes se hubiese ocupado de ellos. Así hoy se nos habla de los problemas de la Biosfera, del Hombre y su medio, de la Contaminación Ambiental, del Habitat o de los Asentamientos Humanos, con terminología atractiva pero que, no obstante, no agrega un palmo de sustancia al enfoque tradicional de la geografía o del urbanismo que vienen estudiando estos temas con las dificultades que se le oponen a una verdadera cenicienta: bajos presupuestos, prioridades postergadas, oídos sordos a sus recomendaciones. Basta que una organización internacional lance algún *slogan* referente a alguno de estos temas para que la opinión, convenientemente adocenada por los medios masivos de comunicación, vuelque su atención y sus energías sobre los mismos. Pero la geografía y los geógrafos que se anticiparon en decenas de años (y a veces siglos como es el caso de George Perkins Marsh cuando estudió el medio geográfico en tanto modificado por la acción del hombre a mediados del siglo pasado) siguen siendo los pioneros injustamente olvidados. Las burocracias internacionales, la novelería superficial que seduce a los medios de información y la complicidad de científicos sistemáticos que pretenden negar el valor de la geografía como ciencia siguen haciendo su obra. Claro que es en vano tratar de convencerlos cuando se obstinan en ignorar, por

ejemplo, la obra de un Hettner y el valor de toda la geografía teórica que enmarca las investigaciones prácticas y aplicadas, de forma que aquí, a diferencia de muchas ciencias meramente experimentales, no sólo interesan las causas sino las finalidades. De allí que, a diferencia de muchas disciplinas cuyos extraordinarios descubrimientos han podido volverse fácilmente contra el Hombre y contra la Sociedad, todos los aportes de la geografía han sido positivos, humanitarios y con tendencia a la integración, a la universalidad del conocimiento que es la meta superior del hombre y la que lo resguarda de los excesos del especialismo salvaje, de la visión parcializada de la realidad, de los apetitos utópicos de dominación y simplificación social.

Este primer Capítulo sobre las bases conceptuales de la geografía es necesariamente incompleto —como, por lo demás, la Antología toda— pero en la medida que intenta dar un pantallazo sobre temas generales queda cumplido el objetivo. Nadie podría discutir la autoridad magistral de Vidal de la Blache, ni la de Hettner; cada uno en su medio ha hecho un aporte considerable en la renovación del pensamiento geográfico y en calidad de eso es que los hemos puesto, como dos centinelas, en la portada del siglo XX.

II

La introducción sistemática del factor humano en la geografía no hizo sino legitimar un hecho preexistente dándole status, al tiempo que exigiéndole rigor científico. En efecto, la geografía antigua, particularmente la de Estrabón, así como los enfoques geográficos de los cronistas primitivos no hacían diferencia neta entre la descripción del hombre y la de su medio. Procedían con una naturalidad un tanto ingenua que vino a quebrarse con la incorporación de los primeros presupuestos cientificistas del siglo XVIII, tan proclives a la pedantería y la rigidez. El congelamiento de la geografía física como único enfoque pretendidamente científico fue apenas una muestra más de la inmadurez en que se hallaba la geografía parejamente con otras ciencias. En poco tiempo se había recorrido un

trecho de conocimientos enorme; no había habido tiempo para digerir tantas nuevas nociones ni, menos aún, tantos nuevos conceptos derivados de las mismas.

Según nos lo recuerda Demangeon en el primer trabajo seleccionado para este capítulo, fue durante ese mismo siglo XVIII (tan dado a los excesos racionalistas) que mientras los ideólogos omitían la pertinencia del factor humano en la geografía, tanto Humboldt —explorador— como Ritter —profesor— llegaban a la conclusión opuesta. En verdad había llegado la hora de incorporar, de una manera sistemática y explicativa, el conocimiento de las costumbres de los hombres en relación con el medio en que habitan yendo más allá de la mera descripción, confusa e hipotética, en que lo habían hecho los antiguos.

No vamos ni a insinuar siquiera la trascendencia que tuvo la adopción del enfoque antropocéntrico en la geografía ya que ello involucraría pasar revista a todo el devenir de esta disciplina. Tampoco entraremos a hacer deslindes tales como puntualizar los excesos en que alguna vez pudo haberse caído. Preferimos concretarnos a dar algunos testimonios valederos e ilustrativos sobre los fundamentos en que se basa el enfoque antropogeográfico francés que es el que más consecuencia ha hallado entre nosotros por obvias afinidades culturales. Sin duda alguna sería más justo hacer otro tanto con el enfoque alemán, especialmente representado por Ratzel pero, otra vez, razones de orden práctico y la necesaria concentración de esta obra lo han impedido.

Por lo demás, en lugar de referirnos nuevamente a Vidal de la Blache que es sin duda el padre de la geografía humana francesa, hemos optado por citar a algunos de sus más brillantes discípulos, sean estos directos o indirectos. Más allá del método comparativo de Vidal y de Bruhnes —otro *grande* en esta materia— los geógrafos elegidos se sitúan ya en la etapa más evolucionada de la generalización.

También Demangeon, en las páginas que aquí presentamos, encara directamente el problema de definir la esencia de la geografía humana. Analizando lo que se ha hecho hasta entonces en esta disciplina (*geografía es lo que hacen los geógrafos,* gustan definir los ingleses poco adeptos á filosofar más allá de lo que consideran prác-

tico) Demangeon estudia cuáles tendencias son comunes a todos los enfoques y cuál es el sustrato común que facilitaría una definición de geografía humana asequible a todos. Por ese camino llega pronto a resolver que si bien originariamente se trata de estudiar las costumbres de los hombres en relación al medio, no es el caso de considerar al hombre como ser individual, ni a cualquier clase de relaciones sino estrictamente a las geográficas. Así pues arriba a una precisión mayor cuando enuncia que, en definitiva, consiste en la interacción que se produce entre los agrupamientos humanos (aclaremos que no usa la expresión, cara a los geógrafos franceses, de *agglomérations humaines*) y el medio geográfico.

En cuanto a los problemas principales que Demangeon advierte en torno a la geografía humana detecta cuatro principales, de los que derivarían los demás, a saber: 1) la valoración de los recursos naturales por el hombre y todo lo que ello trae aparejado, 2) la evolución que se ha cumplido en punto a la explotación de dichos recursos, 3) la distribución de la población habida cuenta de la existencia de determinadas condiciones naturales y 4) los modos de ocupación del territorio.

La mente de Demangeon es cartesiana a más no poder. Uno puede disentir con sus opiniones; de lo que no hay duda es que se trata de un pensamiento inteligente que vale la pena seguir, aún con propósitos de mera ejercitación mental. Así también, en cuanto se dispone a definir los principios que a su juicio son los fundamentales de la geografía humana no hesita en esquematizarlos en tres fórmulas. La primera consiste en excluir de raíz todo determinismo absoluto y adoptar, en cambio, la teoría del posibilismo originalmente planteada por Lucien Fevbre en *La Terre et l'évolution humaine* [5]. En segundo lugar, sostiene que la base territorial es básica y no debe soslayarse so riesgo de perderse en otras disciplinas no-geográficas. Por lo demás, a su parecer, la noción de región ayuda incluso a comprender mejor los vínculos entre los hombres; de donde la geografía humana terminaría haciendo un aporte a la sociología en lugar de apoyarse en ella como algunos pretenden hacerlo sin resultado concreto. Y en tercer término para Demangeon el enfoque evolutivo o histórico sería un principio fundamental del cual no podría prescindirse en la explicación de los hechos antropo-

geográficos que están dotados de un dinamismo único y propio de los seres humanos.

Al igual que lo que ocurre con el capítulo anterior, muchos de los temas aquí enunciados vuelven a ser tratados con mayor profundidad y especificidad en los que siguen. Esto, sin olvidar que el entremezclamiento de toda la temática de la geografía teórica es de un alto grado de complejidad. Así pues los tópicos aparecen y reaparecen una y otra vez de un modo que confirma la unidad conceptual de la geografía y ratifica los títulos para ser una disciplina independiente; a *contrario sensu* de quienes recientemente propusieron anexarla a la historia como asignatura de la enseñanza media. Claro que quienes así opinan ignoran supinamente todo este repertorio de ideas que sirve de base epistemológica a la geografía; de otra manera no habrían hecho semejante propuesta.

* * *

Jean Gottmann, en el trabajo seleccionado que sigue, se propone caracterizar a la geografía humana a través de su método de análisis, el que naturalmente tendrá notas propias, o al menos habrá que hallarlas. De entrada, Gottmann asegura que se trata de un problema arduo ya que, por de pronto, el método de la geografía humana —por su menor exactitud— comienza por tropezar con un sinnúmero de dificultades. Además, posee (acaso necesariamente) muchas menos leyes, salvo las relacionadas con el principio de causa-efecto el cual inapropiadamente es considerado prácticamente el único. Igualmente, los excesos deterministas suelen simplificar las cosas exageradamente así como toman indebidamente por causa lo que no es sino efecto.

Gottmann hace una observación, de pasada aunque es de importancia, que no podríamos dejar de comentar. Es la que se refiere al hecho de que como la geografía contemporánea, como ciencia, se ha desarrollado principalmente en Europa, tomando como casos los ejemplos continentales preferentemente, ha resultado adecuando normas con supuesto carácter universal que se inspiran en el menos típico de los cinco continentes, en el más diferente de los restantes cuatro. Aún concediendo que el aporte de la geografía norteamericana es considerable y que, incluso, los trabajos de geó-

grafos europeos sobre Asia, Africa y América del Sud especialmente, no son poca cosa, hay que reconocer que, evidentemente, el argumento de Gottmann es válido y mueve a reflexionar cautelosamente cada vez que se trasplantan conceptos de un continente a otro.

Volviendo al punto de partida, Jean Gottmann anota que la geografía física se rige por grandes principios mientras que en geografía humana son escasos todavía. Así pues anota el principio de *género de vida* de Vidal de la Blache como un primer sistema que permite un esbozo de clasificación, aunque limitado, pero que sirve para regionalizar. En suma, que consiste en descripción razonada pero que no alcanza a constituir una explicación. Otro principio clásico sería el de *frente pionero* formulado por Bowman y entendido como todo un proceso dinámico de cierta complejidad. Y en fin, concluye, acaso todo pueda resumirse en dos principios generales: *Poblamiento y habitat* a los que Demangeon habría hecho una importante contribución con su obra, especialmente en el ámbito rural.

En 1947, año en que se publica este trabajo, el autor se lamenta de lo poco que se inspiran los geógrafos humanos en las ciencias experimentales y lo mucho, para su gusto, que aún dependen de la concepción supuestamente demasiado ecológica de Ratzel. En una exposición muy bien hecha, Gottmann sostiene que el tema central de la geografía humana es el de la circulación de los hombres y de sus productos. Según él, toda la geografía se reduce a un sistema de encrucijadas o nodos y una región puede ser definida exhaustivamente como red o tejido de entrecruzamientos. Este anticipo ha traído hartas consecuencias en los treinta años subsiguientes. De concepto válido y esclarecedor ha llegado, en algunos casos, a convertirse en un enfoque obsesivo y excluyente, lo que sin duda no estaba en el espíritu del autor.

Contra la simple trasposición de métodos de la geografía física a la humana, Gottmann se muestra muy renuente. En cambio hace una interesante reflexión acerca de lo que Claude Bernard llamó el *medio interior*, pensando en el paciente, y que, *mutatis mutandis* puede aplicarse por analogía al caso geográfico donde aparte del medio circundante —que es del cual se habla casi exclusivamente— puede concebirse otro complejo de factores gravitantes

tales como los sociales, políticos, religiosos y culturales en general que, en cierta forma, configuran también un medio intrínseco.

El final del trabajo comentado intenta formular un nuevo punto de partida: el de organizar el análisis en geografía humana utilizando lo que llama *un puente cómodo* y que sería el consumo, y que es el vínculo objetivo entre el medio exterior y el interior. La propuesta vale la pena de adoptarse como hipótesis de trabajo y de hecho ha corrido buena suerte en las investigaciones posteriores. Naturalmente que a condición de no utilizarla abusivamente.

Para concluir lapidariamente acerca de la importancia del factor humano en geografía el geógrafo francés —radicado en Estados Unidos y luego en Inglaterra— nos trae a colación una famosa frase de Vauban: *el mejor terreno no difiere en nada del malo si no está cultivado.* Una frase que conmueve la jactanciosa seguridad en que se suelen basar algunos científicos teorizantes muy orgullosos de su jerarquía y de las aplicaciones de sus investigaciones.

* * *

En una especie de puesta al día de la geografía humana, una vez cerrada ya la etapa clásica e inicial, Maurice Le Lannou se plantea el caso de repensar los tópicos tradicionales agregando otros que le son originales. Como punto de partida, arranca reflexionando acerca del dudoso beneficio que le ha prestado a la geografía, como ciencia, el modo con que se la ha venido enseñando a nivel elemental —y en el bachillerato. Reparemos que si esto es pertinente en Francia donde los niveles académicos del profesorado y de los textos son de los más adelantados del mundo ¡qué no cabría decir de nuestro medio! Según Le Lannou el prestigio de la geografía humana se ha resentido gravemente a causa de la poca seriedad con que se ha encarado su enseñanza elemental y su divulgación, tema que hemos tratado con alguna detención al comenzar esta Introducción.

A juicio del geógrafo francés, la geografía humana aplicada es la respuesta correcta y operativa frente a los excesos de la enseñanza como fin y a la abusividad del profesorado, o, cuando menos,

que los geógrafos profesionales son la contraparte saludable de los docentes.

Le Lannou hace una advertencia atinada cuando precave de los riesgos que corre la geografía humana cuando se confunde con una suerte de exclusivo humanismo, cuando acotaríamos nosotros, es más "humana" que geografía, como es el caso típico de la famosa obra de Jules Sion: *Les Paysans de la Garonne* en la que el protagonista no es el medio geográfico sino la gente, bien que no podría extremarse la crítica ya que Sión no pierde de vista la interacción entre una cosa y la otra. Respecto de esto último, el trabajo comentado enfatiza la necesidad de no exagerar la dicotomía entendiendo al medio geográfico como una suma de medio natural y hombres que, en rigor, es indivisible. Procediendo de este modo Le Lannou aventa indirectamente todos los riesgos y errores del determinismo. Complementariamente argumenta que por algo los especialistas han renunciado a aislar un medio natural. Sea tanto porque ese —aséptico— no tiene más valor que el que el hombre puede sacar de él, sea porque la obra humana está necesariamente inmersa en el medio natural, lo positivo es que el medio debe ser concebido como suma indivisible de dos abstracciones: *el medio natural* y *el medio humano*.

La concepción que Le Lannou tiene de la geografía humana es —valga la redundancia lingüística— doblemente humana, porque no sólo se ocupa del papel del hombre en el medio geográfico sino que incluye las sutilezas del espíritu humano en esa relación que se suelen entender bajo el rótulo generalizado de la percepción, mucho antes que este concepto adquiriese la difusión que hoy tiene. Por esa misma sensibilidad de que hace gala, tampoco se muestra entusiasmado respecto de la facilidad con que algunos creen que es posible generalizar en geografía. Sin mencionar este tema polémico en el lenguaje de los geógrafos norteamericanos que lo debatieron [6], Le Lannou apunta a lo mismo argumentando que cualquier nota común entre dos partes de la tierra, aún cuando la acción del hombre parezca idéntica y las condiciones naturales semejantes, siempre la peculiaridad del medio —concebido rectamente— es suficiente como para descartar planteos demasiado simples.

Basado en este criterio —convenientemente desarrollado— Le

Lannou sostiene que la geografía general es válida como medio. A través de ella podemos familiarizarnos con situaciones posibles, conocer sus matices, etc. Pero no puede ser un fin por su falta de precisión. En cambio, considera que la geografía regional sí es el objeto final de la geografía pues allí se vierten todos los conocimientos a un nivel de interacción que es el característico de la geografía como ciencia y que es el que reproduce más fielmente la realidad.

III

Como ya hemos visto, el elemento regional aparece enseguida toda vez que se indagan los aspectos epistemológicos de la geografía. Por lo mismo, hemos creído oportuno darle un lugar propio en esta selección eligiendo en primer término algunos pasajes de la célebre obra de Hartshorne: *The Nature of Geography,* libro que, controvertido o no en su argumentación, constituye ya un clásico inefable en la materia y sólo comparable a su misma continuación *Perspective on the Nature of Geography.* No faltan quienes arguyen que el lenguaje de Hartshorne no es sencillo, que su manera de escribir no es del todo feliz; muchos de quienes así opinan no tienen en cuenta las dificultades de la misma problemática teórica y suelen ser geógrafos prácticos, espíritus poco habituados a la especulación pura. Otros, en cambio, pueden tener razones irrebatibles en su crítica, la que se fincaría en el hecho de que el autor ha bebido casi exclusivamente en las fuentes de la geografía alemana y al intentar verter ese pensamiento al inglés ha tropezado con dificultades insalvables. A pesar de esto no sería justo negarle originalidad al mismo Hartshorne, ni rebajar el nivel de su contribución.

Entre los muchos temas que toca en *The Nature of Geography,* naturalmente, está el de la geografía regional. En efecto, el capítulo de esa obra que lleva por título *¿Qué clase de ciencia es la geografía?* incluye un largo parágrafo en el cual desarrolla el punto: *Carácter de la geografía regional,* durante unas veinte páginas. Estas páginas, claro está, tienen una vinculación muy estrecha con

el capítulo anterior: *El concepto de región como objeto concreto y único* (que le valió el mote de *excepcionalista* por enfatizar la importancia del caso único en geografía contra la generalización a ultranza —lo que otros llaman énfasis en el carácter idiográfico de la geografía— en contra del nomotético o enderezado a la formulación de leyes, de generalizaciones).

El punto de partida de toda consideración regional, para Hartshorne, radica en el hecho —que muestra pormenorizadamente— que no existe la posibilidad de conocer en términos absolutos la superficie de la tierra, sea tanto por el número prácticamente infinito de variables que intervienen, sea porque al igual que lo que sucede con el cálculo integral habría que considerar la superficie terrestre como una sumatoria de infinitos puntos que la constituyen. Razones de orden práctico y operativo aconsejarían entonces elegir unidades areales relativas para poder estudiar la superficie terrestre. De ese modo el criterio regional no sería un capricho sino una necesidad. Esto mismo viene a reforzar el conocido argumento de que las regiones *no se hallan* en la naturaleza, tal cual, y basta con descubrirlas porque, por el contrario, no tienen realidad objetiva más que en la medida que se adaptan a nuestros criterios de regionalización. Esta idea la veremos desarrollada nuevamente por Preston James en el trabajo que sigue al que ahora comentamos cuando, con esa economía de medios tan expresiva que brinda el latín dice que la región no es un *terminus ad quem* sino un *origo a qua*.

Las consideraciones que hace Hartshorne en torno a la región como problema metodológico de la geografía son muy precisas y trasuntan la posesión de una mente penetrante, no siempre frecuente entre los científicos. Así pues, en su indagación sobre la esencia del concepto de región opone la noción de *juicio* a la de *medición* que precisamente habría de hacer tantos estragos posteriormente. Al respecto, es curioso anotar que algunos geógrafos contemporáneos intentan disminuir la jerarquía y vigencia del pensamiento de Hartshorne calificándolo de *tradicional* aunque sin negar el valor totalizador del mismo. El hecho de que Hartshorne considere fundamental detectar las notas que atribuyen un determinado carácter a cada región, implica sin duda alguna argumentar en favor de

opciones cualitativas previas a la cuantificación supuestamente objetiva. Nada de esto parece escandalizarle —a diferencia de lo que hoy acontece respecto de la *beatería* de la geografía abusivamente cuantitativa. Para Hartshorne es falsa la pretendida superioridad absoluta y objetiva de la medición ya que, previa y posteriormente, nos movemos con juicios, estimaciones y valores que sitúan a las cifras en el mero estadio instrumental del cual jamás debieran haber salido.

Es por todo ello, que el aporte que hace Hartshorne al concepto de región resulta tan pertinente. No se llega al mismo como resultado de estadísticas, ni se aclaran las sutiles características diferenciales entre regiones. Lo regional es una noción eminentemente cualitativa y que, por lo mismo, exige un tratamiento racional muy riguroso. Entre otras cosas, por ejemplo, es menester tener muy en claro todo lo referente al factor temporal —o histórico-geográfico— con el cual la sinonimia es muy marcada. Verdaderamente, así como no puede abarcarse, sin proceder a divisiones areales, toda la superficie de la tierra, tampoco es posible intentar conocer todo el devenir histórico-geográfico sin acotarlo por períodos y regiones. Estas decisiones deben necesariamente ser tomadas *a priori*, como hipótesis de trabajo, sin perjuicio de ser corregidas *a posteriori*. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de que sin exponerse al error cualitativo no puede trabajarse en geografía histórica y sin una firme base histórico-geográfica no pueden alcanzarse definiciones regionales.

Hartshorne es muy tajante cuando advierte acerca de los peligros de conceder excesiva relevancia a las cuestiones formales a expensas de las funcionales en materia de regionalización, al tiempo que también precave al investigador acerca del espejismo que a veces lo induce a buscar una unidad de área indiferenciada, una especie de átomo o de molécula que en el espacio geográfico no existe. Por el contrario, la noción básica sería la peculiaridad —*the uniqueness*— de un conjunto de unidades menores; el modo de compaginarse en conjuntos homogéneos o que responden a criterios dados.

Hay que tener bien en claro el trasfondo filosófico de la idea de región para darse cuenta que la geografía nomotética —formu-

ladora de leyes— pierde importancia en este caso, ya que siendo las leyes científicas un mero medio para entender la realidad y no constituyendo un fin en sí mismo resulta a la postre superflua. Si el único fin de la geografía fuese el de buscar regularidades (como no falta quién lo sostenga), la formulación de leyes sería esencial, como lo es la física, por ejemplo. Pero si la esencia de la geografía consiste en determinar lo peculiar de las *irregularidades* que caracterizan al globo terráqueo —que es el criterio sustentado por Hartshorne— entonces lo nomotético cede en importancia a lo idiográfico. O, dicho más exactamente, lo subordina a su rol de simple medio.

De esta manera, Hartshorne se presenta como el gran abogado de los estudios microgeográficos, de las regiones menores, los que a su entender son reveladores de fenómenos más vastos que no podrían detectarse trabajando en gran escala. En otras palabras, podríamos decir que lo que encuentra de interesante en la escala microgeográfica es como un nivel básico de asociación de fenómenos areales que no es verificable a mayor, pero tampoco a menor, escala. Su apología de la obra del geógrafo norteamericano Robert Platt incluye implícitamente el estudio que sobre una porción reducida de nuestra pampa hiciera hace ya varias décadas cuando tomara como muestra la evolución de una gran estancia criolla [7]. Sin duda, ahí está la prueba —comprobable por nosotros— de que todo a lo que arriba Platt a través de ese limitado ejemplo es ilustrativo y válido de toda la pampa húmeda y que, acaso, procediendo por este camino modesto pero concreto, alcanza resultados más fecundos que si hubiera intentado y eventualmente completado un estudio más vasto pero menos coherente metodológicamente.

* * *

Integrando este capítulo sobre el elemento regional incluimos un artículo de Preston James —geógrafo norteamericano que nos visitara en más de una ocasión— que constituye un verdadero clásico en la materia. Demás está decir que para James el concepto de región constituye *el núcleo de la geografía* (sic) entendiendo que el mismo está entrañablemente unido a la noción de la distribución de fenómenos desarrollada por Hartshorne, opinando con este úl-

timo que el interés de la geografía se centra en aquellos no uniformemente distribuidos, que ese es el *leit motiv* de la geografía. *Es importante comprender que no existen dos puntos sobre la faz de la Tierra que sean idénticos*, afirma con razón James y eso es lo que viene a ser uno de los móviles fundamentales para los geógrafos.

La importancia del lugar es esencial para el geógrafo, a diferencia de otros científicos como el físico, o el químico que está tan sumergido en el microcosmos que en este respecto no percibe diferencias relevantes en su trabajo. Tampoco el economista, ni el sociólogo, —por lo general— están demasiado enraizados en el territorio y suelen emprender alto vuelo en el universo de las ideas sin demasiadas ataduras. El geógrafo y especialmente el geógrafo humano, es quien más arraigado se halla pues ni se limita a estudiar la realidad física, ni se conforma con las realidades humanas, sino que se especializa en investigar la interrelación entre ambas, lo que obligatoriamente le constriñe a situarse en un lugar concreto.

La conceptualización de la región es realizada por James de una manera pormenorizada y metódica. Una muestra de ello son los tópicos a que pasa revista: la región geográfica como generalización; aspectos estáticos y cinéticos; líneas, puntos, áreas y volúmenes; continuidades y discontinuidades; la región como continente y contenido de procesos; problemas de escala; objetivos de los sistemas regionales; problemas de representación cartográfica; distinción entre lo topográfico, lo corográfico y lo global; el mapa como herramienta analítica; el grado de generalización en las relaciones areales.

Muchos de los puntos de vista y afirmaciones de James en este trabajo han pasado a constituir tópicos clásicos en el pensamiento geográfico contemporáneo. Entre otros, su distinción entre lo que Kant llama topografía, corografía y geografía —o microgeografía, geografía regional y geografía general o global— es una distinción aceptada muy frecuentemente a pesar de que no haya total consenso acerca de las palabras, por lo que su autor se ciñó directamente al griego: *topos, choros* y *geos* para designarlas.

Si como sostiene Hartshorne, la diferenciación areal es el objeto último de estudio de la geografía, entonces la contribución que

hace Preston James mediante este trabajo es de indudable valor, pues encara esa diferenciación como basada en pautas y asociaciones de fenómenos así como en términos de proceso de cambio continuo.

* * *

El enfoque que completa el cuadro sobre geografía regional, un trabajo de Edward Ackermann sobre investigación regional, asume el concepto desde otro ángulo. No es que Ackermann carezca de aptitud ni inclinación por los temas estrictamente teóricos. Sus contribuciones: *Geography as a fundamental research discipline* y *Where is a research frontier?* constituyen ya dos clásicos que podrían muy bien haber entrado en una selección como esta si la programación de la misma hubiera previsto un rubro sobre la in- investigación geográfica exclusivamente. Como quiera que sea, Ackermann desarrolló, en su vida, una intensa actividad como geógrafo profesional y, en cierto modo, como consultor; su actividad estrictamente académica cedió a funciones prestadas en la Tennessee Valley Authority y a la Carnegie Foundation después de haber pertenecido a la Universidad de Chicago. Su muerte reciente priva a la geografía de una mente rara entre sus cultores pues sabía conciliar —y en efecto lo hacía— la teoría más elevada con la práctica más rigurosa. Toda su actuación fue un testimonio vivo de que la geografía es una ciencia tan respetable como cualquier otra pasajeramente en boga y que la aplicación de su conocimiento es tan operativa como la ingeniería, pongamos por caso.

En este trabajo, su autor llama a la atención de los geógrafos para que reparen acerca de la estrecha relación que existe entre su disciplina y el planeamiento, partiendo de la base de que el enfoque temporal —generalmente restringido al pasado— admite y, eventualmente reclama una visión del futuro. Cuando escribe este trabajo el análisis regional recién está haciendo sus primeras armas, de allí que ponga especial énfasis en el hecho promisorio de que gentes de otras disciplinas se han volcado a trabajar dentro de ese método.

Pero para hacer análisis regional se impone previamente ponerse de acuerdo sobre conceptos básicos. Por ejemplo, sostiene

que no basta con admitir la existencia necesaria de regiones sino que además existe la *jerarquía* de regiones. Además no siempre, por muy homogénea que parezca una región, interesa en su totalidad. Tampoco acepta que pueda adoptarse en el análisis regional ninguna lista normalizada de criterios como si tuviesen valor universal, lo que viene a confirmar el valor de la singularidad regional sostenido por Hartshorne. Ackermann ridiculiza la acción simplista y errónea propiciada por algunas agencias internacionales que proponen en detalle una metodología única para una variedad amplísima de casos. En verdad, si en punto a análisis urbano no es fácil compaginar standards que tengan validez uniforme en todas las ciudades del mundo ¡qué no habrían de diferir los casos en materia regional! Finalmente, en este aspecto de las precisiones conceptuales Ackerman aboga por dar la mayor importancia a la región nodal —o basada en criterios funcionales— buscando una cierta solución de compromiso con la región formal cuasi-uniforme y ateniéndose a zonas límites de cierto ancho, antes que restringirse a fronteras exactas en los mapas pero imprecisas en la realidad.

El estudio citado continúa haciendo interesantes apreciaciones sobre las técnicas específicas. Son recomendaciones de un gran sentido común y dictadas por una buena experiencia digna de ser seguida. Sin razón aparente, ni mención precisa, el enfoque de Ackerman parece confirmar los principios sustentados por Hartshorne, por ejemplo, en el sentido de atribuir importancia en el análisis regional a los *rasgos clave*, como él mismo los llama. Una vez más, vemos la importancia de la visión cualitativa que no podría ser sustituida por ningún procedimiento matemático ciego y fatal.

Pero si el rol del generalista es fundamental en la investigación regional, esto no excluye la importancia operativa que tiene el especialista sistemático trabajando dentro de la región, conciente del marco regional. Finalmente, un resumen hecho por el propio Ackermann, y que nos sentimos exentos de tener que glosar por lo estricto de sus términos, corona este breve pero conciso trabajo que muestra —por sobre todo— que las especulaciones aparentemente ociosas e inútiles sobre la noción de región son verdaderamente guías para formular métodos de trabajo concreto tanto co-

mo para ordenar lógicamente experiencias diversas y dispersas que, de otro modo se perderían.

IV

Iniciando el cuarto capítulo sobre el factor temporal —o la geografía histórica— hemos seleccionado la contribución de un artículo bastante famoso de Carl O. Sauer (1889-1975), uno de los geógrafos históricos más importantes que han tenido los Estados Unidos, especializado en el enfoque de la antropología cultural y cuyas investigaciones las desarrolló en México principalmente aunque, no son menos importantes sus trabajos de alta generalización. Fundamentalmente —y beneficiado por el privilegio de haberlo conocido personalmente y haber mantenido con él largas y profundas pláticas— podría afirmar que Sauer constituía un caso cada vez más raro en el mundo académico, en el sentido que por encima de las formas sobresalía rápidamente la universalidad de su espíritu. Sauer carecía absolutamente de lo que genéricamente se llama deformación profesional, ni usaba la jerga que suelen reservarse los especialistas, ni necesitaba que su interlocutor estuviese inmerso en su misma problemática para poder hacerse comprender:

La familiaridad que Sauer había alcanzado con los elementos básicos de la geografía, y hasta de la Naturaleza, hacía que pudiera hablar de ellos como un filósofo clásico que se re-planteaba constantemente sus más profundos significados, descubriendo cada vez nuevas e inéditas facetas. A su competencia como geógrafo unía una vasta cultura general y, sobre todo, el enfoque humanista que es el único que permite alcanzar las grandes síntesis del espíritu (no como es el caso de esos geógrafos que entre su profesión y su vida dejan que se forme un enorme abismo). Ese mismo enfoque es, sin duda, el que le hizo ver desde temprano la importancia de la geografía histórica no sólo en sí misma sino como dimensión de la geografía en general. Esa preocupación, junto con el concepto de paisaje como definitorio del campo de estudio de la geografía, fueron sus dos preocupaciones teóricas principales y que produjeron sendos artículos memorables. Uno de ellos: *Foreword to His-*

torical Geography es el que presentamos aquí. El otro: *The Morphology of Landscape* [8], merecería un sitio en otra antología que de alguna manera rozara ese tema.

Al comenzar el trabajo citado, Sauer destaca la verdadera falta de comunicación existente entre los investigadores geógrafos hacia los años en que esto escribe —1941—. De entonces a ahora puede afirmarse que se ha producido un cierto progreso; la profusión de citas de muchos trabajos es un indicio —al menos formal— de que se produce un intercambio y elaboración de ideas bastante activo, lo que no era el caso frecuente anteriormente. Con todo, creemos advertir que la reflexión de Sauer va más allá e implica algo que no es privativo de la geografía sino de la ciencia en general, en la que cada investigador tiende a encerrarse en su propio coto desinteresándose de todo aquello que no coincide exactamente con el rumbo de su trabajo actual. Una actitud diametralmente opuesta es la que hemos señalado como característica del propio Sauer.

La anterior referencia está enderezada a señalar el desinterés existente por la geografía histórica en ese mismo momento; algo que sin duda él justamente había de quebrar casi simultáneamente con la aparición de este trabajo. Todo el período de la posguerra no fue sino floreciente para la geografía histórica norteamericana y europea, durante el que se consolida su nueva metodología.

Según Sauer, la quintaesencia de la geografía histórica puede hallarse en el problema del crecimiento y en el del cambio cultural. Pero esto no implica que queden excluidos otros temas, ni que la insidiosa pregunta —¿esto es geografía?— deba inhibirnos de proseguir nuestras investigaciones. En cambio sí considera que está totalmente equivocado el concebir que alguien pueda ser *geógrafo físico*, acaso coincidiendo profundamente con el planteo de Le Lannou opuesto a separar el medio físico del humano. Y por este camino nos lleva a las esencias de la geografía histórica que no aparece así como una *especialidad* sino como una dimensión profunda e inseparable de la geografía tradicional y clásica.

Por todo esto, este trabajo no se restringe estrictamente a lo histórico-geográfico sino que partiendo de ese enfoque hace apreciaciones válidas para todo geógrafo, incluido aquel que no sienta

la menor inclinación por la investigación en geografía histórica o, precisamente, este es el que más beneficio sacará de su lectura. Por ejemplo, su juicio de que difícilmente un geógrafo humano pueda ser una autoridad en materia de todo un continente es digna de ser reflexionada por quienes son proclives a hacer fáciles síntesis con supuestos motivos pedagógicos. Y por otra parte, reacciona airadamente cuando se le oponen dudas acerca de la pertinencia de sus trabajos retrucando: *uno no es menos geógrafo si está comprometido con el estudio del surgimiento y paso de una cultura que se remonta, atrás, en el amanecer de la historia, que si se ocupa del crecimiento del Chicago industrial.*

Más de una vez uno se ha preguntado por qué los arqueólogos se ocupan tan poco de la distribución a escala geográfica de sus investigaciones y, al hacerlo, descubrir las profundas interacciones entre los objetos mismos y el medio en que fueron elaborados. Esto fue asumido por Sauer, conciliando una sólida formación geográfica con profundos conocimientos arqueológicos y antropológicos. Y es lo que le permite alcanzar un alto grado de originalidad y autoridad en materia de investigaciones sobre orígenes y difusión de hábitos culturales en el medio geográfico pretérito. Pero estos estudios de difusión no tienen nada en común con los que hoy propicia el análisis locacional —especialmente siguiendo las pautas fijadas por Torsten Hägerstrand [9]— sino que con sentido geográfico puro se concentra en el estudio de sus concomitancias con el medio, diríamos que siguiendo una orientación ecológica.

Su metodología, su cosmovisión amplia y sabia y su propia experiencia concreta, impiden a Sauer tener la menor simpatía con el determinismo. No acepta de ninguna manera teorías de progreso lineal, fatal y obligatorio yendo aún más lejos y afirmando que no hay leyes sociales generales sino sólo asentamientos culturales. O sea que las regularidades no serían lo que caracteriza a las distintas situaciones histórico-geográficas sino, contrariamente, lo peculiar y lo propio serían sus singularidades no conmutables. En esto Sauer, también viene a coincidir con Hartshorne. Claro que lo puede hacer sin dificultad, sin abrigar temores como puede ser el caso de otros geógrafos menos ilustrados que suelen querer sustituir la superficialidad de sus conocimientos con causalismos, coincidencias

y regularidades triviales que no agregan un palmo a la sustancia misma de la geografía.

* * *

El trabajo siguiente de Clifford T. Smith, actual Profesor en la Universidad de Liverpool y experto en temas de geografía de Sudamérica, es un balance muy completo y objetivo de la situación en que se halla la geografía histórica actualmente y previendo algunas de las tendencias de su futuro desarrollo.

Al comenzar su trabajo el autor hace una interesante observación —basada en su experiencia pedagógica— según la cual la falta de sentido cronológico, bastante común entre los estudiantes, es motivo de dificultad para entender el factor temporal en geografía. De modo tal que, no basta, como vulgarmente se cree, con tener desarrollado el sentido espacial para ser buen geógrafo sino que también es menester no tener dificultades en la concepción del tiempo.

Algún lector advertirá que los ejemplos elegidos por Smith en su exposición son prevalentemente de extracción europea. Naturalmente esto tiene su explicación en el hecho de que no sólo es en Europa donde la geografía histórica alcanza su mayor grado de desarrollo, sino que el Viejo Continente es pródigo en ejemplos patentes por obvias razones puramente culturales e históricas. Esto no obstante, en nada invalida la *utilidad* del mensaje a geógrafos no-europeos pues la adecuación siempre es posible y, en todo caso, no induce de ninguna manera a error.

En este sentido cabría hacer una reflexión en el sentido de que en geografía los ejemplos metodológicos conservan su validez a pesar de la distancia y a pesar del tiempo. En el primer caso, siempre existe la posibilidad de adecuación. En el segundo, los conceptos no suelen perder vigencia si están enraizados en la esencia del pensamiento geográfico pues en nuestra disciplina no ocurre lo que en las ciencias experimentales, que un descubrimiento pueda arrasar con casi todo lo conocido anteriormente.

* * *

Para terminar este capítulo, hemos elegido un trabajo de alto

poder sintético en el que se encuadran todas las orientaciones posibles y probadas en metodología histórico-geográfica. El enfoque es necesariamente panorámico y acaso no demasiado explícito para los no iniciados pero, finalmente, claro en tanto descubre las posibilidades vitales de la geografía histórica. Es una exposición brillante de las orientaciones verificadas con comentario sobre lo realizado en la materia y sus autores. Nada queda fuera del esquema que, naturalmente, como todo esquema es materia opinable.

El desarrollo pletórico de la geografía histórica contemporánea como especialidad de la geografía permite, felizmente, que quien se dedique a ella no precise ya defenderse de quienes, eventualmente, lo ataquen por amar la tradición. La metodología (y aquí la palabra está bien empleada) de la geografía histórica, es suficientemente seria y respetable como para que pueda confundirse al geógrafo histórico con un historiador local *amateur*. Por el contrario, el geógrafo histórico está llamado a cumplir también otro papel cual es el de contrapesar, con su arraigo a lo permanente y su sabiduría acerca de las mutaciones humanas, aquellos vaivenes de la moda que a veces amenazan las bases de la geografía como ciencia.

El plan del ensayo de Newcomb divide los doce enfoques anunciados en el título en dos conjuntos de seis, el primero de los cuales lo presenta bajo el rubro de "Los modos tradicionales", agrupando: 1) *El corte temporal;* 2) *El tema vertical;* 3) *El sandwich de Dagwood;* 4) *El método regresivo;* 5) *Historia cultural dinámica* y 6) *Geografía histórica regional.*

Como puede suponerse, en los tres primeros casos se refiere sucesivamente al método de cortes en el tiempo, al sistemático y a una combinación de ambos que, jocosamente, designa con una alusión al personaje de una tira cómica original de los Estados Unidos (conocida también entre nosotros con el nombre de "Hogar, Dulce Hogar" o "Lorenzo y Pepita"). Los tres últimos enfoques aluden, respectivamente, al método que partiendo del presente remonta el pasado, a lo que igualmente podría ser designado como geografía cultural histórica y al enfoque histórico-geográfico con orientación regional.

Bajo el título de "Los nuevos puntos de partida", Newcomb

agrupa otros seis enfoques, a saber: 1) *El rol del hombre como agente de cambio del paisaje* —de fuerte acento dinámico y con énfasis en los procesos más que en su distribución—; 2) *La diferenciación areal de los remanentes del pasado histórico*, o sea, el análisis del pasado geográfico en función de los restos arqueológicos, los relictos de toda clase y cualquier otro testimonio físico; 3) *"Genre de vie"* (en francés en el original por no existir esta expresión en inglés) que apunta a una geografía histórica basada en la evolución de los medios de subsistencia del hombre en el medio, así como los cambios en su comportamiento frente al entorno; 4) *El modelo teórico*, o la utilización de modelos conceptuales para describir y explicar más definidamente determinadas situaciones geográficas pasadas; 5) *Preservación pragmática de los legados paisajistas*, enfoque que consistiría en una especie de aplicación de los conocimientos histórico-geográficos de un lugar para poder reconstruir su realidad pretérita no sólo de manera mental sino para poder llegar a restaurarla prácticamente; 6) *Lentes perceptuales para el pasado*, o lo que vendría a señalar la importancia del factor percepción en la explicación de diversos fenómenos geográficos pretéritos, según fue vista por los contemporáneos.

Como se ve, se trata de un análisis atrayente de las ricas posibilidades de la geografía histórica. No tiene nada de rígido, ni de groseramente esquemático —como suele suceder en un *tour de force* semejante. Su lectura resulta muy estimulante.

[1] Una iniciativa nuestra, en este sentido, paralelamente a la de editar la presente obra, preveía la compilación de otros dos volúmenes de esta misma clase integrados por trabajos sobre la pampa y sobre geografía agraria y urbana de la Argentina provenientes de geógrafos extranjeros, en su mayor parte europeos. Lamentablemente, pese a haber sido aprobada la edición de ambos libros por una editorial universitaria, un insólito cambio de gestión, coincidente con otro de orden político, echó por tierra el proyecto acaso por considerarlo "extranjerizante", si uno se atiene a ciertos indicios respecto de tal gestión.

[2] Richard Hartshorne: *The Nature of Geography*, Lancaster, Penna, 1939, p. 437.

[3] La traducción de los dos trabajos publicados originalmente en alemán fue realizada por el Dr. Gustavo Corbi a nuestro pedido y controlada por el Dr. Federico A. Daus.

[4] Quien quiera profundizar el tema puede consultar J. A. May: *Kant's*

Concept of Geography and its relation to recent geographical thought, Toronto, 1970. En dicho estudio se analiza especialmente el lugar que ocupa la geografía en una clasificación de las ciencias de corte kantiana y, en general, sus relaciones con las ciencias empíricas, la antropología y la historia.

[5] Paris, La Renaissance du Livre, 1922.

[6] Véase especialmente el trabajo de Schaeffer incluido en esta misma colección.

[7] Robert S. Platt: *Pirovano: Items in the Argentine Pattern of Terrene Occupancy*, Annals of the Association of American Geographers, vol. XXI, marzo 1931, Nº 1.

[8] University of California, Publications in Geography, vol. II, nº 2, octubre 1925.

[9] Cf. *The Propagation of Innovation Waves*, Lund Studies in Geography, Series B, Human Geography, 4.

Capítulo I

BASES CONCEPTUALES

PAUL VIDAL DE LA BLACHE

GEOGRAFIA GENERAL: El principio de la geografía general

La idea de que la Tierra es un todo, cuyas partes se encuentran coordinadas, suministra a la geografía un principio metódico cuya fecundidad se aprecia mejor a medida que su aplicación se extiende progresivamente. Porque nada existe aisladamente en el organismo terrestre, porque las leyes generales tienen repercusión en todas las direcciones, de suerte que no se puede tocar una parte sin provocar todo un encadenamiento de causas y de efectos, la tarea del geógrafo asume un carácter diferente del que a veces suele atribuírsele. Cualquiera sea la porción de la Tierra que estudie no se puede encerrar en ella. En toda investigación local se introduce un elemento general. En efecto, no hay comarca en la cual la fisonomía no depende de influencias múltiples y lejanas cuyo origen importe determinar. Cada comarca actúa sobre su vecina inmediatamente y, a la vez, es influida por ella. Aún fuera mismo de toda relación de vecindad, la acción cada vez más reconocida de las leyes generales se traduce en afinidades de formas o de climas que sin alterar la individualidad propia de las comarcas, las señala con una impronta análoga. Estas analogías o *conformidades*, siguiendo el bien conocido término de Bacon, desde que el hombre ha comenzado a dominar el conjunto de los fenómenos terrestres le han llamado su atención. Algunas podrían ser sólo aparentes pero otras son reales; están fundadas no en puras coincidencias exteriores sino en relaciones de origen y de causas. Entre éstas se impone la fusión, puesto que cada una aporta a la otra su tributo de explicación; y el geógrafo es llevado así a proyectar sobre el sujeto que estudia toda la luz obtenida por la comparación de estos casos análogos.

[Annales de Géographie (1896), pp. 129-42.]

Es dentro de este espíritu que son tratadas, más y más, en nuestros días, las cuestiones geográficas. Basta con la elección de ejemplos. Este punto de vista supone seguramente una ciencia suficientemente avanzada para estar en estado de captar lo que hay de regular en los mecanismos de los agentes físicos y para seguir la acción sobre la mayor parte sino sobre la totalidad del globo. Sin embargo, el principio sobre el cual reposa y que se podría formular apelando a la idea de la unidad terrestre está lejos de ser nuevo para la ciencia geográfica. Esta idea se manifiesta, primero, de una manera que podría llamarse prematura puesto que el estado real de los conocimientos estaba lejos de corresponderle; no obstante la idea existe y fructifica, luego se va rectificando y desarrollándose por el progreso mismo de la ciencia.

Quizá sea interesante remontar la evolución de esta idea de la cual apenas puede ponerse en duda el rol capital en la marcha del método geográfico. Esto es lo que voy a ensayar de hacer en esta rápida ojeada.

I

La idea de la unidad terrestre no fue extraña a la antigüedad griega. Confusa entre los primeros teóricos de la geografía (entiendo por tal a aquellos sabios de la Jonia que más de seis siglos antes de nuestra era razonaban sobre las causas físicas de los fenómenos), la concepción de un conjunto ordenado donde las cosas deben su carácter al lugar que ocupan, se precisa a partir de la introducción de la noción de la esfericidad de la tierra en la ciencia. Entonces aparece la división de la tierra en zonas, cada una de las cuales virtualmente comunica su sello al clima, a la vegetación, a la fauna y a las razas humanas. Muy pronto, como lo ha señalado M. Hugo Berger en su reciente "Historia de la Geografía científica de los Griegos" [1] se ve perfilar el antagonismo entre dos concepciones diferentes de la geografía. Unos estudian a la Tierra como un todo, en su unidad; para otros, la geografía es un repertorio de informaciones o de descripciones donde por una pendiente natural se acumula todo lo que puede desear la curiosidad pero con riesgo de perder de vista el objeto esencial, la Tierra misma.

Fue mérito grande de las escuelas de Eratóstenes y de Ptolomeo el mantener abierta la vía científica mediante el estudio general de la Tierra [2]. Pero como es fácil adivinar la razón, el organismo terrestre se les presentaba como una unidad puramente matemática. La idea que se hacían de las zonas terrestres fue para ellos una especie de postulado que permitía abarcar el conjunto del globo anticipadamente como si ya hubiera sido realmente descubierto. Para Ptolomeo por ejemplo, a las mismas latitudes corresponden los mismos climas, las mismas plantas, los mismos animales. Sobre este principio es que se apoya su crítica para coordinar y rectificar las relaciones de los viajeros. La presencia numerosa de elefantes, de rinocerontes, el color negro de los habitantes, son para él índices que deben reproducirse dentro de las mismas distancias del ecuador pero no más allá, conforme a las analogías del medio. Deduce la posición de las comarcas del aspecto de su vegetación y de su fauna con una seguridad que no permite dudar del valor absoluto que, por entonces, se solía otorgar al *criterium* matemático [3].

De haber poseído mejores determinaciones astronómicas, los antiguos no hubieran caído en esta confusión. Aún en la región que les era más familiar, como el Mediterráneo, hay anomalías singulares que no hubieran dejado de llamarles la atención. Si, por ejemplo, hubiesen llegado a determinar las latitudes de los bordes del mar Negro y de Crimea como lo habían hecho con las del valle del Ródano, hubieran descubierto los indicios que llevan a las causas que introducen tales diferencias de naturaleza y de clima entre regiones situadas bajo un mismo paralelo; hubieran también percibido la diferencia que existe entre las zonas matemáticas y las divisiones infinitamente más complejas que resultan de la combinación de las causas físicas.

La imperfección de los medios de observación fue para los antiguos un principio de debilidad, más sensible todavía que el debido al espacio restringido sobre el que se extendían sus conocimientos. En realidad, los geógrafos de los dos primeros siglos de nuestra era disponían de información que iba desde el Báltico al Sudán, del Atlántico a los mares de la China; pero a pesar de que ellos ejercieran sus observaciones sobre fenómenos tales como las mareas,

los monzones, las lluvias tropicales, la mayor parte de esa información carecía de precisión como para ser realmente fructífera [1]. Es sobre todo desde el punto de vista del Mediterráneo que no cesaron de enfocar la ciencia de la Tierra. Aunque fuese una región admirable para el estudio de los fenómenos que modifican la superficie terrestre y muestran la corteza del globo bajo un aspecto de inestabilidad perpetua; aunque instructivo, sobre las relaciones de la naturaleza con el hombre, el mundo del Mediterráneo no es, en sí mismo, favorable a la percepción de correlatos más generales. Ese fraccionamiento de contornos que es uno de los encantos de los horizontes greco-latinos, es también una causa de oscuridad. Ningún mar es tan extendido, ninguna forma de su superficie demasiado desarrollada como para que los fenómenos físicos se presenten allí con la amplitud y la simplicidad que las superficies del Océano o las vastas planicies del Asia o de América les imprime. Todo es, o parece, estrictamente individualizado. Cada compartimiento del Mediterráneo tiene su régimen de vientos y de corrientes. Cada comarca ribereña tiene su clima. Las causas locales dominan, al menos aparentemente, y la influencia de las causas generales, a las que no sustrae ninguna parte del organismo terrestre, no se deja más que difícilmente entrever.

Las grandes expediciones marítimas del siglo XV y XVI rompieron el encanto que había retenido la ciencia geográfica alrededor del Mediterráneo. Entonces se descubrió, lo que la exigüidad, las dimensiones y las complicaciones de las formas no había permitido discernir: el espectáculo de hechos generales de orden físico, simple en sus efectos, grandioso en su desarrollo, dotado de un carácter de permanencia y de periodicidad.

Las observaciones se hicieron más precisas, porque la necesidad de guiarse lejos de las costas obligó a los navegantes a perfeccionar sus instrumentos. Y desde el momento en que los marinos estuvieron en condiciones de determinar con precisión sus posiciones en longitud y en latitud, las desviaciones involuntarias de su curso comenzaron a abrirles los ojos sobre las corrientes desapercibidas que surcan la masa oceánica. El régimen de vientos se reveló, lejos de las costas con un carácter de regularidad que no se le conocía. Se comenzó a darse cuenta de los rasgos generales de

esta circulación que lleva la masa líquida y aérea del globo y juega un rol tan importante en la economía de los climas. Toda esta parte de la vida terrestre había escapado a la ciencia antigua.

Parece verdaderamente que los espacios marítimos hubieran tenido la virtud de iniciar todos los descubrimientos capitales de la geografía. La línea curva de los mares hizo sospechar al hombre la redondez de la tierra; fue la navegación de los griegos en Egipto que, atrayendo su vista sobre la diferencia que se introduce durante ese trayecto en la posición de los astros, había sugerido la idea de dimensión relativamente restringida de la esfera [5]. Son los viajeros del siglo XVI quienes mostraron los movimientos de los vientos y de las aguas.

Ya Cristóbal Colón, en su tercera travesía (1498), reconoció que las aguas del mar "se mueven, como los cielos", de oriente a occidente: *las aguas van con los cielos* (sic). Poco importa que él se equivocara sobre el sentido real del movimiento del cielo; su observación hizo entrar en la ciencia la primera noción de ese enorme y grandioso movimiento que, de ambos lados del ecuador empuja en el mismo sentido a la masa líquida y a la masa aérea, rechazada una y otra hacia atrás por el incremento de velocidad de la rotación terrestre. Fue una treintena de años más tarde, que los fenómenos constatados sobre el Atlántico lo fueron sobre el Pacífico, apareció en su pleno carácter de generalidad que parecía haber adivinado Colón. Se vio, más allá de las tierras americanas reproducirse las mismas corrientes sobre las mismas zonas, los mismos movimientos hacer oscilar la masa de aires y de aguas. Es sabido de qué utilidad práctica fue el conocimiento [6] de ese gran trozo de circulación; no fue desperdiciado tampoco por los teóricos de la Tierra. Buffon, dos siglos después, cree encontrar en ese flujo de las aguas contra las costas orientales del viejo y nuevo continente, una de las causas que han determinado su configuración [7].

Cuando los navegantes españoles comenzaron a frecuentar las costas de la Florida, no tardaron en apercibirse que subiendo en latitud se encontraban con vientos del Oeste, los que llamaron *los vientos del retorno*. Después de la colonización de las Filipinas buscaron la repetición de esa zona de vientos del oeste, de los cuales tenían necesidad por su relación con México. Después de veinte

años de tentativas terminaron por hallarla; y es interesante constatar en ese ejemplo, la aplicación a la geografía de un método parecido al del astrónomo que descubre el planeta determinado anticipadamente por medio de sus cálculos.

Yo no deseo, por estos ejemplos, más que mostrar el cambio de perspectiva que se introdujo entonces en el estudio del globo. Según el pasaje citado frecuentemente del *Novum Organum* [8], donde Bacon señala, como un importante ejemplo de conformidad, la analogía de forma entre el Africa y la América del Sud, puede juzgarse cuán naturalmente la mera apariencia de las cartas nuevas, despertaba el sentido de la generalidad de los hechos terrestres. Muchos otros después de él, y sobre más indicios, han destacado esas formas recortadas en el mismo sentido, repitiéndose en grande y en pequeño, reproduciéndose casi por doquier en la configuración de los continentes y repitiendo la frase, *quod non temere accidit*. Viene al caso la expresión [9] "de un cierto sistema natural de ordenamiento terrestre"; o, aún como se ha sugerido, la señalización exterior de nuestro planeta, la silueta que sorprendería a un observador ideal, puesto a observar el disco terrestre en el espacio si su mirada pudiera perforar la zona de nubes que enturbia nuestra atmósfera [10].

* * *

La obra teórica que traduce mejor el efecto de esta ampliación del horizonte fue la que publicara bajo el significativo título de *Geographie General,* un alemán del norte radicado en Holanda: Bernardo Varenius. Era un médico alimentado con fuertes estudios matemáticos a quien la estadía en Amsterdam le despertó el gusto por la geografía. Después que los ingleses renunciaron a sus tentativas de pasaje por el Noroeste, Holanda era el único país de Europa que aún continuaba, con los Van Diémen y los Tasman, la tradición de los grandes viajes marítimos. París, donde debía más tarde, y por más de un siglo, fijarse el centro de la ciencia geográfica, no tenía todavía ni la Academia de Ciencias, ni el Observatorio; y era hacia Amsterdam que afluía toda la información nueva. El libro de Varenius está lleno de observaciones debidas a los navegantes. Sus ideas sobre la división de los mares, los movi-

mientos del Océano, las islas, atestiguan un conocimiento de precisión relativa y una gran certeza para generalizar. Resumiendo los movimientos de la masa líquida en una fórmula que otros podrán aplicar a la aérea dice: "Cuando una parte del Océano se mueve. todo el Océano se mueve" [11]. Un sentido refinado de la conexión de los fenómenos terrestres aparece a través de toda su obra. Varenius expone concientemente su método sobre el objeto de la ciencia: "La geografía, dice, es doble. Hay una geografía general —casi enteramente descuidada hasta ese momento— y una especial. La primera considera a la Tierra en su conjunto, explica las diferentes partes y los fenómenos generales; la segunda, guiándose sobre las reglas generales, pasa revista a cada comarca, etc.". Podría decirse que el dualismo indicado por Varenius no es más que aparente porque la relación entre las leyes generales y las descripciones particulares, de las cuales son su aplicación, constituye la unidad íntima de la geografía. Pero nadie había todavía propuesto con esta nitidez la cuestión de la geografía científica. Su libro es una serie de análisis, presentados bajo la forma de proposiciones seguidas de respuestas, y, a pesar de esta apariencia escolástica, posee un espíritu realmente moderno.

El tratado de Varenius ha contribuido mucho a fijar el pensamiento geográfico. Baste decir que Isaac Newton publicó en 1681 una edición revisada y aumentada [12]. Más tarde, aún Buffon la cita frecuentemente y varios indicios permiten ver que este libro no dejó de ejercer influencia sobre sus ideas. Sabido es que en su concepción de la historia natural de los animales, el estudio de la Tierra constituye la base pues, según él mismo dice: "la historia general de la Tierra debe preceder a la historia particular de sus producciones o realizaciones" [13]. Esta historia que buscó reconstruir temerariamente en el pasado la estudió también en el aspecto presente; y en esta parte de su obra, en la cual se muestra como un geógrafo muy atento a las exploraciones contemporáneas, Buffon sigue netamente la tradición de Varenius. Lo que llama el estudio *de la Naturaleza en grande* [14] no es, no importa lo que se diga, el desprecio por el detalle, sino la justa subordinación del detalle al conjunto. Profundamente imbuido del sentimiento del orden y del encanto de los fenómenos, no pretende estudiar la Naturaleza

con ojos de miope; quiere fraccionar los rasgos que, si se los aísla, se parecen a las sílabas que deletrea un niño sin la inteligencia de la palabra a la cual pertenecen.

A las generalizaciones de la ciencia de entonces le faltaba la base de una suma suficiente de observaciones precisas. Pero el siglo XVIII, continuando en eso la obra del XVII, trabajó para poner a disposición de la ciencia una masa de datos seguros que jamás antes había poseído, debido al perfeccionamiento de los instrumentos de observación y a la precisión introducida finalmente en las cartas. Lo que había sido el gran y antiguo *desideratum* de la geografía, la construcción de la carta del mundo, de cuadro fijo donde pudieran ser registrados los hechos nuevos, se encontró en gran parte realizado [15] por el trabajo de Delisle, de d'Anville, de Cassini, en momentos en que iba a comenzar la actividad del autor del *Cosmos* y la del autor de *Allgemeine Vergleichende Geographie* [16].

La idea, en sí misma, de una geografía general fundada sobre el encadenamiento de los fenómenos, no podía pasar por nueva; se la había visto salir de la revelación progresiva de las grandes partes del globo. Como se lo ha destacado, tampoco había nada en el sentido que Karl Ritter daba al término Geografía Comparada, que implicaba un orden de investigaciones nuevas, atinente al modo de transformación de los fenómenos: la comparación era para él, sobre todo, un instrumento adecuado para hacer más evidente, por oposición, la individualidad de cada ser. Para Humboldt, que no emplea menos el término y la cosa, era el medio de discernir entre los hechos aquello que ofrecen en común en relación a las leyes terrestres [17]. La originalidad es completa en las consecuencias y en las aplicaciones por las que estos dos grandes espíritus fecundaron un principio ya incorporado a la ciencia.

Humboldt se dedicó, sobre todo, a la coordinación y a la clasificación de los hechos. Aunque infatigable observador, confiesa que prefiere "la ligazón de los hechos ya observados al conocimiento de los hechos aislados, a pesar de que sean nuevos" [18]: opinión que sólo puede explicar un estado de incoherencia todavía muy grande entre las diversas partes de la geografía. Acometió directamente esta incoherencia porque lo que buscaba, sobre todo, era captar la conexión entre fenómenos y las influencias recíprocas que

se intercambian entre las diversas partes del organismo terrestre. Botánico apasionado [19] inocula a la geografía el método de clasificación de las ciencias naturales, pero el principio sobre el cual funda sus tipos de fisonomía vegetal expresa la relación de la planta con el medio físico [20]. La botánica se hace geografía, estudiando lo que en la fisonomía de las formaciones vegetales refleja la altitud, el grado de humedad o de sequedad del aire, etc. En la multiplicidad de temas sobre los cuales ejerce su pensamiento, Humboldt busca siempre constituir el cuadro del conjunto de hechos, seguro de que conociendo su repartición terrestre, las relaciones se presentarán con espontaneidad a la mente. De esta manera, de las observaciones de temperatura que le es posible reunir deduce el trazado de líneas isotermas. Bastará, más tarde, extender este modo de representación a otros fenómenos para componer el Atlas físico del que Berghaus hizo aparecer en 1836 la primera edición bajo la inspiración de Humboldt. Pero por encima de todo, Humboldt posee el don de la expresión, la fórmula contundente que condensa en una palabra, en una frase [21], o en una cifra, una suma considerable de observaciones. La influencia que ha ejercido considerada legítimamente como tan fecunda sobre la geografía, consiste sobre todo en los tipos que creó, en los cuadros metódicos de observaciones que compuso. Así alcanza a movilizar los hechos, a convertirlos en fórmulas corrientes y en datos comparables entre ellos [22].

Entre Ritter y Humboldt, como es natural entre dos hombres cuya vida científica ha sido paralela, hay un fondo de ideas común. Se debe considerar, dice Ritter, que "en el objeto de la geografía, como en todo organismo, la parte no puede ser comprendida más que por el conjunto vivo" [23]. Su obra común la encara como "un esfuerzo para abrazar las energías naturales en su *conexidad*" [24]. Si entre ellas existe una diferencia, la misma no depende de una concepción distinta de las relaciones entre la naturaleza y el hombre. Humboldt no se ha expresado menos netamente que Ritter sobre la conexión íntima entre los órdenes de hechos, físicos y humanos [25]. El pensamiento de excluir el elemento humano de la geografía no habría penetrado en el espíritu de esta generación de los Humboldt y los Cuvier, que fue animada de una tan alta concepción de ideal científico. Sería todavía menos correcto atribuir a Ritter

no sé yo que concepción en la que la geografía no sería más que una suerte de historia sofisticada: "Es la variedad de las formas del suelo —dice él mismo— la que es base de todas las otras" [26].

Pero el poder de la inspiración histórica es una de las originalidades de Ritter. Las palabras "Natur und Geschichte" son dos términos perpetuamente asociados, entre los que gravita sin cesar su pensamiento. Es como parte integrante, y no como anexo, que la obra histórica de la humanidad encuentra lugar en la concepción de la vida terrestre, como el más activo y poderoso de los elementos de transformación y de vida que en ella se manifiestan [27]. No en vano, las investigaciones del orientalismo habían, en su tiempo, hecho retroceder en el pasado los límites de la historia: el Asia se convirtió para él no sólo en la más grandiosa expresión de los contrastes físicos que ofrece la Tierra, sino también en la cuna de nuestras civilizaciones. Y combinando estas dos ideas, muestra cómo de las montañas de Kabul hasta las extremidades occidentales del Mediterráneo, una corriente general, que tiene su principio en los fondos mismos de la naturaleza física de las comarcas, ha empujado hacia el oeste a razas humanas y a plantas, y ha hecho de esta parte del Asia el *Oriente del Mundo* desde el punto de vista de la naturaleza y de la historia [28].

Llevado, por la naturaleza de su obra a hacer sucesivamente en comarcas particulares la aplicación de sus enfoques generales, el autor de *Erdkunde* les dio una forma concreta que agudiza el sentido. Sería difícil comprender todo lo que encierra la idea de posición geográfica (Weltstellung), si Ritter no hubiera mostrado, ubicándose vuelta a vuelta en el punto de vista de cada comarca, por hechos y por ejemplos, qué profunda significación se le atribuye. Por haber descripto analíticamente la India, el Irán, la Palestina, etc. es que no permite que se consideren las diversas partes de la tierra como una yuxtaposición inanimada [29] sino como un hogar recíproco de fuerzas actuantes.

En efecto, el principio de las reacciones que ejercen las diferentes partes de la Tierra, unas sobre otras, giran sobre su naturaleza física. De allí esos análisis pacientes en los que Ritter pasa minuciosamente revista a todos los rasgos físicos adecuados para imprimir un cierto impulso a la actividad de la naturaleza y del

hombre [30]. Toda variedad, toda desigualdad, y con mayor razón todo contraste, son móviles de intercambio, de relaciones y de penetración recíprocas. Las fuerzas por las que la Naturaleza, roto el equilibrio, tiende a restablecerse o por las que, en el orden de los fenómenos humanos, un deseo se despierta, una necesidad es satisfecha, una acción exterior es solicitada, todo esto se pone en movimiento; es que, sería difícil encontrar una palabra capaz de expresar todo lo que implica de significación amplia y variada el término *Augsleichung* que vuelve tan a menudo en la terminología de C. Ritter. Variedad, para él, es sinónimo de vida. Los contrastes, al contacto de los cuales los fenómenos nacen multitudinarios, son como los puntos luminosos hacia los cuales es llevada su atención. Hay casos en los que los ha caracterizado con rasgos magistrales: contraste entre la llanura y la montaña, entre el paisaje de cultivos y el desierto, y sobre todo, lo más grande de todos, eso que es un foco intenso de energías físicas y de relaciones humanas, la zona de encuentro entre las tierras y los mares. Las comarcas donde se combinan en poderío y en número, son incomparables centros de acción: así Grecia, Palestina y esta parte de Asia donde las llanuras del Turan y del Indo se aproximan, al pie de las más altas montañas del globo [31].

III

Uno se siente impulsado a evocar estas ideas y a reconstruir, en la medida de lo posible, su formación y su encadenamiento, primero porque su fecundidad está lejos de haberse agotado y luego porque para la ciencia actual siempre es conveniente reafirmarse. Además, aquellas ideas presentan un interés histórico: llevan la impronta de un momento que es raro, tal como cuando un haz de conocimientos diversos que constituyen una ciencia se mantiene lo bastante estrecho como para que sea posible captar el conjunto. Hasta en el lenguaje que habla la ciencia de entonces, se refleja la impresión de las grandes perspectivas que abarca el espíritu; es con acentos de hierofantes que, a veces, Humboldt y Ritter hablan de las leyes terrestres y de la correspondencia íntima de los fenómenos.

En nuestros días, la ciencia se ha especializado infinitamente. Es por caminos diversos, y a veces sin ningún vínculo entre las diversas disciplinas que contribuyen a la formación de la geografía, que se continúa la encuesta sobre el estudio de la tierra. Muchos de entre los estudiosos que se han consagrado, provenientes de diversas especialidades, eran extraños a las tradiciones de la geografía general y no han podido ser atraídos más que por la fuerza de los hechos a las ideas sobre las cuales ésta se ha fundado.

Si fuera necesaria una demostración contundente de la idea que hemos hallado ya tan nítidamente expresado, de la necesidad de ligar los hechos al conjunto y de la imposibilidad que tiene el detalle de explicarse a sí mismo, no se podría encontrar nada mejor que la que nos provee el progreso de la meteorología. "En los movimientos de la atmósfera ningún lugar puede ser aislado; cada uno actúa sobre su vecino y éste actúa a su vez sobre aquél": quien así habla con el lenguaje de K. Ritter es Dove[32] y su método es aquel al cual ha vinculado fructuosamente el estudio de los climas. Cada día se constata en esta materia que un fenómeno, otrora considerado como producido por causas locales, en realidad es la repercusión de causas más lejanas y más generales de lo que se hubiera creído. No conozco nada que dé una sensación más viva de la solidaridad de las grandes regiones de la tierra, que las cartas del tiempo, cuya iniciativa se remonta a Leverrier, y que ponen debajo de nuestros ojos, día a día, el estado y la marcha de las perturbaciones atmosféricas. Cuando se ve una borrasca formada en los parajes de la Corriente del Golfo, o sobre los grandes lagos de Norte América, abordar Noruega o Irlanda, dirigirse hacia el Báltico, repercutir sobre el golfo de Génova y desencadenar el mistral en el valle del Ródano, parece que se asistiera a una experiencia que hace palpable la conexión entre las regiones terrestres tal como la experiencia de Foucault hace sensible el movimiento de la Tierra.

Los geólogos no nos aportan testimonios menos significativos. La idea de un ordenamiento siguiendo un plan general en los rasgos de la configuración del globo, está expresada por Dana como una suerte de conclusión a todas sus investigaciones[33]. "Yo he sido impulsado —dice— a ver un ordenamiento, en lugar de un laberinto, en las islas del Pacífico, a observar un sistema de analo-

gías[34] en los rasgos de las masas continentales: de esta manera se ha implantado en mi espíritu la concepción de la tierra como una unidad"[35]. Las analogías, desde hace un tan largo tiempo señaladas como un índice de cierto plan general, parecen volver bajo la pluma de los geólogos. "Observamos en todo el mundo —escribe M. J. Geikie— que los rasgos naturales bien marcados, se repiten constantemente". Otros son sorprendidos por un aire de parecido general que flota por encima de las diversidades locales[36].

No cabría otorgar importancia a la expresión actual de estas ideas si no fueran más que la repetición de lo que ya ha sido dicho, a veces en los mismos términos. Pero, mirando más de cerca uno se apercibe que si los términos se asemejan, los puntos de vista difieren. Los geógrafos de la primera parte del siglo buscaban definir y clasificar los hechos conforme a sus caracteres presentes, sin que estos caracteres, fueran vinculados a las causas que los producen. De otra naturaleza son los cotejos intentados por los geólogos o los geógrafos contemporáneos. Cuando, para hacer comparaciones, agrupan los bordes lacustres del Báltico y los paisajes de Minnesota, Finlandia y Labrador, los Alpes y los Himalayas[37], la gran cuenca americana del norte y el Asia Central[38], los fiordos noruegos y los de Alaska, de la Patagonia y de Nueva Zelanda, es que el mismo estudio de las causas de las cuales estos ejemplos son la expresión, conduce a formular tales paralelos. El conocimiento profundizado de los fenómenos propios a la acción glaciar es el que da la clave de las conformidades que se imponen por sí solas a nuestra atención, y que hacen descubrir otras que, de otra manera hubieran permanecido desapercibidas. Desde el momento en que los progresos de la geología han permitido una apreciación más exacta de los efectos que son capaces de ejercer los agentes meteóricos sobre la escultura del relieve, muchos rasgos comunes han quedado explicados y muchos otros revelados.

A la luz de las causas generales cuyo modo de acción se deja apreciar, las afinidades han sido reconocidas en mayor cantidad, al mismo tiempo que mejor fundadas. Los descubrimientos contemporáneos, en Africa o en otras partes, han tenido a bien multiplicar la variedad de los hechos y mostrar otras combinaciones de fisonomía terrestre; nada ha venido a invalidar la idea de unidad, sino

todo lo contrario. Las líneas grandiosas de surcos que nos ha revelado el Africa Oriental han acentuado con un rasgo más neto un orden de hechos que no se conocía más que dentro de una pequeña parte de su área geográfica. El relieve de las regiones áridas ha manifestado semejanzas íntimas en América, Africa y Asia. Cuantas más páginas se vuelven en el estudio de la tierra, más se ve que se trata de hojas de un mismo libro.

Desde este punto de vista yo agregaría que todo un nuevo orden de interrelaciones se abre ante nosotros. Porque la acción del tiempo entra como importante coeficiente en la acción ejercida por las causas naturales. Supuesto que las comarcas estén más o menos avanzadas en su evolución, atraviesan una serie de cambios que se vinculan entre ellos por una suerte de filiación. Unas conservan rasgos que en otras se encuentran ya abolidos. Así se tienen como ejemplares vivos de los mismos fenómenos tomados en diversos estados. Tal es, por ejemplo, la relación entre Escandinavia y Groenlandia. Esta última es como un hijo atrasado que, casi enterrado bajo su *inlandsis* no ha podido librarse todavía de la envoltura glacial, la cual no existe en Noruega más que por jirones o en el estado de formas derivadas.

El desarrollo de estas impresiones, en las cuales podría decirse que se resume una gran parte del movimiento geográfico de este último cuarto de siglo, se saldría del cuadro que nos hemos trazado. Mi único objeto ha sido el de mostrar aquí, como en el último término de sus aplicaciones, esta idea de la unidad terrestre. Allí está, en efecto, una de estas ideas muy generales y muy fecundas que se renuevan sin cesar y son susceptibles de evoluciones muy diferentes, pero de las que se puede decir que transforman la ciencia rectificando la perspectiva de las observaciones. Históricamente su aparición representa el punto de partida de la tradición científica de la geografía; y es por ellas que las nociones de encadenamiento, de causas, de leyes, han sido implantadas.

Una necesidad del espíritu nos impele a traer de nuevo, a un conjunto que lo aclara, el detalle aislado y por sí mismo inexplicable. Los agrupamientos parciales, por regiones o partes del mundo, tienen su sentido y su razón de ser, pero no reflejan más que imperfectamente la sola unidad de orden superior que tenga una

existencia sin fraccionamiento ni restricción. De todas partes vemos manifestarse afinidades que no cuadran con las divisiones tradicionales: tipos de costas que franquean los hemisferios, tipos de climas que alternan al este y al oeste de los continentes, desiertos que reaparecen de un hemisferio al otro según la correspondencia de las zonas. La explicación no pertenece pues más que a la tierra, tomada en su conjunto. Por encima de mil combinaciones que hacen variar hasta el infinito la fisonomía de las comarcas, hay condiciones generales de formas, de movimientos, de extensión, de posición, de intercambios que restablecen sin cesar la imagen de la tierra. Los estudios locales, cuando se inspiran en este principio de generalidad superior, adquieren un sentido y un alcance que supera en mucho el caso particular que enfocan.

[1] *Geschichte der wissenschaftlichen der Griechen*, Leipzig, 1887-93.

[2] Es en nombre de la unidad terrestre que Eratóstenes fractura las divisiones tradicionales de las partes del mundo.

[3] Ptolomeo: *Geografía*, I, 9,4. Cf. Aristóteles: *Tratado del Cielo*, II, 14. Hay algunos pasajes textuales en griego en el original que han sido obviados. [*N. del Tr.*]

[4] Conocieron los monzones de verano entre el Africa y la India aunque no hay ningún índice de que hayan percibido la influencia de estos monzones sobre el clima de la India.

[5] *Resulta de la observación de los astros, no solamente que la Tierra es una esfera sino que esta esfera no es grande.* (Aristóteles, *Tratado del Cielo*, II, 14.)

[6] *Los navíos que van de Acapulco a las Filipinas*, escribe Varenius, *navegan durante sesenta días sin ningún cambio de vela, tan bien que los marineros pueden dormir en paz sin preocuparse del navío, que el viento mismo se encarga de conducir a puerto.* Estos viajes españoles de México a las Filipinas, con retorno a México, se llevaron a cabo durante varios siglos (a partir de 1571) con una regularidad automática: sólo estaba prescripto mantenerse en la zona de los alisios para el trayecto de Acapulco a Manila y, para el regreso, de subir hasta el paralelo de los 35° de latitud norte donde se debían encontrar los vientos del oeste.

[7] *Théorie de la Terre*, I, p. 50, p. 205, etc. (éd. Flourens).

[8] Libro II, aforismo 27 (1620).

[9] K. Ritter: *Uber geographische Stellung und horizontale Ausbreitung der Erdtheile* (1828). (*Einleitung zur allgemeinen vergleichen Geographie und Abhandlungen*, Berlin, 1852.)

[10] Ed. Suess: *Das Antlilz der Ende*, t. I, p. 1.

[11] Quum pars Oceani movetur, totus movetur (C. 14, 2).

[12] *Bernhardi Vareni Geographia generalis, etc., summa cura quam plurimis in locis emendata ...ab Isaaco Newton. Cantabrigiæ, ex officina Joannis Hayes celeberrimæ Acedemiæ Typographi...MDCLXXXI.*

[13] *Histoire et Théorie de la Terre*, tomo I, p. 33.

[14] *Histoire et Théorie de la Terre.* Estas son las expresiones textuales del *Cosmos* de Humboldt (trad. Faye, prefacio p. ii, introducción, p. 34).

[15] Se trata, por supuesto, de la carta en sus rasgos generales, configuración de continentes, lineamientos de las tierras y los mares; porque, hablando estrictamente, no se puede decir que en la época de que se trata estuviera hecha la carta del mundo.

[16] Humboldt (nacido en 1769, muerto en 1859); Ritter (1779-1859). Viajes de Humboldt a América: 1799-1859; viaje a Asia Central: 1845; publicación del *Cosmos*: 1845; y de la *Erdkunde* de K. Ritter: 1817-1859.

[17] Ver en el *Cosmos* el interesante pasaje sobre la determinación numérica de los valores promedios *"que representan lo que hay de constante en los fenómenos variables, y que constituyen la expresión de las leyes físicas"*.

[18] *Reise in die Æquinoctial-Gegenden.* (*Einleitung*, p. 3.)

[19] *Ich liebte die Botanik mit Leidenschaft* (*Reise*, id., ib.).

[20] *Physonomie des plantes*, en los *Tableaux de la nature* (1808).

[21] Varias frases han quedado como fórmulas clásicas; por ahora basta con aludirlas.

[22] La misma preocupación la tenía Ritter: ver *Bemerkungen über Veranschaulichungsmittel raümlicher Verhältnisse bei graphischen Darstellungen durch From und Zahn.* (*Einleitung... und Abhanlungen*, p. 129 y siguientes.)

[23] *Uber das historische Element in der geographischen Wissenschaft* (1833). (*Einleitung...und Abhanlungen*, p. 181.)

[24] *Streben nach Ubersicht der Naturwirkungen in ihrem Zusammenhangen* (*Einleitung zu dem Versuche einer allgemeinen vergleichenden Geographie*, 1818. En *Einleitung...und Abhandlungen*, p. 7.)

[25] *Todo lo que da nacimiento a una variedad cualquiera de formas... imprime un sello particular al estado social* (*Cosmos*, p. 350, de la traducción francesa).

[26] *Erdkunde*, t. II, p. 71 (1832).

[27] *Uber das historische Element*, etc. (1832, *Einleitung...und Abhandlungen*, p. 180).

[28] *Erdkunde*, t. VII, p. 237.

[29] *Das leblose statt des lebendingen ergreifen* (*Über das hist. Element...* incluido en *Einleitung...und Abhanlungen*, p. 180). Cf. el desarrollo de algunas de estas ideas en la *Anthropogeographie* de Fr. Ratzel (t. II, *Einleitung*; ib. ch. 19 et passim).

[30] *Naturimpulsen.*

[31] Ver, entre otros tantos pasajes, *Erdk.*, t. II, p. 74 sq., id., t. VII, p. 353 sq., p. 237, etc. Cf. *Über räumlichen Anordnungen auf der Aussenseite der Erdballs*, etc. (*Einleitung...und Abhandlungen*, p. 240).

[32] Dove: *Die Klimatischen Verhältnisse des preussischen Staates*, t. III, p. 74.

[33] *Deep troughs of the Oceanic depression* (en inglés en el original: *Profundos senos de la depresión oceánica*). En la disposición de las islas y de las profundidades ve los rastros de un sistema de características netas cuyo plan se extiende al conjunto de la tierra, *is worldwide in its scope* (en su alcance es mundial).

[34] *Origin of Coral reefs* (en inglés en el original: *Origen de los arrecifes coralíferos*).

[35] *Fragments of Earth lore* (en inglés en el original: *Fragmentos de sabiduría terráquea*).

[36] Wynne (citado por Penck: *Morphologie*, t. II, p. 201).

[37] Ver, por ejemplo, en Oldham: *Geology of India*, la visión fotográfica de aspecto totalmente "alpestre" del Monte Kichindjinga.

[38] Richthofen: *China*, t. I, ch. 5.

PAUL VIDAL DE LA BLACHE

CARACTERES DISTINTIVOS DE LA GEOGRAFIA

Llamado a hablar delante de un auditorio de futuros profesores formados en métodos científicos, pero que se preparan para diversos tipos de enseñanza, me he preguntado, no sin embarazo, cuál era, entre las cuestiones que despierta un tal sujeto, las que mejor convenían a la circunstancia [1]. He sido sorprendido hasta hacerme reflexionar por los malentendidos que reinan sobre la idea misma de geografía. Dentro del grupo de las ciencias naturales a las que está vinculada sin ninguna duda, la geografía tiene un lugar aparte. Sus afinidades no excluyen sensibles diferencias. Sin embargo, es sobre todo sobre esas diferencias que las ideas carecen de precisión. Me ha parecido que tratando de llevar alguna luz a este lado de las cosas, esto es, sujetándome a especificar lo que distingue la geografía, me conformaría con la intención que preside estas conferencias. La pedagogía es una obra de coordinación y de relaciones; ¿no debe ser considerada como una especie de filosofía abarcando en una vista de conjunto aquello que contribuye a la formación del espíritu?

La geografía es considerada como bebiendo de las mismas fuentes de hechos que la geología, la física, las ciencias naturales y en cierta forma las ciencias sociológicas. Se sirve de nociones de las que algunas son el objeto de estudios profundizados en las ciencias afines. De ahí viene, para decirlo de pasada, el reproche que a veces se le hace de vivir de prestado, de intervenir indiscretamente en el campo de las demás, como si en el dominio de la ciencia hubiera compartimientos reservados. Guardémonos de otorgar a esas críticas más importancia de la que le atribuyen sus propios autores. En realidad, como veremos, la geografía tiene un dominio que le es

[Annales de Géographie (1913), pp. 289-299.]

propio. Lo esencial es considerar qué uso hace de los datos sobre los cuales se practica. ¿Aplica métodos que le pertenecen? ¿Aporta puntos de vista mediante los que las cosas pueden aparecer en una perspectiva especial, que las muestra bajo una luz diferente? Y si la geografía retoma por su cuenta ciertos datos que llevan otra marca no hay nada en esta apropiación que pueda calificarse de anticientífica.

I. La unidad terrestre

La geografía comprende, por definición el conjunto de la Tierra. Fue mérito de los geógrafos-matemáticos de la antigüedad, Eratóstenes, Hiparco, Ptolomeo, el proponer en principio la unidad terrestre[2], hacer prevalecer esta noción por encima de las descripciones empíricas de las comarcas. Es sobre esta base que la geografía ha podido desarrollarse como ciencia. La idea de correspondencia, de solidaridad, entre fenómenos terrestres, ha penetrado de esta manera y tomado cuerpo lentamente pero en forma segura puesto que se trataba de apoyarla sobre hechos y no sobre simples hipótesis. Cuando, a comienzos del siglo XIX Alexander von Humboldt y Karl Ritter iniciaron esto que se llamó la geografía comparada, se guiaron según una visión general del globo; y a título de esto es que su impulso fue fecundo.

Todos los progresos alcanzados en el conocimiento de la Tierra se han coordinado para iluminar mejor este principio de unidad. Si existe un dominio en el cual se manifieste con una claridad soberana es este de las masas líquidas que cubren las tres cuartas partes del globo y del Océano atmosférico que lo envuelve. En los movimientos de la atmósfera, escribe el meteorólogo Dove "ninguna parte puede ser aislada, cada una actúa sobre su vecina". Así es que repercutiendo mutuamente, las borrascas formadas en las costas de Terranova abordan las de Europa occidental y por contragolpe el Norte del Mediterráneo; y si se los pierde de vista enseguida y su marcha escapa a los observatorios no se puede dudar de que la serie de repercusiones continúe. Las partes del Océano se comunican íntimamente por una circulación de fondos y de superficie.

"Quum Oceanus movetur, totus movetur", escribió ya Bernardo Varenius.

La parte sólida del globo no sufre menos la acción de una dinámica general. El conjunto de los hechos tectónicos que las exploraciones internadas en las diversas comarcas de la Tierra han expuesto a la luz, muestra suficiente coordinación como para que Eduardo Suess haya podido edificar sobre ellos una síntesis cuya idea misma tiempo antes hubiera parecido quimérica. El conocimiento de las regiones polares finalmente nos promete nuevos ejemplos de correspondencia y de correlación que aclararán sin duda de una manera novedosa la génesis de los fenómenos.

Esta idea de unidad es común a todas las ciencias que tienen relación con la física terrestre, tanto como a aquellas que estudian la repartición de la vida. El asoleamiento, la evaporación, el calor específico de la tierra y del agua, los cambios de estado del vapor de agua, etc., se aclaran por la comparación recíproca de las diversas partes del globo. La ley de la gravedad domina toda la diversidad de las formas de erosión y de arrastre y se manifiesta de este modo en su plenitud. Todo espacio vivo está en una tensión perpetua de esfuerzos por adquirir o defender un espacio que le permite subsistir y esto sirve de guía al naturalista. El conocimiento de estos hechos que, en órdenes diversos y en grados diferentes contribuyen a fijar la fisonomía de la Tierra resulta de un conjunto de observaciones donde cada parte del globo debe, en la medida de lo posible, aportar su testimonio. Cada ciencia completa en este sentido la tarea que le es propia; pero no puede decir que por eso colme el rol de la geografía: es este rol pues lo que se trata de precisar.

II. La combinación de fenómenos

Yo no sabría nada mejor que tomar prestado del autor de una de las mejores obras que hayan sido publicadas sobre climatología —el profesor J. Hann— los términos de los que se sirve para establecer la distinción entre meteorología y el estudio de los climas. "Este último es de una naturaleza más descriptiva; tiene por objeto proporcionar al lector una imagen tan viva como sea posible de la

acción combinada de todos los fenómenos atmosféricos sobre una parte de la Tierra" [3]. Generalizando esta apreciación podría decirse que la geografía tiene por misión especial la de buscar cómo las leyes físicas o biológicas que rigen al globo se combinan y se modifican aplicándose a las diversas partes de la superficie. De hecho, las sigue en sus combinaciones y sus interferencias. La Tierra les suministra para eso de un campo casi inagotable de observaciones y experiencias. Tiene por tarea especial estudiar las expresiones cambiantes que reviste, según los lugares, la fisonomía de la Tierra.

Destaquemos, antes de ir más lejos, que esta combinación es la forma misma bajo la cual los fenómenos se ofrecen por doquier en la naturaleza. La geografía está solicitada hacia las realidades. "En la naturaleza, ha dicho Buffon, la mayor parte de los efectos dependen de varias causas diferentemente combinadas". Con mayor precisión todavía, el pensador eminente, muy atento a las cosas geográficas que fue Henri Poincaré se expresó así en uno de sus últimos escritos: "El estado del mundo y aún el de una pequeña parte del mundo es algo extremadamente complejo y depende de un muy elevado número de elementos". El acierto de estas impresiones nos conmueve, cualquiera sea la parte del globo que consideremos. El modelo de suelo resulta del conflicto entre las energías que despliegan para el ataque los agentes meteóricos y la fuerza de resistencia que les oponen las rocas; pero este conflicto se ejerce sobre un campo que ya ha sido remanido en el curso de las edades y aún lo es incesantemente siguiendo las modificaciones de los niveles de base y las oscilaciones del clima. Es lo que se llama el clima de una comarca y es un promedio al cual contribuyen la temperatura, la humedad, la luminosidad, los vientos; pero la evaluación de estos elementos diversos no daría más que una idea harto incompleta si no se buscara de qué modo se combinan, no solamente entre ellos sino con el relieve, la orientación, las formas del suelo, la vegetación y aún los cultivos. ¿Se ve, por ejemplo, coincidir la máxima estacional con el máximum de humedad? Todas las características de un cierto tipo de clima, el del Sud del Mediterráneo, emergen delante del espíritu. Otros tipos, con multiplicidad de matices, corresponden por el contrario a diversos regímenes de lluvias de verano.

La diversidad de elementos a considerar no es menor en el dominio de los seres vivos. La vegetación de una comarca es un conjunto compuesto, en el que se distinguen las plantas de diversas proveniencias: unas invasoras, otras refugiadas, otras que son legados de climas anteriores y otras, finalmente, que han seguido a los cultivos del hombre. Todo indica, también a medida que se avanza en el examen y el análisis de las faunas regionales, su carácter compuesto. Migraciones cuyo sentido y data nos escapan a menudo han mezclado las tribus de seres vivos incluidos los hombres; y es de sus residuos que se han formado, sobre las diversas comarcas en las que han podido concentrarse los ocupantes que uno encuentra en ellas. Mientras que las clasificaciones lingüísticas nos dan la ilusión de grandes grupos humanos, los índices que suministran la antropología y la prehistoria están de acuerdo en mostrar la diversidad de las razas que, a la manera de aluviones sucesivos, han formado la mayor parte de nuestros poblamientos.

El análisis de estos elementos, el estudio de sus vínculos y de sus combinaciones componen la trama de toda investigación geográfica. Ya no puede hablarse de una antinomia de principio entre dos suertes de geografía: una que bajo el nombre de geografía general sería la parte verdaderamente científica y la otra que sin otro hilo conductor que una curiosidad superficial se aplicaría a la descripción de las comarcas [4]. De cualquier lado que se lo mire son los mismos hechos generales en sus encadenamientos y correlaciones que nos llaman la atención. Estas causas, si es que se puede utilizar esa palabra ambiciosa, engendran combinándose las variedades sobre las que el geógrafo trabaja: sea que se proponga determinar tipos de climas, de forma de suelo, de habitat, etc. como sucede cuando trata la geografía general; sea que se esfuerce en caracterizar las comarcas, y hasta de pintarlas, porque lo pintoresco no le está prohibido.

III. Las superficies

El campo de estudio por excelencia de la geografía es la superficie; es decir, el conjunto de los fenómenos que se producen en la zona de contacto entre las masas sólidas, líquidas y gaseosas que

constituyen el planeta. Este contacto es el principio de fenómenos innumerables de los cuales algunos aún ahora todavía son casi insospechados; actúa como un reactivo para evidenciar las energías terrestres. La columna de aire se modifica sin cesar en contacto con superficies sólidas o líquidas; y el vapor de agua, transportado como consecuencia de esas oscilaciones acrece, se condensa o se precipita siguiendo el estado térmico de las superficies que encuentra. El suelo es el blanco de los meteoros, no sólo de los ataques de viva fuerza, sino de los intentos por infiltración. Su epidermis se endurece, o bien se descompone en su contacto. El aire y el agua penetran entonces en su textura muelle; y la tierra se convierte, siguiendo la expresión de Berthelot, en una cosa viva. Los fermentos y las bacterias entran en movimiento; el anhídrido carbónico disuelve los fosfatos, la cal, el potasio, y otros ingredientes que entran en el cuerpo de las plantas y que se elaboran en ellas bajo la acción de la luz, para servir de alimento a otros seres vivos.

Sin duda el interior de la Tierra es la sede de otros fenómenos de transformación de alcance incalculable. La geografía, en todo caso, no está más que indirectamente interesada en ellos. Si es casi seguro que los pliegues y las fallas (renversement) que asumen un aspecto tan cautivante en determinadas cadenas montañosas, se han formado en profundidad bajo el esfuerzo de presiones y contracciones enormes, esta obra subterránea no se transforma en un objeto geográfico más que cuando por la acción combinada de los levantamientos y de las denudaciones aparece en la superficie. Es entonces que ocupa su lugar en el relieve, se asocia a otras formas del suelo, influencia sobre el modelado de lo que la rodea; se hace uno de los más poderosos centros de acción sobre el clima, la hidrografía, la vegetación y los hombres.

Entre las superficies que estudia la geografía, las de la litosfera tienen la ventaja de conservar más o menos la impronta de las modificaciones sufridas desde su emersión. Desde ese aspecto presentan un interés particular y abren todo un abanico de enseñanzas. Es como un cuadro de registro, sobre el cual el estado presente de las formas muestra la continuación de los estados anteriores. A través de las formas que pertenecen al presente ciclo de evolución se disciernen lineamientos de aquellas que han precedido. A menu-

do subsisten, bastante netas como para que se distinga hasta qué grado de evolución habrían llegado las formas del suelo, debidas a acciones de idéntica naturaleza que las que operan bajo nuestros ojos cuando un nuevo ciclo de erosión se inicia. En el encadenamiento de las edades es naturalmente el eslabón más próximo, el antecedente inmediato el que ha sufrido menos el desgaste. Más bien se transforma antes que ser abolido. La obra del pasado persiste a través del presente como la materia sobre la cual se ejercen las fuerzas actuales. A partir de entonces estamos en plena geografía.

En las comarcas que habían invadido los glaciares cuaternarios, los cursos de agua no han terminado de despejar los residuos que ellos mismos habían acumulado. Algunos buscan todavía su lecho a través de materiales con los cuales forman aluviones. Los valles en los que el clima más húmedo había surcado el Sahara son, aparentemente al menos, formas fósiles: no obstante, ejercen una influencia sensible sobre las fuentes, los pozos, la vegetación y el viento apoderándose de sus aluviones arenosos y encuentra los materiales de las dunas que edifica.

El aspecto de la superficie sólida se descubre, de esta manera, como el resultado de modificaciones sin cesar rehechas de edad en edad; representa una continuación y no un estado alcanzado de golpe y permanente. Las formas actuales no son inteligibles más que si se las encara en la sucesión de la cual forman parte. ¿Cómo explicar, por ejemplo, sin recurrir a la consideración de un régimen de pendientes anterior, la dirección tan paradójica en apariencia de estos ríos que atraviesan, en lugar de contornear, los obstáculos que parecen oponérseles a su paso? Todo ello permanecía enigmático, tanto que esta noción de evolución de las formas que es la clave, no había penetrado en la ciencia con la ayuda de la comparación y del análisis.

IV. La fuerza del medio y la adaptación

Si uno se aviene a ubicarse en el estado de espíritu del geógrafo se encuentra enfrentado a factores de orden diverso, de proveniencia heterogénea, y formando entre ellos combinaciones múlti-

ples; uno siente que el equilibrio que resulta de esas combinaciones no tiene nada absolutamente de estable, que está a merced de modificaciones a las que la multiplicidad de factores abre un amplio margen. Uno puede preguntarse en donde se encuentra un principio director que permita edificar sobre este terreno en apariencia movedizo, métodos que se conserven y tentar ensayos coordinados de descripciones terrestres.

Recurramos una vez más a la observación. Lo que la observación y el análisis encuentran sobre estas superficies donde se imprimen los fenómenos, no son casos aislados, rasgos incoherentes, sino grupos de formas que obedecen a una acción de conjunto, ligados por afinidades y que trabajan de consuno en eliminar de la superficie aquello que ya no conviene más a las condiciones actuales. Allí donde los cursos de agua no tienen la fuerza de arrastrar los vestigios de destrucción de las rocas, el aspecto entero del modelado lleva consigo el sello de esta impotencia: estrechas riberas terrosas encajonando los thalwegs, grandes superficies unidas por encima de las cuales emergen aquí y allá cúspides cónicas, componen con una diversidad de rasgos que sin embargo convergen, el conjunto clásico del paisaje de región árida. El contraste es completo con el mundo de las formas que pueblan la superifcie, cuando la obra de un despeje avanzado ha modelado los flancos de los valles, puesto al desnudo las vertientes de las montañas, disecado y modificado los planos. Allí donde los glaciares han pasado, subsiste, por lo menos provisoriamente, este conjunto caótico de montículos y de lagos que se llama paisaje *morénico*. El nombre de *aparato litoral* caracteriza una afluencia de formas que, variadas en sí mismas, apenas aparecen unas sin las otras: aquí los fiordos sobrelevados de los lagos interiores y prolongados hacia el mar por este borde despedazado de islas y de escollos que los escandinavos han llamado *Skiärgaard*; allá, la hilera uniforme de lagunas, barras fluviales y cordones litorales. Cada uno de estos tipos se compone de formas en recíproca dependencia.

Así también es la fisonomía de la vegetación. No es el olivo el que personifica solamente la vegetación mediterránea, lo mismo que una golondrina tampoco hace verano. Lo que esta expresión de Mediterráneo evoca, es una multitud de plantas cuyas formas

han, por su variedad, excitado la imitación artística, pero coexistiendo no obstante dentro de un conjunto que el lenguaje popular designa bajo el nombre de *maquis, garigues* u otros. Es una de las asociaciones características que distingue a la ciencia botánica.

Por doquier encontramos expresiones colectivas, unas populares, otras científicas, que corresponden a estos hechos de la observación. Debería ser suficiente para advertirnos que existe un lazo común entre los diversos elementos de los cuales hemos reconocido su complejidad. ¿De qué está formado este lazo? Es por esta pregunta que somos llevados hacia la noción de medio; noción cuya apariencia vaga ha dado lugar a mucho abuso pero que, por poco que se la escarbe, se exhibe plena de enseñanzas.

En un sentido puede decirse que es el clima el que decide acerca de la preponderancia de las formas de despeje y de denudación. Pero la explicación es harto sumaria y esta palabra no rinde debida cuenta, adecuada y completa, de los fenómenos. En efecto, vemos que las formas mismas buscan de organizarse entre ellas y de alcanzar un cierto equilibrio. Aquí con la ayuda del viento, allá con la ayuda de los cursos de agua, trabajan conforme a un plan y por un fin determinado; poco importa por lo demás que ellas lo logren o que sean contrarrestadas en el camino. Las dunas y las arenas se alinean siguiendo una geometría; completan una obra de nivelación. Cada flecha se alarga en el sentido de su vecina y tiende a ponerse de acuerdo con aquella que la enfrenta. El barranco que nacido de un arroyuelo roza el flanco de una montaña, trasiega un haz de arroyuelos semejantes; y cuando de este conjunto se forma un curso de agua, este trabaja de consuno con sus afines para adaptar su perfil siguiendo un nivel de base común.

Si en el mundo de las formas inanimadas los rasgos se coordinan, esta adaptación recíproca no es menos sensible entre los seres vivos, aunque se ejerza de un modo diferente. Las plantas que pueblan una comarca, los animales a los que estas plantas sirven de alimento y hasta cierto punto aún los grupos humanos que hallan en este ambiente, este "*environment*" para decirlo a la manera inglesa, el principio de un género de vida, se componen de elementos dispares. Dentro de las asociaciones vegetales entran las especies de la más diversa proveniencia y forma. Pero por encima de estas

diferencias domina una tonalidad general [5]: las plantas se organizan fisiológicamente, para acomodarse a las influencias ambientes se revisten de un ropaje común según la altitud, las intemperies, la sequedad, el calor húmedo. No solamente modifican procedimientos diversos y a veces inesperados siguiendo sus órganos exteriores sino que se combinan entre ellas de manera que se reparten el espacio. En esos agrupamientos que tienen el aspecto normal bajo el cual se presenta y se graba en nuestros ojos la fisonomía del paisaje, cada planta está dispuesta con sus vecinas para tener su parte de suelo, de luz y de alimento. Los seres vienen a asociarse y a unirse "encontrando ventaja y provecho en las condiciones determinadas por la presencia de otras" [6].

Un bosque es una suerte de ser colectivo donde coexisten en una armonía provisoria y no a prueba de cambios, árboles, vegetales no-arbóreos, hongos y una multitud de huéspedes igualmente atraídos, insectos, termitas, hormigas. Así las cosas se presentan a nosotros en grupos organizados, en asociaciones regidas por un equilibrio que el hombre desarregla incesantemente o, según los casos, endereza metiendo su mano.

La idea de medio, en estas expresiones diversas, se precisa como correlativa y sinónimo de adaptación. Se manifiesta por series de fenómenos que se encadenan entre ellos y se ponen en movimiento por causas generales. Es por esa idea de medio que incesantemente nos lleva a estas causas de clima, de estructura, de competencia vital, que hacen oscilar a una multitud de actividades especiales de las formas y de los seres.

V. El método descriptivo

Por lo que se ha dicho se está en condiciones de juzgar qué importante es el rol que juega en todo esto la descripción. La geografía se distingue como ciencia esencialmente descriptiva. No, por cierto, que renuncie a la explicación: el estudio de las relaciones entre fenómenos, su encadenamiento, su evolución, son algunos de los caminos que llevan a aquélla. Pero ese mismo objeto la obliga, más que a ninguna otra ciencia, a seguir minuciosamente el método descriptivo. Una de las tareas principales, ¿no es acaso, localizar

los diversos órdenes de hechos que le conciernen, determinar exactamente la posición que ocupan y el área que abarcan? Ningún índice, ningún matiz siquiera podría pasar desapercibido; cada uno tiene su valor geográfico, sea como dependencia, sea como factor, en el conjunto que se trata de hacer sensible. Es preciso tomar sobre el hecho cada una de las circunstancias que los caracterizan y efectuar un balance exacto de ellas. En el rico teclado de formas que la naturaleza presenta a nuestros ojos, las condiciones son tan diversas, tan entrecruzadas, tan complejas que corren el riesgo de escapar a quien crea demasiado prematuramente haberlas captado. Dos escollos son particularmente temibles: las fórmulas demasiado simples y rígidas entre las cuales se deslicen los hechos y las fórmulas a tal punto múltiples que se sumen más a la nomenclatura que a la claridad. Describir, definir y clasificar para de allí en adelante deducir son operaciones que lógicamente no se discuten; pero los fenómenos naturales de orden geográfico no se pliegan con una diligencia siempre dócil a las categorías del espíritu.

La descripción geográfica debe ser flexible y variada como su objeto mismo. A menudo se beneficia de la terminología popular; habiendo esta sido formada en estrecho contacto con la naturaleza, tal designación capta en vivo, tal dicho rural o proverbio pueden abrirnos un panorama sobre una relación, una periodicidad, una coincidencia, todas cosas que se exigen de la geografía. No es sin razón que en los libros o memorias geográficas representaciones figuradas tiene más y más lugar. El dibujo, la fotografía entran a título de comentarios en la descripción. Las figuras esquemáticas tienen su utilidad como instrumento de demostración. Pero nada vale tanto como el dibujo como medio de análisis para acercarse más a la realidad y, también como control de esas observaciones directas que hoy día encuentran la ocasión frecuente de ejercerse. El hábito de estas lecciones itinerantes es entre nosotros, una de las más destacables conquistas pedagógicas de estos últimos años. Es la escuela de aire libre, más higiénica y más eficaz que cualquier otra. Elige por anticipado sus textos, o sea, los paisajes donde se recoge, en una perspectiva más fácil de captar, este conjunto de rasgos que graban en el espíritu del geógrafo la idea de comarca o de región.

VI. La geografía y la historia

No hace falta decir que en esta fisonomía el hombre, directa o indirectamente, por su presencia, por sus obras o por el contragolpe de sus obras se impone siempre a la atención. También él es un agente poderoso que trabaja en la modificación de las superficies. Se coloca título de tal entre los factores geográficos de primer orden. Su obra sobre la tierra es ya larga; existen pocas partes que no lleven los estigmas. Se puede decir que de él depende el equilibrio actual del mundo vivo.

Otro asunto es el saber qué influencia han ejercido las condiciones geográficas en su destino y en su historia. No puedo aquí más que rozar este punto importante. La historia y la geografía son dos antiguas compañeras que durante largo tiempo han caminado juntas y que como sucede a viejos conocidos han perdido el hábito de discernir las diferencias que las separan. Lejos de mí la intención de alterar la armonía de esa pareja. Sin embargo, es útil que continuando la prestación de servicios mutuos tengan clara conciencia de las divergencias que existen en el punto de partida y en sus métodos. La geografía es la ciencia de los lugares y no de los hombres; se interesa en los eventos de la historia en tanto pone en ejecución y a la luz, en las comarcas en las que se producen, propiedades, virtualidades que sin ellos hubieran permanecido latentes.

La historia de Inglaterra es insular, la de Francia es tironeada entre el mar y el continente; el dedo de la geografía está impreso sobre cada una de ellas. Estos encadenamientos históricos tienen su lugar en la evolución de los hechos terrestres; ¡pero qué limitado es el período de tiempo que abrazan! Es una especie de perogrullada oponer la brevedad de la vida humana a la duración que exige la naturaleza para sus menores cambios: pero de todas maneras, ¡cuán pocas generaciones serían suficientes poner una detrás de otra para alcanzar el extremo más allá del cual no hay más testimonio histórico y aún, puesto que la historia se resume en grandes esfuerzos colectivos, donde no hay más historia! El estudio de la evolución de los fenómenos terrestres supone el empleo de una cronología que difiere esencialmente de la de la historia. Uno lo olvida

facilmente. Lo que por ejemplo sucede delante del espectáculo de civilizaciones decaídas que uno se pregunta por la explicación de esas decadencias y de esas ruinas por los cambios de clima. Seguramente ha habido tales cambios desde la época cuaternaria; pero ¿pueden aplicarse sus efectos a la historia humana? Uno queda inquieto delante de tales hipótesis cuyo defecto menor no es desviar la cuestión y cerrar la puerta a las investigaciones que tomando a la historia como base no hubieran sin duda dicho su última palabra.

Es hora de concluir. Durante mucho tiempo hemos conocido la geografía insegura de su objeto y de sus métodos, oscilando entre la geología y la historia. Estos tiempos han sido superados. Lo que la geografía a cambio del auxilio que recibe de las otras ciencias puede aportar al tesoro común es la aptitud de no fragmentar lo que la naturaleza reúne, a comprender la correspondencia y la correlación de los hechos, sea en el medio terrestre que los envuelve a todos, sea en los medios regionales donde se localizan. Hay allí, sin ninguna duda, un beneficio intelectual que se puede extender a todas las aplicaciones del espíritu. Al volver a trazar los caminos por los que la geografía ha llegado a aclarar su fin y a afirmar sus métodos, se reconoce que ha sido guiada por el deseo de observar más y más atentamente las realidades naturales. Este método ha dado sus frutos; lo esencial es conservarlos y continuar.

[1] Esta conferencia forma parte de una serie de lecciones pedagógicas dictadas este año en la Escuela Normal Superior.

[2] Sobre este punto de vista he insistido en el artículo titulado: "El principio de la geografía general" (*Annales de Géographie*, V, 1895-1896, p. 129-142).

[3] Julius Hann: *Handbuch der Klimatologie*, 8d, I, Dritte Aufl. Stuttgart, 1908.

[4] Antinomia que a menudo ha sido alegada a partir de que *Varenius* la expresara por primera vez, en 1650, en su *Geographia generalis*.

[5] Ver las ilustraciones contenidas en la publicación de G. Karsten y H. Schenck: *Vegetationsbilder*.

[6] Ver Ch. Flahault: *La nomenclature de la géographie botanique* (Annales de Geographie, X, 1901, p. 260-265).

ALFRED HETTNER

LA ESENCIA Y LAS FUNCIONES DE LA GEOGRAFIA [1]

1. El sistema de las ciencias [2]

Numerosos y muy calificados investigadores consideran inútil y casi como una diversión a todo tipo de reflexiones metodológicas sobre las tareas y los límites de las ciencias individuales. Opinan que la sistematización de las ciencias tiene una importancia sólo formal, casi únicamente estética, siendo indiferente para el cultivo de las mismas ciencias. Esta opinión, unilateral y de corta mira, es un resto de otros tiempos, cuando el espíritu filosófico estaba completamente extinguido y sólo se apreciaba el trabajo meramente científico, e incluso éste, únicamente para fines prácticos. Aplicándole hasta sus últimas consecuencias, lleva a abandonar la necesaria división científica del trabajo, desperdiciando fuerzas. El investigador puede, por cierto, saltar los límites trazados entre las diversas ciencias, trabajando quizás con más éxito precisamente en los terrenos fronterizos; pero si no quiere perderse en una maraña sin límites ni sacrificar toda la estructura intelectual, **debe partir, en la exposición y enseñanza de toda ciencia,** de puntos de vista determinados, propios y exclusivos de la misma, y diversos de los de otras ciencias. La ciencia es una en su totalidad, pero su creciente extensión ha determinado hace tiempo su división y separación. Entre las diversas ciencias no debe existir una muralla china que impida todo tipo de comunicación entre las mismas; pero cada una debe poseer su contenido propio y exclusivo, trabajarlo con métodos propios y precisos y enseñarlo de una manera determinada y privativa de la misma. La determinación de este campo de investigación y enseñanza no debe

---

[Fragmento de la obra *Die Geographie, ihre Geschichte, ihr Wesen und ihre Methoden*, Breslau, 1927 (Libro Segundo).]

quedar librada al azar, sino que debe definirse mediante la metodología científica.

La sistematización de las ciencias constituye en sí misma una tarea de la filosofía de las ciencias, pero también las ciencias particulares tienen el máximo interés en resolver esta cuestión, en la cual deben colaborar, pues sólo ellas pueden juzgar con claridad su objeto propio y su esencia particular.

No han faltado tentativas para determinar la esencia, objetivo y ubicación de la geografía dentro del sistema de las ciencias. Particularmente en la época de su reforma, cuando se dejó de lado la concepción unilateral, antropocéntrica y teleológica de Ritter y se aceptó estudiar regionalmente a la naturaleza, apareció una verdadera oleada de tratados metodológicos —algunos escritos por especialistas idóneos y los más por incompetentes dilettantes— que pretendían señalar el camino a la nueva ciencia [3].

Estos trabajos eran de índole diversa. Algunos pretendían determinar de un modo lógico la esencia de la geografía, pero al carecer de conocimientos especializados y quedarse en la superficie, llegaban a definiciones que estaban en contradicción con la evolución histórica de la ciencia y que no aportaban nada positivo a las necesidades reales de la división científica del trabajo. Su congruencia era sólo posible gracias a una saludable carencia de ilación.

La mayoría de las definiciones de origen filosófico de la geografía tampoco concuerdan con la evolución real de la misma. En tiempos recientes se han vuelto a realizar lamentablemente tales tentativas, que sólo han introducido confusión. Por otra parte, existen conceptos derivados de la evolución histórica de la geografía, pero que carecen de una ubicación firme en el sistema lógico de las ciencias. Si aquéllos están condenados de antemano a la esterilidad, perjudicando así el progreso científico, éstos están desprovistos además del poder de convicción lógica. El problema estará recién resuelto, cuando se haya demostrado la justificación lógica del nacimiento histórico de esta ciencia, así como determinado su relación con el resto de las ciencias y la peculiaridad de sus métodos científicos.

Las necesidades de la vida práctica no pueden decidir sobre

el tema de la división de la ciencia. La praxis se procura el material científico que necesita, y también los institutos de enseñanza con fines prácticos específicos, como por ejemplo, las escuelas comerciales y de guerra, eligen su material didáctico conforme a las necesidades propias de la profesión de sus alumnos. Pero, para la ciencia en general, sólo entran en consideración criterios intrínsecos; únicamente el contenido de la ciencia como tal puede ser decisivo. Durante mucho tiempo, la geografía sólo fue una disciplina práctica o aplicada, pero con el tiempo se convirtió en una ciencia pura. Esto quería significar Karl Ritter con la expresión geografía "general" o "Erdkunde", y si nosotros utilizamos ahora el término "general" con otro significado, no se ha perdido sin embargo aquella idea: la geografía es una ciencia pura que debe fundamentarse en principios únicamente científicos y en la independencia y coherencia intrínseca de su contenido.

Al revés de lo que comúnmente se piensa, el criterio decisivo no es la investigación sino la enseñanza; no el método, sino el contenido del conocimiento. Algunas ciencias, por ejemplo la geología, proceden ciertamente de determinados métodos de investigación; pero también ellas se van transformando cada vez más en dirección hacia un determinado contenido del conocimiento: de la ciencia del martillo, que golpea y examina las rocas, la geología se va transformando en la historia de la Tierra, a cuyo servicio se ponen los conocimientos sobre rocas y fósiles. En la misma investigación es peligroso restringirse a determinados métodos. La ciencia no ha progresado ciertamente porque los geólogos hayan fundamentado el estudio de las terrazas de los valles sólo en el examen de los cantos rodados y, numerosos morfólogos, únicamente en el análisis de las formas. Sólo la unión de ambos métodos posibilita un mejor conocimiento. Y aún más que para investigaciones aisladas, debe decirse lo mismo para la totalidad de un área del saber. Nuestro objetivo final es siempre conocer los hechos de determinadas áreas; pero a éstas sólo excepcionalmente se accede mediante un único método investigativo, sino que requieren las más de las veces la aplicación de diversos métodos.

Por otra parte, se ha pretendido fundamentar la división de las ciencias en sus métodos lógicos. Dos prominentes filósofos,

Windelband y Rickert han distinguido entre las ciencias nomotéticas y las idiográficas, o con otras palabras, ciencias de leyes y ciencias de acontecimientos, o ciencias naturales y ciencias culturales. El conocimiento en las primeras es genérico y orientado a la cognición de leyes; en las segundas, es individual y busca conocer lo valioso dentro de lo particular [4]. La división, por cierto, no es terminante, antes bien ambos métodos lógicos se entrecruzan en varias ciencias. De cualquier manera, Rickert deriva de la misma el dualismo de geografía física y geografía humana [5]. En posteriores consideraciones sobre la formación de conceptos y juicios geográficos examinaremos si es correcta esta división de métodos lógicos y si tiene aplicación en la geografía; aquí sólo se trata de saber si es un criterio decisivo para clasificar y delimitar las ciencias, lo cual negamos. Una clasificación conforme a la misma resultaría completamente distinta de la real separación y delimitación de la ciencia, tal como se ha desarrollado históricamente. Separaría conceptos que son solidarios en razón de su contenido. El mismo Rickert aclaró después haber sido malentendido [6], explicando que su división no pretende obtener la real clasificación de las ciencias, lo cual es un hecho meramente histórico. Sólo debemos agregar que el desarrollo histórico no es casual ni arbitrario, sino que tiene su profunda e intrínseca razón lógica, aunque no en sentido estricto.

La división real de las ciencias responde a los objetos. Pero también aquí pueden seguirse diversos caminos.

Antiguamente se fundamentaba el sistema de las ciencias exclusivamente en la afinidad o diversidad objetiva de los objetos como tales, clasificándolas conforme a sus relaciones con éstos. Lo mismo realizan aún hoy numerosos sistematizadores ingenuos, que parten de las ciencias particulares, sin tomarse la molestia de mirar en su entorno el sistema de las ciencias. Los filósofos sistematizadores han superado, sin embargo, esa concepción estrecha y parcial, reconociendo la unilateralidad de interpretar las cosas desde el punto de vista de sus relaciones objetivas, y la posibilidad y necesidad de tomar otros puntos de vista que originan ciencias especiales. Sin embargo, no han llevado a sus últimas consecuencias esta nueva interpretación, pasando por alto preci-

samente el punto de vista decisivo para la clasificación lógica de la geografía. Generalmente han sido atraídos por la definición —a primera vista, tan obvia— que la geografía es la ciencia de la Tierra, incluyéndola de tal modo en su sistema y dejando así totalmente de lado a la geografía humana; varios, incluso, no han aceptado la geografía en general como una ciencia unitaria, repartiéndola entre diversas divisiones de su sistema. No han captado aún, por consiguiente, la real clasificación de las ciencias, debiendo ser completada su interpretación.

La primera división fundamental dentro de las ciencias teóricas de la experiencia —de las cuales se trata aquí únicamente— es la distinción muy bien señalada primeramente por Comte, entre ciencias abstractas y concretas. Esta distinción no significa, por supuesto, que aquéllas tengan que ver con objetos menos concretos —en el sentido de reales, corporales y perceptibles sensorialmente— que éstas, sino que las ciencias abstractas despojan a los objetos de todas sus características especiales e individuales, examinando únicamente los fenómenos o propiedades generales como tales y cada uno en sí mismo —por ejemplo, la gravedad, la luz, el magnetismo, la naturaleza material, los fenómenos anímicos— sin prestar atención a su pertenencia a un determinado reino de la naturaleza y a sus relaciones espacio-temporales. Las ciencias concretas, por el contrario, interpretan siempre los fenómenos y estados generales como propiedades de determinados cuerpos. La distinción no es tajante, sin embargo. Antes bien, existe una gradación desde las ciencias totalmente abstractas —la matemática como ciencia pura de la forma, la física, la química y la psicología— pasando por las ciencias que tienen en cuenta ciertas características especiales propias de la pertenencia común a uno de los grandes reinos de la naturaleza o del espíritu —por ejemplo, la mineralogía general, la botánica general, la fisiología, la sociología, la economía política general— hasta las ciencias concretas orientadas a los conceptos particulares, individuales y colectivos.

Las ciencias concretas se dividen en el conocimiento de la realidad misma, conforme a la variedad de sus propiedades objetivas y a su diversidad espacio-temporal. La realidad es como

un espacio tridimensional, que debemos considerar desde tres puntos de vista distintos, para captarlo íntegramente; la consideración de cada punto por separado es unilateral y no agota la realidad. Desde un punto de vista observamos las relaciones de afinidad; desde el segundo, el desarrollo en el tiempo y, desde el tercero, su ordenamiento y distribución en el espacio. La realidad no se puede captar totalmente en las ciencias sistemáticas o de cosas, como aún creen muchos especialistas metodológicos. Con razón pues, se ha fundamentado la legitimidad de las ciencias históricas en la necesidad de una interpretación especial del desarrollo en el tiempo. Pero incluso así la ciencia continúa siendo bidimensional. No la conocemos aún en su totalidad, si prescindimos del tercer punto de vista, de la distribución y ordenamiento en el espacio.

Ya Kant expresó pertinentemente esta idea en sus "Lecciones de Geografía Física" [7]. "Pero podemos ubicar nuestros conocimientos empíricos ya sea entre los conceptos, ya sea en el espacio y en el tiempo, donde se encuentran realmente. La primera división —conceptual— es la lógica [8] y la espacio-temporal es la física. Por la primera obtenemos un sistema de la naturaleza, como por ejemplo, el de Linneo; por la segunda, por el contrario, una descripción geográfica de la naturaleza".

Esta idea es luego explicitada: "Podemos llamar también a ambas una descripción, pero distinguiendo: la historia es una descripción según el tiempo, la geografía, según el espacio. La historia concierne los hechos sucedidos consecutivamente en el tiempo. A la geografía atañen los fenómenos que suceden simultáneamente en el espacio". "La Historia es una información de hechos sucesivos, relacionados en el tiempo. La Geografía es una información de hechos que suceden simultáneamente en el espacio. La historia es una narración, la geografía una descripción".

Una gran parte —quizás la mayoría— de las ciencias concretas, que pueden llamarse ciencias sistemáticas, dejan en segundo plano las circunstancias espacio-temporales, encontrando su unidad en la similitud o afinidad objetiva de sus objetos. La distinción habitual entre ciencias de la naturaleza y del espíritu es una clasificación sistemática de ese tipo. Entre las ciencias

naturales se han desarrollado como ciencias especiales, en primer lugar, las ciencias de los minerales y de las rocas (mineralogía y petrografía), de las plantas (botánica) y de los animales (zoología) y junto a las mismas, por razones extrínsecas, la ciencia de los animales y plantas fósiles de la antigüedad (paleontología). Sólo luego han aparecido disciplinas especiales para el estudio de la Tierra y de su área de fenómenos. Ciencias sistemáticas del espíritu son, entre otras, la lingüística, la religión, la política y la economía. Pero aquí se entrecruza con los principios de la división sistemática otro principio clasificador, que representa la transición a los otros dos grupos principales de las ciencias concretas: de la diversidad de idiomas y culturas resultan las variadas filologías —cuyo objeto no son meramente los idiomas, sino toda la vida espiritual de los pueblos— y la etnología, que casi se podría designar como una filología física de los pueblos.

Para las ciencias históricas, las relaciones objetivas de sus objetos son secundarias. Antes bien, su consideración unifica una cantidad de objetos que pertenecen a sistemas totalmente diversos, unificados en el punto de vista del transcurso temporal de las cosas. Si éstas se sucediesen por pura casualidad y las diversas series de fenómenos fuesen independientes entre sí, la ciencia podría contentarse con la consideración sistemática. Pero la conexión entre las diversas épocas, que expresamos por el término desarrollo, y la relación dentro de la misma época hacen necesaria una especial consideración histórica. Las consideraciones sobre el desarrollo de una serie de fenómenos individuales, que sólo toman por consiguiente en consideración a uno de ambos puntos de vista mencionados, como, por ejemplo, la historia del mundo animal o la historia del arte o de la literatura o de la constitución, ocupan un lugar intermedio entre las ciencias sistemáticas y las históricas. Las ciencias propiamente históricas abarcan todo el mundo de los fenómenos. Se dividen en tres ciencias diversas. La primera es la historia de la Tierra, o geología histórica, que no es de ningún modo únicamente una historia de la corteza terrestre o tierra firme, sino al mismo tiempo, del clima y del mundo animal y vegetal. La segunda es la prehistoria, que fue mucho tiempo una ciencia sistemática, pero en virtud de la periodización de los

descubrimientos gracias a las recientes investigaciones ha obtenido realmente un carácter histórico. La tercera es la historia a secas, o historia de la humanidad cultural, que recientemente ha comenzado a superar tanto la parcial limitación al círculo cultural europeo y del Asia Menor como la también unilateral restricción a los acontecimiento políticos y lucha todavía por perfeccionar un método para la historia universal.

Con el mismo derecho que el desarrollo en el tiempo, la ubicación de las cosas en el espacio exige una consideración especial. Junto a las ciencias sistemáticas u objetivas y a las cronologías o histórico-temporales, deben ubicarse las ciencias del espacio o corológicas, que son dos. Una se ocupa del ordenamiento de las cosas en el espacio: la astronomía, considerada sin razón como una mecánica aplicada, es decir, como una ciencia de leyes abstractas, mientras su objeto propio está constituido por la constelación real de todos los astros y las características de cada astro en conexión causal con aquélla.

La otra es la ciencia del ordenamiento espacial de la Tierra, o podemos decir igualmente, puesto que no conocemos el interior del globo, sobre la superficie terrestre. Si no existiesen relaciones causales entre diversos lugares de la tierra y los diversos fenómenos en un mismo lugar fuesen independientes entre sí, no habría ninguna necesidad de una interpretación corológica especial; pero puesto que existen tales relaciones, que no están contempladas o sólo muy de paso por las ciencias sistemáticas y las históricas, se hace necesaria una ciencia corológica especial de la tierra o de la superficie terrestre.

La consideración del desarrollo histórico de la geografía nos ha mostrado que hoy, salvo algunas pequeñas excepciones, se enfrentan dos interpretaciones principales de la geografía: por un lado, su interpretación como una geografía general o ciencia de la tierra, donde la geografía general prima sobre la geografía especial o geografía regional, ocupando ésta una mínima extensión dentro de la geografía, y sólo en virtud de una inconsecuencia. Por otra parte, la interpretación de la geografía como la ciencia de la superficie terrestre en su diversa formación, en la que la geografía regional ocupa el primer plano, mientras la geografía general tiene

la significación de una geografía regional comparada. Mientras la sistematización de las ciencias usó como criterio de clasificación sólo el punto de vista de la diversidad objetiva de los objetos, la geografía sólo fue reconocida como una ciencia general de la Tierra. Pero una consideración completa del sistema de las ciencias señala la unilateralidad de ese punto de vista, demostrando que la consideración cronológica o histórica y la corológica o espacial tienen los mismos derechos que la consideración sistemática u objetiva y, por consiguiente, una ciencia corológica de la superficie terrestre tiene no sólo derecho a la existencia, sino que constituye una exigencia dentro de una sistematización completa de las ciencias. Esta interpretación se presenta no sólo con el mayor derecho histórico, sino también con igual o mayor derecho lógico.

2. ¿Es posible una ciencia general de la Tierra?

Las definiciones lógico-apriorísticas de la geografía suelen partir del nombre de la ciencia, relegándose el viejo nombre de "geografía" o descripción de la Tierra, en beneficio del nombre "Erdkunde" —"ciencia de la Tierra"— en parte por razones idiomáticas, y en parte porque expresa mejor el carácter de la ciencia, que no es simplemente descriptiva, sino también explicativa. La geografía o "Erdkunde" debe ser, por consiguiente, la ciencia de la Tierra. Su objeto está constituido primeramente por la Tierra como totalidad con todas sus relaciones, tanto por su situación en el cosmos, forma y tamaño, como por sus propiedades físico-químicas; luego, por los diversos reinos naturales: el centro de la Tierra, la corteza terrestre, el agua, la atmósfera, los reinos vegetal y animal, y también la humanidad, pero con una interpretación restrictiva inmediata: en la medida de su dependencia de la naturaleza terrestre, con lo cual se amplía la definición de la geografía, como la ciencia de la Tierra en sí misma y como habitáculo del hombre.

La tendencia a estudiar a la Tierra en una ciencia proviene de una idea correcta en sí misma, según la cual, los diversos reinos de la naturaleza sobre la Tierra no sólo están relacionados en el espacio, sino diferenciados causalmente, según la porción del globo terráqueo de donde provienen, y esta relación de estrecha causali-

dad convierte a la Tierra en un gran mecanismo u organismo. En la medida en que las relaciones de los reinos de la naturaleza entre sí son diversas en los diferentes lugares de la Tierra, incumben a la geografía como ciencia corológica. En la medida en que se han modificado con el transcurso del tiempo, son estudiados por la geología histórica, que no es de ninguna manera una mera historia de la corteza, sino de toda la naturaleza terrestre.

Pero se plantea la pregunta, cuando se dirige la atención sólo a los fenómenos generales —iguales o pensados como iguales sobre toda la superficie terrestre— es decir, despojándolos de sus modificaciones temporales y de sus particularidades espaciales o dejándolas de lado, si se puede hacer objeto de una ciencia especial al engranaje de los diversos reinos de la naturaleza y si, en razón de tal engranaje, se puede resumir en una ciencia a una cantidad de ciencias que trabajan separadamente y con diferentes métodos de investigación.

Evidentemente, los diferentes reinos de la naturaleza tienen una conexión causal. Si la Tierra tuviese una masa mayor, la corteza terrestre tendría otra forma y otra composición substancial; los movimientos del aire y todos los fenómenos climáticos serían distintos; vivirían otras plantas y otros animales sobre la Tierra, y si hubiera hombres, tendrían probablemente otro espíritu. Otra distancia de la Tierra al Sol modificaría también las relaciones de todos los reinos de la naturaleza. Estas conexiones deben ser interpretadas por la ciencia. Ocasionalmente podemos hacer tales reflexiones; un libro como el "Kosmos" de Humboldt estará siempre entre las más hermosas elucubraciones de la ciencia y, de cuando en cuando, hay que escribir tal tipo de libros. Pero esas conexiones sólo podrían convertirse en objeto de una ciencia especial, comparándolas con otros cuerpos cósmicos, si supiéramos bastante de ellos.

La naturaleza terrestre inorgánica es, desde ya, tan rica y variada, que fue necesario parcelarla entre una cantidad de ciencias. Los movimientos de la Tierra pertenecen —como los de cualquier otro astro— a la astronomía, porque sólo pueden comprenderse en relación con los movimientos de los demás astros, lo que constituye la clave para su comprensión. La determinación de la figura te-

rrestre es, actualmente, objeto de una ciencia especial: la geodesia. Lo poco que, por otra parte, conocemos de la Tierra en su totalidad y de su interior es estudiado por la geofísica, que se vuelve cada vez más una ciencia independiente. Los materiales de la corteza terrestre son estudiados por la mineralogía, la petrografía, la edafología y también por la geología general. Menor independencia goza, por lo menos hasta ahora, el estudio de las formas de la superficie terrestre, objeto de la geomorfología. Los procesos mecánicos y físicos de la corteza terrestre son patrimonio cada vez más exclusivo de la geofísica. A ésta le corresponde también la mayor parte en la investigación de los glaciares actuales, de los ríos y lagos, mientras no se considere como ciencias independientes a la glaciología, hidrografía y limnología, lo que ya ha pasado con los mares —oceanografía— en razón de la mayor variedad de sus puntos de vista y de la importancia principalmente práctica de su investigación. La física atmosférica —meteorología— puede reclamar hoy sin duda alguna la jerarquía de una ciencia independiente.

En razón de la similitud de sus objetos y de su forma de trabajo, una cantidad de estas diversas disciplinas puede concentrarse en unidades superiores, posibilitando sólo de ese modo su enseñanza en las universidades. Así, por ejemplo, la geofísica en sentido estricto, la física de la corteza terrestre, la física del agua y del hielo y la física de la atmósfera se hallan reunidas bajo la común denominación de geofísica general[9]. De un modo similar, la mineralogía, la petrografía y la edafología constituyen las ramas principales de la geoquímica. Pero unificar en una geografía general a ambos grupos de ciencias entre sí y con la llamada geografía astronómica o matemática tiene escaso valor dada la gran diversidad de los métodos científicos, aunque ocasionalmente sus resultados deban ser reunidos bajo puntos de vista comunes.

La geografía general debe extenderse también al mundo vegetal y al animal. Evidentemente, la naturaleza orgánica depende en su estructuración total de la índole de la Tierra; Ratzel señaló principalmente la magnitud de la Tierra, y Gerland su gravedad y calor. Esta dependencia está presente —aunque generalmente de modo implícito— en toda consideración botánica o zoológica, puesto que sólo bajo determinadas circunstancias de la naturaleza te-

rrestre es posible pensar en cada característica individual de los organismos.

Ocasionalmente, puede ser también objeto de reflexiones de mayor o menor extensión; pero sólo podría convertirse en objeto de una ciencia especial, si pudiéramos comparar el mundo animal y vegetal terrestre con los de los otros planetas.

Por cierto, comúnmente no se le asigna a la geografía general el estudio de la planta y del animal individuales, sino el mundo vegetal y animal. Pero también aquí surgen objeciones lógicas y prácticas. La investigación botánica y la zoológica prestan cada vez mayor atención a los grupos de plantas y animales, haciendo inútil su consideración por una ciencia especial. En la concepción moderna, la botánica y la zoología sistemáticas, fundamentadas en la filogenia, no son sino la interpretación de los reinos animal y vegetal desde el punto de vista de las relaciones de afinidad. La historia de ambos reinos es tratada por la geología histórica, juntamente con la historia de la corteza terrestre y de los climas. Sólo quedaría sin tratar el estudio de la diversa formación de los reinos vegetal y animal en diferentes lugares de la Tierra. Pero esta restricción presupone el punto de vista corológico, totalmente ajeno a la geografía como ciencia general, y más bien próximo a la otra interpretación de la geografía.

Las mismas objeciones se presentan en el estudio del hombre, y son aquí aún mayores en razón de la rica y variada perfección del espíritu humano. Por tal razón, aún no se ha atrevido ningún metodólogo a tratar en la geografía a la totalidad de la especie humana. Algunos defensores de la geografía general —como Gerland— pretenden incluso excluir totalmente de la geografía al hombre, en razón de su índole espiritual y de su libre albedrío; ¡sólo que deberían aplicar el mismo razonamiento a los mundos animal y vegetal, limitando la geografía al mundo inorgánico! La mayoría, al tratar del hombre, abandonan el punto de vista lógico, como ya lo hicieron inconscientemente para los reinos vegetal y animal, y pretenden considerar únicamente la influencia de la Tierra sobre sus habitantes humanos, pero no se trata realmente de la influencia de la totalidad del globo terráqueo, sino únicamente de las diferenciaciones locales de la superficie terrestre, es decir, reaparece el pun-

to de vista corológico. Esta interpretación, en resumidas cuentas, es sólo una adaptación al desarrollo histórico de la ciencia, en la cual el hombre ocupaba un lugar predominante. Se destruye así en pedazos la estructura lógica unitaria de la ciencia. En esta interpretación, la geografía es "dualística", según la expresión de Hermann Wagner. Significa que es contradictoria en su misma esencia, con métodos totalmente diversos en sus diferentes partes: es un complejo inorgánico de dos o más ciencias diversas.

La definición de la geografía como una ciencia general de la Tierra no es posible lógicamente; lleva a una vía muerta. Si se hubiese desarrollado naturalmente en el transcurso de la evolución histórica, habría que aceptarla, tendiendo únicamente a purificarla gradualmente. Pero en realidad es un producto artificial, un injerto tardío y artificioso en la geografía, fruto de una mezcolanza de diversas tendencias, que produce un efecto cautivante, a pesar de la saludable carencia de lógica. Lleva además la responsabilidad por la difusión de la geografía en terrenos extraños, por la banalización que trae frecuentemente consigo y también por la aversión y resistencia de las ciencias afines contra la geografía. Es un absurdo lógicamente imposible, históricamente infundado y prácticamente dañino.

De la ciencia general de la Tierra, sólo la geofísica puede salvarse como ciencia independiente. Pero no constituye el núcleo de la geografía, ni siquiera una parte de la misma, sino que es una ciencia afín independiente. La geografía, en su carácter históricamente bien determinado de conocimiento de los espacios terrestres, debe encontrar su justificación lógica desde un punto de vista distinto al de una ciencia de la Tierra.

3. La geografía como ciencia corológica de la superficie terrestre

A. *La esencia de la interpretación corológica*

El estudio histórico de la geografía como ciencia nos ha enseñado que en toda época fue un conocimiento de los diversos espacios terrestres o, según la antigua terminología, corografía o corología, habiendo cambiado en el transcurso del tiempo sólo el punto de vista, conforme al progreso del conocimiento científico. Si en

la antigüedad coexistieron dos orientaciones o tendencias geográficas —cuyos últimos grandes exponentes fueron Ptolomeo y Estrabón— ambas son, sin embargo, corológicas y sólo se diferencian en que una acentúa más la determinación matemática y la elaboración de una correcta cartografía, mientras la otra se preocupa más por la naturaleza y los habitantes de la región. Lo mismo puede decirse de la época moderna: la geografía tiene una orientación corológica, en la que coexisten la geofísica y la geología.

Consecuentemente, los metodólogos que no han perdido la conexión con el desarrollo de la ciencia, han puesto siempre en primer plano el punto de vista corológico referente al diferente desarrollo de la naturaleza y de la cultura en los diversos lugares de la superficie terrestre. La geografía de Karl Ritter posee tal orientación. Sus párrafos más explícitos al respecto se encuentran en sus palabras introductorias a su hermoso ensayo sobre el elemento histórico en la ciencia geográfica (Abhandlungen, pág. 53): "Las ciencias geográficas se ocupan de preferencia de los espacios de la superficie terrestre, en la medida en que éstos tienen un contenido terrestre, es decir, describen las circunstancias de regiones coexistentes. De ese modo, se diferencian de las ciencias históricas, que deben investigar y describir hechos sucesivos o la sucesión y el desarrollo de las cosas". Después de la confusión metodológica introducida en nuestra ciencia por la adopción de la geografía astronómica y de las disciplinas geofísicas por Oscar Peschel —quien abrió al mismo tiempo nuevos caminos en geografía física—, fue F. von Richthofen quien puso de nuevo en vigor el punto de vista corológico en geografía. Incluso muchos metodólogos, que definen a la geografía como ciencia de la Tierra o que suscriben a su carácter dualístico, ponen de hecho en primer plano la consideración corológica.

La geografía no es la ciencia general de la Tierra; tampoco es feliz la denominación elegida por von Richthofen de ciencia de la superficie terrestre, ya que ha originado muchas falsas interpretaciones. Considerar a la superficie terrestre como un todo, sin tener en cuenta las diferencias locales no es en todo caso tarea de la geografía; ésta es más bien la ciencia de la superficie terrestre según sus diferenciaciones locales, la ciencia de los continentes,

países, regiones y pueblos. El término "Länderkunde" —ciencia de los países— designa mejor este contenido de la ciencia que la denominación "Erkunde" —ciencia de la Tierra— que, si bien en Ritter era completamente inobjetable, ha llevado sin embargo a los metodólogos modernos a falsas interpretaciones teóricas sobre la esencia de la geografía. No hay que pensar únicamente en la geografía regional especial —es decir, en la descripción de cada país y región— sino igualmente en la geografía regional general comparativa.

Si bien lo corológico es la característica esencial de la consideración geográfica, no es lícito, sin embargo, hablar de un método corológico, junto a otros métodos descriptivos o investigativos. El término "método", en su acepción genuina, significa siempre el camino hacia un fin; pero lo corológico no es el camino, sino el fin u objetivo de la geografía misma. Significa la interpretación de la realidad terrena desde el punto de vista del ordenamiento espacial, en oposición a la interpretación de la realidad propia de las ciencias sistemáticas, desde el punto de vista de la diferenciación objetiva y a la interpretación peculiar de las ciencias históricas, desde el punto de vista del transcurso en el tiempo. La consideración geográfica no puede ser sino corológica, así como la histórica sólo puede ser temporal y la sistemática únicamente objetiva. La consideración de la realidad desde determinado punto de vista no es ninguna propiedad de la geografía, sino que es peculiar de cada ciencia.

Si bien sólo se trata aquí de un error lógico, que ha introducido cierta confusión en la terminología metodológica, ha producido, sin embargo, también falsas interpretaciones sobre la esencia de la consideración corológica. Incluso Marthe, quien con Richthofen hizo la primera tentativa de determinar con precisión la consideración corológica, ha caído víctima de esa interpretación errónea, al definir a la geografía como la ciencia del "dónde de las cosas". Así como el "cuándo" de las cosas representa su distribución y extensión temporal, el "dónde de las cosas" es una señal, una propiedad de las cosas o fenómenos, es decir, de las unidades formadas en base a sus relaciones objetivas y, consiguientemente, debe ser incluida en el campo de la investigación y representación de las ciencias sistemáticas, que estudian dichas unidades en base a rela-

ciones objetivas. La botánica y la zoología no pueden renunciar a conocer la ubicación y el distrito ecológico de sus géneros de plantas y animales; la mineralogía debe tener en cuenta los yacimientos de minerales, así como la economía política las formas económicas. El punto de vista histórico y el geográfico son decisivos sólo cuando el tiempo o el espacio son puestos en primer plano, constituyendo el vínculo unificante de la consideración científica. Así como la historia considera el carácter de diversas épocas, la geografía estudia igualmente el carácter de los diversos espacios y localidades, "el contenido terreno de los espacios terrestres", para utilizar la expresión de Ritter, o sea, los continentes, los países, regiones y pueblos como tales. Wallace, en su obra fundamental sobre la difusión del mundo animal, ha puesto de relieve con preciso rigor esa diversidad de los puntos de vista, definiendo como zoología geográfica al estudio de la difusión de los diversos órdenes, familias, géneros y clases y, por el contrario, como geografía zoológica —o, simplemente zoogeografía— al estudio de la diversa distribución animal, según los países. La misma distinción existe entre la botánica geográfica —o, más simplemente, geobotánica— y la fitogeografía; entre una topografía de los minerales, propia de la mineralogía y una mineralogeografía. Podemos estudiar también la difusión de las formas de la superficie terrestre, las clases de suelo, las corrientes de agua, los movimientos y estados de la atmósfera, para completar y perfeccionar el conocimiento de su esencia; pero mientras sólo consideremos los fenómenos como tales, permaneceremos en el campo de las ciencias sistemáticas. Sólo al estudiarlos como propiedades de los espacios terrestres, entramos en la ciencia geográfica.

Tal distinción tiene igualmente gran importancia en el campo humano. Abusivamente son llamadas antropogeográficas las investigaciones sobre la difusión de una herramienta, un arma o de un objeto en general o de una costumbre determinada, siendo en principio más bien etnológicas, aunque puedan alcanzar mediatamente una significación antropogeográfica; pues lo que nos interesa en primer lugar no es la región, sino el objeto respectivo o el pueblo como dueño y responsable de dicho objeto. El estudio de la difusión geográfica de productos aislados pertenece a las ciencias de la pro-

ducción geográfica o del comercio, pudiendo ser designada como "productología" geográfica; la geografía económica, por el contrario, se ocupa de las características y relaciones económicas de las diversas regiones y localidades. En los demás fenómenos humanos se diferencian también de un modo similar las tareas de la geografía de las propias de las ciencias sistemáticas. Aunque ambas formas de consideración coinciden repetidamente en la investigación, tiene objetivos diversos, debiendo por consiguiente mantenerse separados en la exposición. Hasta hoy la geografía se halla aún sofocada por el punto de vista objetivo. Su modo de consideración se agota frecuentemente en la difusión geográfica de objetos aislados, en lugar de estudiar el contenido espacial y el carácter de las regiones y localidades. Pero la geografía no debe ser la ciencia de la distribución local de los diversos objetos, sino de los contenidos espaciales. Es una ciencia del espacio, así como la historia es una ciencia del tiempo [10].

B. *La naturaleza y el hombre en la geografía*

La geografía estaba antiguamente totalmente orientada hacia el hombre, porque se buscaba casi únicamente lo práctico para la administración del estado y para la vida cotidiana, y también porque se estaba aún muy lejos de una interpretación de la naturaleza. Incluso Karl Ritter —quien más que ningún otro liberó a la geografía de aquel utilitarismo, convirtiéndola en una ciencia pura— manifiesta cierta orientación unilateral, más o menos teleológica, hacia el hombre; y mucho más que el mismo Karl Ritter, esto aparece en los miembros de su escuela. La naturaleza de las regiones no constituía nada en sí mismo, sólo era el objeto de la geografía en función humana; la superficie terrestre era estudiada únicamente como habitáculo y medio cultural del hombre. Tal limitación temática sólo fue posible lógicamente en razón del punto de vista teleológico entonces en boga, habiendo perdido su fundamento lógico con el imperio de la consideración causal en la ciencia. La naturaleza de las regiones existe primeramente para sí y debe ser considerada y comprendida en sí misma. El hombre se desenvuelve en la naturaleza, de la que depende en mayor o menor

grado, según cada investigador. Esta dependencia consiste en las influencias que soporta en los estímulos y motivaciones que desencadenan su accionar. Incluso si aceptamos determinísticamente que sus acciones están determinadas inequívocamente por la suma de los estímulos y motivaciones, es decir, que el hombre está enraizado con todo su ser en la naturaleza, o sea, en la naturaleza de cada región y localidad, no podemos colocarlo en el centro y objetivo de la consideración geográfica —como hacen algunos metodólogos modernos, retrocediendo a interpretaciones superadas— sino únicamente junto a los fenómenos de la naturaleza.

Pero luego vino como reacción otra unilateralidad. En la conclusión del primer tomo de su gran obra sobre China, el entonces geólogo Richthofen consideraba como tarea propia de la geografía el estudio de la corteza firme terrestre, opinando que los demás fenómenos debían ser tenidos en cuenta, sólo en la medida de su dependencia de la misma. Esta interpretación, originada quizás en las investigaciones americanas sobre la cordillera, tiene aún hoy vigor, habiendo sido renovada también entre nosotros por influencia del norteamericano Davis. La misma estuvo siempre en contradicción, desde un principio, con el desarrollo histórico de esta ciencia, en la cual el estudio de la superficie firme terrestre constituyó siempre un objetivo importante, pero nunca decisivo. Ni está a la altura de la gran misión de la geografía, que es un estudio general de los países, es decir, un conocimiento completo de la superficie terrestre. El mismo Richthofen traspasó muy pronto los límites de esa interpretación, parcialmente ya en el mismo libro en el que la expuso, y por completo en su discurso de recepción en Leipzig. Fue una idea metodológica errónea, y casi imposible, atribuir a una ciencia como objeto, en lugar de una determinada serie de hechos, el estudio de los efectos de otra serie de hechos, que sólo constituyen, sin embargo, una parte de los hechos existentes y observados, debiendo ser separados de estos últimos únicamente mediante el análisis. De tal modo, la ciencia renunciaría a describir sus objetos, sin los cuales la interpretación causal queda en el aire; la ciencia tendría ante sí un tesoro de hechos incompleto y desunido.

La geografía no puede restringirse a ningún reino determina-

do de la naturaleza o del espíritu, sino que debe extenderse a todos los reinos de la naturaleza y al hombre al mismo tiempo. No es ni una ciencia de la naturaleza, ni del espíritu —utilizo ambos términos en su acepción común— sino ambas al mismo tiempo. Kirchhoff y también H. Wagner la llamaron una "ciencia de la naturaleza con elementos históricos integrantes"; lo cual es correcto, pero hubieran podido llamarla casi con igual propiedad, ciencia del hombre con elementos integrantes de las ciencias naturales. La naturaleza y el hombre integran la índole de cada país, y en tan estrecha unión, que no pueden ser separados. En varios países aparece más el hombre en primer plano; en otros, menos; un investigador se dedica preferentemente a la naturaleza; otro, al hombre. Consecuentemente, el elemento humano en la geografía es mayor o menor. Teóricamente, se puede colocar al hombre sólo como un reino junto a los tres reinos de la naturaleza inorgánica y los dos de la orgánica; de hecho, requiere generalmente un estudio más detallado que cada uno de los mismos, equivaliendo casi al estudio de la naturaleza en su totalidad.

Esta consideración unificante de la naturaleza y de la humanidad por la geografía no es "dualística" como la unificación de naturaleza y hombre en la ciencia general de la Tierra; pues sólo se puede hablar de dualismo, cuando la unificación de diversos objetos en una ciencia introduce en la misma diversidad de interpretaciones contradictorias. La interpretación geográfica o corológica de la naturaleza y del hombre es, como veremos luego, igual en todos los puntos esenciales y no lleva de ningún modo a constituir dos partes heterogéneas de la geografía.

La ubicación de la geografía entre o, mejor dicho, al mismo tiempo en las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, trae sin duda consigo ciertos inconvenientes prácticos. El geógrafo es considerado un extraño, tanto en las facultades de filosofía como en las de ciencias naturales. La propedéutica filosófica representa un esfuerzo para los discípulos provenientes del campo de las ciencias naturales y la propedéutica científica un esfuerzo comúnmente mayor para los que vienen del campo filosófico, en razón de nuestra formación escolar unilateral. Pero la geografía comparte esta ubicación intermedia con otras ciencias, y con la misma filo-

sofía, a la cual debe precisamente el gran valor que, para nuestra formación total, no quiero decir posee, pero poseería si no se la tratase tanto como a una cenicienta, y que poseerá en el futuro: la de constituir un puente entre ambas direcciones de nuestra vida intelectual, que caen con mucha facilidad en la incomunicación.

Hoy sólo los profanos, que nunca se han sumergido en los problemas geográficos o que se han ocupado únicamente de una parte de la geografía, dudan aún que la geografía deba tener igualmente en cuenta a la naturaleza y al hombre; los geógrafos, por el contrario, lo aceptan casi generalmente, y según su temperamento, acogen favorablemente este hecho o lo soportan con disgusto.

C. *La geografía como ciencia del espacio y estudio del paisaje*

La extensión de la geografía al hombre y a la naturaleza no es arbitraria, sino que está profundamente enraizada en el ser de las cosas; dificulta el estudio de la geografía, pero es inevitable. Sin embargo, ¿sería quizás posible limitar de otra manera el material geográfico, es decir, la diversidad de los objetos, y circunscribiéndose a determinados puntos de vista, evitar la aparente dispersión de materiales, como ocurre fácilmente, por lo menos cuando es tratada sin inteligencia?

Ratzel, aunque en algunos lugares sobrepasa esta estrecha definición, en otros ha caracterizado a la geografía de un modo abstracto y peculiar como una ciencia del espacio, colocando en primer plano, en lugar del diferente contenido, a las puras propiedades espaciales: longitud, distancia, forma y tamaño de las superficies. Gotz sigue sus pasos, concibiendo a la geografía del intercambio como ciencia de las distancias, cuyo objeto es superar el espacio a lo largo del tiempo. También otros participan de esta interpretación. Esto no deja de ser una ilusión. El espacio como tal es una forma intuitiva; adquiere significación real ¡sólo gracias a su contenido! Con cierta ingenuidad se concibe la distribución de tierras y mares y la forma de la superficie terrestre como simples relaciones espaciales, ¡como si no tuviesen contenidos diversos! Lo valioso de esta interpretación es que acentúa perma-

nente y marcadamente la situación, forma y tamaño espaciales, en oposición a la geografía general que prácticamente las ignora; pero la inclusión de las modificaciones temporales es algo ajeno, y una interpretación que las coloca en primer plano no es geográfica, sino histórica.

Afín a la interpretación de Ratzel se halla la de Schlüter y la de Brunhes [11], que ya estaban anteriormente en germen, por ejemplo, en el estudio del paisaje de Oppel. Parten de la noción de paisaje, tal como se ofrece al observador, y restringen la consideración geográfica a los objetos que aparecen en ese cuadro externo [12]. Como veremos, éste es un punto de vista correcto para una parte de la geografía, que podemos llamar geografía estética, la cual por cierto, tampoco puede prescindir totalmente de los aromas y tonalidades del paisaje. Pero la geografía en su totalidad no puede ser tan unilateral; por ejemplo, no puede captar el suelo únicamente según su color ni según sus propiedades físico-químicas; ni limitarse en el clima al color del cielo y a las nubes; y al considerar los reinos animal y vegetal dejar de lado las diferencias de la flora y fauna, en virtud de su escasa perceptibilidad dentro del cuadro del paisaje.

En realidad, Schlüter y Brunhes no quieren excluir de la geografía esos temas, sino que los reintroducen por la puerta trasera. Ellos pretenden restringir el elemento humano en la geografía a los fenómenos perceptibles por los sentidos, excluyendo lo espiritual, en lo cual incluyen a los pueblos y estados. Ciertamente, siempre existe el peligro de que la geografía salga de su propio terreno, invadiendo los vecinos; se justifica, por lo tanto, la búsqueda de una frontera. Pero ésta no se puede encontrar distinguiendo lo perceptible sensorialmente de lo meramente espiritual, que en verdad también es perceptible por los sentidos, aunque en menor grado. Pues si se deja de lado lo espiritual, la geografía pierde áreas que ha cultivado precisamente desde muy antiguo con especial dedicación, como la geografía política, la geografía de los asentamientos etnológicos y, en fin de cuentas, también la geografía comercial y del intercambio, pues una geografía vial no constituye ningún sustituto de estas dos últimas. También se rompe el nexo intrínseco y causal de las cosas, y la geografía humana se convierte en simple

chapucería. Por tal razón, y bajo la influencia del gran interés político-geográfico surgido durante la guerra mundial, Schlüter hizo más tarde una concesión, admitiendo por lo menos en un círculo externo de la geografía, a la geografía política y, especialmente, a la geografía de las comunidades humanas [13]. Brunhes, por su parte. escribió incluso un libro sobre geografía política. Pero, ¿cómo define propiamente la noción de esta geografía? ¿Existe aún, en absoluto, una oposición esencial a nuestra interpretación?

D. *La interpretación corológica*

La homogeneidad de la geografía como una ciencia corológica de las regiones no puede, por consiguiente, obtenerse partiendo de la unidad del cuadro del paisaje, sino que debe fundamentarse en la esencia intrínseca de los países, regiones y pueblos. Esta reposa en dos hechos que corresponden lógicamente a las dos circunstancias decisivas para una consideración especialmente histórica de las cosas. La primera es la diversidad de un lugar a otro, según el tiempo transcurrido y el contexto de los acontecimientos sucesivos. junto al contexto espacial de las cosas coexistentes, es decir, los complejos y sistemas geográficos, por ejemplo, el sistema hidrográfico, el sistema de las circulación atmosférica, de las áreas de intercambio y otros. Ningún fenómeno de la superficie terrestre puede ser concebido en sí mismo; sólo se hace comprensible captando su situación respecto de otros lugares de la tierra. La segunda circunstancia es la conexión causal de los diversos reinos naturales fusionados en un lugar de la tierra, y de sus variados fenómenos. La geografía no se ocupa de los fenómenos que carezcan de tal conexión con otros fenómenos del mismo lugar terrestre, o cuya conexión no nos sea conocida. La consideración geográfica se ocupa de los hechos de la superficie terrestre que son localmente diversos y cuya diversidad local tiene importancia para otros grupos de fenómenos o, como también se ha expresado acertadamente, que tienen una eficacia geográfica. El objetivo de la interpretación corológica es conocer el carácter de los países y regiones, mediante la intelección de la coexistencia y coeficacia entre los diversos reinos de la naturaleza en sus diferentes formas fenoménicas, captan-

do además a toda la superficie terrestre en su división natural en continentes, países, regiones y pueblos.

La esencia de la geografía consiste en utilizar esos dos puntos de vista; quien no se haya hecho carne de ellos, no ha comprendido el espíritu de la geografía, de igual modo que un historiador que no inquiriese por el desarrollo temporal de las cosas y por el nexo intrínseco de los diferentes órdenes evolutivos no habría captado la índole de la historia. Por cierto, en esta concepción, la selección del material presupone una reflexión previa sobre la conexión causal de los fenómenos; al progresar el conocimiento, se puede englobar o dejar de lado toda una serie de hechos geográficos y, según la diferente evaluación subjetiva de los nexos causales, será distinta la extensión de la consideración geográfica. Pero precisamente tales variaciones aparecen también en las ciencias históricas y sistemáticas, sin que se les pueda objetar nada en contra del citado principio de la selección del material. Esta no se refiere tampoco a hechos aislados, sino siempre a todo un órden de hechos, conocidos como causas o efectos de otros órdenes de hechos geográficos. La geografía no admite los hechos particulares sólo después de conocer su condicionamiento geográfico, sino que determina descriptivamente y de antemano sus relaciones geográficas, antes de investigar su causalidad; y puede suceder fácilmente que deba enumerar hechos, cuyo nexo causal aún desconoce.

En esta concepción, la variedad del material es ciertamente grande y será cada vez mayor, pues, al progresar el conocimiento, aparecen siempre nuevos órdenes de hechos condicionados por la naturaleza del lugar, y, por lo tanto, con una índole geográfica. La geografía moderna comprende tanto los fenómenos como las formas y circunstancias materiales; los hechos de la vida intelectual como de la naturaleza. Pero abarca todos estos objetos sólo desde el punto de vista corológico, pudiendo por consiguiente dejar de lado numerosas características y propiedades que quizás sean las más importantes para las ciencias objetivas e históricas. Puede dejar de lado no sólo todas las circunstancias que son uniformes en toda la tierra, o en cuya diferenciación local no se puede reconocer aún una norma variable, sino también todos aquellos objetos, cuyas diferenciaciones locales no repercuten —por lo menos, según

nuestros conocimientos— sobre las de otros campos fenoménicos. Por tal razón, en geografía apenas si se concede lugar al magnetismo terrestre, y los yacimientos minerales no constituyen en general objeto de la geografía —aunque existe una topografía de los minerales— y sólo se tienen en cuenta unos pocos minerales en razón de su importancia para el hombre. Se ha dicho, por cierto, que al tener en cuenta lo valioso para el hombre, se está introduciendo un punto de vista extraño en la geografía; pero ese hecho no es sino una aplicación de la regla general, según la cual lo decisivo en la selección geográfica es la importancia que tiene un fenómeno para otras áreas fenoménicas. Las clases inferiores de plantas y animales pueden ser dejadas casi totalmente de lado por la geografía, por estar esparcidas por toda la tierra, contribuyendo en poco grado a la índole del paisaje. Sólo ciertas circunstancias generales de la vida estatal, popular y social, de la cultura material y espiritual permiten reconocer claramente su nexo con la índole de cada país, mientras la conformación individual de dichas circunstancias, por ejemplo, las particularidades de la constitución y de la administración, de la organización de la vida económica, social y cultural, los productos individuales del arte, de la literatura y de la ciencia, etc., apenas están condicionados geográficamente, más bien tienen una igual conformación en todas partes y carecen de efectos geográficos. La geografía no se ocupa de las personalidades, pues lo poco que reciben del ambiente geográfico no afecta el fondo de su individualidad. La geografía considera las obras humanas —que, en principio, son siempre producto de personalidades individuales— sólo después de excluir a estas últimas, y relacionándolas directa e inmediatamente con sus causas últimas.

E. *Ubicación del tiempo*

Como todas las cosas de la naturaleza y del espíritu, todas las épocas pueden constituir el objeto de la geografía. Ciertamente, se ha contrapuesto a la geografía, como estudio del presente, la geología, estudio del pasado. Pero esta oposición no es correcta; pues, en sí misma, la geografía puede estudiar tanto épocas pasadas como el presente, existiendo de hecho una geografía histórica

y una paleogeografía. La diferencia esencial no reside en que la geografía prefiera una época especial —el presente— sino en que para ella el tiempo pasa generalmente a un segundo plano, pues no estudia el transcurso del tiempo como tal —regla metodológica, por cierto olvidada con harta frecuencia— sino que sitúa a través de la realidad, una sección limitada a determinado momento del tiempo, utilizando la evolución temporal sólo para explicar la situación de ese momento elegido. La geografía necesita una intelección genética, pero no debe convertirse en historia.

Si bien se ha comprendido correctamente la necesidad de prescindir del transcurso temporal como tal, se ha pretendido sin embargo poner como tarea de la geografía humana, el captar únicamente lo constante en el tiempo, lo "permanentemente eficaz", en oposición a las modificaciones históricas. Pero ese algo constante en el tiempo y permanentemente eficaz no existe; sólo una parte de los cambios temporales tienen lugar mediante variaciones en torno al punto cero; los demás manifiestan una evolución progresiva, invirtiéndose a veces casi totalmente la índole del condicionamiento geográfico. Por consiguiente sólo en aquel primer tipo de cambios es posible un cuadro temporal promedio o que prescinda de las variaciones en el tiempo; pero no en estos últimos. El estudio geográfico debe estar siempre orientado a un tiempo determinado.

Por lo tanto, resulta también superflua la pregunta, a qué época debe extenderse la geografía, o únicamente al período propiamente histórico o era humana. Pues prescindiendo de que, al fundamentar en las circunstancias humanas la determinación del tiempo, se está introduciendo un punto de vista ajeno a nuestra disciplina, sólo es posible abarcar un mayor lapso en la consideración corológica o espacial, en la medida en que las circunstancias no cambien o lo hagan únicamente en objetos indiferentes e insignificantes. Tal extensión, por consiguiente, es muy diversa en razón de los diferentes fenómenos. Para la estructura interna de la corteza terrestre, la geografía debe estudiar generalmente la era terciaria media, cuando comenzaron en su mayor parte los cambios decisivos para la conformación actual. En la transformación superficial de la corteza terrestre, en el clima y en el mundo animal

y vegetal, los cambios han sido tan grandes aún en la era geológica más reciente, que requieren una descripción histórica, pudiendo ser estudiados por la geografía del presente sólo en sus efectos. Y en la geografía humana, cada siglo y cada año introduce tan grandes modificaciones, que debe concebirse de un modo bastante ajustado la noción de presente geográfico, o dicho de forma más general, la noción de la acción del tiempo que debe colocarse de fundamento para el estudio geográfico.

[1] Sobre la base de mi trabajo: Das Wesen und die Methoden der Geographie, G.Z., XI (1905), pp. 545 s. Cfr. también Method. Streifzüge II, G.Z., XIII (1907), pp. 694 ss.; y Die Einheit der Geographie (Geogr. Abende, erstes Heft).

[2] Cfr. mi trabajo en Preussischen Jahrbüchern, tomo 122 (1905), pp. 251 ss.

[3] Se pueden encontrar una buena orientación en los informes de Hermann Wagner en el Geogr. Jahrbuch, VII-X, XII, XIV.

[4] W. Windelband: Geschichte und Naturwissenschaft. Rektoratsrede. Estrasburgo, 1894. Heinrich Rickert: Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung, 3ª y 4ª edición, Tübingen, 1902 y Naturwissenschaft und Kulturwissenschaft, 6ª y 7ª edición, Tübingen, 1926.

[5] Naturwissenschaft und Kulturwissenschaft, 6ª y 7ª edición, p. 128.

[6] Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung, pp. 465 ss.; pero sus afirmaciones sobre la geografía —que acabamos de citar— me parecen estar en contradicción con esto último. Recientemente Otto Graf —Vom Begriff der Geographie, Munich, 1925— ha repetido la tentativa —fallida, a mi entender— de determinar el concepto y la extensión de la geografía, partiendo del método lógico, a la manera de Windelband y Rickert.

[7] Kants Werke, editadas por Schubert y Rosenkranz, t. II, pp. 425 ss. Ignoré mucho tiempo tales afirmaciones; tanto más me he alegrado luego de coincidir con mi interpretación independiente con el gran filósofo.

[8] Conforme a nuestra concepción actual, basada en la teoría de la descendencia, esta división es también física.

[9] La denominación de "geofísica" es preferible al viejo nombre de "geografía física", que hace pensar en una subordinación geográfica.

[10] Krebs ha pasado totalmente por alto estas mis afirmaciones, extraídas de mi trabajo sobre la esencia y método de la geografía (G.Z., 1905, pp. 557 ss.), que he reproducido igualmente en otros lugares, y me ha reprochado precisamente la interpretación que rechazo (G.Z.f.E., 1923, p. 83, nota 1).

[11] Schlüter: Die Ziele der Geographie des Menschen, Münich, 1906. Brunhes: Géographie humaine, 1ª edición, París, 1910 (cfr. mi crítica en Geogr. Zeitschr., 1907, pp. 627 ss.).

[12] La concepción de Passarge de la ciencia del paisaje es poco clara y contradictoria. En el primer tomo de su obra adhiere a la concepción de Schlüter; en los tomos siguientes, sin embargo, adquiere otro contenido, identificándose con la geografía regional. Cfr. mi crítica en Geogr. Zeitschr., 1923, pp. 49 ss.

[13] O. Schlüter: Die Stellung der Geographie des Menschen (Geogr. Abende- 5.Heft), Berlin, Mittler und Sohn, 1919.

Capítulo II
FUNDAMENTOS DE LA GEOGRAFIA HUMANA

ALBERT DEMANGEON

UNA DEFINICION DE GEOGRAFIA HUMANA

Desde la Antigüedad, muchos escritores de espíritu curioso y observador, han constatado en la superficie de la tierra diferencias entre las costumbres de los hombres. Muchos viajeros a partir de Herodoto las han descripto; no pocos historiadores y moralistas después de Tucídides las han tomado como base de sus reflexiones filosóficas. Pero la idea de constituir una ciencia, o sea de investigar la explicación, no ha llegado sino muy tarde y no aparece sino recién a partir del fin del siglo XVIII. Hasta entonces el estudio de los hechos que agrupamos bajo el nombre de Geografía Humana: modos de vida, de los hombres en la superficie de la tierra, modos de agrupamiento, consistía en una simple descripción considerada sobre todo como un conocimiento de carácter utilitario y práctico o como una imagen pintoresca de costumbres y de diferentes maneras de ser de los pueblos. Eran como repertorios de informaciones destinadas a guiar a los viajeros, narraciones a menudo noveladas de aventuras maravillosas hechas sobre todo para complacer a la imaginación; enumeraciones de lugares y de distancias adobadas de recuerdos históricos; a veces consideraciones arqueológicas y genealógicas; nociones de estadísticas y de administración. Estas obras seguramente apuntaban a satisfacer la curiosidad que todos los espíritus, aún los más humildes, experimentan por todo aquello que les habla de pueblos extranjeros y de paisajes exóticos. Pero, de hecho, este

[Introducción a *Problèmes de Géographie Humaine*, París, 1942, pp. 25-34.] Estas páginas inéditas (antes de ser incorporadas a *Problèmes de Géographie Humaine* como introducción) fueron escritas por Demangeon para servir de prefacio a un "Traité de Géographie Humaine" que nunca concluyó.

conjunto de conocimiento no era más que un caos, desordenado, sin efecto constructivo, sin luz explicativa, es decir, sin carácter científico alguno.

Los progresos de la geografía humana como ciencia se remontan a los progresos de nuestro conocimiento del globo, efectuados sobre todo luego de los viajes de descubrimiento y colonización del siglo XVIII: viajes efectuados en general, por hombres de ciencia o por exploradores animados de curiosidad científica. Estos viajes permitieron recoger a través del mundo los elementos de comparación entre las sociedades humanas elevadas a diferentes grados de civilización: no obstante, el espíritu de comparación despierta al espíritu científico porque crea el sentido de la generalidad de los hechos.

Vidal de la Blache, que ha sido el iniciador de la geografía humana en Francia, ha probado que el carácter científico de esta geografía se remonta a dos geógrafos alemanes: Alexander von Humboldt (1769-1859) y Karl Ritter (1779-1859), habiendo demostrado ambos que, entre los fenómenos de la vida, hay relaciones constantes de causa a efecto pero habiendo aportado cada uno su manera propia y original de concebir esta conexión. Autor de *Cosmos*, Humboldt, sobre todo naturalista, se dedica a estudiar los fenómenos físicos y a mostrar, por ejemplo, la influencia de factores como la altitud, la temperatura, la humedad, la sequedad, sobre las formaciones vegetales. Autor de *Allgemeine vergleichende Geographie* provisto de una fuerte cultura histórica, Ritter muestra que en geografía humana la naturaleza no es la única potencia causal y que el hombre mismo es un agente de transformación y de vida para la superficie de la tierra. Así, la naturaleza y el hombre, *Natur und Geschichte* como decía Ritter, son "los dos términos perpetuamente asociados" entre los que debe gravitar sin cesar el pensamiento del geógrafo.

Es dentro de este camino que la geografía se ha mantenido, con dos jefes de escuela, Ratzel en Alemania y Vidal de la Blache en Francia. Sus doctrinas y su enseñanza han arraigado en casi todos los países, inspirando aquí y allá obras que han contribuido a vulgarizar la nueva ciencia y a hacer penetrar los principios y las lecciones más allá de los medios eruditos hasta las esferas

de amplia cultura. En Francia se puede citar: J. Brunhes; en Alemania: Philippson; en Inglaterra: Mackinder y Herbertson; en los Estados Unidos: Miss Semple; en Yugoslavia: Cvijic; en Italia: Marinelli; en Rusia: Woeikof.

I. Definición y objeto de la geografía humana

Si ensayamos precisar el espíritu que prevalece en las obras de geografía humana y buscar a qué tendencias comunes obedecen, por aproximaciones sucesivas, podemos arribar a definir el objeto de esta ciencia.

Por de pronto, la geografía humana nos aparece como *el estudio de las relaciones entre los hombres y el medio físico.* Esta noción nos viene sobre todo de la geografía botánica por los intermediarios Humboldt y Berghaus, y particularmente de esta ciencia botánica llamada ecología, que estudia en qué medida los factores del clima y del suelo determinan la vida de las plantas. Al mismo tiempo pueden, en una cierta medida, determinar la vida de los hombres. Una de las primeras precauciones del geógrafo consiste en poner los hechos humanos en relación con la serie de causas que pueden explicarlas y de esta manera reemplazarlas en el encadenamiento del cual forman parte. La inteligencia de estas causas nos aclara los modos de vida y los hábitos materiales de los hombres. Esta influencia del medio físico, del *environment* * como dicen algunos norteamericanos, estalla por doquier, en todos los dominios de la actividad humana, en ejemplos entre los que el geógrafo tiene de sobra donde escoger. Es en una dependencia causal que se encuentran cara a cara los tres términos de esta asociación que une estrechamente a la planta, al animal doméstico y al modo de vida, esto es, el líquen, el reno y el lapón. La influencia soberana del medio ha conducido a los indígenas de las selvas de Africa Central a una vida de nómadas y de pastores. En los países áridos existe una estrecha conexión entre los manantiales y la posición de las aldeas; y en la alta montaña, entre las raras franjas de buena tierra, bien expuestas, y el habitat humano. ¿Acaso no ha habido, desde el punto de vista del desarrollo de la

* En inglés en el original.

civilización una profunda diferencia entre Europa, ubicada en el corazón del hemisferio continental y Australia, aislada en medio de mares inmensos? ¿Las penínsulas y las islas no han contribuido en verdad a la formación de individualidades humanas, y de Estados? ¿La separación de Portugal, en relación a España, no se explica ciertamente en parte del lado Oeste por su orientación oceánica, y del lado Este por el relieve accidentado y las gargantas salvajes que la separan de España?

Al llevar hasta sus últimas consecuencias a esta primera definición de la geografía humana, uno se apercibe que ésta no podría abarcar todo el estudio de las relaciones de los hombres con el medio físico. La definición semeja pronto demasiado vasta porque muchas de estas relaciones escapan ciertamente a la competencia de la geografía humana y se vinculan a ciencias bien definidas. En su libro sobre *La Tierra y la evolución humana*, L. Febvre ha destacado claramente estas zonas interdictas a la geografía humana. Por ejemplo, aunque algunas razas humanas parezcan ligadas a un dominio geográfico bien limitado, no corresponde a la geografía humana explicar las diferencias que existen entre las razas desde el punto de vista de sus reacciones en relación al color de la piel, o de los factores del clima. Dejemos pues a otros el estudio de los elementos psicológicos de la naturaleza humana. No olvidemos que el hombre tiene una anatomía, una fisiología y una patología que derivan de caracteres hereditarios y cuyo estudio constituye objeto de la antropología y la medicina. Ensayemos pues de rectificar nuestra primera definición.

Se puede dar, entonces, esta segunda definición: *la geografía humana es el estudio de los agrupamientos humanos en sus relaciones con el medio físico*. Renunciemos a considerar a los hombres en tanto individuos. Por el estudio del individuo, la antropología y la medicina pueden llegar a resultados científicos; la geografía humana no. Lo que ella estudia son los hombres en cuanto colectividades y agrupamientos: son las acciones de los hombres en tanto sociedades. Para nuestras investigaciones debemos partir no del individuo sino del grupo. Desde los tiempos más remotos vemos a los hombres no aislados sino en agrupamientos. Tan lejos como nos remontemos en el pasado constatamos que

vivir en sociedades, vivir con semejantes que tienen las mismas maneras de vivir es un estado inseparable de la naturaleza humana. Estos agrupamientos a veces son pequeños como las numerosas aldeas neolíticas de las que se han encontrado vestigios. A veces son inmensos, como esas sociedades de la época paleolítica cuyo herramental se asemeja a través de todo el mundo. Es así, por medio de estos agrupamientos, que la humanidad, aún en su estado primitivo, entra en contacto con el medio físico. Es en un esfuerzo de cooperación, de cohesión, que encontramos el origen de las civilizaciones y de sus conquistas materiales sobre la naturaleza. Esfuerzos como la construcción de dólmenes, la organización de la irrigación en Mesopotamia y en Egipto, así como la domesticación de los animales, no pueden sino ser empresas colectivas. Pero esta definición no es suficiente para cubrir todo el concepto de geografía humana mientras hay una última corrección que nos llama definitivamente a la realidad.

La geografía humana es el estudio de los agrupamientos humanos en sus relaciones con el medio geográfico. La expresión de medio geográfico es más exhaustiva que la de medio físico; abraza no solamente las influencias naturales que pueden ejercer, sino también una influencia que contribuye a formar el medio geográfico, el entorno entero, la influencia del hombre mismo. Bien al comienzo de su existencia, la humanidad ha sido seguramente esclava y dependiente de la naturaleza. Pero este hombre *nudus et inermis* no tardó en convertirse, él mismo, gracias a su inteligencia y a su iniciativa, en un elemento que ejerció sobre el medio una acción potente; se convierte como en un agente de la naturaleza transformando a fondo el paisaje natural, creando asociaciones nuevas de plantas y de vegetales, oasis para los cultivos de irrigación, formaciones vegetales como la maleza y la landa a expensas del bosque. Y estas transformaciones se extienden en amplias regiones porque de grupo a grupo de hombres hay migraciones, préstamos e imitaciones. Y esta acción de las sociedades humanas sobre la naturaleza es tan rica y tan fuerte que sus iniciativas las han hecho más capaces de extender su radio de acción. Existen muchos dones de la naturaleza que el hombre ha revolucionado profundamente por su acción: en la Antigüedad

las islas Británicas estaban en la extremidad del mundo conocido, en una posición excéntrica; en la época moderna, a partir del descubrimiento y poblamiento del nuevo mundo ocupan una posición central. En nuestros días, la acción del hombre sobre la naturaleza se encuentra amplificada en virtud de las armas que la ciencia le ha dado y en razón del dominio que los transportes le han dado sobre las distancias. Así, las obras humanas salidas de todo el pasado de la humanidad contribuyen a constituir el medio, el entorno, el medio geográfico que condiciona la vida de los pueblos. Así podemos adoptar como definición de la geografía humana la del estudio de las relaciones de los agrupamientos humanos con el medio geográfico.

Esta definición de la geografía nos permite concebir de una manera concreta cual es su objeto y determinar los marcos y sus límites. Comprende cuatro grupos de problemas que resultan precisamente de las relaciones de las sociedades humanas con el medio geográfico.

En primer lugar, tenemos la valorización de los recursos que le suministra la naturaleza o que son conquistados de ella por las sociedades humanas; son los modos de vida tales como los modelan las grandes zonas naturales: la vida humana en las regiones templadas, la vida humana en las régiones áridas, la vida humana en las regiones cálidas con su contingente de plantas y animales domésticos para cada una de estas zonas.

En segundo lugar, tenemos la elaboración progresiva por las sociedades, en el transcurrir de los tiempos y a través del espacio, de los diferentes procedimientos por los cuales para su subsistencia han sacado partido de los recursos naturales desde los más elementales hasta los más complicados: se trate de recolección, de caza y de pesca, o de agricultura o de cría de animales, o de industria o de comercio, de trueques y de transportes. En suma, se trata de la evolución del tipo de civilización.

En tercer lugar, tenemos la repartición de los hombres, en función de las condiciones de la naturaleza y de recursos creados por su explotación: la extensión de la humanidad, su número y su densidad, sus movimientos y sus migraciones.

En cuarto lugar, tenemos los establecimientos humanos, es

decir, los modos de ocupación de la tierra desde las formas más simples hasta los agrupamientos más complicados: desde la casa y la aldea hasta las ciudades y los estados.

He ahí, según parece, el contenido propio de la geografía humana. Es dentro de esos amplios marcos que se reparte todo su trabajo de investigaciones, toda su obra.

II. El método de la geografía humana

Concebir y limitar el contenido y el objeto de la geografía humana no es suficiente. Son necesarios principios metódicos, sea para abarcarla bien, sea para no salirse de ella. He aquí los principios esenciales de este método.

Primer principio. No es necesario, en geografía humana, creer en una especie de determinismo brutal, en una fatalidad salida de factores naturales. La causalidad en geografía humana es muy compleja. Con su voluntad y sus iniciativas el hombre mismo es una causa que aporta perturbaciones en lo que podría parecer el orden natural. Por ejemplo, una isla puede no estar necesariamente consagrada a la vía marítima. El nacimiento de la vía marítima procede a menudo de contactos civilizados. Así los ingleses no se hicieron marinos sino en la escuela de los mercaderes escandinavos y hanseáticos. Tampoco la agricultura es solamente una función de las calidades de la tierra; hay tierras fértiles que no están cultivadas; hay tierras magras que, en cambio, sí lo están. Todo depende frecuentemente del estado de civilización de la sociedad agrícola. A veces, el hombre es el dueño de la fertilidad del suelo, por ejemplo practicando la irrigación. La antigua extensión de la viña en la Europa occidental hasta Bélgica, Inglaterra y el Norte de Francia, se hizo en contradicción con las exigencias naturales de su vegetación; si pudo avanzar tan lejos en esas tierras frescas y poco asoleadas es porque había necesidad de vino para decir misa y que, a falta de transporte barato no se podía recibirlo de regiones más meridionales; pero, a medida que estos transportes se hicieron menos onerosos, el cultivo de la viña retrocedió hacia el Sur, a sitios menos aventurados y más

conformes a sus necesidades de vegetación y de madurez. La misma región puede cambiar profundamente de valor por la ocupación humana según el grado de civilización de las sociedades humanas que la pueblan. Antes de la llegada de los europeos, Australia se encontraba todavía en estado de vida salvaje; sin grandes animales para cazar, salvo el canguro que era raro; una caza pobre de marsupiales, serpientes, insectos; nada de animales para domesticar; pocas plantas salvajes para consumir; famélicos indígenas errando en busca de una pobre alimentación. Cuando arriban los europeos con sus plantas cultivadas y sus animales domésticos, luego con sus eficientes medios de trabajar y de circular, hacen de este continente, durante tanto tiempo atrasado, un país de gran agricultura y de ganadería intensiva, una tierra de civilización progresiva y de confort humano. Por lo tanto, nada de determinismo absoluto, sino solamente de posibilidades puestas en acción gracias a la iniciativa humana; nada de fatalidad sino de voluntades humanas.

Segundo principio. La geografía humana debe trabajar apoyándose sobre una base territorial. Donde quiera que viva el hombre, su modo de existencia implica una relación necesaria entre él y el sustrato territorial. Es precisamente la consideración de ese lazo territorial lo que diferencia la geografía humana de la sociología. Los sociólogos tienen tendencia a no percibir más que los aspectos psicológicos de los agrupamientos humanos, a olvidar las relaciones de los hombres con la tierra, a tratar al hombre como si estuviera despegado de la superficie de la tierra. No se podría, por lo demás, desconocer que existen otros cementos sociales que la tierra, en particular aquellos que reposan sobre principios de naturaleza psicológica, tales como el parentezco y la religión, y su estudio pertenece no a los geógrafos sino a los sociólogos.

Pero lo propio de la geografía humana es constatar que el hombre no puede ser estudiado sin el suelo que habita y que el suelo es el fundamento de toda sociedad. Hasta puede decirse que cuanto más ancha y rica es esta base, más profundas son las vinculaciones entre ella y sus habitantes. Cuanto más acentuada

es la densidad de población y más intensa es la explotación de la tierra, más estrechos se hacen estos lazos.

Con Sanderson se puede decir que aún en las tribus de cazadores la utilización de un mismo territorio crea una solidaridad social, independiente de los lazos sanguíneos y más fuertes que éstos. Entre los algonquinos de América del Norte, pueblo cazador, el territorio de cada tribu se hallaba compartido en sectores atribuidos desde tiempo inmemorial a las mismas familias; este grupo de familias constituía la verdadera unidad social; el cemento de esta unidad no era el lazo de parentesco sino la comunidad de dominio del mismo territorio, del mismo sector. Estos sectores tenían, entre los algonquinos, una media de 200 a 400 millas cuadradas por familia en el territorio central de la tribu y dos a cuatro veces más sobre las fronteras de este territorio. En este territorio la familia caza. La caza está reglamentada de tal suerte que sólo se consume el crecimiento natural de los animales; después de cada temporada se tiene a buen recaudo dejar suficiente número de bestias como para que aseguren el aprovisionamiento del año siguiente; se sabe que una masacre indiscriminada expondría la familia al hambre. En todos los dominios de caza de América Precolombina (caribú, bisonte, guanaco) existía la misma organización. Entre los pueblos inferiores de Australia, la tribu tenía los mismos derechos de recolección y de caza sobre un territorio limitado con exactitud; al interior mismo del territorio de la tribu, cada unidad familiar poseía derechos semejantes. Con mayor razón entre los pueblos agrícolas la base territorial asume mayor importancia como cemento social, a expensas de los principios de naturaleza psicológica. Todas las comunidades agrícolas tienen una estructura determinada por los lazos que la atan al suelo: agrupamiento de las habitaciones en aldeas debido a la necesidad de defenderse y sobre todo a las necesidades del trabajo en común; organización extremadamente reglada del disfrute de tierras cultivadas y fundada sobre la rotación de cultivos de una sección a otra del territorio; carácter permanente de los límites de la parcela; en algunos países, obras de irrigación cuya localización impone la repartición de campos cultivados. *La comunidad de la aldea,* dice también Sanderson, *ha sido el medio de dar*

a la humanidad un gobierno local basado sobre el principio territorial con prioridad al principio del parentesco. Al remplazar la organización tribal por esta organización territorial es una base geográfica la que, desde una remota antigüedad, la mayor parte de las civilizaciones han dado a los agrupamientos rurales. Estos habitats en los que los hombres se agrupan, donde trabajan, son de dimensiones harto desiguales y pueden ir desde la localidad elemental a grandes territorios. Así se forman los cuadros dentro de los cuales se reparten los hechos geográficos y, por sus caracteres propios, imprimen una originalidad a la humanidad que en ellos se reúne. Comprender y describir estas unidades esenciales es una de las funciones primordiales de la geografía, porque cada una de ellas forma a menudo una especie de personalidad que es necesario hacer revivir. Esta geografía regional constituye uno de los puntos esenciales de apoyo para el trabajo de la geografía general, porque no se llega fácilmente a concebir los grandes conjuntos sino es por el análisis de las pequeñas comarcas que lo componen; para abarcar bien los hechos generales es bueno partir de lo particular, de lo localizado, de lo regional, observando qué es lo que la región contiene de particular dentro de sus horizontes, sus plantas, sus habitantes, y definir esa especie de cosa animada que resulta de la unión de un fragmento de tierra como un grupo de humanidad. Uno es llevado así, inexorablemente, al punto de partida de nuestro conocimiento del mundo, al substratum inmediato de nuestra existencia material. Es, a menudo, por el análisis de los caracteres que componen la fisonomía de una región que se pueden captar mejor los vínculos que unen a los hombres con su medio.

Tercer principio. Para ser exhaustiva y explicativa, la geografía humana no puede limitarse a la sola consideración del estado actual de las cosas. Le es necesario encarar la evolución de los hechos, remontarse en el pasado, esto es, recurrir a la historia. Muchos hechos que, considerados en función de condiciones presentes nos parecen fortuitos se explican desde que se los considera en función del pasado. La historia abre vastos horizontes sobre el pasado que ha visto suceder tantas experiencias

humanas. Esta noción de edad, de evolución es indispensable. Sin ella, la razón de lo que existe a menudo se nos escaparía. ¿Cómo, por ejemplo, la geografía humana podría prescindir de la historia? ¿Cómo explicar Roma, París, Londres, sin conocer su pasado? ¿Cómo comprender el poblamiento de un viejo país como Francia si no conocemos la historia del desbroze, del desmonte, de la repartición de los campos, de los trabajos de drenaje y endicamiento? Todo el estudio de esta conquista del suelo se halla en la base de la historia. He aquí la explicación de por qué los trabajos de geografía humana contienen siempre muchas investigaciones históricas y por qué los geógrafos se reúnen a menudo en los depósitos de los archivos, con los historiadores. Para explicar los hechos que observa, el geógrafo no debe contentarse con situarlos racionalmente en el espacio, es necesario que los proyecte también en el pasado. También debe saber servirse de documentos históricos y saber también donde los puede encontrar. Para tomar el ejemplo de Francia solamente, existen grandes depósitos de archivos: los Archivos Nacionales en París que poseen, para las diferentes series, por lo menos un inventario resumido; los Archivos departamentales, que no están inventariados en su totalidad; los Archivos comunales muy desigualmente accesibles. Muchas bibliotecas poseen depósitos de documentos inéditos, desde la Biblioteca Nacional de París hasta las de las grandes ciudades de Francia y las de establecimientos públicos como la Escuela de Puentes y Calzadas. También existen archivos en las administraciones públicas: ministerios de Obras Públicas, Comercio, Agricultura, Catastro, sin hablar de archivos en Cámaras de Comercio, compañías ferroviarias, mineras o de navegación, sociedades agrícolas e industriales y aún archivos de escribanos, tan curiosos de indagar para el estudio de propiedades y explotaciones. Se puede dar, finalmente, como ejemplo, una masa de documentos al alcance de investigadores: la colección de documentos inéditos sobre la historia económica de la Revolución Francesa consistente ya en más de una centena de volúmenes, y que proyectan una luz clara sobre tantos hechos antropogeográficos: cultivo de las landas, bienes comunales, derechos de paso y de pastoreo, oficios rurales e industrias a domicilio; la metalurgia y los bosques, los comienzos

del maquinismo, la red de rutas y de vías navegables, el movimiento de la población, la evolución de la agricultura, los regímenes agrarios. Por tanto, el estudio del pasado es necesario para la explicación de los hechos de la geografía humana. La humanidad evoluciona en el tiempo. Para comprender esta evolución, el testimonio de la historia no es tan necesario como el conocimiento de las leyes naturales.

JEAN GOTTMANN

EL METODO DE ANALISIS EN GEOGRAFIA HUMANA

Los geógrafos al esforzarse por erigir en sistema la descripción razonada de nuestro planeta han tenido mejores éxitos en geografía física que en geografía humana. La materia humana, sobre todo bajo la forma colectiva y social es de una extraordinaria fluidez y los "humanistas" no disponen de ninguna herramienta de análisis comparable al que las ciencias experimentales y matemáticas han construido para penetrar el secreto de los fenómenos de la Naturaleza. En general existe complacencia con sólo abordar, en geografía humana, las relaciones de causa y de efecto. La causalidad es bien delicada en nuestra disciplina: pero el científico no podría contentarse, a la manera de un jefe de gabinete ministerial, con apreciar "la delicadeza" de las preguntas que se le someten. Le es necesario investigar los medios de penetrar en las brumas de esta causalidad y no pudiendo dejar de esforzarse en disiparlas.

Algunos temerarios han creído hacer ciencia simplificando las cosas. Han establecido relaciones de causa a efecto entre fenómenos cuya coincidencia en el espacio no significaba ni la coincidencia en el tiempo, ni un lazo determinante. Estos apóstoles del determinismo han observado, así, que los desiertos de hoy habrían gozado de un clima más húmedo; pero estos desiertos están todavía salpicados de ruinas testimoniando civilizaciones otrora brillantes pero ya desaparecidas o decadentes. Del cotejo de estas dos observaciones deducen que estas civilizaciones fueron arruinadas por el desecamiento. La arqueología ya ha mostrado el error profundo de una hipótesis tal [1]. Parece, incluso, que el desecamiento determinó una concentración de población en torno a pun-

[Annales de Géographie (1947), pp. 1-12.]

tos de agua y sobre el borde de los desiertos; esta concentración exigió la organización de una vida en común, de una utilización del agua en función del interés general, de la cual se sigue el nacimiento de nuestras civilizaciones y de los principios morales que todavía hoy nos gobiernan [2]. Pretender que el comportamiento de los hombres está determinado por las influencias y las variaciones del medio físico no es más que un esfuerzo por explicar *grosso modo,* por métodos más intuitivos que deductivos y reposando esencialmente sobre el principio del menor esfuerzo. El fracaso verificado sobre esta vía nos hace experimentar, de inmediato, la necesidad de un método de análisis independiente de nuestro arte, por lo demás ya bastante avanzado, de análisis del medio físico.

La historia y nuestro conocimiento del presente nos enseñan que en medios semejantes, en una misma época, las condiciones de vida y de actividad del hombre pueden muy bien presentar panoramas diferentes. Es curioso constatar las similitudes que parecen unir California con Marruecos por ejemplo: situados ambos en casi las mismas latitudes, sobre la costa occidental de un continente macizo; los climas son parecidos, y las semejanzas pueden ir hasta las neblinas célebres de la región de Casablanca que uno encuentra hacia San Francisco. Aún la estructura orográfica es bastante similar. ¡La superficie del Estado de California es casi exactamente igual a la de la zona francesa de Marruecos y las cifras de población en 1940 eran casi iguales! Sin embargo, ¿hace falta acaso recordar las diferencias? Ningún geógrafo humano clasificaría en la misma categoría estas dos regiones. Y la oposición era todavía más considerable antes que la colonización francesa tocara Marruecos: California y Marruecos en 1900 verdaderamente no tenían más que características físicas en común. Ni el clima ni la topografía han, no obstante, cambiado de 1900 a 1940 como todo el mundo lo sabe; sin embargo, California 1900 y California 1940 son muy diferentes tanto en el plano económico como social. Ciertas condiciones han cambiado en Marruecos como en California como consecuencia de la acción humana. Tales cambios hacen a la vida de este mundo que estudia la geografía humana: se producen local y constantemente manteniendo en perpetua

evolución a la humanidad, mientras la ronda de las estaciones continúa y los mapamundi de isotermas y de isoyetas apenas varían. El Norte canadiense se industrializa y se anima con una vida nueva sin dejar de ser el Gran Norte de los inmensos espacios y del frío terrible. Los progresos de la técnica y el arte de organización de los hombres modifican la significación de los datos de la Naturaleza; la permanencia de una meteorología extremista no impide el nacimiento de una geografía humana totalmente nueva.

Nadie soñaría con negar que el medio físico asume el rol de ser nuestro abastecedor exclusivo en materia prima. Pero los datos físicos son datos en bruto, que encierran una maleabilidad peculiar, y el hombre es precisamente superior a los animales porque tiene el poder de modelar la naturaleza. Sus esfuerzos son limitados más estrictamente en ciertas regiones donde los elementos naturales (temperatura, humedad, viento, etc.) acusan extremos excesivos. Habiendo acumulado observaciones científicas en los climas templados, tenemos al menos tendencia a considerar como excesos a los casos en los que la temperatura y la humedad se apartan demasiado de la normal. ¿Pero, qué es la normal en geografía? ¿La media de Europa a la cual estamos más habituados? Sería difícil de afirmarlo a pesar de todo el peso de la tradición. Si Europa creó y desarrolló la ciencia de la observación, esta ciencia misma, exportada a través del mundo nos demuestra hoy que Europa, por su estructura, su clima, es la excepción, mientras que el continente macizo es la regla. Los monzones nos han parecido de entrada un régimen excepcional, propio del Extremo Oriente. Pero hoy sabemos que sistemas de monzones se vuelven a encontrar en Australia, en Arabia, en Africa Oriental y Madagascar, en Africa Occidental tanto como en Brasil y en Norteamérica. "La revolución de los continentes macizos" supera ampliamente el terreno político y económico para venir a perturbar nuestros conocimientos y nuestros *standards* geográficos. En geografía humana, una tal revisión profunda es más necesaria aún que en geografía física, puesto que Europa sola, desde hace cinco siglos conoce una vida interior suficientemente estable, sin gran interferencia proveniente del exterior.

Lo que necesitamos es, pues, encontrar un método de análisis para los fenómenos humanos que esté fundado sobre algunos caracteres profundos y principios generales. En geografía física los grandes principios de la circulación atmosférica, de la erosión, de la adaptación de vegetales y animales a las condiciones ambientes, constituyen una sólida plataforma sobre la cual se pueden edificar concepciones generales tanto como análisis regionales. Cada una de estas abstracciones provee un método para seguir el juego de una combinación de fuerzas naturales.

En geografía humana, Vidal de la Blache aportó un primer sistema formulando la definición de género de vida que permite un esbozo de clasificación. Pero el género de vida es, sobre todo, una herramienta de descripción, descripción razonada, por cierto, pero donde la explicación no hace más que acompañar y sostener la descripción sin poder separarse de ella y menos todavía precederla. El principio de género de vida permanece en el regionalismo; no abre el camino hacia ninguna concepción general. No obstante, el espíritu reclama tales concepciones para consagrar una disciplina, máxime cuando se trata de un fenómeno tan fuertemente individualizado como lo es la sociedad humana.

Un paso adelante hacia la clasificación sistemática de los hechos humanos y de los géneros de vida se dio mediante la introducción de la noción de "frente de colonización" o *pioneer fringe* debida a Isaiah Bowman. Un proceso dinámico particular viene a conferir así a ciertas regiones y a ciertas colectividades caracteres propios y abrirles aunque no sea más que temporariamente, posibilidades que no tienen regiones en las que el espíritu pionero se ha extinguido. Como toda región del globo ha conocido en algún momento un período pionero, sino varios, uno se puede preguntar si no estará allí el punto de partida de una concepción que llevaría a hablar de ciclos de poblamiento como existen ciclos de erosión. Los economistas ya están distinguiendo entre países "nuevos" y países "viejos".

Los únicos principios verdaderamente generales que utiliza la geografía humana son aún las nociones de poblamiento y de habitat. Nociones vagas pero de un rico contenido funcional. Todavía atados a su documentación cartográfica, los geógrafos ape-

nas han podido considerar poblamiento y habitat más que en su extensión superficial. Uno puede entenderse sobre la densidad kilométrica del poblamiento, sobre el poblamiento disperso o aglomerado, rural o urbano, pero difícilmente pueden formularse los procesos de evolución, o el dinamismo de esos fenómenos, que, sin embargo, son espacialmente inestables. La contribución más importante hecha, en el curso del último medio siglo, para la sistematización de la geografía humana es, sin duda, la obra de Albert Demangeon en el dominio del poblamiento y del habitat rural. A esto contribuyó mediante sus trabajos personales y su enseñanza, como por los trabajos de la Comisión del Habitat Rural y el Poblamiento que él inició y presidió, así como otras conferencias internacionales en las cuales participó.

Demangeon creó, con su sistema de encuestas sobre la estructura agraria y sus clasificaciones de las viviendas rurales y de los tipos de explotación, un método casi anatómico para el análisis del habitat rural. La explotación rural es para él una célula viva cuyo núcleo lo constituye la vivienda. El tejido formado por un ensamble de estas células constituye una región de habitat y la estructura agraria le da características propias. Los célebres cuestionarios de Demangeon muy pronto se han convertido en útiles de trabajo indispensables, y aunque fueran concebidos especialmente para Francia, su valor general permanente reside en su modo de analizar el hecho "habitat". En los programas y cuestionarios que elaboró a menudo para comisiones o asambleas internacionales, Demangeon tuvo la ocasión de hacer la lista de puntos oscuros, de los centros nerviosos del poblamiento. Para el poblamiento nos ha dejado un terreno menos desbrozado que para el habitat rural. Analizando los "Problemas de Geografía Humana" de Demangeon, H. J. Fleure destaca que siempre tuvo mucho más interés por *las interrelaciones que por los procesos* [3]. Los anglosajones han sido más sensibles que los geógrafos franceses al carácter dinámico de los hechos de la geografía humana. Al definir la geografía como *un arte y una filosofía*, Sir Halford Mackinder, al finalizar una de las más fecundas carreras que pueda haber hecho un geógrafo, se consagra a valorar la fluidez del sujeto y de su materia [4] sin excluir, sin embargo, un principio general. Los estudios pioneros de Bowman y de su

escuela sobre los frentes de colonización y los límites de la colonización rural lo llevan constantemente a hacer consideraciones sobre el dinamismo, lo que Demangeon sintió profundamente cuando traducía por "frentes de colonización" el concepto *de pioneer fringe.*

Es normal, por lo demás, que la introducción de un principio de dinamismo provenga de América, ese continente que fue y todavía es el teatro de la más vasta experiencia de poblamiento y de mezcla de poblaciones que conozca la historia. Hacia 1910, un grupo de estudiosos del cual Bowman formaba parte, se apasionó por los trabajos del célebre físico Gibbs en la Universidad de Yale. Gibbs estableció principios que, como la ley de los gases, debían quedar entre las leyes fundamentales de la termodinámica. Así fue que elaboró leyes que gobiernan el comportamiento de los gases dentro de una mezcla de gases heterogéneos encerrados en un vaso hermético. ¿Y tales métodos de investigación no serán aplicables a la elaboración de principios a los que obedecería el comportamiento de los elementos dispares cuya amalgama constituye las sociedades y las naciones? Esta concepción audaz de una "termodinámica social" nunca fue puesta a prueba.

Pocos geógrafos piensan hoy día en términos semejantes. El método geográfico continúa fiel a la concepción acaso excesivamente ecológica heredada de Ratzel. La ecología es sin duda un útil muy precioso pero admite muy difícilmente que el sujeto pueda remodelar el medio en una vasta escala, lo que no obstante es lo propio del hombre y el aspecto esencial de la geografía humana. La utilización de algunos principios de física, en particular de ciertas leyes de energía, podría ayudar a mejorar nuestro método. Nuestros métodos de análisis serían así rápidamente enriquecidos con la condición indispensable de que no se olvide de hacer bien clara la diferencia de la materia inerte, campo principal de la física experimental y de la materia humana viviente y actuante.

El dinamismo de las colectividades fue, por supuesto, erigido en sistema y llevado al absurdo por la escuela alemana de la *Geopolitik.* Todavía los geopolíticos no han podido emanciparse del principio ecológico según Ratzel. Pero como A. Demangeon lo demostró en 1932 en los *Annales de Géographie* [5], no era más que el caso de "ciencia aplicada", máquina de guerra sabiamente adaptada

a las necesidades de una propaganda agresiva. No es en la búsqueda de un lugar bajo el sol sino en la constitución lenta y progresiva de los pueblos y de las sociedades y de las civilizaciones que se descubre el principio dinámico profundo del poblamiento, principio que si un día fuese formulado con suficiente precisión permitiría sin duda esquematizar un ciclo del poblamiento y comprender sus variaciones.

Una de las debilidades de la geografía humana ha consistido ciertamente, por razones de facilidad evidentes, la tendencia a beber en las mismas fuentes que la geografía física, es decir en la historia natural. Sin embargo, no se podría esperar de colectividades humanas un comportamiento semejante al de los seres vivos más simples. El determinismo simplista de la botánica no puede permitir más que arañar apenas la superficie de los problemas de las sociedades humanas. Los principios de la termodinámica, si fueran aplicados al poblamiento mostrarían sin duda nada diferente a sus aspectos más superficiales. Pero, en el estado actual de la ciencia, es aún más lógico aplicar a la actividad humana las leyes de la energía, cuyo principio profundo aparece cada vez más frecuentemente, a pesar de la infinita variedad de sus formas, que aplicar los métodos de la biología, ciencia muy atrasada en relación a la física y a las matemáticas. Doctos experimentadores llegaron a curar el cáncer en ratones inyectándoles un producto químico simple; pero no se tardó mucho en reconocer que las mismas inyecciones estimulaban el avance canceroso en el hombre. El mismo factor, la misma acción, puede pues tener efectos contrarios en seres vivos de especie diferente. La medicina sabe que la misma droga también puede variar sus efectos según los individuos; en fin, que lo que es verdad de las unidades no siempre lo es de las masas. Demandemos sin dudas las herramientas de trabajo a otras disciplinas pero al trasponerlas guardémonos de proyectar un uso inmediato y automático. Al ajustarlos a las leyes que pueden dirigir los fenómenos en geografía humana, investiguemos los caracteres propios de la distribución de los hombres, de sus modos de establecerse y de sus géneros de vida.

El carácter primario y capital de esta fluidez, es este movimiento perpetuo que anima a la masa, movimiento que se descom-

pone en una casi infinidad de movimientos particulares y de los cuales ni el conjunto ni los diversos elementos parecen seguir las reglas de un sistema. Esta circulación constante de las multitudes que se desplazan de continente a continente, de país a país, del campo a la ciudad y de ciudad en ciudad, considerada en el espacio como en el tiempo, no aparece —a pesar de todo— como caótica. Grandes corrientes, tendencias más o menos estables, derivan de los estudios numerosos de los que se dispone hoy en día.

Esta circulación de hombres y de sus productos, es la gran dinámica humana que hace tan apasionantes los estudios del poblamiento y que renueva constantemente a la geografía humana y económica. Se presenta dentro de un rol semejante al que la circulación del agua tiene en la naturaleza. Las corrientes de circulación determinan bastantes cosas en geografía. Las ciudades nacen de un cruce de caminos y tienen por función el ser lugares de contactos, de intercambios y de transformación. Los campos prosperan o vegetan según que las corrientes que los atraviesan sean más o menos fecundantes; las economías regionales se desarrollan o declinan según que sus horizontes sean ampliamente abiertos o estrechamente cerrados. Los geógrafos siempre han acordado una importancia considerable a los estudios de puertos, de canales, de vías férreas, y hasta de estaciones ferroviarias y aeropuertos. Han definido muchas regiones geográficas por las encrucijadas sobre las cuales la estructura y la personalidad del país se ha establecido. Así, la Borgoña se explica como encrucijada; lo mismo la región parisina y la Renania, Suiza y muchos otros países. ¿La misma personalidad de Francia no fue definida por Vidal de la Blache como resultante del cruzamiento de los elementos continental y mediterráneo? Si el *Tableau geographique* hubiese sido escrito hacia mediados del siglo XX su autor sin duda hubiera preferido hablar del concurso de tres elementos, siendo el tercero el elemento atlántico que ha ganado en importancia a partir de las incursiones normandas. Estados aún más vastos que Francia pueden todavía definirse por sistemas de encrucijada: la historia de Rusia es característica a este respecto, ya que parte de Kiev, la capital de la navegación sobre el Dnieper y sus afluentes, para arribar a la colonización de Siberia y de Asia Central, siguiendo primero las

huellas y las vías férreas para dispersarse un poco más hoy día en relación a la red aérea. Todo el Oriente mediterráneo no aparece sino como un tejido de ciudades para las caravanas; los imperios coloniales están unidos por sus redes de comunicaciones y, en fin, toda América se pobló y edificó su estructura según las caletas, los ríos, y más tarde las vías terrestres; todo centro importante lo fue en tanto encrucijada. Una ciudad o un país, por lo demás, no siguen vivos más que por los contactos exteriores. Vidal de la Blache comparaba una civilización a un reloj que tiene necesidad de una acción exterior para darle cuerda y asegurar su funcionamiento.

De esta manera, desde el cruce de caminos rurales donde se decide el rumbo que toma una cosecha y del cual depende el modo de vida de la granja vecina, hasta la combinación de elementos que crean grandes Estados y nuevas civilizaciones, corre un hilo firme, pero continuo, que es una cadena de encrucijadas. La *mélange* (sic) que se produce en la encrucijada es bien compleja, y todavía no poseemos el método para analizarla. Pero la encrucijada bien fija en el espacio, mecanismo concreto al cual se le puede dar un nombre, coordenadas y la extensión que se quiera, esa encrucijada es fácil de manejar para el geógrafo. Es sin duda un organismo vivo que desplaza sus contactos, varía la extensión y el alcance de sus tentáculos, modifica su estructura interna, nace y finalmente muere. Pero no deja de ser cartografiable y nosotros sabemos bien por medio de qué artificios pueden seguirse sus mutaciones y su vida interior. En tanto centro de reacciones la encrucijada puede ser calificada como célula o como átomo, según las preferencias, así como una región geográfica puede siempre definirse por su red, o tejido de encrucijadas. Quizás un día lleguemos a ponerlo en fórmula, a representar una región en su funcionamiento económico y social por un "ser matemático" de extraños contornos. Pero sin ir por ahora tan lejos ya podemos hablar de análisis por encrucijadas, de cadenas de encrucijadas y hasta de reacciones en cadena propagándose por su red.

Pero, se dirá, encrucijada es una noción un tanto vaga: ora un edificio determinado (estación, mercado, almacén), ora un mecanismo complejo como un puerto, ora una extensión vasta; a veces hasta todo un país. Esta maleabilidad de la noción, debida al

hecho de que "encrucijada" posee un valor abstracto, no hace sino convertirla en más manuable. Una gran ciudad como París es una encrucijada que consiste en una amalgama de un muy alto número de elementos, de los que cada uno es una encrucijada especializada: las estaciones, el puerto fluvial, el nudo de rutas, los aeropuertos, los mercados, el Parlamento, los Ministerios, el entrecruzamiento de corrientes de población, de ideas, de mercaderías, todo eso se superpone y se interpenetra, pero todo esto vive también de una vida común, está atraído a una órbita común. Según sean nuestros objetivos es posible adaptar la noción de encrucijada parisina a nuestras necesidades, las que difieren según busquemos establecer el rol de la ciudad en la geografía de la música moderna o en la geografía de las industrias químicas. La encrucijada, noción abstracta, pero realidad viva, será lo que querramos para nuestro uso y lo será para cada caso o para cada categoría bien definible. Henri Bergson ha dicho: *una definición no se aplica más que a una realidad hecha. No obstante, las propiedades vitales jamás son realizadas enteramente sino que están siempre en vías de realización; son más tendencias que estados. Y una tendencia no obtiene todo lo que ella apunta salvo que no exista oposición de parte de ninguna otra tendencia: ¿cómo se presentaría ese caso en el dominio de la vida donde siempre ha existido una implicancia recíproca de tendencias antagónicas?* [0]. Eso se siente bien nítido en geografía humana y es porque la materia, en sí, es difícil de captar y de definir. Pero la encrucijada que no funciona más que en tanto sistema de relaciones, permite evitar la estabilización bajo la forma de un estado definido. Por lo tanto, deberá facilitar enormemente la elaboración de un principio dinámico.

La encrucijada, a la cual el geógrafo puede dar la extensión y los engranajes que desea, es pues un lugar de reacciones, de fricciones, de donde emanan tendencias y a menudo hasta energía. La combinación armoniosa de todas estas tendencias dentro de los límites geográficos dados hace que esos límites no dibujen un cuadro vacío sino un contorno animado. Quizá las fórmulas de Gibbs no sean aplicables a ciertas formas de encrucijada pero la encrucijada no es jamás un recipiente cerrado y eso extiende marcadamente el alcance de una reacción en cadena. El geógrafo

podrá consolarse de tantas dificultades en perspectiva soñando que el mundo de los átomos se hace menos y menos inteligible a los físicos a medida que éstos aprenden mejor a penetrarlo y a servirse de él.

Usando tales abstracciones, "el humanista" en geografía ¿se apartará de los datos de la geografía física, que son los únicos verdaderamente estables, los únicos fácilmente sometibles a la experiencia? Será preciso estar en guardia, aunque la querella es bastante vana, sobre las relaciones del hombre y del medio físico que los deterministas desviaron de senderos que podrían haber sido más fecundos. ¿De qué sirve porfiar sobre la importancia de estas relaciones?: la Humanidad y la Naturaleza viven juntas, una llevando a la otra. Pero desde que se habla de medio en el cual vive una colectividad humana, sería bien raro reducirla a una naturaleza fija y estable. El médico que se ocupa de los humanos en tanto que individuos ha adoptado desde hace tiempo el principio enunciado por Claude Bernard en su *Introducción a la Medicina Experimental*: hay dos medios, el cósmico o exterior y el medio interior. ¿Qué médico haría un diagnóstico sin interesarse del tiempo, del estado nervioso, de la herencia de su enfermo? Toda colectividad humana tiene también su medio interior, resultante de elementos numerosos y diversos: políticos, religiosos, sociales, económicos, culturales, sin hablar del atavismo, de las tradiciones y de los hábitos adquiridos. Los etnógrafos norteamericanos de la escuela de Franz Boas y de Ruth Benedict[7] han ensayado de sistematizar los factores permanentes de este medio interior en los pueblos primitivos. Para ello los han agrupado bajo el nombre de *cultural patterns* o tipos culturales. La *cultural pattern* comporta, mientras tanto, un buen número de componentes materiales en la generación de los cuales el medio cósmico ambiente ha podido tener influencias directas. Mientras nos quedemos en el terreno del método analítico parece preferible descartar el uso sistemático de *cultural patterns* según R. Benedict y continuar distinguiendo estos dos medios cuya interrelación está en evolución constante.

Los hombres han buscado siempre establecer un acuerdo armonioso entre los dos medios; no lo lograron jamás, aunque más

no fuera como consecuencia del cambio incesante del medio interior. El equilibrio biológico es sin duda una concepción imposible de realizar: a causa de la misma definición de la vida no se ve siquiera establecerse un equilibrio más que en la materia inerte, o sea en el momento de la muerte [8].

¿De la inestabilidad de las relaciones entre lo cósmico y lo humano se deducirá alguna vez una curva que sea marcadamente irregular? Con todo, el movimiento de masas humanas y las variaciones de una estructura social deben tener efectos determinables sobre el cuadro natural. Las sociedades pasan por períodos en los que estimulan o reducen los efectos de la erosión física o la accesibilidad a los recursos hídricos. La turbulencia social deforma las posibilidades de utilización de los recursos naturales, como la turbulencia del aire o la de las aguas puede influir sobre la utilización de esos elementos. Ya estamos en condiciones de establecer algunas de esas relaciones, aunque no seamos capaces de reducirlo a una fórmula como la evolución de un perfil fluvial.

Las ciencias naturales no son las únicas capaces de hacer esta contribución. Por de pronto, la concepción del medio interior hace intervenir otra cosa. Pero ¿por medio de qué manifestación exterior, fácilmente estimable, podremos seguir otros elementos del complejo social? Los economistas propondrán sin duda numerosos índices que cada uno calcula a su manera e interpreta a su guisa. Se trata, sin embargo, de una noción capital y bien poco utilizada en geografía que permite lanzar, de lo económico a lo social, un puente cómodo; consiste en el consumo.

Al igual que la encrucijada, el consumo es suficientemente abstracto y maleable como para poder ser adaptado a las necesidades diversas que pueden imponerse a la investigación geográfica. Síntesis de las relaciones entre los dos medios, el consumo refleja las tradiciones del pasado y los humores del presente como los recursos accesibles y las condiciones cósmicas ambientes. No es necesario confundirla con la noción cuantitativa de "nivel de vida" (el *standard of living*, invención de país nuevo). El consumo comporta aspectos cualitativos y sobre todo una multitud de tendencias, por lo demás, extremadamente inestables. No puede servir para establecer jerarquías entre economías y sociedades, sino más

bien para diferenciar las civilizaciones, lo cual sólo importa al geógrafo. El consumo comparado de carne de cerdo o de langosta en un país mahometano, por una parte, y en los Estados Unidos por la otra, no puede ser más que una manera entre muchas otras, de expresar la oposición existente entre dos tipos de civilización. Pero la repartición del consumo de caucho o de tejidos de algodón implica factores diversos, todos geográficos y de una profunda significación humana. Una geografía del consumo establecida paralelamente a una geografía de encrucijadas podría dar resultados bien interesantes en cuanto a la influencia de la circulación sobre los modos de vida.

El consumo no es por cierto solamente importante como efecto sino que también como causa. ¿Acaso, según la ley de la oferta y la demanda, no es el factor regulador final de la producción y del transporte? Vauban escribía hace doscientos cincuenta años en "La Dîme Royale": *La verdadera riqueza de un reino consiste en la abundancia de productos cuya utilización es tan necesaria para la vida de los hombres que no podrían privarse de ellos... Es una verdad incontrastable que el mejor terreno no difiere en nada del malo si no está cultivado. Este cultivo se hace inútil no solamente sino ruinoso al propietario y al trabajador, a causa de los gastos que está obligado a efectuar si a falta de consumo los productos que extrae de sus tierras le quedan sin vender.* A dos siglos de distancia Albert Demangeon se hacía eco de esa cita en su "*Plaine Picardie*": *La explotación más productiva no es solamente la que incrementa sus rindes sin incrementar sus gastos, sino también aquella que es capaz de ordenar su producción sobre la competencia y prever la capacidad de sus salidas*[9]. Geógrafos y economistas hace mucho tiempo que se han puesto de acuerdo sobre la acción decisiva del consumo. La gente expresa a menudo su deseo de progreso económico, de mejoramiento social por imágenes de consumo que varían en el curso de la historia, de la gallina a la cacerola de Enrique IV, a la ración de pan de los franceses de 1940 y a las prioridades para los automóviles y las heladeras eléctricas que excitan la envidia de los norteamericanos de 1946. Nunca el problema del consumo ha sido tan actual, jamás se han hecho tantos proyectos para aumentarlo en el porvenir a fin de

absorber una producción con perspectivas de superabundancia... Los estudios de consumo van a ser facilitados por una documentación estadística que se organiza rápidamente. La misma va a dar un nuevo elemento de análisis del complejo de la geografía humana, herramienta que tendremos derecho de adaptar adecuadamente a nuestro uso.

Entre los factores decisivos del consumo conviene no descuidar el aspecto más puramente humano: el factor psicológico. El hombre civilizado tiene necesidad y no sabría prescindir de una multitud de objetos que no son de ninguna manera necesarios, de hecho, para su existencia. Sería absurdo preguntarse, por ejemplo, qué utilidad tiene la corbata: los europeos que como los norteamericanos llevan corbata, no sufrirían en absoluto un ápice más las condiciones ambientales si no llevasen una. Salvo, quizá, en un sentido: aparecer en público sin corbata, y en ciertas ocasiones sin determinadas formas especiales de corbata es venirse a menos. Un hábito aceptado por la sociedad, proveniente, en su origen de un capricho, de una moda, hace que el hombre tenga necesidad de una, o aún de varias, corbatas. Una industria y un comercio se ha establecido sobre esa necesidad, para satisfacer al consumo. Quienes han conocido la indigencia que ha sufrido Europa estos últimos años y todavía sufre, saben de cuantas cosas, agradables a menudo, aunque a veces inútiles, está constituida la civilización material de Occidente. Los hombres nunca han soportado mucho tiempo vivir en la simplicidad. La historia de Esparta es un testimonio de otrora, pero tenemos ejemplos mucho más recientes. Las necesidades del consumo han ido incrementándose en el curso de los siglos, necesidad de objetos más y más complicados y más y más frágiles, que ocupan cada vez un mayor lugar en nuestra noción de civilización. Es difícil, escribía Montesquieu, que un país no tenga cosas superfluas pero es la naturaleza del comercio que hace de las cosas superfluas objetos útiles y de las útiles necesarias.

Montesquieu ¿no ha postulado de esta manera una relación estrecha entre circulación, encrucijada y consumo? Este sabio del siglo XVIII sabía que el hombre siempre ha deseado poder tener los caprichos de los demás. Un capricho crea modas y la moda

hábitos de necesidades de consumo. Moda, invención e industria son parientes próximos. El trabajo productivo del hombre es pues ampliamente impulsado por su fantasía. El factor psicológico es un determinante capital del consumo.

Este mismo factor es uno de los reguladores principales de los movimientos de población y de los tipos de poblamiento. Los peregrinos del *Mayflower* vinieron a América unidos y empujados por motivos espirituales; y por escapar a una cierta actitud de espíritu de sus vecinos y conservar la propia es que los mormones irían a crear en el corazón del gran desierto americano lo que se convirtió en el rico estado de Utah. El espíritu aventurero de los *conquistadores* * se reencuentra bajo una forma derivada en la concepción del *pioneer fringe.* E. F. Gautier ha mostrado la importancia de ese factor psicológico en la colonización de Argelia: *Seguramente había algunos entusiastas sin responsabilidades oficiales que esbozaban una sonrisa aun cuando se les respetase. Antes del éxito eso se llama "soñadores". Es un elemento muy importante; no hay que olvidarse nunca de los hombres que tienen fe ya que ese es el fermento que levanta a las masas* [10]. En los estudios de poblamiento como de consumo los "soñadores" según Gautier son siempre de una extremada importancia. Los grandes descubrimientos no hubieran tenido lugar, en suma, si tanta gente no hubiera soñado *a priori* con pasión.

En geografía humana el método de análisis debe siempre tener en cuenta este factor espiritual, investigar el fermento psicológico, apreciar la fuerza. A esta altura nos resulta necesario apartarnos un poco de la lógica de los experimentadores, sobre todo de los naturalistas; Claude Bernard ha podido decir: *El hecho juzga a la idea* porque nosotros deseamos siempre pruebas fácticas. Pero es la idea la que suscita al hecho; indirectamente sin duda, y abriendo la puerta a no pocas sorpresas, porque la vida psicológica se halla en la base del dinamismo de la geografía humana (y en este sentido englobamos dentro de "humano", lo económico como lo político y lo social [11]. Un método de análisis, para ser científico dentro de nuestra disciplina, debe renunciar

* En castellano en el original. [*N. del Tr.*]

pues a un materialismo geográfico demasiado simple en los hechos y admitir que las fuerzas espirituales puedan compensar presiones cuya energía beba de otras fuentes.

[1] Ver nuestro artículo: "L'homme, la route et l'eau en Asie Sud-Occidentale (*Annales de Géographie*, XLVII, 1938, pp. 571-601).

[2] E. F. Gautier hace alusión a esto en su *Afrique Blanche*, Paris, 1939.

[3] *Geographical Review*, New York, enero 1946, pp. 172-173.

[4] Sir Halford Mackinder: "Geography: An Art and a Philosophy" (*Geography*, vol. 27, 1942, pp. 122-130).

[5] "Geographie Politique" (*Annales de Géographie*, XLI, 1932, pp. 22-31).

[6] Henri Bergson: *L'Evolution créatrice*, Paris, 1909, p. 13.

[7] Ver Ruth Benedict: *Patterns of Culture*, New York, 1934 (obra casi clásica y reimpresa en el formato de libro de bolsillo de las ediciones populares de los *Pelican Books*), también A. L. Kroeber: *Cultural and Natural Areas of native North America*, Berkeley, University of California Press, 1939 (obra de un etnógrafo que no trata más que de las civilizaciones precolombinas e indígenas); *Handbook of the South American Indian*, obra colectiva publicada por la Smithsonian Institution, en Washington, en 1946; y finalmente un ensayo sobre el carácter nacional americano: Margaret Mead: *And Keep your Powder Dry*, New York, 1940.

[8] Es preciso citar a Bergson nuevamente: "Dondequiera que alguna cosa vive, existe abierto, en algún sitio, un registro en el que el tiempo se inscribe" (*Evolution créatrice*, p. 17).

[9] A propósito de la influencia de Vauban sobre Demangeon, ver nuestro artículo "Vauban and Modern Geography" (*Geographical Review*, New York, enero 1944, pp. 120-128).

[10] *Un siècle de colonisation*, Paris, 1931 (Coll. du Centenaire de l'Algerie).

[11] E. F. Gautier ha señalado la sorprendente indiferencia respecto de la producción minera testimoniada desde hace siglos por los países musulmanes. Compárese, por lo demás, el mapa del apogeo de la industrialización en el mundo de 1800 a 1920 con el mapa del protestantismo: ¡qué de extrañas concordancias! El geógrafo queda perplejo ante esas observaciones mientras intentan explicar la geografía de la industria a través de los recursos locales y algunas "tradiciones". No es posible titubear en ahondar en lo más profundo de la vida espiritual.

Maurice Le Lannou

LA VOCACION ACTUAL DE LA GEOGRAFIA HUMANA

Ha llegado el momento, sin duda, de que la geografía humana se consolide sobre la base de medio siglo de fructuosas investigaciones. Consolidarse, quiere decir reivindicar su autonomía en cuanto objetivo y en cuanto método, alcanzar a un público más amplio por medio de publicaciones menos coloquiales, y aun quizá llegar a jugar un rol más directo en la conducción de las sociedades humanas y de las naciones. Hasta el presente si bien el pequeño número de especialistas que se consagra a ella posee una conciencia relativamente clara de los fines de su estudio, no se puede decir siquiera que goce de una vasta audiencia y de un sólido crédito. Nuestra ciencia —esto es un bien y es un mal conjuntamente— se expone peligrosamente a través de varios ciclos de enseñanza que van de la clase elemental a la Universidad. ¿Qué puede tener de sorprendente que la geografía tan comúnmente introducida en el bagaje distribuido desde la edad escolar, haya arrastrado pesadas herencias, conservado peligrosos prejuicios, congelado propia materia en programas rígidos y de costumbres consagradas? Hoy existe una gran distancia entre la masa y la vanguardia en marcha de los geógrafos profesionales. Este defasaje es el que yo quisiera contribuir a atenuar sometiendo a discusión algunos puntos fundamentales.

I. Geografía humana y geografía física

Es curioso comprobar que la mayor parte de los geógrafos están de acuerdo sobre la primacía de la geografía humana. "La geografía es esencialmente homocéntrica" escribe un maestro (A.

[Etudes Rhodaniennes, IV (1948), pp. 272-80.]

Cholley) quien no obstante ha consagrado no pocos esfuerzos a los problemas de la geografía física pura. Esto significa que la geografía humana es simplemente la geografía a secas. Una definición de nuestra disciplina que podría conseguir todos los sufragios es ésta: la geografía es el conocimiento del hombre considerado como habitante del planeta.

Por supuesto que es menester conocer y comprender al planeta en sí mismo. No hay geografía posible sin una inteligencia, muy profunda, de los hechos morfológicos, climáticos, hidrográficos, botánicos. Pero la tradición de atiborrar todos los resultados de nuestras investigaciones de naturalistas en una introducción demasiado aislada se estableció pronto y esa introducción a menudo se apropió del lugar principal sin que se tomara el trabajo de vincularla con el resto. Esta división es la herencia de una época en la que la geografía era todavía un simple inventario que anotaba todos los hechos físicos, luego los humanos (el número de hombres, sus costumbres, sus actividades) sin buscar relacionarlos entre ellos. En cuanto a la desproporción que ha tenido la parte ocupada por la geografía física es el resultado de progresos considerables que han dado a las ciencias naturales una seria ventaja sobre las ciencias del hombre. A partir de este momento, la geografía física se armó de métodos seguros y pudo expresar —en lenguaje firme— el encadenamiento de los hechos. La geografía humana no ha tenido, ni todavía tiene, ese privilegio. El desequilibrio ha sido objeto de un post-scriptum inorgánico a continuación de una exposición mucho más sustancial.

Este divorcio se ha marcado profundamente en la investigación. La asociación de un grupo de ciencias de la naturaleza, en progreso incesante, y de una ciencia del hombre con objetivos más complejos por el tumulto creciente del mundo, no podría ser mantenido hoy sin artificio. La preocupación de penetrar con el máximo de competencia las leyes de los fenómenos físicos que constituyen la fisonomía primitiva de la superficie terrestre ha conducido a la formación de un cuerpo de investigadores que, habiendo partido de la geografía y verdaderamente salido de ella se han reunido con los naturalistas. Sin embargo, los problemas de la geografía

física son cautivantes y su interés es, muy frecuentemente, totalmente independiente de las preocupaciones de una geografía homocéntrica. La tendencia más centrífuga, desde este punto de vista, es la de los morfólogos cronologistas empeñados en datar los diversos elementos del relieve. Que una superficie de erosión sea plioceno, eoceno o pretriásico, no tiene interés geográfico más que si su edad interviene en condiciones naturales —pedológicas— ofrecidas constantemente al hombre. La unidad de la geografía no está en la yuxtaposición artificial de dos órdenes de investigación sino en la aptitud de apreciar las incidencias de los fenómenos naturales sobre la evolución de las aglomeraciones humanas.

La parte de los estudios que debemos efectuar en el orden natural no deja de ser considerable. Es incluso seguro que la preocupación homocéntrica es capaz de despertar un buen número de problemas que, sin ella, podrían pasar desapercibidos. En todo caso no es un geógrafo digno de ese nombre el que pueda prescindir de una muy sólida formación de naturalista. Una geografía humana sin ese fundamento no sería sino folklore. Conviene, por lo demás, entender a la geografía natural en un sentido extremadamente ancho que no excluya al mundo vivo y se aplique también a la persona física del hombre. Recientemente, y muy felizmente, se ha puesto el acento sobre la necesidad de esta "ecología del hombre" (Max Sorre) que debe convertirse en uno de los pivotes de nuestra geografía humana. Por el animal-hombre y por su posición en el mundo biológico es que podemos asegurar los contactos indispensables —los cuales son la razón de ser del geógrafo— entre el grupo de hechos geográficos que señalamos en el orden espiritual por un lado, en el orden natural por el otro.

II. El determinismo geográfico

Una de las más pesadas hipotecas que pesan sobre la geografía humana es la misión con la cual ha cargado. Hemos aceptado establecer las relaciones entre el hombre y el *medio* por cuenta de un conjunto sociológico que busca reconocer las leyes del comportamiento de los grupos humanos. Esto equivalía a reconocer como artículo de fe la existencia autónoma de dos grandes grupos de fac-

tores geográficos; era también admitir que entre ellos hay vínculos de causa a efecto.

Las primeras decepciones han sido aportadas por puesta en ejecución de este determinismo geográfico. Hace mucho tiempo que los especialistas han renunciado a aislar un *medio natural* cargado de eficacias temerarias. Pero el resto de estas concepciones audaces influencia todavía nuestra enseñanza. Sería fácil, sin embargo, mostrar que nociones como la fertilidad de un suelo, la navegabilidad de un río, la aptitud marítima de una costa recortada carecen de sentido absoluto y, utilizadas sin matices en un manual de geografía, no pueden más que conducir a la confusión. Subrayemos más bien la relatividad de las causas geográficas. El medio no tiene valor —y tampoco eficiencia— más que por lo que el hombre espera de él y está en condiciones de sacarle; los diversos grupos humanos no tienen la misma idea de qué es un buen terruño, y sobre todo el mismo grupo no otorga, en épocas diferentes, el mismo precio a un medio dado. ¿Cómo, desde cuándo, esperar una eficiencia constante de un medio cuyas aptitudes —es decir la definición geográfica misma— son de esta manera sometidas a la apreciación sin cesar retocada de las sociedades humanas?

Apreciación e intervención. El medio llamado "natural" no es para el geógrafo más que un elemento de una organización compleja y móvil donde entran muchos otros componentes de los cuales uno es el hombre. A veces sucede que la conducta de esta organización es asumida por las mismas condiciones naturales: por ejemplo, sobre las márgenes ecuatoriales y polares del mundo habitado donde sociedades llamadas primitivas no aseguran su subsistencia más que por una estrecha adaptación de sus trabajos a las condiciones del clima, de la vegetación y de la fauna. Pero las enseñanzas de estos ejemplos exóticos son peligrosas; sugieren una concepción determinista de los hechos geográficos que muy a menudo se ha querido aplicar a nuestras sociedades y a nuestros paisajes familiares. En general el hombre remueve la cadena y asume la dirección. Hoy día sabemos bien que el paisaje rural es la expresión de un estado económico y social, esto es, de una combinación extraordinariamente compleja donde entra un número considerable de aportes humanos.

Se hubiera apreciado mejor la verdadera cualidad de los encadenamientos geográficos si más a menudo se hubiera descubierto que entre la naturaleza física y el hombre se interpone la masa confusa y cambiante de los hechos biológicos. El hormigueo de la vida por no estar tan presente como las montañas o los ríos no es menos el verdadero medio natural donde el hombre se debate. Lo que importa al hombre son las leyes de la vida en la montaña más que la montaña misma. Nuestro objetivo es investigar las modalidades de su entrada a las complejidades de la vida universal. Esta entrada traduce muy frecuentemente una elección. El hombre, de frente a la naturaleza física y biológica se instruye, tantea, ensaya, analiza y tarde o temprano elige. Es desarrollando una virtualidad favorable presentada por uno o por varios elementos que llega —a menudo por una puerta estrecha— a instalarse, con su cortejo de animales y de plantas, en un equilibrio que controla. La flexibilidad del mundo vivo, el que en ciertos casos termina por ser una verdadera creación humana, lo favorece.

Flexibilidad imperfecta y muchas veces equívoca. En las combinaciones que establece el hombre es tanto *socio como dueño* (Max Sorre). Sucede que carente de prudencia o insuficientemente dotado de conocimientos y de técnicas no alcanza a asegurar el perfecto dominio del suelo, favoreciendo la aparición de enfermedades o agravando los estragos de la erosión. Se pueden dar numerosos ejemplos de combinaciones deshechas por la defección de algún elemento natural mal controlado: la ruina de los suelos después de un cultivo desmedido, la deforestación y el abuso del pastoreo en montaña, la invasión filoxérica de un viñedo, el recrudecimiento de la malaria, el embancamiento de un puerto por el fango. La historia del hombre-habitante está hecha de una masa inmensa de éxitos y de fracasos. La geografía humana habrá hecho serios progresos cuando conozcamos mejor este asombroso enmarañamiento de ensayos logrados o frustrados. Los fracasos, sobre todo, serán instructivos: testimonian la resistencia de la naturaleza a ciertos proyectos y la mala calidad de elección por la que el hombre procede a sus instalaciones.

III. Vanidad de la noción de medio

Nuestro gran problema es el señalamiento y la localización de la intención humana. Resulta singularmente arduo. No todo es consciente en la dirección que el hombre asume: el propósito deliberado no aparece por lo general más que en la orientación de las investigaciones científicas o en el ordenamiento administrativo. De ordinario, tenemos que penetrar una historia oscura y complicada. Es por artificios que llegamos a distinguir algunos lineamientos esenciales. Existen, por de pronto, eso que se puede llamar las tendencias fundamentales del grupo humano, tendencias que pueden ser el hecho de su naturaleza fisiológica o de tradiciones recibidas, o de un impulso ideológico. El Brasil azucarero del Nordeste ha sido antes de su decadencia, la expresión perfecta de una sociedad jerarquizada que, dirigida por plantadores lusitanos, ha transformado completamente los paisajes primitivos; las viñas septentrionales de Francia traducen, más que un testimonio de virtudes climáticas o pedológicas particulares, la existencia y la eficacia de una "atmósfera social" (R. Dion) ; la cría de ganado desastrosa del Africa Oriental es la manifestación de un amor extravagante rendido al buey por un grupo —importado— de "criadores románticos" (P. Gourou).

Pero discriminando las tendencias fundamentales no hemos percibido todo. Los grupos humanos llevan en sí mismos el principio de una transformación continua por las variaciones de su poder numérico. La historia nos informa acerca de ciertas mutaciones geográficas capitales debidas a cambios del valor demográfico. Pero aquí es esencial prestar atención, destacando que el número de hombres no sólo está en juego, ni interviene directamente como un dato puramente matemático. Guardémonos de atribuir a la densidad de una población un valor geográfico absoluto. He allí todavía, una noción que no se utiliza en nuestra enseñanza con una prudencia satisfactoria. La cifra de densidad de un grupo humano, ni siquiera sus variaciones, podrían ser suficientes para caracterizar su dinamismo. Es preciso, antes que nada —ya que los progresos recientes de la ciencia demográfica lo permiten— entrar más allá dentro de la estructura misma del grupo. También es ne-

cesario controlar la cifra de densidad con el género de vida. Nivel de vida y optimum de población son dos nociones esenciales. Sin embargo no bastan: el nivel de vida no significa pues gran cosa si no se indican los elementos puramente subjetivos o tradicionales, expresiones de una civilización, hasta de un momento político, que determinan su apreciación por el grupo humano interesado. No es sólo el nivel de vida el que fija los destinos demográficos de un país, sino más bien el "grado de conciencia" (A. Demangeon) que tienen sus habitantes. Repudiemos con energía esa suerte de determinismo estadístico que tan a menudo ha prevalecido en nuestros trabajos y en nuestra enseñanza sobre las ruinas del viejo determinismo naturalista.

Existen ejemplos de instalaciones geográficas poco más o menos aisladas, donde la vida del grupo humano no debe sus caracteres más que a un desarrollo autóctono, en la ignorancia de lo que pueden establecer los grupos vecinos. Pero estos mundos aislados son raros. El prodigioso intercambio del mundo moderno no deja apenas lugar a las células vírgenes y la gran ley geográfica es, desde hace mucho tiempo, la de la solidaridad. Es de solidaridades puramente negativas que un grupo humano debe proveerse para su defensa contra otro grupo hostil y mejor armado: la preocupación defensiva es entonces factor preponderante de la combinación geográfica. También las hay pasivas: los estudios sobre la vivienda rural han mostrado el rol de imitación y de prestigio en la extensión de tal o tal otro tipo. Pero mucho más considerable ha sido, en las construcciones geográficas, la influencia de una solidaridad activa, bilateral, por la que cada una de ellas se diferencia y desarrolla de las construcciones que le rodean. Es probable que numerosas vocaciones llamadas "naturales" deban ser consideradas más bien como tomas de posición sistemáticas, que los rasgos de la llanura cerealera, de la *costa* vitícola, de la montaña pastoral, se hayan precisado poco a poco por la influencia de una solidaridad sin cesar agrandada y reforzada entre diversos países de un mismo dominio. Cada una de las etapas de esta ampliación que se ha extendido a escala mundial ha tenido su marca geográfica. Después de tres cuartos de siglo, la vida de relación, acreciendo sin medida

el círculo de solidaridades, ha revolucionado verdaderamente el panorama del planeta.

Después del inventario de las tendencias fundamentales del grupo humano, el análisis de las gestiones por las que se ha insinuado en el mundo vivo una porción de espacio, la apreciación de virtudes propias de su densidad, el ajuste de solidaridades que han afectado esta combinación de dirección humana que es la instalación geográfica, el geógrafo no termina de penar. Es que los elementos que la componen pueden muy bien no evolucionar del mismo modo; algunos son retardatarios, otros casi inmóviles. La fijeza relativa de algunos de entre ellos les confiere una virtud particular en la causalidad geográfica. Se ha destacado, por ejemplo, que algunos tipos de habitación rural tienen tendencia a perpetuarse con vida propia "separados de las condiciones que los han hecho nacer" (D. Flaucher). Se ha notado la supervivencia en nuestras redes ruteras actuales de viejos itinerarios que, por tomas de posesión sucesiva han consagrado más hábitos que demandas económicas; esta preocupación por el camino fácil y habitual hace que "por ligera que sea la huella de un paso, siempre tiende a perpetuarse" (R. Capot-Rey). Consagrando perezosamente sus carriles, el hombre ha agregado así a la combinación geográfica un elemento pasablemente inerte que frena muchas evoluciones. Hay más; sucede que el grupo humano se convierte en prisionero de sus propias obras: en el Oeste de Francia, las pretendidas "condiciones naturales" que explican el retardo de la evolución agrícola (aislamiento, relieve cortado, suelo anegado, barro tenaz, obstáculos acuáticos) son en realidad el hecho del hombre y de sus manejos agrarios. El camino encajonado, tallado de huellas, es un obstáculo a la circulación más eficaz que el relieve cortado; la impermeabilidad del suelo y la humedad de las tierras son agravadas por la arquitectura hermética de los taludes plantados; el barro pegajoso es el resultado de sombras demasiado extendidas; la policultura se debe menos al abigarramiento de los suelos que al aislamiento voluntario de las explotaciones rurales. Esas son las "condiciones naturales" propiamente creadas por el grupo humano, y, a propó-

sito de esos paisajes armoricanos * se puede hablar de la gran fuerza de inercia de ciertas construcciones geográficas.

Henos ya lejos del dualismo hombre-medio del cual se ha querido hacer el dogma fundamental de la geografía humana. "Medio natural" y "medio humano" son nociones casi huecas de sentido, sobre todo cuando se pretende oponerlas. Yo prefiero la idea de "medio geográfico" que indica que la virtud geográfica no pertenece ni al hombre ni al marco dentro del cual éste vive. Una asombrosa imbricación de tendencias profundas heredadas y transmitidas, de empujes interiores debidos a variaciones del potencial demográfico, de influencias y de solicitaciones más o menos ampliamente recibidas, de un pasado conservado y a veces pesadamente marcado hasta en el paisaje llamado natural, de efervescencias, dirigidas torpemente, de la vida animal y vegetal, de grandiosas presencias orográficas, climáticas, hidrográficas, he allí el medio geográfico. Es comprensible que sea difícil discernir en él las relaciones causales susceptibles de ser formuladas en artículos científicos.

IV. Primacía de la geografía regional

Tengo la impresión de haberle hecho un proceso a cierta geografía general que habitualmente se la considera como el coronamiento de nuestras investigaciones. El medio geográfico no se deja resolver fácilmente en forma de causas y de efectos; tan grande es la interpenetración de sus componentes. Intervienen factores muy diferentes y su importancia relativa varía sin cesar. Por otra parte, el medio geográfico es teóricamente inasible puesto que, por la rebelión de algún factor natural mal controlado, por las influencias exteriores que recibe, por su persistencia misma, se halla en perpetua transformación. Al final de nuestros estudios no arribamos sino apenas a poder determinar un momento en su evolución. Las experiencias adquiridas, para no decir las relaciones entrevistas en un

* **De Armórica, parte de la antigua Galia, hoy conocida por Bretaña.** Se aplica usualmente a movimientos orogénicos que tuvieron lugar a fines del período carbonífero y principios de los tiempos pérmicos y que dieron lugar a elementos conspicuos en la estructura de Europa, tales como la península del S.O. británico y la de Bretaña misma. [*N. del Tr.*].

medio geográfico, no valen para otro medio, actuando los mismos factores, según el tiempo y el lugar dentro de un sentido muy diferente. Las causas, en geografía son muy precarias. Constantemente renovadas, no constituyen un sistema permanente y jerarquizado. Si el estudio de un medio geográfico puede conducir a conclusiones sustanciales, ellas no valen más que para el medio considerado y no pueden ser generalizadas sin riesgo. En estas condiciones, ¿es posible hablar de una geografía general?

Por mi parte pienso que ambiciones demasiado grandes han contribuido a fosilizar nuestra disciplina y a justificar el descrédito. La contribución aportada por los geógrafos "generalistas" a las investigaciones concernientes al hombre, no representan más que un liviano y casi irrisorio bagaje. La mayor parte de sus conclusiones útiles son conclusiones negativas, o proposiciones alteradas por innúmeras excepciones, o constataciones precarias hechas bajo el signo permanente de la relatividad. En cuanto a las tentativas mismas de clasificar los objetivos de la geografía humana general, no han logrado resultados satisfactorios: la materia geográfica apenas se deja catalogar con etiquetas. Ciertamente está permitido, para la comodidad de la investigación, aislar y estudiar separadamente la habitación, el habitat, la repartición de la población, los grandes productos y sus intercambios. Pero es muy peligroso manejar estas abstracciones en la enseñanza. Si no se provee de una vigilancia extrema, se sale, por el maleficio de las palabras, de la geografía y se concluye por hacer folklore a propósito de la vivienda, historia agraria a propósito del habitat rural y demografía a propósito de la población. Se ha olvidado la complejidad y, para decirlo exhaustivamente, la personalidad misma del objeto geográfico. No obstante, nuestros programas escolares continúan enunciando todavía con empeño las listas tradicionales: en la rúbrica "geografía humana" de los programas de *agrégation* figura todavía, en buen lugar, el tema "razas y géneros de vida" que es literalmente el subtítulo de un parágrafo de Vidal de la Blache y que, separado del texto, no quiere decir nada; sabemos que las razas no existen como entidades geográficas y no podemos ciertamente afirmar que la noción de género de vida sea particularmente clara.

La geografía humana general más que un fin en sí mismo debería ser un ejercicio y un control, indispensable a la cohesión de las investigaciones y al mantenimiento del espíritu geográfico. Puede servir, por lo demás, para constituir cuadros metódicos de observaciones, definir tipos, convertir los hechos en fórmulas corrientes, reducirlos a datos comparables entre ellos. Por otra parte, es de cajón que la práctica de esta disciplina exige el examen y la confrontación de ejemplos tomados de prestado al planeta entero; esto abre el camino a sólidas culturas y es de naturaleza capaz de aclarar singularmente bien las oscuridades del estudio regional. Tercera ventaja: la geografía general nos puede enseñar las técnicas más seguras que son más y más necesarias en nuestros trabajos regionales si es que queremos conocer de una manera distinta que la de los aficionados pronto satisfechos, los fenómenos naturales, demográficos, económicos, que contribuyen a caracterizar nuestro objeto; de esta forma nos salvaremos del reproche, a menudo justificado, de incompetencia universal. Concebida de esta manera, la geografía general, al proponernos reglas metódicas más bien que buscando publicar leyes científicas, debe convertirse en un código de oficio, una garantía de unidad y de camino recto.

Mientras tanto, el coronamiento de nuestros trabajos lo constituye la geografía regional. Renunciando a la aventura filosófica de una geografía general erigida en conocimiento supremo del comportamiento de los grupos humanos, el geógrafo sacará más de un fruto de un estudio de estos objetos perfectamente definidos que son las organizaciones regionales establecidas por el hombre sobre el planeta... Pero, previamente, no es necesario liberarnos. Nuestra geografía regional clásica —a la inversa de la geografía general— ha carecido terriblemente de audacia y de ambición. Los geógrafos han quedado prisioneros de los esquemas que le han sido propuestos por otros: la región natural y la región histórica. Estas limitaciones extrañas subordinan el verdadero objeto de la geografía y aún lo ignoran totalmente, porque un cierto número de hombres instalados aisladamente en un determinado espacio no ha constituido jamás una realidad geográfica.

La realidad es el grupo unido por el ejercicio de algunos géneros de vida asociados, dentro de un complejo provisto de una es-

tructura y de un dinamismo propios, animado de una vida regional diferente de la vida regional vecina, todavía ligada a ésta por lazos de solidaridad. Son esos grupos en los que debemos reparar, describir y comprenderlos. La geografía regional debe pues rechazar los cuadros espaciales propuestos a priori. El substratum territorial de los grupos humanos es "más una finalización que un dato inicial" (A. Cholley). Nuestro objeto es la región humana. Nuestro punto de partida es la repartición de los hombres y de las energías en la superficie del globo con sus manchas de densidad, sus medias tintas organizadas alrededor de núcleos principales, los blancos que marcan los grandes vacíos. Nuestra misión es hacer el inventario de los agrupamientos que esta repartición sugiere, analizar su construcción, apreciar su dinamismo y relevar sus relaciones mutuas. También nos es preciso confeccionar el cuadro de las múltiples organizaciones regionales por las que los hombres han asegurado su subsistencia, garantido su seguridad, y establecido su poderío. En suma, el fin que nos proponemos a través de la geografía y que supera en interés todas las investigaciones generales sobre los problemáticos encadenamientos de causas y efectos geográficos, no es ni más ni menos que el estado presente de la organización del mundo por las sociedades humanas.

Los fermentos de esta vida regional son numerosos y su importancia relativa ha variado con la historia. Ha habido construcciones de fundamento étnico. Luego la ciudad se ha hecho el germen más fecundo. En la época contemporánea la aptitud industrial se ha impuesto, aunque a menudo ligada, por lo demás, a expansiones urbanas. Hoy advertimos la fortuna de las directivas políticas y el rol creciente de los Estados, si bien la geografía política se ha convertido en una de las formas útiles de la geografía regional. En todo caso, estos estudios de realidades vivientes podrían bien llevarnos a considerar problemas que comprometen el porvenir futuro de la humanidad. La geografía, durante tanto tiempo apartada de la vida y de la acción, readquiriría su crédito si lograra encender la linterna del político y del administrador. Uno no puede menos que quedar desilusionado por el defasaje existente entre las ciencias de la máquina y las del hombre: somos capaces de desintegrar el átomo pero no podemos reabsorber la desocupación.

Nuestra disciplina, la más atrasada de las ciencias humanas, podría, progresando bajo el signo de la geografía regional, inspirar a los hombres un eficaz conocimiento de sí mismos y moderar a los aprendices de brujo.

Capítulo III

EL ELEMENTO REGIONAL

PRESTON E. JAMES

HACIA UNA MAS PROFUNDA COMPRENSION DEL CONCEPTO REGIONAL *

El concepto regional constituye el núcleo de la geografía. Este concepto sostiene que la faz de la tierra puede ser dividida en áreas de carácter distinto; y que las complejas pautas y asociaciones de fenómenos en lugares particulares poseen un sentido descifrable como conjunto, el cual, unido a los significados derivados del estudio de todas las partes y procesos separadamente, provee una perspectiva adicional y una profundidad de comprensión complementaria. Este foco de atención sobre lugares particulares con el propósito de buscar una comprensión más completa de la faz de la tierra, ha sido el tema constante, sin solución de continuidad, del estudio geográfico a través del tiempo.

Estas afirmaciones, no obstante, no quedarán sin ser replicadas. Los geógrafos, tanto como eruditos de otras disciplinas, no están de acuerdo con el contenido del concepto regional; atribuyendo una variedad de significados a estas palabras llegan a distintas conclusiones. En beneficio de la claridad, nos es preciso distinguir diferencias de vocabulario de otras diferencias de naturaleza más fundamental.

El propósito de este trabajo es buscar una más amplia comprensión del concepto regional. En un sentido, este es un ensayo en semántica geográfica puesto que debate el significado de los

* Discurso de la Presidencia, pronunciado en la 48ª reunión anual de la *Association of American Geographers*, Washington D.C., 7 de agosto de 1952. El autor está agradecido por sus muchas sugerencias y críticas a Derwent Whittlesey, Lester E. Klimm, Clarence F. Jones y Clyde Kohn, así como a sus colegas en la *Syracuse University*.

[Annals of the Association of American Geographers, Vol. XLII, September 1952, Nº 3, pp. 195-222.]

símbolos que los geógrafos usan para referirse a los objetos y conceptos con los que trabajan. La Lógica, según la define Aristóteles, sostiene que la definición de una palabra debería 1º) ubicar la cosa referida por la palabra dentro de una clase y 2º) decir cómo se distingue de las demás cosas dentro de la misma clase. En conformidad con la lógica aristotélica, una región puede ser definida como "un área de la superficie de la tierra, homogénea respecto de un criterio anticipado". La semántica moderna, empero, sugiere que una mayor claridad es sólo alcanzable mediante la definición del símbolo, como la palabra región, en términos de operaciones: esto es, en términos de qué debe hacerse para identificar y describirlo, o habiéndolo descripto hacer uso del mismo o exhibir su significado [1].

Este enfoque no es nuevo. Hay geógrafos que han estado formulando definiciones operacionales por muchos años, mucho antes de que Korzybski desarrollara sus ideas sobre semántica. Muchos de los cuarenta y un volúmenes de los *Annals* que preceden al presente contienen ensayos sobre definiciones operacionales [2]. La muy frecuentemente repetida advertencia de que "geografía es lo que los geógrafos hacen" apunta claramente hacia una operación como oponiéndola a una definición lógica. Es importante sin embargo que la mayoría de los geógrafos que han tratado de definir la región en términos de lo que ellos han hecho acerca de ella fueran hombres experimentados en trabajo de campo.

Quien esto escribe está bien advertido de que la mayoría de las cosas que le gustaría decir sobre el concepto regional ya ha sido dicho, no una vez sino varias. También es conciente de que muchos autores desde Bucher a Kimble [3] han atacado algo que describen por las palabras: concepto regional. Sin embargo, según como lo entiende el autor, este concepto provee el marco de referencia alrededor del cual es organizado todo estudio geográfico, acepta la responsabilidad inherente a la presidencia de la Asociación de formular su propia concepción de la cosa y de intentar una definición más exacta de los referentes que encarnan sus símbolos.

El mejor lugar para los geógrafos para comunicarse entre ellos el significado de sus palabras y sus símbolos cartográficos es al aire libre, en presencia de las cosas que discuten. Muchas

diferencias profesionales se resolverían y muchas controversias serían evitadas si siempre pudiéramos hablar de geografía en el campo, donde podemos observar directamente las cosas y las relaciones que estamos tratando de entender más claramente.

Cuando los geógrafos hablan o escriben sobre geografía puertas adentro, deben restringirse a símbolos; cuando la geografía se enseña en el aula debe ser presentada enteramente por medios que impresionen la vista o el oído y que asuman la representación de la realidad objetiva que queda afuera. Debería haber mucho más debate acerca de lo que estos símbolos significan; y el significado otorgado a los símbolos por una generación debería ser cuidadosamente escrutado por la siguiente; no adentro sino en el campo donde la observación directa es posible.

Por el momento, sin embargo, no podemos ir todos juntos al campo. Estamos forzados de intentar comunicar nuestras ideas a través de la cuidadosa definición de nuestros símbolos por los métodos de la lógica tanto como por medio de la descripción de las operaciones. El autor intentará declarar, en términos lógicos, lo que entiende por el concepto regional; y luego procederá a discutir acerca de lo que haría para identificar una región, y también lo que haría con ella una vez que la hubiese definido.

La lógica del concepto regional

Todos podemos ponernos de acuerdo con que la geografía trata de la faz de la tierra. Asumimos que esto se refiere a una zona que no sólo tiene largo y ancho sino también altura y profundidad. No debería haber necesidad de establecer los límites de lo que llamamos la faz de la tierra, porque cada geógrafo seguramente extendería sus observaciones tan profundamente dentro de la tierra, o tan alto en la atmósfera, o tan lejos como la naturaleza de sus problemas, o el grado de su competencia lo haga apropiado.

Las cosas de las que trata el geógrafo en la faz de la tierra no están distribuidas uniformemente sobre ella. Como señala Hartshorne, hace tiempo que ha seleccionado para su estudio aquellas cosas que no están uniformemente distribuidas y ha rechazado como

carentes de interés geográfico aquellas otras que están uniformemente distribuidas [4]. Hay cosas que están presentes en algunos lugares, ausente en otras; o que varían en intensidad o movimiento de lugar en lugar. Pueden ser referidas como fenómenos que resultan de la operación de procesos. Un proceso, según entendemos el término, se refiere a una secuencia de cambios relacionados sistemáticamente como en una cadena de causa y efecto. Un fenómeno es un hecho observable o un evento que representa la incorporación en cualquier instante de la secuencia concebida intelectualmente que describimos como un proceso. Un fenómeno geográfico es cualquier hecho o evento no uniformemente distribuido sobre la faz de la tierra.

Los fenómenos que están irregularmente distribuidos sobre la faz de la tierra también están irregularmente asociados con otros fenómenos en determinadas partes de la tierra. Estos fenómenos que están sistemáticamente relacionados porque son producidos por una clase de proceso están asociados sobre la faz de la tierra con otros fenómenos producidos por procesos bastante diferentes. Esto es lo que William Morris Davis da a entender cuando escribe acerca de "agrupamientos naturales pero a-sistemáticos" [5]. Los fenómenos asociados en un lugar concreto son relacionados asistemáticamente porque están producidos por procesos diferentes.

Pero el geógrafo no puede aislar enteramente un proceso de los otros que operan en la misma área. Cada clase de proceso puede ser objeto de estudio especializado, y tales especialistas desarrollar sus propias clases de métodos y sus propios instrumentos para medir y describir más precisamente la secuencia de los cambios en los que están interesados. Algunas clases de procesos pueden ser aislados en el laboratorio, donde experimentos controlados están previstos para eliminar todas las regularidades o modificaciones de la secuencia introducidas por factores externos. Otras clases de procesos, especialmente los relacionados con el comportamiento humano, no pueden ser tan fácilmente aislados en un laboratorio; son aislados simbólicamente por el uso de una frase tal como "siendo otras cosas iguales". Para un geógrafo, empero, otras cosas nunca son iguales, porque su misión particular es estudiar cada proceso cuando opera en lugares precisos, y cuando es de hecho modifica-

do en su acción por la presencia de otros fenómenos relacionados asistemáticamente agrupados, naturalmente juntos en la faz de la tierra. Esto no implica que un determinado geógrafo no pueda ser un especialista tópico, esto es, uno de los que alcanza competencia especial en el estudio de fenómenos sistemáticamente relacionados a procesos o a grupos de procesos íntimamente relacionados. Pero, el especialista tópico en geografía puede distinguirse de los estudiosos en disciplinas afines porque el foco de su interés en las diferencias se establece de lugar a lugar en la tierra por un proceso antes que en el proceso mismo. Por supuesto, esta es una distinción muy sutil y de poca importancia para un individuo que está persiguiendo los factores de un problema de arriba a abajo, desde estudiar el proceso a estudiar la faz diferenciada de la tierra. Nunca debería ser empleado para establecer barreras. Pero debería, en cambio, ser utilizado como hito, porque los métodos para estudiar un proceso según opera en un sistema aislado y los métodos para estudiar un proceso como una parte de la asociación total en un lugar particular son bastante diferentes.

La geografía no es definida lógicamente por los fenómenos de los cuales trata. Entiende de cualquier fenómeno, material o inmaterial, natural o humano, que no está distribuido uniformemente sobre la tierra. La característica distintiva de la geografía consiste en su atención en lugares particulares. Un geógrafo busca comprender las causas y las consecuencias de semejanzas y diferencias entre lugares sobre la faz de la tierra. Reconoce que determinados lugares han recibido un carácter distintivo por los fenómenos asociados asistemáticamente que existen en ellos; busca definir semejanzas y diferencias entre lugares y ver más claramente el sentido de la localización relativa de una cosa en relación con otra. Los investigadores que profesionalmente se identifican como geógrafos no son los únicos que hacen uso o que aplican conceptos geográficos. Los antropólogos, los economistas, los sociólogos, y muchos otros también, estudian procesos en los que otras cosas no son iguales, donde el proceso opera como una parte de la asociación total de procesos y fenómenos en un lugar determinado. Hay quienes trabajan en las varias disciplinas de las ciencias sociales que no hesitan en hacer estudios históricos, ni en aplicar métodos históri-

cos; deberían ser estimulados para hacer igual uso de los métodos geográficos, y a hacerlo con un grado similar de destreza. Cuando un sociólogo encara un problema que involucra diferenciación areal debería esperarse que hiciese uso de técnicas geográficas aceptadas y, si dejase de hacerlo, será responsabilidad del geógrafo profesional el señalar la deficiencia.

Obviamente, nadie podría abarcar el campo entero de la geografía, como tampoco podría abarcar todo el campo de la historia. Un geógrafo debe hacerse especialmente competente en alguna parte restringida del campo: en el estudio de un grupo selecto de procesos afines tal como operan en unas pocas partes específicas del mundo. Como lo reconoce Ackerman [6] el geógrafo debe especializarse sistemática como regionalmente, o sistemáticamente dentro de regiones. No es posible desarrollar una competencia real en el estudio de todos los procesos posibles que están operando ni siquiera en una parte restringida de la tierra, ni tampoco puede comprender todas las modificaciones impuestas en todas las partes del mundo en aquellos procesos de estudio de los cuales es competente. La especialización sistemática y regional son inseparables. No parece verdad sin embargo, que el conocimiento del proceso sea más importante que el conocimiento del lugar para personas que trabajan en el extremo final de la geografía física, especialmente en climatología; mientras que el conocimiento del lugar es más importante que el conocimiento del proceso en el extremo opuesto, donde el comportamiento humano queda involucrado.

Semejanzas y diferencias en la Tierra

Es importante comprender que no existen dos puntos sobre la faz de la tierra que sean idénticos. Pero uno no necesita haber recibido un entrenamiento profesional en geografía para percibir que hay áreas en las que se pueden encontrar una más o menos homogénea asociación de características. El sentido de uniformidades regionales es lo que llamamos regionalidad; regionalidad es un término del vocabulario lego y es reflejado en muchos aspectos de la vida [7], aún cuando una sofisticada definición de límites no pueda ser lograda.

Existen, entonces, áreas en la tierra que son homogéneas con respecto a este o a aquel fenómeno o combinación de fenómenos. Pero aún la más pequeña de estas áreas homogéneas podría ser subdividida. No hay, tal cosa como una *unidad areal*, una entidad indivisible, completamente uniforme en su carácter. No obstante si es que vamos a reducir la complejidad de la faz de la tierra en unidades manuables con el propósito de examinar las causas y las consecuencias de diferenciaciones areales, obviamente no es posible examinar cada punto diminuto separadamente. El antropólogo define clases generales en los que los diversos individuos de una sociedad están agrupados; el historiador define ciertos lapsos de años como períodos cada uno de los cuales tiene ciertas características distintivas; el geólogo define categorías de rocas en cada una de las que cierta gama de características es incluida: este es el método de toda ciencia, definir categorías en términos de criterios seleccionados.

La región como generalización geográfica

La región es una generalización geográfica. Una generalización de las características de un área se completa definiendo categorías de diferencia areal en términos de criterios seleccionados. Los criterios que son seleccionados deben serlo en términos de un problema establecido y objetivo. Con el propósito de un problema específico, es posible definir e identificar áreas que son homogéneas en términos de criterios relevantes, sin consideración, como toda generalización hace, de condiciones que no son homogéneas pero que son consideradas como irrelevantes. Un área homogénea, así definida por un criterio enunciado, debe ser evaluado, como toda generalización es evaluada, en términos del objetivo para el cual es formulada. Un sistema de diferencias regionales se justifica si aclara los factores o elementos de un problema: pero no se justifica si contribuye a oscurecerlos. Tal generalización de áreas se basa en una selección de partes de un todo con el propósito de clarificar nuestra comprensión de una situación que, de otra manera, sería entendida menos netamente. Si es que logra este propósito, y en qué medida lo hace, esto es la base para juzgar y ponderar críticamente. No puede existir algo tal como un sistema co-

rrecto de regiones, o un sistema de regiones verdaderas; ningún sistema de regiones es correcto, ni ninguno errado: existen tantos sistemas regionales como problemas dignos de ser estudiados.

Cuando un geógrafo propone un sistema de divisiones regionales para ser utilizado en el estudio de un problema, de hecho está formulando una hipótesis. La generalización regional en geografía es la contraparte de una descripción general de un proceso, como se lo concibe para operar en un sistema aislado, por quienes están especializados en el estudio de dicho proceso. La primera descripción generalizada de un proceso es como una hipótesis operativa, y de allí en adelante esta descripción generalizada es confrontada con la evidencia, probándose su validez para entender el proceso o siendo descartada como inadecuada a ese fin. En los estudios geográficos, el sistema preliminar de divisiones regionales es hipotético; pero después de haber sido confrontado con la evidencia, después que una demostración de la validez del sistema de divisiones areales es lograda con éxito, el sistema regional ha avanzado desde el status de hipótesis al de teoría o concepto. Un sistema de divisiones regionales demostrado provee la base teórica o el marco conceptual para el estudio geográfico.

La faz de la Tierra

La faz de la Tierra está hecha de muchas partes solapadas. Sten de Geer reconoció esto cuando escribió acerca de las esferas sobrepuestas: la atmósfera, la litosfera, la hidrosfera, la biosfera y la antroposfera [8]. La complejidad del problema se hace más patente cuando nos apercibimos que estas varias esferas están producidas cada una de ellas, por un grupo especial de procesos, que cada clase de proceso es medido por diferentes métodos que los usados en la medición de otros procesos, que cada tipo de secuencia de cambio se verifica en una proporción diferente una de otras, y que cada grupo de procesos provoca un tipo diferente de diferenciación areal.

Estática y cinética

Las áreas pueden ser diferenciadas sobre la base de dos tipos

de condiciones. Por un lado tenemos las condiciones estáticas, las pautas y asociaciones de fenómenos que en todo momento se encuentran fijas e inmóviles. Las condiciones estáticas han sido usualmente empleadas en la definición de sistemas regionales. También es posible definir diferencias areales sobre la base de pautas de movimiento en un período de tiempo y esto puede ser designado como regiones cinéticas. Las regiones cinéticas pueden estar basadas en fenómenos tales como el caudal de tránsito, el movimiento de *commuters* * o los viajes turísticos.

Líneas, puntos, áreas y volúmenes

Los fenómenos que producen semejanzas y diferencias entre lugares sobre la faz de la tierra, sean estáticos o cinéticos, forman cuatro tipos diferentes de pautas. Hay pautas lineales, puntuales, areales o de volúmenes. En razón de la importancia que tiene el mapa como recurso para el análisis y la presentación de fenómenos geográficos, estos diferentes tipos de pautas son usualmente expresados como áreas, con líneas formando los datos de base subyacentes. Sin embargo, en la faz de la Tierra las pautas son distintas y hay muchos casos en los que es importante distinguir entre ellos. Las líneas se ilustran entre los rasgos naturales por líneas de drenaje; muchos de los fenómenos producidos por el hombre mismo son ordenados en pautas lineales, tales como caminos, cercos, y límites políticos o divisorias de propiedades. Los movimientos característicos de las regiones cinéticas son usualmente lineales. La región nodal, definida por Whittlesey como organizada alrededor de un foco [9] generalmente, pero no necesariamente siempre, consiste en una pauta de líneas. Debemos darnos cuenta que una línea, tal como un camino, puede ser transformada en un área alargada con sólo ampliar la escala; por otra parte, algunas líneas, tales como límites, que tienen propiedades comunes con todas las líneas geométricas de poseer largo pero no ancho,

* Término sin traducción castellana para designar a quienes se trasladan cotidianamente de sus residencias suburbanas a sus lugares de trabajo en los centros urbanos. Tiene su origen en los Estados Unidos y en este siglo, y lleva esa denominación por el hecho de que estos viajeros cotidianos suelen poseer un abono o "commutation ticket" del ferrocarril. [*N. del Tr.*]

permanecen siendo líneas sin consideración por cambios de escala. Muchas formas de instalación están ordenadas en pautas puntuales, como son las minas, establecimientos manufactureros y otros fenómenos humanos. Al igual que las líneas, muchos tipos de puntos se convierten en áreas discretas como resultado de ampliación; pero los puntos usados en geodesia siguen siendo puntos en todas las escalas.

Algunos fenómenos forman pautas de áreas o pautas de volúmenes. Por ejemplo, los tipos de suelo cubren áreas, lo mismo que muchas otras formas de uso de la tierra y bosques, o que los territorios nacionales de unidades políticamente organizadas. Las masas de aire y los climas son de hecho volúmenes, aunque las técnicas cartográficas usualmente requieren que sólo aparezcan como áreas.

Continuidades y discontinuidades

La diferenciación sobre la faz de la Tierra cuando se la cifra en pautas de áreas o de volúmenes, supone todavía una importante distinción. Cuando el fenómeno estudiado está ordenado en una capa continua sobre la tierra, variando en intensidad de lugar en lugar, tenemos lo que puede ser descripto como una continuidad, en la que las diferencias de lugar en lugar son diferencias de grado, no de género. Ejemplos de continuidades son las precipitaciones, la temperatura del aire, o el grado de pendiente. Cuando debemos ocuparnos de continuidades en un mapa usamos algún tipo de isolíneas, conectando puntos de igual valor o *ratio* tales como isoyetas, isotermas, o niveles. Estas líneas no marcan límites entre diferentes clases de cosas, aun cuando a veces son interpretadas como tales: indican la dirección de la mayor variación en intensidad, la que siempre se halla en ángulo recto con la línea.

Por otra parte, cuando el fenómeno estudiado es ordenado en unidades discretas, cada una difiriendo en género de las otras unidades de alrededor, tenemos lo que podríamos describir como una discontinuidad. El núcleo de cada unidad discreta difiere en términos de los criterios por los cuales ha sido definida a partir de otras unidades; y aunque los núcleos puedan separarse por

zonas de transición, las líneas que separan un área de otra son límites y no revelan necesariamente la dirección de la mayor variación. Unidades areales definidas por criterios previamente enunciados en una continuidad no tienen núcleos, porque hay una transición continua de un límite a otro, como de una cota de 20 pies a otra de 40. Las unidades areales definidas por criterios enunciados previamente en una discontinuidad deben ser interpretados muy diferentemente. Ejemplos de estos últimos son las masas de aire, tipos de suelo, asociaciones vegetales y formas de uso de la tierra.

Con propósitos analíticos, con isolíneas es posible transformar discontinuidades en continuidades. Por ejemplo, el mapa de uso de la tierra puede ser construido sobre la base de tal relación como la del área agrícola al área total y así la pauta actual de discontinuidades se cambia en una pauta cartografiada de continuidades. Los empleos de esta técnica han sido presentados por Wellington Jones [10] La densidad de población, por otra parte, probablemente debería ser relacionada con áreas de trabajo discretas que forman discontinuidades, antes que con un territorio total arbitrario. El mapa *dasymétrico* que distingue áreas discretas de esta o aquella densidad puede tener ventaja sobre un mapa de población con isopletas [11] donde las variaciones de densidad son tratadas como continuidad.

Procesos

Todas estas pautas de líneas, puntos, áreas y volúmenes, sean estáticas o cinéticas, y estén ordenadas como una continuidad o como una variada disposición de discontinuidades, son un reflejo de procesos. Y muchas clases fundamentalmente diferentes de procesos están en actividad en la faz de la tierra. Estos procesos difieren en la naturaleza de las secuencias de cambio, los métodos de medir y describirlos y en el *tempo* o tasa de cambio.

Por lo menos es posible distinguir tres grupos principales de procesos. Hay procesos físicos y químicos que proceden de acuerdo con las leyes de la física o la química exactamente formuladas y que son estudiadas y descriptas por el área científica conocida

colectivamente como geofísica. La geografía está íntimamente relacionada con la geofísica porque algunos tipos de diferencias areales en la tierra resultan directamente productos de este grupo de procesos. Hay procesos biológicos que son descriptos por las algo menos precisas leyes de las ciencias biológicas. Los procesos biológicos, no obstante, se modifican en modo importante por los procesos físicos y químicos asociados con ellos asistemáticamente en lugares concretos, y el estudio de tales relaciones es conocido colectivamente como ecología. La geografía está íntimamente relacionada a la ecología porque hay muchas diferencias areales de la tierra que son el resultado de la interacción de los procesos biológicos con aquellos de la química y de la física. Y también están los procesos culturales, que pueden ser subdivididos en la forma tradicional en sociales, económicos y políticos: estos procesos, con todo, están de algún modo inadecuadamente descriptos por los principios del comportamiento humano, formulado por las varias ciencias sociales. Estos procesos culturales se modifican por su interacción con los procesos de la biología, de la física y de la química, asociados a ellos asistemáticamente en lugares concretos. La geografía está íntimamente relacionada con estudios de cultura humana —con la economía, la sociología, la ciencia política, la psicología social y la antropología social—, porque la cultura humana también desemboca en el desarrollo de diferencias areales mayores de lugar en lugar en la tierra.

Los métodos de estudiar estos diferentes tipos de procesos son notablemente contrastantes. Dentro de las ciencias naturales, traten de física o de química o de biología, el observador está fuera del proceso que observa. El acto de observar puede cambiar la cosa observada por cuya razón no siempre es posible mirar directamente al proceso mismo. Pero de cualquier manera el investigador es siempre un extraño. En las ciencias sociales, por otra parte, el observador es parte del proceso que observa y él mismo es un producto de una cultura. En la formulación de leyes en ciencias naturales ha de emplearse un método rigurosamente controlado, pero una vez formulado y probado, cualquier estudiante novato puede aplicar las leyes y ser juzgado bien o mal en la aplicación. En la formulación de principios generales en las ciencias

sociales, por otra parte, el juicio intuitivo juega un rol preponderante. Para evaluar los resultados de investigaciones en las ciencias sociales es esencial estar informado acerca de la personalidad del investigador. La personalidad de Einstein debe ser conocida para valorar adecuadamente sus juicios en materia de economía o política; pero no tiene consecuencia alguna respecto de sus conceptos teóricos en física. Es verdad que la ciencia social moderna está formulando pronósticos basados en métodos actuariales, pero aún en este caso la selección de categorías de fenómenos que se registren y la interpretación de los resultados obtenidos requiere una proporción holgada de juicio intuitivo.

Estructura, proceso y etapa

Las diferencias areales en la tierra son un reflejo de la operación de todos esos diferentes tipos de procesos, en la medida que están asociados en lugares concretos. Es verdad que los procesos de la física o de la química, especialmente aquellos que dan lugar a diferencias atmosféricas de lugar a lugar, son sólo en un grado menor afectados por los procesos con los que están asistemáticamente asociados. Por lo tanto, es posible para un geógrafo especializarse sistemáticamente en algún aspecto de la geografía física, especialmente en climatología y hallar que el conocimiento especializado de lugares es de importancia menor, excepto quizá para estudios de microclimas. Pero los procesos biológicos, tales como son descriptos por experimentos de laboratorio, están modificados en modos importantes por el entorno físico en determinados lugares. El conocimiento del sitio en ecología vegetal, o animal, es ciertamente igual en importancia al conocimiento del proceso. Los procesos culturales, parecería, son más profundamente modificados por las condiciones del entorno total en el cual operan, que otras clases de procesos, de modo que conceptos generales parecen tener menos importancia que las variaciones impuestas por factores asociados asistemáticamente. En geografía cultural, así parece, el conocimiento del sitio es aún más importante que el conocimiento sistemático.

En cualquier caso, la diferencia areal puede ser descripta en

términos de la simple fórmula propuesta hace muchos años para la descripción de formas del relieve por William Morris Davis [12]. Estructura, proceso y etapa, son los tres elementos a ser considerados. Estructura en el caso de la geomorfología, se refiere a la estructura geológica y material terrestre en el cual el proceso opera. En el caso de otros procesos, la estructura se refiere al entorno total, incluyendo relictos del pasado en los que opera un proceso. La secuencia de cambios característica de un proceso puede ser descripta en términos de etapas. En tanto la secuencia de cambio para un proceso dado es conocido, y en tanto no está sujeto a un vasto grado de modificación por otras cosas en la misma área, existe una fuerte posibilidad de hacer pronósticos [13].

Dos conclusiones

Este rápido relevamiento de los tipos de procesos y fenómenos que existen juntos en la faz de la tierra y, en asociación, dan carácter a los lugares, sugiere dos conclusiones con respecto a las operaciones fácticas involucradas en la definición del concepto regional. La primera conclusión emana de nuestra comprensión de los contrastes en los tipos de procesos en operación en la tierra. Considerando los diferentes métodos necesarios para medir y describir estos procesos, y los muy diferentes *tempos* con que marchan, yendo desde los relativamente lentos cambios del tiempo geológico a los muy rápidos del cambio cultural, concluimos que un intento de definir regiones basadas en fenómenos producidos por una variedad de procesos diferentes es peligrosa y podría llevar a serios errores de interpretación. Podríamos encontrarnos tratando de sumar repollos y reyes. Estaríamos en un terreno mucho más seguro si definiéramos varios sistemas paralelos de regiones, basado cada uno en la operación de un proceso o en un grupo de procesos íntimamente relacionados. Deberíamos ser extremadamente críticos de sistemas regionales basados en la totalidad del contenido del área, a menos que y hasta que, hayan sido convalidados por una comparación de sistemas regionales componentes.

La segunda conclusión es que la geografía no puede ser es-

trictamente contemporánea. Si es que vamos a indagar el significado de diferencia areal en términos de causas y consecuencias, esto inevitablemente involucra la perspectiva temporal, porque los procesos deben operar a lo largo del tiempo. La geografía histórica que trata de la geografía del pasado y de los cambios en las pautas geográficas a través del tiempo, parecería ser inseparable de la geografía regional. Ni siquiera podemos aceptar esa restricción de seleccionar información histórica únicamente porque tiene una relación causal con las condiciones contemporáneas. La perspectiva plena de la secuencia temporal, en la medida que está relacionada a las pautas geográficas y a los procesos, es esencial si estamos preparados para leer la historia de las diferencias contemporáneas correctamente. El concepto regional, tal como es presentado en este ensayo, abarca no sólo la idea de que pautas y asociaciones de fenómenos en lugares concretos otorgan carácter distintivo a esos lugares, sino también que el significado de semejanzas y diferencias entre lugares debe ser entendido en términos de cambio complejo y continuo, saliendo del pasado y continuando hacia el futuro.

Hay ciertos riesgos involucrados en la aplicación de esta segunda conclusión. Por ejemplo, requiere que vayamos más allá de las cosas que podemos ver mediante observación directa en el campo. Las secuencias de cambio que llamamos procesos son conceptos intelectuales, comprobados por la observación directa de lo que creemos que son los fenómenos resultantes de la diferenciación areal. Pero una vez que una secuencia de cambio ha sido claramente establecida, es fácil pensar que hemos encontrado evidencia para sostenerla, y requiere considerable imaginación e independencia mental encontrar evidencias conflictivas. Nos basta con rememorar los años durante los cuales innumerables *peneplains* * fueron identificados y descriptos; un ejemplo, aparentemente, sería el del efecto intelectualmente entumecedor de

* El primero en emplear esta expresión fue precisamente William Morris Davis ya en 1889. Se trata de una extensión de territorio casi plano. Morris, en 1922 dio una explicación del origen del término como la penúltima gradación de una superficie antes del plano, que sería la última. Cfr. Sir Dudley Stamp (Ed.): *A Glossary of Geographical Terms*, London, 1966 (2nd. Ed.). [*N. del Tr.*]

una teoría claramente enunciada pero excesivamente simple. Empero, a pesar de la siempre presente y esencialmente tentación humana de encontrar lo que buscamos, tampoco podemos caer en el extremo de rehusar toda búsqueda. La más profunda comprensión de pautas y asociaciones de fenómenos que produce diferenciación areal implica una pesquisa de significados en términos de causas y consecuencias; y esta búsqueda inevitablemente nos aparta de la estricta contemporaneidad.

El grado de generalización

Cuando intentamos ir más allá de la definición lógica del concepto regional e indicar lo que debe hacerse, operacionalmente, para identificar pautas regionales significativas, llegamos enseguida al problema de escala o grado de generalización. Cierto grado de generalización es requerido si es que nos proponemos definir un área homogénea no importa cuan pequeña sea, porque debemos siempre recordar que no hay dos puntos en la faz de la tierra que sean idénticos. Tampoco existe tal cosa como una *unidad areal* que sea verdadera y completamente uniforme en todos sus componentes. A veces estamos inclinados a pensar en tal rasgo como un campo de maíz que constituye una unidad y que no admite divisiones ulteriores. El hecho es, no obstante, que en muchos maizales, menos de la mitad del área del campo contiene maíz. El maizal es una generalización, definida por la presencia de maíz (que es relevante para un problema que implique uso de la tierra agrícola) y que descarta aquellas partes del área no usadas para maíz (que son consideradas irrelevantes al problema). Aún la más pequeña área, examinada más de cerca, sería obviamente divisible ulteriormente en partes menores.

Cuando miramos a la tierra con un mayor ángulo visual, el grado de generalización necesario para la identificación de áreas homogéneas se hace más grande y la escala de los mapas que usamos se hace más pequeña. ¿Qué factores determinan el grado de generalización más apropiado para un tipo concreto de problema? ¿Qué es lo que determina el grado más pequeño de generalización que consideremos válido hacer?

Una consideración sobre escalas

Teóricamente, la gama de elección entre escalas grandes y pequeñas es muy amplia. En la práctica, empero, encontramos que la mayoría de los estudios geográficos en los que se identifican y marcan diferencias areales en mapas caen en dos grupos de escalas separados, entre 1:10.000 y 1:62.500. Hay bastantes ejemplos de diferencias areales expresadas más allá de esos límites: ciertos mapas de parcelas individuales del Servicio de Conservación de Suelos realizados en 1:8.000, ciertos estudios urbanos y aún un intento de mapear las habitaciones dentro de una casa; y existen también algunos ejemplos de trabajo realizado en escalas menores tales como los estudios de la primitiva clasificación de la tierra del oeste de los Estados Unidos realizados bajo la dirección de John Wesley Powell en 1:125.000. Pero el grueso de lo que pueden ser llamados estudios detallados se hallan dentro de la gama de escalas descripta. Tales mapas incluyen estudios de suelos del *Soil Survey*, los mapas geológicos del *Geological Survey*, los numerosos y variados mapas de uso de la tierra y otros preparados con propósitos de ser utilizados en trabajos de planeamiento, y los muchos estudios de áreas pequeñas por geógrafos individuales que han sido descriptos como ejemplos de microgeografía. En contraste, encontramos varios estudios que muestran divisiones regionales de varios tipos en mapas de 1:3.000.000 o menores. Estos son los mapas de regiones climáticas, grandes grupos de suelos, regiones agrícolas, regiones de vegetación natural y muchos otros. Son todos ejemplos de macrogeografía.

Es interesante que haya pocos ejemplos de estudios implicando la representación original de regiones en mapas de escalas intermedias. Existe una ancha brecha entre escalas en las que una pulgada representa una milla o menos de una milla *, y escalas en las que una pulgada representa 50 millas o más **. ¿Por qué los geógrafos no han trabajado en estas escalas intermedias? ¿Y por qué no han considerado que valía la pena hacer divisiones areales en las que una pulgada representa menos de 800 pies?

* 1:64.000. [*N. del Tr.*]
** 1:3.200.000. [*N. del Tr.*]

Cuando examinamos los estudios hechos en estos dos grupos de escalas encontramos que cada uno se caracteriza por una diferencia de método fundamental. Los estudios en mapas de gran escala con generalizaciones de un grado relativamente pequeño están basadas en la observación directa de diferencias areales en el terreno. Los estudios en los mapas en pequeña escala, con un relativamente amplio grado de generalización, quizá han sido generalizados de estudios en gran escala o están basados en observaciones registradas en notas o en información censal y otras estadísticas. Desde que las estadísticas no son usualmente utilizables para unidades areales pequeñas, los estudios basados en tal información deben hacer uso de escalas apropiadas al detalle de la información. Pero ¿qué sucede con los estudios en muy gran escala basados en la observación directa sobre el terreno? ¿Por qué, por ejemplo, es habitual definir un tipo de suelo o una fase de un tipo de suelo de forma que abarque sólo un cierto grado de variación y que descartemos las, todavía más diminutas, variaciones que plagan al recién iniciado en su primer intento de identificar suelos en el terreno?

Linton, en su trabajo sobre "La delimitación de las regiones morfológicas" [14], opina que "la naturaleza nos ofrece dos unidades morfológicas inexorables y sólo dos: por un lado la llanura o la ladera indivisible y por el otro el continente indivisible". ¿Por qué considera una llanura o una ladera indivisible? Seguramente si pudiéramos estar ahora juntos al aire libre para mirar estas cosas directamente no podríamos encontrar una ladera natural tan uniforme sin que un examen muy próximo no trajera a luz muchas otras pequeñas diferencias; seguramente en la naturaleza no nos es dado hallar una llanura, tan acentuadamente llana, que no puedan identificarse pequeñas variaciones de pendiente como para ser cartografiadas si fuera necesario. ¿Es realmente la naturaleza —esto es, los fenómenos existentes fuera de la mente humana— la que nos dice que una llanura o una ladera no puede ser ulteriormente dividida?

Este autor cree que la respuesta a estas preguntas concernientes a unidades de tamaño mínimo que consideramos relevantes para el estudio geográfico, deben encontrarse en el hecho de las dimen-

siones físicas del hombre mismo y no en la realidad objetiva de la naturaleza. Cuando identificamos y registramos diferencias areales por observación directa, el hombre mismo es el instrumento de observación. Lo que él considera como la más pequeña unidad visible está determinado no por hechos de la diferenciación areal sino por el promedio de estatura y la distancia entre sus ojos. El observador mira la tierra desde el ventajoso punto de vista de una posición entre cinco y seis pies por encima del terreno y con una perspectiva dada por tres pulgadas, más o menos, entre sus ojos. Lo que ve es un resultado de preconceptos y de las dimensiones físicas de su cuerpo.

Para apreciar esto más claramente imaginémonos dos situaciones diferentes. Primero, si los hombres no fueran más altos que las hormigas y estuviesen llevando a cabo una investigación de diferencias areales a escala de hormiga sobre la faz de la tierra, ¿podría suponerse que lo que vemos como una llanura indivisible aparecería igualmente indivisible a ellas? ¿O, si los observadores humanos fueran de tal gigantesca talla como los Estados Unidos, en proporción, cabrían dentro de una parcela de cuarenta acres? *, ¿podría suponerse que esta nueva clase de geógrafo se preocuparía por lo que llamamos tipos de suelo? Parece más probable que identificaría como indivisible las diferencias areales que describimos como regiones fisiográficas mayores, y que si las cartografiara se lo llamaría microgeógrafo. Seguramente, la gente que utilizara la tierra en estas escalas contrastantes delinearía parcelas y propiedades en proporción a su estatura: los hombres a escala de hormiga harían parcelas para hormiga y los gigantes pensarían en toda Norte América como si fuese su propiedad individual.

Estas consideraciones no deben ser descartadas como pura fantasía. Si es que nos proponemos alcanzar una más profunda comprensión de las diferencias de lugar a lugar sobre la tierra debemos ser capaces de distinguir entre realidades objetivas dadas naturalmente y esos fenómenos que vemos porque nuestra constitución física y psicológica así nos lo permiten. De frente a tales incertidumbres no necesitamos abandonar el concepto regional

* Siendo el acre equivalente a 40,47 áreas, cuarenta acres equivalen a poco más de 16 Ha. [*N. del Tr.*]

como una desilusión; por el contrario, es fácilmente demostrable que las diferencias entre áreas son importantes y que las categorías significativas de regiones pueden ser definidas y que aplicadas aportan resultados válidos. Mucho depende, claro está, de definir categorías de áreas que sean claramente relevantes con relación a un objetivo, y esto requiere que el propósito de cualquier estudio geográfico sea clara y simplemente formulado al comienzo mismo.

Objetivos

Un sistema regional, debemos recordar, será justificado conforme a los términos para los cuales se define. Se justifica si alumbra los factores de un problema; y no se justifica si oscurece los factores y las relaciones que estamos tratando de analizar. Divisiones de áreas, cuando se presentan por primera vez, son de naturaleza igual a la de las hipótesis geográficas; y cuando son demostradas como válidas por algún método sistemático aceptable, suministran el marco conceptual básico sobre el que reposa la investigación geográfica.

Hay una amplia gama de problemas que están iluminados por estudios sobre las causas y las consecuencias de semejanzas y diferencias de sitio a sitio sobre la tierra. Ciertos tipos de estudios son justamente considerados "investigación básica" en el sentido de que contribuyen a una formulación más efectiva de los conceptos de nuestra materia, a una definición de sistemas regionales más esclarecedores. Este autor sugiere que la investigación básica en materia geográfica se la destine a uno de los siguientes cuatro objetivos: 1) alcanzar una más profunda comprensión de los tipos de diferencia areal observables sobre la tierra y de las consecuencias de la contínua operación de estos procesos, 2) definir más precisamente la secuencia de cambios asociados con un proceso específico tal como opera en sitios específicos, 3) formular o evaluar conceptos o teorías fácilmente aplicables concernientes al significado de semejanza y diferencias de áreas en la tierra, o 4) probar métodos y técnicas. Los estudios geográficos también pueden aplicarse a problemas económicos, sociales, políticos o militares, en

los que la contribución principal a ser anticipada por la aplicación de métodos geográficos es una creciente perspectiva con relación a las partes que juegan los varios factores en un problema. La geografía, entre las ciencias sociales, analiza la importancia de las modificaciones de procesos específicos por los otros procesos con los que está asistemáticamente asociado. Los estudios geográficos contribuyen a una clarificación de los resultados implicados en decisiones de cursos de acción, públicos o comerciales, definiendo las consecuencias predecibles cuando estas afectan el entorno total de lugares concretos.

Objetivos servidos por estudios en escala menor

En mapas a escala 1:3.000.000 o menor, no es posible registrar observaciones directas de diferenciación de áreas. Donde una pulgada representa 50 millas las diferencias areales visibles a un hombre son demasiado pequeñas para aparecer en el mapa. Las líneas que expresan límites deben ser harto generales. Sin duda, es posible establecer la posición de límites regionales en ciertos lugares e interpolarlos entre estos lugares, como Shantz y Marbut lo hicieron en sus mapas de vegetación y suelos en Africa [15]. También es posible preparar un mapa general sobre la base de estudios detallados, como cuando los mapas de uso de la tierra se transforman en "Mapas de tipos de agricultura" o cuando los mapas de tipos de suelo se convierten en "Asociaciones de suelos".

La mayoría de los sistemas regionales definidos para ser usados en mapas de escala menor están basados en datos estadísticos. En algunos casos los límites no siguen valores específicos como en muchas de las regiones agrícolas que aparecieron en *Economic Geography* [16]. En muchos casos, no obstante, los sistemas regionales han sido definidos en términos cuantitativos; las regiones climáticas de Köeppen o Thorntwaite o las regiones agrícolas de Hartshorne y Dicken, por ejemplo.

Los varios tipos de mapas preparados a escalas de 1:3.000.000, o menor, no permiten usualmente un análisis detallado de las relaciones entre áreas o de las pautas que revelan. Con divisiones areales basadas en criterios tan altamente generalizados, en la de-

finición de los cuales tantas diferencias subyacentes deben ser abandonadas para identificar un tipo de homogeneidad, comparación de un sistema regional con otro con el propósito de establecer relaciones areales o para demostrar causas y consecuencias es sumamente difícil. Las relaciones areales aparentes que parecen existir en estas generalizaciones de alto grado tienen la costumbre de desaparecer cuando son buscadas en mapas a escala mayor. Hasta el concepto desacreditado de determinismo ambiental encuentra su refugio final en estudios macrogeográficos[17]. La validez de un concepto que puede ser verificada sólo cuando se lo aprecia de muy lejos y que no puede ser demostrada bajo un escrutinio estrecho parecería ser pasible de una legítima duda.

La utilidad principal de los sistemas regionales determinados con un alto grado de generalización en mapas de escala pequeña estarían, aparentemente, destinados a propósitos didácticos. No sólo para la enseñanza en el aula sino también en una más ancha acepción que implica la presentación de conceptos geográficos al público en general, a gobernantes o a jefes militares. Para este fin, las cualidades deseables de ser buscadas en un sistema de diferenciación areal son: simplicidad y significación, con relación a un aspecto sistemático. Las pautas regionales supercomplicadas frustran su objetivo; donde los dos principios entran en conflicto, la simplicidad supera a la significación. Pero intentar medir cuidadosamente la relación de un sistema tal con otro es obviamente fútil; y el intento de demostrar el significado de regiones de tan pequeña escala por observación directa en el terreno lleva sólo a la confusión y a la frustración.

Objetivos servidos por estudios en escala mayor

Una razón para el rápido desenvolvimiento de la microgeografía durante los últimos treinta años ha sido la insatisfacción experimentada por muchos geógrafos con los resultados vagos e indemostrables de la más generalizada macrogeografía. Los estudios detallados fueron enfocados agudamente en pequeñas áreas de forma que el conocimiento así adquirido tuvo utilidad directa para el planeamiento de un mejor uso de la tierra por medio de explo-

taciones individuales. El *Michigan Land Economic Survey* ocupándose de las tierras abandonadas de la parte norte del estado, cartografió diferencias de calidad de la tierra con una precisión de hasta cinco acres de extensión. Más recientemente, el relevamiento de Puerto Rico, llevado a cabo bajo la dirección de Clarence F. Jones, encontró en tan montañoso terreno, donde las unidades parcelarias son tan pequeñas, que era preciso cartografiar diferencias de área tan reducidas como un acre. El estudio de las ciudades requiere mapear cada edificio ocupando una fracción de acre.

Podríamos sugerir la conclusión tentativa de que estudios que implican el uso de la tierra, o sus recursos, por personas individuales, requieren un tratamiento de gran escala con un relativamente pequeño grado de generalización. Esto vale igualmente si el objetivo es contribuir a la investigación básica o bien aplicar los resultados a problemas prácticos. La razón está, de nuevo, relacionada con la estatura del hombre. El tamaño de las parcelas que traza, o el de los edificios que construye, es de un orden que no puede ser reproducido en mapas de pequeña escala: la impronta sobre la tierra físicamente producida por el proceso de instalación humana es visible sólo en mapas de gran escala. En mapas de muy gran escala, la impronta humana sale fuera de foco como cuando examinamos los detalles de un pedazo de terreno de cuatro pies cuadrados; en mapas de muy pequeña escala la impronta específica de la ocupación humana aparece borrosa a causa de la necesaria generalización. Cuando se necesita el análisis de relaciones areales, cuando se desea aconsejar al agricultor individual acerca del uso de su tierra, cuando conexiones causales objetivas entre fenómenos deben demostrarse, el grado de generalización debe ser por lo menos suficiente para mostrar la impronta específica del hombre mismo, ni en escala demasiado grande, ni demasiado pequeña.

Pero hay otros motivos, aparte de los pedagógicos, que sugieren el uso de escalas más pequeñas que las que demandan los análisis específicos de las relaciones hombre-tierra. Aunque válidos, como son los estudios detallados según se ha probado, se puede hacer la crítica de que ellos no rinden conceptos amplios de aplicación relativamente general y que sus resultados se aplican a áreas pequeñas que no tienen importancia para la generalización. Si esta crítica

es enteramente justificada es algo que no hay necesidad de debatir aquí. Entre los geógrafos hay muchos que opinan que los únicos resultados ciertos son posibles de obtener por cartografía y detallado análisis; pero hay otros que creen en la necesidad de una generalización más amplia. Ambos tienen razón en parte.

El hecho es que los estudios detallados en gran escala no pueden ser completados suficientemente pronto para concurrir a la necesidad que existe en ellos. Los análisis geográficos de muchos tipos de problemas tienen igual urgencia: hay problemas que implican desarrollos comerciales; hay problemas concernientes a los resultados de programas de obras públicas; hay problemas de asistencia técnica; y hay problemas militares que involucran el estudio de entornos extraños y con los cuales no existe la menor familiarización. Llevar a cabo estudios detallados en gran escala de todos estos problemas, tanto como de los problemas en investigación básica que interesan a la profesión geográfica, sería imposible. Simplemente no hay suficientes geógrafos entrenados en trabajo de campo para hacer este trabajo lo suficientemente rápido, ni siquiera con las ayudas modernas tales como la fotografía aérea. El relevamiento de Puerto Rico, cubriendo un área de 3.421 millas cuadradas, requirió los servicios de 18 hombres en el terreno bajo la guía de un experimentado director de la investigación durante un período de dos años y medio. Si todas las disponibilidades en materia de recursos humanos en geografía, en todo el hemisferio occidental, pudieran emplearse, será escasamente posible completar más de cuatro o cinco relevamientos semejantes en los próximos cinco años. Mucho antes de que la necesidad de análisis pudiera ser satisfecha, el problema debería ser atacado con programas de acción. Y es por eso que a menudo los programas de acción son encarados tan ciegamente, careciendo del conocimiento básico del fenómeno relevante o la comprensión de los procesos combinados en el área.

Objetivos servidos por estudios a escalas intermedias

Una respuesta posible a este dilema la ofrece la exploración de las escalas intermedias. Existe una considerable amplitud entre la

escala en que una pulgada representa una milla y aquellas otras en que una pulgada representa cincuenta. Uno se pregunta qué podrá hacerse a una escala de 1:1.000.000 donde una pulgada representa diez y seis millas. El que esto escribe ha hecho algunas investigaciones sobre la posibilidad de trabajar a esta escala en estudios del nordeste del Brasil [18]. Aparentemente con alguna modificación de la técnica y con la ayuda de aerofotografía, el mapeado de diferencias areales por observación directa a esta escala, esto parece posible. El uso de escalas intermedias en las que el grado de generalización no es aún muy diverso del que se requiere para el registro de improntas específicas de la ocupación humana, podría posibilitar la cobertura más rápida sin una seria pérdida de sentido. Antes que podamos debatir las operaciones involucradas en el trabajo a tales escalas, sin embargo, debemos considerar algunos de los problemas y métodos para registrar sobre los mapas las observaciones en el terreno.

El mapeado a diferentes escalas

Es preciso que reiteremos que las pautas de ordenamiento que se desarrollan sobre la faz de la Tierra y que pueden ser observadas a cualquier grado de generalización están hechas de líneas, puntos, áreas y volúmenes. En relación a los propósitos de este ensayo podríamos omitir la discusión del problema de cartografiar volúmenes y considerar volúmenes y áreas conjuntamente. En la cartografía de terreno, el uso de líneas y puntos por un lado y el de áreas por el otro es importante de ser discutido.

Antes de poder analizar cualquier área de la tierra y sus relaciones con otros fenómenos estudiados es necesario marcarla en un mapa de base. La información básica en relación a la cual se representa el área también está hecha de líneas y puntos. Hace tiempo que los geógrafos arbitraron un sistema de líneas coordenadas de latitud y longitud para formar una retícula sobre la superficie de la tierra. Las áreas se marcan sobre esta retícula. Latitud y longitud son líneas significativas en términos de relaciones solares y los fenómenos marcados en ella pueden ser localizados con referencia al sol, así como entre ellos mismos.

Pero existen muchas otras clases de relaciones que, en ciertos problemas, pueden ser más importantes que las relaciones con el sol. Sería deseable, por ejemplo, mostrar rasgos tan generalizados como regiones agrícolas o densidades de población, con referencia a las pautas de clima. A este fin las líneas de un sistema cuantitativo como el de Köeppen podría ser considerado similar a las líneas de latitud y longitud. La posición podría ser marcada sobre el marco de líneas climáticas y la localización con referencia a la pauta climática podría leerse directamente en el mapa, sin discutir a favor o en contra de relaciones causales. En mapas de gran escala, las líneas en relación con las que las áreas son marcadas suelen ser los caminos, las líneas férreas, los límites de propiedades, los límites políticos o rasgos similares.

En cuaquiera de los casos el mapa de base está hecho de ítems seleccionados dentro de las pautas disponibles de líneas y de puntos. Sugerimos como deseable el considerar cuidadosamente la selección de información de base relevante antes que hacer uso de la tradicional latitud y longitud sin un espíritu crítico. Habiendo seleccionado información básica relevante, las diferencias areales son marcadas por observación directa en el terreno.

La escala del mapa de trabajo de campo debe tener una relación directa con el tamaño de la más pequeña diferencia areal que pueda ser registrada. Items demasiado pequeños como para ser mostrados en el mapa pueden, por supuesto, ser expresados por símbolos fuera de escala; pero esos rasgos que son representados en escala deben ocupar un cierto minimum de extensión territorial para ser visibles en el mapa. Quienes hacen trabajo de campo, en general están de acuerdo en que donde se usa un símbolo fraccionario codificado [10] para expresar un grupo de fenómenos asociados, se requiere algo así como un cuarto de pulgada por lado. Si las categorías de área requieren solamente una letra o un dígito para representarlas, el espacio en el mapa puede ser de sólo un octavo de pulgada por lado *. Luego, si la naturaleza del problema requiere cartografiar diferencias areales tan pequeñas como un solo acre, esto requeriría el uso de mapas en una escala de 1:10.000 para

* Aproximadamente 3 milímetros. [*N. del Tr.*]

códigos fraccionarios o de 1:20.000 para dígitos simples. Si la más pequeña unidad de área necesaria ocupa 40 acres, las escalas de los mapas deberían entonces ser de 1:62.500 ó 1:125.000 respectivamente. En mapas de 1:1.000.000 la unidad de área menor que pueda ser registrada en escala, aún con un símbolo dígito simple, debe cubrir por lo menos cuatro millas cuadradas de territorio.

Estas estimaciones de espacio cartográfico son, por supuesto, algo flexibles. No obstante hay una directa relación entre áreas ocupadas por las categorías de divisiones regionales y la escala de los mapas en los que pueden ser representadas. Las estimaciones se refieren a la representación original de información en mapas para trabajo de campo, y no a la escala de los mapas publicados en los cuales se presentan. Estos últimos, por medio de colores o negros sólidos pueden ser reducidos considerablemente.

Topográfico, corográfico, global

Tan importante es la consideración del grado de generalización y la escala de los mapas de campo en nuestra definición operativa del concepto regional, que quien esto escribe siente la urgente necesidad de hallar palabras-símbolo aceptables para referirse a ellos. La tendencia a pasar por alto la significación del grado de generalización al considerar las regiones podría deberse, en parte, a la pérdida, a causa del maltrato, de las palabras originalmente arbitradas para este propósito. En un trabajo anterior hemos sugerido intentar la recaptura de los significados originales de las palabras topográfico, corográfico y geográfico [20]. Geográfico, en esta secuencia, se refiere a estudios del mundo como totalidad o de sus grandes partes; corográfico se refiere a estudios de áreas intermedias y topográfico se refiere a pequeñas áreas. Puesto que el término geográfico trata de estudios de diferenciación de áreas a cualquier escala, no podría ser aceptable su uso aplicado exclusivamente para referirse a tipos de estudio más generales; por esta razón, sugerimos el uso de estudios globales al referirse a esta categoría.

La dificultad principal en esta propuesta reside en el uso de la palabra topografía. Al principio empleada especialmente por geólogos y por ingenieros, aunque hoy por otras muchas personas in-

cluidos los geógrafos, esta palabra ha sido también mal usada al punto que ha perdido su significado original y ahora se refiere a rasgos superficiales o formas del relieve. Empero, el término mapa topográfico se refiere a un mapa de relativamente gran escala y los símbolos topográficos incluyen no sólo aquellos que se refieren a rasgos del relieve sino también a los que marcan hidrografía, cultura y en algunos casos la cubierta vegetal y el uso de la tierra. Todos estos son rasgos topográficos cuando se los presenta en mapas de gran escala. No existe ninguna necesidad compulsiva en favor de la palabra topografía en el sentido de formas del relieve porque las palabras configuración, o relieve mismo son suficientemente claras y se hallan siempre disponibles. Pero para el grado de generalización menor no existe palabra adecuada: debemos intentar recuperar el sentido original de topografía o bien inventar un nuevo vocablo. Nosotros, entre tanto, usamos la palabra topografía solo para referirnos al grado de generalización.

Cualquiera sean los términos que la profesión eventualmente se ponga de acuerdo en usar para estos conceptos es posible sugerir algunas definiciones aguzadas. Un estudio topográfico, según el modo que proponemos emplear la palabra, es el que usa en el terreno mapas suficientemente grandes en escala como para permitir el marcado de las unidades areales relevantes más pequeñas. Tales unidades como tipos de suelo, división en potreros dentro de una explotación, claros dentro de un bosque; o en estudios urbanos, los componentes del núcleo comercial. Cuando la escala de los mapas en los que la información es originalmente marcada es demasiado pequeña como para permitir mapear esos detalles, cuando el detalle específico debe ser generalizado en categorías más amplias que no exhiben la impronta específica de procesos unitarios, proponemos usar la palabra corográfico. Los estudios corográficos, no obstante, no son tan generalizados como para que el análisis efectivo de las relaciones areales entre diferentes sistemas regionales no pueda ser llevado adelante. Para estudios de alto grado de generalidad en mapas de escala relativamente pequeña, donde el análisis de las relaciones areales no pueda ser hecha efectivamente, proponemos la palabra global.

Métodos corográficos

Los métodos de los estudios topográficos son bien conocidos y no es menester tratarlos aquí. Una cierta experiencia preliminar en estudios corográficos sugiere ciertas observaciones concernientes a los métodos a ser empleados en las escalas intermedias. En cartografía de detalle, el observador frecuentemente puede ver el total de las áreas unitarias que está marcando, y desde el mismo sitio puede registrar los límites entre categorías en detalle específico. Pero a escala corográfica eso ya no es posible. Aún desde un avión no es factible ver el total de una unidad areal con suficiente detalle como para permitir marcar todos los rasgos específicos de sus límites. Recordemos que la más pequeña unidad areal que puede expresarse con sus símbolos escritos a 1:1.000.000 es cuatro millas cuadradas. A tal escala, el observador debe sintetizar sus observaciones mientras se mueve de sitio en sitio, combinando las unidades areales puede observar directamente agregados más generales que son demasiado grandes para ser vistos directamente; marca la silueta de estas áreas en parte de memoria y los límites que dibuja son necesariamente más parejos que aquellos de cualquiera de los detalles componentes. Por medio del avión, la fotografía aérea y otros artificios, tanto como el entrenamiento de la memoria, el cartografiar a escala corográfica puede ser realizado en el terreno cuando grandes áreas, no previamente cubiertas por estudios detallados, requieren ser investigadas.

El problema es cómo generalizar suficientemente de modo que permita la rápida cobertura del territorio y al mismo tiempo no dejar borrosos los detalles específicos de las relaciones hombre-tierra que están directamente unidos a procesos específicos. La ocupación de la tierra por el hombre produce pautas que deben ser apreciadas con detalle topográfico. Cuando nuestro objetivo es buscar el significado de diferencias areales en términos de causas y consecuencias, hacemos uso de estudios a escala topográfica. Cuando nuestro propósito es presentar los resultados generales de tales estudios en el aula hacemos uso de escalas globales donde la simplicidad es la más apetecida cualidad. El uso de la escala coro-

gráfica está justificado por el intento de cubrir más amplias áreas con mayor rapidez pero sin perder los significados derivados de estudios de detalle. ¿Cómo es posible esto?

La primera sugerencia es que las categorías de área para uso a escala corográfica sean definidas como asociaciones de detalles componentes. Menos satisfactorios son los resultados obtenidos como resultado de aplicar el principio del tipo predominante, esto es de identificar el rasgo que ocupa la mayor parte del área y delinear, aproximadamente, el área total en la que este tipo predomina. Los más antiguos mapas de suelos por estado fueron hechos de esta manera y son muy difíciles de usar en el terreno por esta razón [21]. Los mapas de suelos más recientes, donde amplias áreas están cubiertas en las escalas más pequeñas, están basados en asociaciones de tipos de suelo, o sea, de categorías definidas en términos de componentes-tipo que son común y repetidamente hallados agrupados, conjuntamente, en pautas de ordenamiento característico [22].

Como ejemplo considérese el problema de cartografiar, a escala corográfica, dentro del Corn Belt. A escala topográfica podríamos distinguir el uso de cada sembrado y podríamos distinguir también los islotes de bosque remanente de las tierras deforestadas. Pero a una escala tal como 1:1.000.000, donde las divisiones areales más pequeñas deben ocupar por lo menos cuatro millas cuadradas para poder ser indicadas con su símbolo escrito sobre el mapa, no es posible distinguir el uso de sembrados individuales, ni siquiera de explotaciones enteras. El tamiz a través del cual vemos las diferencias entre áreas en la tierra es tan tosco que no podemos distinguir el uso de la tierra por parte de agricultores individuales [23]. Pero para el objetivo que tenemos in mente —el relevamiento rápido— podemos definir una asociación de usos que resulte ser recurrente. La asociación podría incluir toda la tierra en el sistema prevalente de rotación y las parcelas forestadas comunmente asociadas. Esta es esencialmente la reunión de categorías desarrollada por el Departamento de Agricultura para su mapa sobre "Tipos de agricultura" (o de explotación rural). El mapa resultante es tan generalizado que no podemos leer en él el significado de las

diferencias areales en la forma que afectan al agricultor individual, sin embargo no se aleja demasiado de los detalles específicos de ocupación como cuando el Corn Belt entero (definido como produciendo 3.000 bushels de maíz por milla cuadrada) es descripto como un área homogénea en una escala global.

Donde se definen y se mapean asociaciones de detalles componentes, parece esencial desarrollar algunos métodos aceptables para que no se aparten de los detalles de los que están compuestas. Esto requiere una técnica de muestreo. Se necesita una considerable cantidad de experimentos para definir el tamaño de las muestras a ser estudiadas con detalle topográfico con propósitos de expresar los componentes de una asociación. Presumiblemente, cuanto mayor es el número de componentes incluido en una asociación, mayor es el área que debe ser cubierta para proveer una verdadera muestra; pero el ordenamiento de los componentes y la dimensión media de las áreas que cubran, también deben ser consideradas [24]. Además está la cuestión de si las muestras deberían ser seleccionadas mediante la aplicación de alguna pauta geométrica, o si el juicio experimentado del investigador de campo entrenado todavía produce mejores resultados.

En cualquiera de los casos, el desarrollo de las técnicas cartográficas a escala corográfica puede ofrecer, por lo menos, una respuesta parcial al problema de incrementar el significado de la investigación geográfica. Quizá esto ofrezca la mejor oportunidad para cerrar la brecha entre microgeografía y macrogeografía y demostrar más plenamente la unidad esencial del campo total de la geografía.

El análisis de las relaciones areales

Luego, es posible visualizar el concepto regional en términos de acción. Las diferencias areales pueden ser definidas en términos relevantes a un problema, y pueden ser marcadas en mapas durante el trabajo de campo con un grado de precisión tan grande como el que se logra con cualquier otra ciencia no experimental. Mediante el desarrollo de una técnica de muestreo, puede emplearse un mayor grado de generalización que permita una más amplia cobertu-

ra, mientras, al mismo tiempo, detalles específicos aplicables a personas individuales en su utilización de los recursos de la tierra no pueden ser pasados por alto. La geografía busca la precisión geométrica; o sea, está preocupada más que algunas materias afines en la medida exacta de áreas y pautas, y a partir de este más exacto estudio de diferencias areales sacar a la luz una comprensión adicional del rol de la localización relativa. La geografía no puede hallar todas las respuestas a los problemas económicos, sociales, políticos o militares de una naturaleza práctica; pero puede contribuir a una comprensión de los problemas aplicando su propio e individual tipo de análisis.

Los geógrafos están preocupados por una amplia gama de cuestiones profesionales: definir categorías de diferencia areal más estrictamente relevante a los objetivos; observar y mapear los rasgos significativos de una región más exactamente pero con menos tiempo de horas-hombre de trabajo; presentar los resultados de un estudio geográfico, especialmente de modo que los no-geógrafos puedan apreciar el género de contribución que puede esperarse de tal estudio. Una de las facetas del trabajo profesional tiene mucho que ver con el estudio de relaciones entre fenómenos que se cartografían.

Es necesario distinguir entre dos tipos de relaciones en las que el geógrafo está interesado. Existen relaciones areales y hay relaciones causales. Las relaciones areales se refieren a la posición relativa de las cosas, la dispersión y las pautas de los fenómenos; las relaciones areales se encuentran observando la dimensión espacial en un momento específico. Las relaciones causales, por otra parte, se refieren a los cambios relacionados sistemáticamente a procesos, tratan de los orígenes y la evolución y de las prolongaciones en el futuro; las relaciones causales sólo pueden observarse a través del estudio de la dimensión temporal. Consideremos brevemente algunas de las maneras en las que los geógrafos trabajan con el concepto regional con el propósito de delimitar más claramente las relaciones areales de los fenómenos y también para discernir su significado. Por supuesto, la herramienta fundamental para tal investigación es el mapa.

El mapa tiene muchas funciones. El terreno proporciona el más preciso medio de registrar observaciones. Reduce las pautas de las diferencias areales a un tamaño que permite el análisis más estrecho; estas pautas, de otra manera, desaparecerían de la vista en las líneas que fugan en perspectiva sobre la superficie curva del globo. El mapa es una forma elocuente de presentación para quienes están entrenados en la lectura de sus símbolos; una forma mucho más precisa que los símbolos verbales más comúnmente usados. Y entre el trabajo de campo y la presentación final de los resultados el mapa se usa en la oficina como una herramienta analítica.

El análisis cartográfico echa luz sobre diferentes tipos y grados de relaciones areales entre fenómenos. Por supuesto todo lo que existe sobre la faz de la Tierra tiene alguna relación con las demás cosas pero muchas relaciones son discordantes y muchas otras son concordantes. Las relaciones concordantes son coincidentes o correspondientes. Una coincidencia ocurre cuando dos fenómenos ocupan exactamente la misma área en la tierra; en tales casos los límites contorneando las áreas ocupadas por los dos fenómenos se dice que coinciden. Una correspondencia ocurre cuando hay una similaridad discernible entre las áreas de ocurrencia de dos fenómenos. Quizá los límites de las dos áreas se encuentran muy próximos, quizá coincidentes en la mayoría de los lugares pero distanciándose uno de otro en unas pocas localizaciones; o quizá no coinciden en ningún lugar pero, son tan próximas que la similaridad de los dos contornos es aparente. Donde dos fenómenos ocupan aproximadamente las mismas áreas puede decirse que se produce una correspondencia *in situ*. Las relaciones discordantes existen cuando las pautas de dos fenómenos son totalmente incongruentes. Estos diferentes tipos de relaciones areales se ilustran en los diagramas que se acompañan (Fig. 1).

La identificación de una relación concordante no es prueba de una relación causal aunque podría dar una indicación neta de la existencia de una relación causal. La coincidencia en área de dos fenómenos no demuestra que uno sea la causa del otro. Una tercera causa puede operar para producir los dos fenómenos ma-

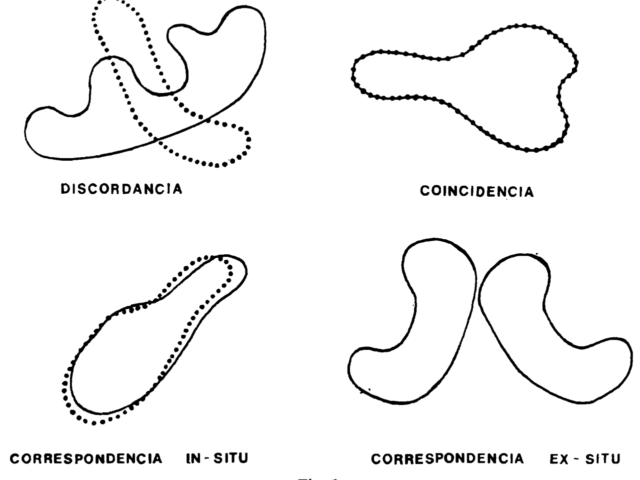

DISCORDANCIA
COINCIDENCIA
CORRESPONDENCIA IN-SITU
CORRESPONDENCIA EX-SITU

Fig. 1

peados; o una coincidencia de pauta ser una condición solamente temporaria existente en un momento dado y de muy relativa significación fundamental. Aunque las relaciones areales concordantes sugieren marcadamente la existencia de alguna conexión causal quizá a través del curso de un proceso todavía no mapeado la demostración de significación causal pueda basarse en la identificación del proceso responsable del modo que opera a través del tiempo.

No podemos aceptar sin reservas la fórmula sugerida por Hettner [25] y citada por Hartshorne [20] a efectos de que los fenómenos que carecen de conexión causal deben ser rechazados como datos para la investigación geográfica. Parecería enteramente conveniente mapear fenómenos con el propósito de descubrir conexiones causales aún cuando las pautas semejen a primera vista como totalmente incongruentes. Nuestra falla de notar la congruencia de las pautas podría ser un reflejo del estado de nuestro conocimiento. Más aún, si los resultados de un estudio de esta suerte son puramente negativos —esto es, las relaciones resultan no tener conexión causal, y cualquier concordancia de pautas es puramente una cuestión casual— aún bajo estas circunstancias el trabajo está justificado y las conclusiones pueden ser de importancia.

Los riesgos de arribar a conclusiones referentes a relaciones causales sin estudiar los procesos temporales en perspectiva, están ampliamente demostrados por la historia de nuestros escritos profesionales. El concepto de determinismo ambiental [27] ha tenido mucho apoyo por causa de mucha evidencia en el terreno durante el período cuando este principio dominaba el pensamiento geográfico. La evidencia, sin embargo, era equivocada a causa de la técnica usada. Una y otra vez en la literatura de ese período encontramos relaciones areales coincidentes entre fenómenos naturales y culturales afirmados pero no demostrados. Y una y otra vez, también, cuando medimos estas relaciones areales encontramos ejemplos de correspondencia pero no de coincidencia. Si los lugares donde los dos fenómenos dejan de coincidir son examinados en detalle, encontraremos procesos en funcionamiento que invalidan la teoría del determinismo tal como se aplica a la ocupación de la tierra.

Un ejemplo

Para ilustrar más claramente este punto describiremos un área imaginaria enormemente simplificada por la omisión de muchos elementos de la situación real. Supongamos que nuestro propósito es comprender el sentido (causas en esta instancia) de las relaciones areales entre la calidad física de la tierra y la pauta de la instalación rural. Asumiremos que una comunidad individual de agricultores ha ocupado una cuenca intermontana. La tierra utilizada para cultivar heno y para el pastoreo del ganado se hallaba libre de la cobertura forestal que originalmente se extendía por encima de las laderas tanto como sobre la cuenca misma. La cuenca en sí está constituida por pendientes suaves sobre cenizas volcánicas profundas de carácter esencialmente uniforme. Relativamente acentuadas pendientes rocosas con un suelo delgado la bordean por todos los lados. La situación está ilustrada en la Figura 2 y mapeada en la Figura 3 [28].

Los geógrafos a menudo han sido confrontados con esta clase de situación y existen muchos informes describiendo fundamentalmente las mismas relaciones. Existen dos modos de proceder en cuanto al mapeo y al análisis cartográfico se refiere. Uno es observar las relaciones esencialmente coincidentes entre cuenca y tierra deforestada para cultivo y registrar la observación en notas descriptivas tanto como en el mapa de terreno. Se definen así dos categorías de áreas: inclinadas y rocosas laderas todavía cubiertas por el bosque; suelo de la cuenca deforestado y utilizado para heno y pastoreo. Uno se sentiría inclinado a asegurar que los colonos estaban ocupados en ajustarse a la determinante calidad de la tierra, o en la terminología del determinismo, que aquí había una respuesta a la influencia ambiental.

Pero el observador más próximo, entrenado para ser crítico de sus propios preconceptos notaría que por el lado este de la cuenca había una pequeña pero no despreciable área donde las más acentuadas pendientes montañosas habían sido deforestadas y habían sido utilizadas para heno y pastura; y que en la parte oeste del suelo de la cuenca había parches de bosque sin deforestar. Si las dos categorías de área han de distinguirse por una sola línea ¿en

Fig. 2

N
E.W.J.

Fig. 3

N
E.W.J.
Area deforestada para pastoreo y forrajeras.
Area forestada
Escala: 1 milla

dónde debe ser trazada? [29] ¿Es que el pedazo de ladera deforestado debe ser incluido con la montaña o con la tierra deforestada? ¿Los parches de bosque en el suelo de la cuenca deben ser incluidos con el bosque sobre las laderas o con la cuenca que está casi toda deforestada? Por supuesto el problema no tiene sentido y por lo tanto no puede ser contestado. Surge de querer intentar definir categorías de áreas que incluyen la asociación de demasiados fenómenos asistemáticamente relacionados; cualquiera sea la decisión el resultado oscurece el sentido de las relaciones areales y los factores en el problema.

El otro método de proceder requiere quizá una más cuidadosá observación del detalle en el terreno y seguramente implica una precisión mayor en el mapeado. Las partes componentes del área se separan y cada una se mapea como un item individual. Es sólo una cuestión de comodidad si este mapeo se hace sobre bases separadas o en base a un símbolo codificado fraccional. Lo importante es que los fenómenos asociados sean examinados como pautas solapadas y aisladas. El examen de los mapas resultantes en la oficina revelan una correspondencia in situ entre la tierra agrícola de la cuenca y la de los claros deforestados. La búsqueda de conexiones causales, empero, lleva a uno a concentrar su atención no sobre los lugares donde los dos fenómenos son coincidentes sino más bien en aquellos lugares donde no coinciden.

Tan pronto como el análisis de relaciones areales revela la existencia de un problema, la atención se concentra en el proceso de deforestación e instalación visto como una secuencia de cambios que se extienden desde el pasado, a través de lo meramente contemporáneo, y se interna en el futuro. Supongamos que descubrimos que el movimiento de los agricultores al instalarse fuera hacia el Este y que una serie de mapas que muestran la difusión de la tierra deforestada en varias etapas pudiera ser preparada. Hallaríamos, entonces, que los relictos en forma de parches del bosque en la parte Oeste del fondo de la cuenca no ha sido deforestado todavía porque el movimiento de deforestación actual todavía no ha llegado allí; y también podríamos descubrir que cuando el suelo de la cuenca que era más accesible y, donde la tierra preferida había sido ocupada, la instalación estaba extendiéndose por sobre las la-

deras de la montaña. Reconoceríamos entonces que el cuadro contemporáneo de una cuasi coincidencia entre tierra deforestada y cuenca fue sólo una etapa momentánea que en el curso del tiempo concluiría con la desaparición de las relaciones coincidentes. Luego deberíamos examinar las laderas en busca de evidencias de erosión e indagaríamos en la cultura de sus habitantes en pos de experiencias previas con estas calidades diferentes de tierra.

El significado del terreno

Un concepto importante de la geografía moderna sostiene que el significado que para el hombre tiene la calidad física del terreno no es algo que sea invariable para todos los hombres y en todos los tiempos. Más bien está determinado por actitudes, objetivos y habilidades técnicas de los colonos y con cada cambio que se produce en estos elementos culturales; la tierra físicamente considerada —recurso básico— debe ser revaluada. La geografía moderna no niega la importancia de la calidad física de la tierra: sólo difiere del concepto determinista asegurando que sólo cuando la tierra cambia en sí misma ejerce una fuerza positiva sobre la cual la gente actúa; en la medida que la tierra permanezca relativamente sin cambiar, el hombre mismo determina cómo la tierra afecta su propio uso. Este concepto está fundado en evidencias en el terreno en que el proceso se investiga a través del tiempo; y que puede ser convalidado, no con respecto a estudios demasiado vastos y altamente generalizados, pero sí para los más íntimos detalles que revela el estudio topográfico [30].

El grado de generalización en las relaciones areales

Es necesario ofrecer todavía una advertencia mayor con referencia a los métodos de examen de las relaciones areales. Cuando dos fenómenos deben ser analizados cartográficamente con el propósito de descubrir relaciones concordantes o discordantes es esencial que sean mapeadas originalmente en la misma escala con un grado de generalización similar. Buscar relaciones areales, esto es, entre las líneas harto generales del sistema climático de Köeppen,

trazado a escala global, con los límites mucho más detallados de "Types of Farming Areas" [31] dibujado en escala corográfica, no sería correcto. Tampoco los límites de un sistema de climas indicado a escala global debería compararse con pautas de vegetación expresadas en detalle corográfico o topográfico. Cuando se hacen comparaciones de esta suerte los fenómenos analizados deberían desarrollarse individualmente como un sistema de regiones separadamente pero con el mismo grado de generalización.

Conclusiones

El concepto regional implica la idea de que hay asociaciones de fenómenos a ser observados sobre la Tierra; que estas asociaciones y las pautas de sus elementos individuales son expresivos de los procesos interactuantes; y que estas asociaciones imprimen carácter a lugares concretos. Por algunas razones, el enfoque sintético de la definición de asociaciones areales, puede estar justificado: especialmente con propósitos pedagógicos, la simplicidad de una región sintética, como el suelo de la cuenca deforestado para ser cultivado y las empinadas, rocosas y boscosas laderas, pueden ofrecer una razón compulsiva fundando esta clase de enfoque. Algunos geógrafos, sin embargo, preferirían desarrollar sus sistemas regionales más generalizados sobre bases de análisis cartográfico realizado por partes, construyendo analíticamente antes que arriesgando una síntesis inicial.

Por medio de estos distintos métodos, empero, los geógrafos se hallan buscando relaciones y habiéndolas descubierto, demostrar las conexiones causales a través del estudio de los procesos involucrados. Definir y mapear simplemente un sistema de regiones sin la investigación de los procesos subyacentes operando a través del tiempo, y sin mostrar claramente la relevancia que tiene el sistema regional para el propósito subyacente es peligrosamente parecido a lo que Kimble llama "doodling" *. El concepto regional tal como lo presentamos aquí implica la perspectiva temporal como una parte integral.

* Algo así como garabatear. [*N. del Tr.*]

El estudio geográfico basado en el concepto regional reconoce la necesidad de enfocar la atención sobre el sitio antes que en procesos aislados. Acepta de otras disciplinas el marco aclaratorio por medio de procesos como si operaran en un sistema aislado y reconoce también, claramente, la extraordinariamente fructífera metodología que emana de estudiar procesos. Pero la materia geográfica también puede hacer sus propias contribuciones. Contribuye a comprender el sentido de la diferenciación areal y de la verificación de los procesos en lugares concretos. Enfoca su atención en las modificaciones, en la verificación de los procesos por todo lo que no es igual, tomando nota de la operación de los procesos en lugares concretos modificados por la presencia de las demás cosas asistemáticamente allí asociadas.

Estudiosos individuales no intentan cubrir enteramente este complejo y amplio campo. Más bien se especializan en pequeñas partes de él, sistemáticamente en ciertos grupos de procesos afines y regionalmente en ciertas áreas limitadas donde las condiciones son similares. La competencia en geografía no se adquiere tan fácilmente y aún para un limitado sector requiere toda una vida de consagración. Los geógrafos, cualquiera sea su especialidad, están unidos por el concepto subyacente en todas sus investigaciones y por los métodos cartográficos de terreno así como por los métodos de análisis que llevan a una mejor comprensión de la significación de la diferencia areal. El concepto al cual hemos tratado de dár una definición tanto lógica como operativa es el concepto de diferenciación areal basado en pautas y asociaciones de fenómenos y significativo en términos de proceso de cambio continuo. Esto, el común denominador del estudio geográfico, es lo que entendemos por concepto regional.

[1] Anatol Rapoport: *What is Semantics?*, American Scientist, XL (1952): 123-135.

[2] Ver especialmente los numerosos escritos de William Morris Davis en los que discute los métodos de practicar y escribir geografía. Por ejemplo: *An Inductive Study of the Content of Geography* (Discurso de la Presidencia en la segunda reunión anual de la A.A.G. en 1905) publicado en el Bulletin of the *American Geographical Society*, XXXVIII (1906): 67-84; The Colorado Front Range, *A Study in Physiographic Presentation*, *Annals of the Association of American Geographers*, I (1911): 21-83; y *The Prin-*

ciples of Geographic Description, Annals of the Association of American Geographers, V (1915): 61-105.

[3] August L. Burcher, *Von der Hindernissen welche der Einführung eines besseren Ganges beym Vortrage der Erdkunde auf Schulem im Wege Stehen*, Cöslin, 1827; Georges H. T. Kimble, *The Inadequacy of the Regional Concept*, en L. Dudley Stamp y S. W. Wooldridge: *London Essays in Geography*, Cambridge (Mass.), 1951, pp. 151-174.

[4] Richard Hartshorne: *The Nature of Geography, A Critical Survey of Current Thought in the Light of the Past, Annals of the Association of American Geographers*, XXIX (1939): 173-658; ref. Chapter VIII.

[5] William Morris Davis: *The Principles of Geographic Description*, loc. cit., p. 62.

[6] Edward A. Ackerman: *Geographic Training, Wartime Research, and Immediate Professional Objectives, Annals of the Association of American Geographers*, XXXV (1945): 121-143.

[7] Merrill Jensen (ed.): *Regionalism in America*, Madison, 1951.

[8] Sten de Geer: *On the Definition, Method, and Clasification Geography, Geographiska Annales* (1923): 1-37.

[9] Ver el capítulo de *Regional Geography* preparado por un comité presidido por Derwent Whittlesey, incluido en Preston E. James y Clarence F. Jones (ed.): *American Geography, Inventory and Prospect*, a ser publicado próximamente.

[10] Wellington D. Jones: *Ratios and Isopleth Maps in Regional Investigation of Agricultural Land Occupance* (*Annals of the Association of American Geographers*, XX [1930]: 177-195).

[11] John K. Wright: *A Method of Mapping Densities of Population with Cape Cod as an Example* (*Geographical Review*, XXVI [1936]: 103-110); ver igualmente del mismo autor: *Some Measures of Distributions* (*Annals of the Association of American Geographers*, XXVII [1937]: 177-211).

[12] William Morris Davis: *The Geographical Cycle* (*Geographical Journal*, XIV [1899]: 481-504).

[13] Entre las muchas exposiciones del tema de la identificación y la descripción de regiones ver especialmente: Vernor C. Finch: *Montfort: A Study in Landscape Types in Southwestern Wisconsin* (Geographical Society of Chicago, Bulletin nº 9, Chicago, 1933); Preston James, Wellington D. Jones y Vernor C. Finch: *Conventionalizing Geographic Investigation and Presentation* (*Annals of the Association of American Geographers*, XXIV [1934]: 77-122); Ralph H. Brown and others: *A Conference on Regions* (*Annals of the Association of American Geographers*, XXV [1935]: 121-174) y Vernor C. Finch: *Geographical Science and Social Philosophy* (*Annals of the Association of American Geographers*, XXIX [1939]: 1-28).

[14] D. L. Linton: *The Delimitation of Morphological Regions* en L. Dudley Stamp y S. W. Wooldridge (eds.): *London Essays in Geography?*. Cambridge (Mass.), 1951, pp. 199-217.

[15] H. L. Shantz and C. F. Marbut: *The Vegetation and Soils of Africa* (American Geographical Society, Research Series nº 13, New York, 1923).

[16] Serie de trabajos sobre regiones agrícolas de los continentes, citados en el *Ekblaw Memorial Index* en los volúmenes 1-25, Worcester, 1950.

[17] Griffith Taylor (ed.): *Geography in the Twentieth Century*, New York and London, 1951; cf. Capítulo I.

[18] Preston E. James: *Observations on the Physical Geography of Northeast Brazil* (*Annals of the Association of American Geographers*, XLII [1952]: 153-176).

[19] Vernor C. Finch: *Montfort...*, *loc. cit.*

[20] Preston E. James: *The Terminology of Regional Description* (*Annals of the Association of American Geographers*, XXIV [1934]: 78-82).

[21] W. J. Latimer y otros: *Soil Survey (Reconnaissance) of Vermont*, U.S. Dept. of Agriculture, Bur. of Chemistry and Soils, Nº 43, Washington, 1930.

[22] U.S. Department of Agriculture, Yearbook 1938, *Soils and Men*, Washington, 1938; ref. pp. 979-989, y mapa anexo; Charles Kellogg y otros: *Soil Classification, Soil Science*, LXVII (1949): 77-191.

[23] G. D. Hudson: *The Unit Area Method of Land Classification* (*Annals of the Association of American Geographers*, XXVI [1936]: 99-112.

[24] Preston E. James: *The Blackstone Valley. A Study in Chorography in Southern New England* (*Annals of the Association of American Geographers*, XIX [1929]: 67-109; M. J. Proudfoot: *Sampling with Transverse Traverse Lines* (*Journal of the American Statistical Association*, XXXVII [1942]: 265-270).

[25] Alfred Hettner: *Die Geographie, ihre Geschichte, ihr Wesen, und ihre Methoden*, Breslau, 1927; ref. pp. 110-132.

[26] Richard Hartshorne, op. cit., p. 240.

[27] Griffith Taylor: op. cit., p. 16.

[28] Ver, por ejemplo Roderick Peattie: *The Conflent: A Study in Mountain Geography* (*Geographical Review*, XX [1930]: 245-257); Preston E. James: *Regional Planning in the Jackson Hole Country* (*Geographical Review*, XXVI [1939]: 439-453).

[29] El mismo problema salvo algunos elementos diferentes es analizado en Siegfried Passarge: *Wesen, Aufgaben und Grenzen der Landschftskunde*, incluido en Hermann Wagner: *Gedächtnisschrift, Petermanns Mitteilungen*, Ergänzungsheft 209, 1930, pp. 29-44.

[30] Preston E. James: *A Geography of Man?*, Boston, 1951; pp. 40-45, 234-254; etc.

[31] Mapa confeccionado por *U.S. Department of Agriculture*.

RICHARD HARTSHORNE

¿QUE CLASE DE CIENCIA ES LA GEOGRAFIA? EL CARACTER DE LA GEOGRAFIA REGIONAL

El desarrollo de la geografía durante los últimos extraordinarios treinta años han sido marcados por el creciente interés por la geografía regional. Bajo el liderazgo de Vidal en Francia, de Hettner, Penck, Gradmann, Passarge y muchos otros en Alemania, los geógrafos europeos gradualmente se han ido apartando de la primacía de la geografía sistemática que fue una consecuencia natural del énfasis en los universales verificado en todas las ciencias. También en este país los ensayos programáticos de Barrows y de Sauer, aunque divergentes en otros aspectos, están de acuerdo sobre los estudios regionales como corazón de la geografía [1]. A pesar de que Pfeifer nota correctamente la similaridad entre estas dos importantes exposiciones metodológicas —que tanta influencia han tenido en la geografía norteamericana— sobrestima, sin embargo, su importancia en determinar el curso del pensamiento geográfico en los Estados Unidos [2]. Dejando de destacar la enorme proporción en que, cómo las más precoces declaraciones de los presidentes de esta Asociación simplemente "reflejan la opinión geográfica en Norteamérica" [3]. Como ha señalado Platt, las raíces del actual movimiento, en particular de las tendencias hacia estudios detallados de pequeñas áreas, se originan en cursos de geología sobre el terreno de antes de la Primera Guerra Mundial y en la cartografía realizada durante la misma guerra [4]. No es posible, ni siquiera necesario determinar aproximadamente qué fuerzas o qué individuos son los responsables de este desenvolvimiento. Debería mencionarse, tal vez, la influencia que Bowman, como Director de la American Geographical Society ejerció hacia los estudios regionales in-

[Pp. 436-456 de *The Nature of Geography*, Segunda edición corregida, Association of American Geographers, 1964 (Primera edición 1939).]

tensivos [6]. Posiblemente haya sido de la mayor importancia, la influencia personal ejercida por el grupo de geógrafos del medio-oeste, cuyas conferencias anuales sobre la materia en los años 1923 y siguientes concentraron la atención de un vasto número de gente trabajando en el problema del mapeo regional [notar, por ejemplo, el informe de las conclusiones compartidas de este grupo (ver la bibliografía para sus miembros) que Jones y Finch publicaron en 1925 [6], tanto como los significativos estudios listados en [7]].

Si la geografía en América, tanto como en Europa, puede decirse que ha retornado en cierto modo al punto de vista que era común a Humboldt y Ritter, su largo período dedicado a los estudios sistemáticos le ha permitido volver mucho mejor equipada con conceptos genéricos y con principios con los cuales interpretar los descubrimientos de la geografía regional —aunque desgraciadamente este equipamiento es relativamente deficiente con respecto a rasgos humanos o culturales, tanto en la literatura geográfica como en el entrenamiento de la mayoría de sus estudiosos.

Muchos geógrafos que han aceptado este cambio en el énfasis evidentemente lo han hecho bajo la asunción provisional de que la geografía regional iba a ser tan "científica" como la sistemática, que de alguna manera debe ser elevada al plano en el que los principios científicos deben ser construidos. Personalmente hemos notado un sinnúmero de dificultades a las que esta ambición ha conducido. En nuestra consideración final sobre la geografía regional es necesario entender claramente ciertas limitaciones impuestas sobre el estudioso que no se encuentran en la geografía sistemática.

Después de muchas tentativas de expresar la naturaleza especial de los estudios regionales en palabras, me parece que podemos presentarla más claramente si hacemos uso de símbolos matemáticos, aunque, por supuesto, no hallaremos posible expresar tales complicados problemas en ninguna fórmula real matemática o ecuación.

Cualquier rasgo geográfico, z variando a través de una región podría teóricamente ser representado como función, $f(x,y)$ donde x e y representan coordenadas de localización. Como función de dos variables, cualquier rasgo que podamos medir matemáticamente —tal como una pendiente, la precipitación pluvial o la pro-

ducción agrícola— pueden ser representadas concretamente por una superficie irregular. Tal superficie, presentaría entonces el carácter actual de ese rasgo para la región entera; sería correcto teóricamente, para cada punto y para cada pequeño distrito. Más aún si la función implicada no fuera demasiado complicada la teoría del cálculo integral nos permitiría integrar el total de ese rasgo tanto para una sección limitada como para cada uno de los puntos individuales. En un sentido, parte de nuestro trabajo en geografía sistemática corresponde a esta forma de presentación.

Así también, la relación de dos o tres factores geográficos entre sí, dentro de una región —v.gr. la relación entre producción agrícola y lluvia caída y humus contenido en el suelo— podría representarse como una ecuación funcional involucrando todas esas variables: $z_3 = f'(z_1,z_2)$. La representación concreta de esta relación requeriría nuevamente una forma superficial. Más comúnmente, en geografía sistemática, consideramos solamente la relación de un factor con todos los demás, menos uno, lo que podemos representar como una curva sobre una superficie plana. Cada uno de estos factores z es, por supuesto, una función diferente $f(x,y)$ y la más compleja ecuación $z_3 = f'(z_1,z_2)$ es verdadera si z_3 no es afectada por los otros factores z o si aquellos que afecta son constantes a través de toda la región considerada. Ninguna de estas condiciones es estrictamente verdadera: casi cualquier elemento geográfico que consideremos está afectado por factores humanos, inconmensurables o bastante desconocidos; y todos los factores considerados varían en cierto modo no importa cuán pequeña sea el área considerada. Consecuentemente, hemos introducido un grado de distorsión de la realidad hasta en este nivel de la geografía sistemática.

Podemos introducirnos en otro nivel más marcado estableciendo complejos elementales, que representan cada uno funciones de muchos elementos *z*, variando, por reglas más o menos regulares, con las variaciones en un número menor de aquellos elementos. Así pues, dadas ciertas condiciones de suelo, pendiente, temperatura y lluvia, podemos presumir dentro de un gran margen de imprecisión e incertidumbre, algunas condiciones de la vegetación natural y de la vida animal salvaje, y podemos expresar el total de

todos estos elementos *z* por un complejo elemental *u*. Si fuera concebible que pudiéramos expresar este rasgo *u* aritméticamente, su carácter sobre un área formaría igualmente una superficie irregular que indicaría su carácter para cualquier parte limitada. Por la naturaleza de estos complejos-elementales, no obstante, es obvio que cualquier representación de tales características tendría un alto grado de irrealidad.

En geografía regional, empero, estamos interesados en una función vastamente más compleja que la localización por coordenadas. No puede ser expresado como la función de un elemento cualquiera o de un complejo elemental cualquiera, sino más bien de varios complejos elementales semi-independientes *u* y de elementos semi-independientes adicionales, *z'*. De esta manera, la geografía total, w, en cualquier punto, podría ser expresada por la función $F(u_1,u_2,u_3 \ldots u_n,z'_1,z'_2,z'_3 \ldots z'_n)$. Si pudiéramos tener información precisa y completa sobre la forma de la función F, y cada uno de los complejos elementales *u* —cada uno como una función de varios elementos *z*— y de los semi-independientes elementos *z'*, la función sería tan complicada que no podríamos tener esperanzas de representarla de ninguna forma concreta, ni siquiera en términos de un espacio n-dimensional. Tendríamos una función que podría resolverse sólo para cada punto *x, y* en la región, pero no podría ser expresada correctamente para ninguna pequeña parte mayor que un punto. En otras palabras, podríamos estudiar la geografía del área sólo desde el estudio de la geografía del número infinito de puntos dentro de ella. Esta tarea, por ser infinita es imposible. El problema de la geografía regional, como diferenciado de una geografía de puntos, consiste en cómo estudiar y presentar la geografía de áreas finitas, dentro de cada una de las cuales la función compleja total involucrada depende de tantas funciones complejas, complejamente interrelacionadas, como para no permitir ninguna solución por medio de alguna teoría de integración.

En consecuencia, estamos forzados a considerar no el número infinito de puntos en cada uno de los cuales *w* es en cierto grado diferente, sino un número finito de pequeñas pero finitas divisiones areales de la región, dentro de cada una de las cuales debemos asumir que todos los factores son constantes. Para, entonces, cu-

brir la región enteramente no necesitaremos más que un número finito de resultantes w representando cada uno la geografía de una pequeña unidad de área más que de puntos. Este método es legítimo solamente si uno tiene presente que distorsiona la realidad inevitablemente. La distorsión puede ser disminuida tomando siempre las más pequeñas áreas unitarias pero no puede ser enteramente eliminada; no interesa cuán pequeña sea la unidad, sabemos que los factores que asumimos como constantes dentro de ella son en realidad variables. En la práctica, las unidades más pequeñas que comúnmente podemos tomarnos el tiempo de considerar son suficientemente grandes como para permitir una marcada graduación de variantes, y por lo tanto una distorsión significativa de la realidad en nuestros resultados.

Para expresar nuestra conclusión en los términos más ordinarios: en cualquier área finita, aunque sea pequeña, el geógrafo se encuentra frente a un complejo de factores interrelacionados incluyendo muchos factores semi-independientes, todos los cuales varían de punto en punto en el área con variaciones dependientes sólo parcialmente de cada una de ellas. No se puede integrarlas juntas excepto ignorando arbitrariamente variaciones dentro de pequeñas unidades areales, v.gr. asumiendo condiciones uniformes a través de cada unidad pequeña pero finita. Sólo así el geógrafo puede tener esperanzas de contener mediante análisis y síntesis, los fenómenos interrelacionados dentro de cada área unitaria particular.

Aunque los estudios de todas las áreas unitarias adicionados totalmente constituyan un examen de la región entera, esto no completa el estudio regional. Como Penck ha sostenido con énfasis, no es suficiente estudiar "choros" individuales (distritos aproximadamente homogéneos) y establecer tipos de "choros". *Por encima de todo, la geografía debe considerar la manera en que estos se acomodan juntos para formar unidades mayores del mismo modo que el químico no se limita meramente a estudiar los átomos sino que también investiga la modalidad de su situación junto a cada otra en combinaciones individuales. La contención de formas geográficas* (Gestallen) *escasamente ha sido tomada en cuenta por la nueva geografía.* Así como un mosaico no puede ser contenido, Penck continúa, mediante la clasificación y el estudio de las piezas

individuales de que está hecho sino que también requiere que veamos el ordenamiento y agrupación de las piezas individuales, de forma que el estudio de la disposición de los "choros"[8] presentará diferentes formas estructurales de significación[9, 10].

Nuestro segundo paso —en un enfoque teórico de la geografía regional— consiste en relacionar las áreas unitarias, unas con otras, para descubrir la formación estructural y funcional de la región mayor. Visto que todos los factores implicados, y por lo tanto las consecuencias, han sido hechas arbitrariamente constantes para cada pequeña unidad, será permitido hablar de relaciones funcionales entre un factor en una unidad, y otro en otra unidad, como si fueran relaciones funcionales entre las unidades mismas —a condición que comprendamos que esto no es estrictamente verdad. Por lo demás, la estructura regional producida por este método tendrá el carácter de un mosaico de piezas individuales, cada una de las cuales es integralmente homogénea, muchas de ellas casi tan iguales que en cualquier método actual de presentación aparecerán como repeticiones de diferentes partes de la región. Pero no nos vamos a sentir decepcionados mirando este mosaico que hemos hecho como si se tratara de una correcta reproducción de la realidad. Simplemente, se trata nada más que de un artificio mediante el que mentes finitas pueden concebir la función infinitamente variable de tantos factores variables semi-independientes. La ficción implicada tiene tres aspectos: por un lado hemos asumido arbitrariamente cada pequeña área unitaria como uniforme integralmente; luego la hemos delimitado de sus vecinos arbitrariamente como una unidad diferente (individual) y, finalmente, también de manera arbitraria, llamamos idénticas a lo que en rigor son unidades muy similares en carácter.

Existen otras limitaciones fundamentales que deben ser insistidas si es que vamos a comparar la faz de la tierra, aún en la forma más o menos distorsionada en que el geógrafo debe presentarla, con un mosaico. Podremos decir que hay una similaridad en el detalle técnico pero, a menos que volvamos a cierto principio teleológico, no podemos asemejar la faz de la tierra a ningún artefacto u obra de arte, porque no podemos asumir que se trata del producto organizado de una mente individual. Por el contrario si pu-

diéramos transferir la analogía de Hettner de un edificio construido por varios arquitectos trabajando independientemente con la imagen de "La tela terrestre" de Huntington podemos decir que la faz de la tierra ha sido producida por la combinación de diseños de colores diferentes aplicado cada uno por distintos artistas, trabajando más o menos independientemente y cambiando su plan a medida que prosigue su trabajo. En geografía sistemática uno podría decir que intentamos separar cada diseño individual para entender su forma y su relación con los otros y de esta manera con el diseño total. Puesto que los diseños totales no han sido producidos por la sobreimpresión de diferentes planchas de color sino que en cierta medida están vinculadas causalmente unas con otras, esta separación implica el análisis de las relaciones causales y funcionales de cada diseño con los otros. En geografía regional primeramente reducimos las gradaciones útiles que los diferentes artistas de la naturaleza han aplicado y entremezclado sobre la faz de la tierra, con la forma rígida y arbitraria de la técnica del mosaico. Cuando hacemos el relevamiento de la formación de las piezas del mosaico no esperamos que tenga una pauta organizada unitaria tal como toda obra de arte debe tener. Por otra parte, tampoco necesitamos esperar un mero caos o un kaleidoscopio; porque sabemos, por nuestros estudios en geografía sistemática, que en los diseños individuales habían principios implícitos y que nuestra determinación de áreas unitarias de homogeneidad no ha sido puramente arbitraria sino que ha estado basada en la combinación de una medición cuidadosa y un buen juicio, podemos esperar que las combinaciones de estos diseños muestren, más o menos ordenadamente, pautas bastante complejas. Por lo demás, cualquiera sea la explicación de estas pautas, su forma es significativa para cada una de las partes que el desarrollo de cada parte unitaria está afectada por éste en las otras.

La última idea nos lleva finalmente a otro asunto mayor en el que cualquier analogía de la superficie de la tierra con una obra de arte es inadecuada, por ejemplo, el hecho de que mientras la última es estática, consistente en formas inmóviles, la faz de la tierra incluye objetos móviles que constantemente están conectando sus varias partes (intentar introducir el uso especial que

el artista hace de términos tales como "líneas de fuerza", "movimiento", "fuerzas opuestas", etc., simplemente agregaría confusión aquí). En otras palabras, el geógrafo ha de considerar tanto función como forma. Al establecer nuestras pequeñas áreas unitarias no sólo asumimos que cada una de ellas es uniforme en todos sus aspectos sino también en funciones. Así pues combinando estas unidades en divisiones regionales mayores nuestro problema se complica por el hecho de que debemos considerar las relaciones funcionales de las unidades entre sí, como también su forma. Por ejemplo, si dos unidades areales vecinas son tan parecidas que las hemos coloreado tan semejantes como dos piezas de mosaico del mismo color, pero una de ellas está relacionada funcionalmente a un centro urbano en una región, la otra a un centro urbano en otra ¿debemos incluirlas en las diferentes regiones o, si en la misma región, en cuál de ellas? Cualquier respuesta a esta pregunta sólo puede ser más o menos inteligente: pero no puede haber una "respuesta correcta".

Así como es necesario conocer el ordenamiento de las áreas unitarias en una región es igualmente necesario entender el ordenamiento entre regiones entre sí. Tanto Penck como Granö (quien sigue una línea de pensamiento similar) [11] llevaron el proceso a unidades mayores; el tamaño de las áreas implicadas es inmaterial. La geografía regional, por lo tanto, estudia el modo en el que los distritos están agrupados y conectados en áreas mayores, la modalidad en la cual estas áreas mayores están relacionadas en áreas de escala todavía más grande, y así sucesivamente hasta que uno alcanza la unidad final, la única área realmente unitaria: el mundo.

Existe, sin embargo, una diferencia importante en los distintos niveles de integración. Tanto Penck como Granö parecen ignorar el hecho de que el elemento de ficción pequeño, pero fundamental, en la suposición de homogeneidad de las más pequeñas unidades de área se incrementa progresivamente a medida que uno avanza hacia divisiones mayores. En consecuencia, la determinación de estas divisiones mayores requiere la arbitraria distorsión de los hechos de una manera creciente.

Asumiendo el primer paso, o sea el establecimiento de "uni-

dades homogéneas" de área, podemos pasar al segundo, encerrando en un área continua que llamamos región, el mayor número posible de "unidades homogéneas" que juzguemos aproximadamente como similar, junto con el menor número de unidades disímiles. Nuestro juicio de similaridad implicará un juicio subjetivo así como las características de las unidades homogéneas son de mayor importancia que las otras, así también, en el mejor de los casos, la determinación de la región es, en un sentido, arbitraria.

Todavía más; rara vez encontramos en la realidad una solución tan simple como la descripta. Aunque algunos rasgos geográficos no varían sino gradualmente de sitio en sitio, las variaciones acusadas e irregulares de otros —tales como suelos, pendientes en áreas montañosas, instalaciones urbanas, y todos los rasgos que esencialmente tienen forma lineal como ríos, caminos y ferrocarriles— nos forzarán a incluir en cualquier región, "unidades" de carácter bastante diferente. Es necesario por lo tanto determinar, qué clase de unidades son, en interrelación de hecho o meramente en yuxtaposición, las características de la región considerada aproximadamente, y luego determinarlas para incluir el mayor número de aquellos tipos variados de unidades similares, junto con el menor número de unidades de otros tipos.

Al considerar cualquier área grande, en la cual hayamos previamente reconocido "unidades homogéneas" y estamos intentando conformarlas en regiones, que podamos sumariamente caracterizarla en términos de similaridades o relaciones entre algunas de esas unidades, podemos encontrar la tarea como relativamente simple en algunas partes del área, donde quizá la gran mayoría de las unidades son notablemente similares. Pero sería extremadamente difícil en partes intermedias, las que podrían ser caracterizadas por unidades, en ciertos respectos, similares a unidades de un lado de ellas, en otros respectos, a unidades de otro lado. Además, encontraremos áreas conteniendo tal variedad de tipos diferentes de unidades que no es posible que veamos donde incluirlas. En algunos casos seguramente, reconoceremos tales áreas como zonas de transición pero eso sólo pospone el problema fundamental sin resolverlo. De la misma manera llamarlas "áreas sin carác-

ter" o áreas de tipos "general" o "mixto" es simplemente escabullirse del problema completamente [12].

El estudioso individual, no hay duda, estaría encantado de borrar esas áreas conflictivas del mapa, pero ese privilegio no le es concedido. Tampoco hay una ciencia que busque saber cómo sería el mundo si se permitiera ignorar áreas más complicadas y confinarse al estudio de las más fáciles para organizarlo en un cuerpo de conocimiento. Provisto que estas dudosas áreas no son comúnmente meros bordes estrechos de transición sino áreas de amplia extensión, quizá tan grandes o aún mayores que aquéllas más claramente clasificadas, no hay bases para asumir que son de menos importancia en el cuadro total de un área mayor, o del mundo, que de áreas cuyo carácter podemos describir prontamente. La opinión de Fenneman con referencia a las distintas partes de la geografía se aplica todavía más literalmente a partes de un área: *la entidad de un centro no es superior a la de un borde.*

En consecuencia, cuando dividimos cualquier área dada en partes que llamamos regiones, tan determinadas que aquellas características que juzgamos como tan importantes pueden ser señaladas económicamente en cada región, no podemos evitar tomar muchas decisiones basadas en juicios más que en mediciones. Debemos, por lo tanto, reconocer que nuestras regiones son meramente "fragmentos de tierra" cuya determinación implica una considerable proporción de juicio arbitrario. Por otra parte, si han sido utilizadas todas las medidas objetivas posibles y las decisiones arbitrarias están basadas en el mejor juicio del estudioso, podríamos con razón referirnos a estas regiones como teniendo más validez que la expresada en la desnuda frase de "seleccionadas arbitrariamente". Y, además, la opinión de varios autores previamente anotada de que los geógrafos podrían llegar a acuerdos aproximados, como es dable esperar en los límites específicos de las regiones —y hasta en sus propios núcleos—, vistas todas las dificultades que hemos pasado lista, resulta excesivamente optimista.

Apenas necesita agregarse que la conclusión de que la geografía no puede establecer ninguna base objetiva precisa para la división regional no permite eludir la tarea de organizar el saber

regional en divisiones areales determinadas por el mejor criterio posible. Para utilizar los conceptos genéricos y los principios desarrollados en la geografía sistemática a fin de interpretar los hallazgos de la geografía regional, esta última debe organizarse en partes tan significativas como sea posible. En el presente estado de desarrollo de la materia —sino indefinidamente— no tenemos claro cuál sería la solución más simple, tal como podría ser una división y subdivisión del mundo en regiones, que sea la norma única y esté universalmente aceptada. Por tanto, cada estudioso de geografía regional se ha impuesto sobre sí mismo la tarea de estandardizar su propio sistema de división regional —a menos que pueda utilizar el de algún colega—. *Estandardizar* aquí está usado para indicar que el sistema regional se basa en ciertos estandards específicamente enunciados, de modo que los demás estudiosos puedan saber precisamente cuál es la organización.

La organización completa del saber regional en geografía requiere —sea como paso final o como primario— la división de todo el mundo. En cualquier dirección que el proceso sea encarado —y notamos que requiere consideración en ambas direcciones [13]— el sistema completado debe proveer una división regional del mundo en el cual nuestro conocimiento de cada pequeña parte pueda ser ubicada lógicamente. Para este extraordinariamente difícil problema encontramos que hay dos métodos de solución. El conocimiento geográfico puede ser lógicamente dispuesto en sistemas de áreas clasificadas de acuerdo a ciertas características de las mismas. Aunque este método tiene una clara y neta utilidad con propósitos comparativos no permite organizar todo el saber regional en un sistema sino que requiere varios sistemas independientes. Más aún, no presenta la relación real de las áreas como partes de áreas mayores. Estas relaciones pueden ser incluidas solamente en una división realista del mundo en un sistema de regiones específicas, en las que todo el saber regional puede ser incorporado a un solo sistema lógico. Tal sistema desgraciadamente, no es provisto al geógrafo por ninguna división natural presente realmente, ni por nada que corresponde a la división simple de las formas orgánicas. Debe ser desarrollado y constantemente modificado por los geógrafos como un resultado de in-

vestigación, al mismo tiempo que está siendo usado, siempre de manera tentativa, como estructura organizante de investigación regional.

Hemos sugerido, en términos harto generales, el modo en el que el problema de delimitar regiones puede ser encarado, para que el saber geográfico pueda ser organizado inteligentemente en unidades regionales. ¿Qué clase de conocimiento ha de ser incluido dentro del estudio regional mismo? En la medida en que importa la naturaleza del material, hemos indicado previamente que una geografía completa de una región incluye todo tipo de fenómenos que entren en la geografía sistemática —siempre que puedan estar presentes en la región particular. El único campo de la geografía que no está incluido en la geografía regional, así también como en la geografía sistemática, es la geografía histórica. Como ha habido una geografía diferente en cada período pretérito, puede haber cualquier número de geografías históricas independientes, cada una de ellas incluyendo sus propias divisiones sistemáticas y regionales.

Los tipos de fenómenos presentes en las regiones, de manera particular en las que estos están presentes, y la naturaleza de sus interrelaciones —ambas dentro de cada área unitaria y a través de divisiones unitarias— determina las formas particulares y las funciones del área. Aunque la mayoría de los estudiosos están de acuerdo, en teoría, en que estas son de importancia coordinada, mucho del trabajo de las últimas décadas tiende a enfatizar el estudio de las formas a expensas de las funciones. Encontramos esto de una manera pronunciada en el trabajo de los "puristas del paisaje" [14]. Por otra parte, Granö encuentra que muchos estudiosos como Spethmann en particular, concibe un área como *el campo de fuerzas, como un complejo dinámico*. La geografía, insiste Granö, no es el estudio de fuerzas o de interrelaciones sino el estudio de cosas en interrelación y en áreas. A juzgar por el ejemplo mayor que él presentó en alemán, Granö mismo tiende a poner énfasis en la fisonomía y no presta sino poca atención a las funciones de las áreas [15].

Cuando hablamos de funciones de las áreas no nos tenemos que olvidar que en realidad un área no es una cosa que funciona,

sino que ciertas cosas contenidas en ella tienen relaciones funcionales con cosas en otras áreas. Si nuestra unidad areal homogénea imaginada ficticiamente, uniforme en forma y en función, nos permite hablar figuradamente de áreas unitarias como si tuvieran una relación funcional con otras áreas unitarias, no vamos por eso a ignorar el carácter ficticio de este concepto que considera las áreas como teniendo, en sí mismas, relaciones funcionales.

En particular es necesario advertir que el concepto de la unidad areal pequeña no resiste cuando intentamos estudiar la *génesis del área*. Cuando en la geografía del área estudiamos las etapas históricas previas encontramos que cualquiera de nuestras áreas unitarias pequeñas de cierta homogeneidad pueden no haber tenido en el pasado ni siquiera ese grado incompleto de validez que le otorgamos hoy. Quiere decir que puesto que las áreas, no importa cuán pequeñas, no crecen como unidades sino que cambian sólo como resultado del cambio diferencial de diversas cosas dentro de ellas, el área unitaria de hoy ha sido probablemente no un área unitaria en una etapa anterior, ni tampoco lo será en una futura. El verdadero concepto de mosaico es incompatible con el concepto de cambio gradual y diferencial. En consecuencia, el estudio de la génesis en geografía sólo puede encararse en forma de estudios sistemáticos: el estudio de la *génesis de un área* sólo puede fragmentarse en estudios de la génesis de cada uno de los diversos objetos contenidos dentro de ella. Estos son, por tanto, estudios en geografía sistemática; en qué medida pueden ser deseables para una comprensión de la geografía de cualquier región, es una cuestión controvertida que tocamos antes y no necesitamos reconsiderar aquí [16].

Ya deberíamos estar en condiciones de contestar la pregunta que es de la mayor importancia al contemplar el desarrollo posible de la geografía regional: ¿podemos esperar el avance de esta rama de nuestra materia hacia la construcción de universales, de conceptos genéricos y de principios y leyes científicas?

Una forma de generalización utilizada en geografía regional ya la hemos descripto: la construcción de regiones a partir de pequeñas unidades areales. El filósofo Kries ha distinguido tales generalizaciones como heterogéneas y partes semi-independientes de un tercer tipo de descripción científica junto con conceptos tipo y

la descripción de lo singular (de acuerdo a Graf [17]). La importancia de la distinción yace en el hecho de que esta forma de generalización no ofrece bases para establecer principios generales; para eso debemos tener tipos concretos.

Es obvio que cualquier principio universal que podamos intentar construir sobre la base de las unidades areales ficticias establecidas con propósitos descriptivos, podrían no tener más validez que las unidades mismas. A menos que estas sean unidades extremadamente pequeñas, el margen de error introducido por nuestro criterio personal llevaría, en cualquier principio que establezcamos, a un grado de error tan grande que lo convertiría en algo de dudoso valor.

Indiferentemente de esa dificultad esencial, encontramos, sin embargo, que aún esas unidades arbitrarias, cada una implicando una combinación compleja de formas asociadas, no puede ser clasificada en un sistema de tipos basado en la suma total de sus factores variados y semi-independientes. Aunque en cualquier región hallemos áreas tan similares que podríamos, con un grado mínimo de error, llamarlas parecidas, no encontramos áreas unitarias de esta clase de similaridad en otras regiones del mundo. Un pequeño distrito en algún lugar de la llanura del alto Rhin puede ser muy semejante a muchos otros distritos en la misma región pero no importa cuan pequeño sea el distrito que elegimos, es fundamentalmente diferente de cualquier área unitaria en cualquier otra región del mundo [18].

Así llegamos, a una conclusión similar a la de Kroeber cuando manifestó de la historia: *la singularidad de todos los fenómenos históricos* (significando, creo, la particular combinación de fenómenos en un momento dado) *es dada por supuesta y justificada. Ni leyes, ni cuasi leyes, se pueden descubrir por este camino* [19]. La misma conclusión cabe a la combinación de fenómenos en un lugar concreto.

No se puede suponer, sin embargo, que la geografía regional pueda estudiarse sin el uso de conceptos genéricos como de principios. Por el contrario, la interpretación de las interrelaciones de fenómenos dentro de cada región depende del tipo de conceptos y de principios desarrollados en la geografía sistemática [20]. En otras

palabras, para los items individuales incluidos en la geografía regional y para las relaciones más elementales entre ellos, dependemos constantemente de conceptos universales proporcionados por los estudios sistemáticos, pero la combinación total e interrelacionada de cada unidad areal representa un caso esencialmente singular para el cual no podemos tener universales.

Se puede hacer una objeción. Es la de que una forma de estudio empleada por muchos geógrafos en la consideración de regiones representa un enfoque para la construcción de leyes científicas, como lo que ha sido llamado *geografía regional comparada*, la comparación de regiones de notable similaridad. Como ejemplo admitido podemos citar la comparación efectiva hecha por Maull entre las áreas del Amazonas, el Congo e Insulindia [21]. El hecho de que en otras ciencias los *estudios comparativos* hayan marcado un período adolescente precediendo el florecimiento de una ciencia nomotética, ha llevado a muchos a suponer que la geografía regional podría esperarse que madure mediante el paso de las comparaciones a los principios científicos.

La idea esencial involucrada no es nada nueva en geografía. Introducida por Humboldt —sino por geógrafos anteriores— fue usada según Hettner, por Brehm, Nehring, y particularmente por Richthofen [22]. Plewe [23] halló, empero, que estos eran meros ejemplos ocasionales y que nuestra literatura no contenía a la geografía regional como una rama de la materia (8, 46-55, 77) [24]. Tales comparaciones ocasionales, anotó, se emplean en todas las ciencias, citando como ejemplo el estudio comparativo de Th. Litt sobre Kant y Herder (Berlín, 1931). Podemos agregar que los historiadores frecuentemente encuentran valioso comparar la evolución de dos o más períodos que son significativamente similares en ciertos respectos. Estos ejemplos deberían hacernos escépticos de la probabilidad de que descubramos nada que pueda ser llamado ley o cuasi-ley de geografía regional.

Passarge reconoció las limitaciones que impedían un *Länderkunde* [25] comparativo a partir de conceptos universales pero todavía (en 1936) creía que esto podía ser evitado o superado en una *Landschaftskunde* [26] [27]. Para descubrir las leyes de las regiones es necesario, sostiene, disponer de un *tertium comparationis* y es-

to, opina, es provisto por su sistema de tipos abstractos. Como hemos visto en nuestra discusión previa [28] Passarge, en parte, ha reducido meramente las dificultades reduciendo las medidas de las áreas de que se trata, y para el resto ha simplemente esbozado las limitaciones estableciendo tipos que ni aún esquemáticamente son abstracciones completas de áreas reales. La diferencia entre la real *Land* [29] y la real *Landschaft* (como área) es sólo una diferencia en dimensiones; un *tertium comparationis* es igualmente imposible en ambos casos. Podríamos seguir comparando áreas de cualquier medida eternamente sin la menor esperanza de descubrir leyes regionales.

Plewe concluye, por lo tanto, que el estudio comparativo de regiones no es un paso preparatorio hacia una geografía regional nomotética ni tampoco una rama independiente de la geografía. La introducción que hizo Ritter hace más de un siglo al concepto de geografía regional, representaba una transferencia desde una ciencia bastante diferente; nunca definió claramente su concepto y quienes lo han seguido lo han usado de modos diferentes sin arribar a ningún camino importante [30].

No obstante, el uso de este método, como medio suplementario, parece ofrecer ciertas y claras ventajas. Si regiones bien separadas entre sí, son en muchos respectos similares, de forma que en relación a ciertos elementos o complejos elementales pueden ser clasificadas como del mismo tipo, la comparación de sus similaridades, y particularmente de sus diferencias, puede bien servir como comprobación de las interpretaciones que hacemos acerca de la relación entre fenómenos dentro de cada una de ellas.

Todavía más útil es el empleo de este método en la comparación de localidades dentro de una región mayor, donde podría haber un número más alto de complejos elementales del mismo tipo. Seleccionando estas localidades que son semejantes respecto del número mayor absoluto de rasgos y comparándolos con aquellos que se parecen en muchos sino en todos estos rasgos, podríamos tener una clave de la significación de los rasgos específicos para el área como totalidad.

Para tomar un bien conocido ejemplo: la consideración de las características mayores del Cotton Belt como totalidad podría lle-

var a suponer que —dando por supuestas ciertas condiciones culturales— la importancia del algodón en el área se explicaría simplemente en términos de condiciones climáticas. Hemos aprendido, empero, contrastando localidades en las que el algodón es el cultivo prevalente con aquellas en las que es de menor importancia, aunque las condiciones climáticas sean las mismas, que el cultivo del algodón en el Sur, como totalidad, no debe ser entendido sin considerar el carácter del suelo.

De la misma manera, los geógrafos norteamericanos, al menos, se han apercibido hace tiempo de lo que no es tan evidentemente reconocido por el saber profano —o aún por muchos geógrafos europeos: que las condiciones climáticas del Sur no explican directamente ese rasgo que es de tan grande importancia en el contraste entre Norte y Sur— concretamente, la alta proporción de la población negra. Por el mismo método de comparación de localidades uno encuentra que este elemento —y todos los elementos culturales asociados a él— no pueden ser comprendidos sin considerar la combinación de condiciones climáticas y las del suelo que son precisas para el algodón. Esta conclusión, no obstante, es incompleta: en el distrito algodonero de mayor importancia hoy, en Texas central, la proporción de población negra es baja. La explicación completa puede ser alcanzada sólo cuando se comparan las localidades que fueron desarrolladas para plantaciones —incluido el tabaco, tanto como el algodón— antes que terminara el período de la esclavitud, con aquellas localidades desarrolladas para los mismos cultivos a partir de esos tiempos [31].

El método de comparar localidades dentro de la misma región mayor podría parecer que conduce a principios genéricos. Pero puede llevar a conclusiones que son aplicables sólo a la región mayor singular de que hablamos. Si debiéramos agregar a los distritos del Cotton Belt un distrito en el valle del Yang-tse y un distrito en la provincia de Bombay, no podríamos incluir a todos bajo ningún concepto genérico de distritos. En la comparación limitada a distritos en el Cotton Belt, como notamos anteriormente, no estamos comparando unidades separadas, sino sólo partes similares de una región mayor única, partes cuya similaridad es simplemente un resultado del hecho de que son partes de la

misma región. Por valioso que sea como medio para constatar nuestras interpretaciones, no conduce a ningún concepto o principio universal.

La geografía regional, sacamos como conclusión, es literalmente lo que expresa su denominación: la descripción de la tierra por porciones de su superficie. Como la historia, en el sentido más común de historia periódica, es esencialmente una ciencia descriptiva comprometida con la descripción y la interpretación de casos singulares de los que no puede emanar ninguna ley científica. Aunque esto es, indudablemente, una desventaja, porque dificulta la interpretación de los descubrimientos mucho más que en esas materias en las que es posible desarrollar leyes generales para explicar casos individuales, no significa que la geografía regional carezca de objetivos científicos. Como ha sido dicho previamente, la construcción de leyes científicas no es el propósito de la ciencia sino un medio hacia su propósito de entender la realidad. A cualquiera *que halle el título "descripción de la Tierra"* (Erdbeschreibung o geographia) *insuficientemente docto y poco científico,* Heiderich le ha contestado *descripción es el último y más alto fin del trabajo científico, seguramente, no una descripción exterior y aparente que sólo afecta la superficie del objeto sino una descripción que apunte a... comprehender sintéticamente todo lo que ha sido aprendido analíticamente de las características del objeto* [32] (153, 213). Todo lo que la ciencia requiere es que para que la descripción interpretativa pueda tener un grado maximum de precisión y certeza, los universales deberán construirse y usarse donde sea posible. La geografía regional utiliza todos los conceptos y principios genéricos desarrollados en las ciencias sistemáticas que estudian tipos particulares de fenómenos, tanto como en la geografía sistemática que estudia sus relaciones mutuas sobre la tierra.

La conclusión a la cual hemos arribado en lo relativo a la naturaleza de la geografía regional nos permite contestar una o dos preguntas que han sido formuladas por los estudiosos estos últimos años. El curso del pensamiento en los geógrafos americanos, en lo que se refiere a estudios regionales, ha sido discutido en dos artículos publicados en Alemania durante el año pasado

(1938) [33] por Broek y por Pfeifer. De estos relevamientos y de los artículos críticos a los que se refieren, el lector podría suponer que después de un período de entusiasmada concentración en estudios regionales que fuera introducida por los trabajos metodológicos de Barrows y, más particularmente por los de Sauer, los geográfos americanos han comenzado a dudar ahora cuanto es que se podía esperar, después de todo, de la geografía regional. Puede ser que el testimonio en el ir y venir a través del Atlántico haya sido desvirtuado; posiblemente enfrentemos una revuelta dentro de un solo departamento de una universidad que ha reverberado entre sus miembros actuales y pasados aquí y en Alemania [34]. Indudablemente, otros geógrafos americanos en discusiones verbales han expresado una nota de escepticismo en lo que atañe a los resultados a ser esperados de los estudios regionales.

En cierto número de casos, los escépticos han hablado, o escrito, como si después de un largo y fervoroso intento de hacer avanzar a la geografía mediante los estudios regionales hayamos descubierto que los trabajos producidos no agregan ni rinden resultados generales de significación. Es difícil creer que este argumento sea enunciado seriamente. La geografía americana ha concentrado sus esfuerzos en estudios regionales desde hace escasamente veinte años y nunca de una manera completa. Durante este tiempo, quizá un puñado de investigadores hayan hecho uno, dos, o tres estudios regionales en áreas dispersas desde Peace River Country a São Paulo y desde Europa a China. Visto que ninguno de los dos principales promotores americanos del concepto regional en teoría ha presentado un ejemplo concreto de un estudio completo de geografía regional actual, cada uno de los estudiosos investigadores ha tenido que elaborar más o menos independientemente sus propios métodos para determinar su región, seleccionando los fenómenos para su consideración y presentar sus resultados. ¿Habrá alguien que seriamente considere que hemos hecho un verdadero *test* de las posibilidades de desarrollar resultados generales de los estudios regionales? Aún si todo el trabajo hubiera sido implementado bajo procedimientos estandardizados, tal pequeño número de casos dispersos sobre más de una mitad del mundo difícilmente podría esperarse que hagan un aporte a nin-

gún resultado general, ni provea las bases para hacer generalizaciones.

Parece más probable que muchos estudiosos hayan comenzado a sospechar, por otras razones, que no importa cuántas regiones se estudien, ni por qué métodos, pues de todas maneras no emergerá ninguna ley científica. La conclusión que hemos hallado puede ser demostrada acabadamente en teoría de modo que podemos estar de acuerdo en que quien ha hecho estudios regionales con este último propósito in mente, ha estado siguiendo un espejismo, una ilusión y cuanto antes se lo abandone mejor para todo lo que le concierne.

Si, no obstante, el propósito de la geografía es adquirir un conocimiento del mundo en términos del desarrollo diferenciado de sus diferentes áreas, la tarea de estudiar regiones como divisiones areales del mundo no está sujeto a cuestionamiento por parte de la geografía. Tampoco es necesario que quienes trabajan en cualquier ciencia se sientan descorazonados si los esfuerzos de un número relativamente pequeño de investigadores, a lo largo de un período de menos de veinte años, haya producido menos de lo que los entusiastas habían prometido. Aunque el objeto de la geografía —el mundo— es vasto, es limitado en dimensión y debemos asumir que la geografía tiene larga vida por delante. Sin duda, los esfuerzos agrupados de los geógrafos americanos exhibirían resultados más productivos si pudieran concentrar la atención de todos, o de la mayoría de sus miembros, en alguna parte limitada del mundo —como los geógrafos franceses hicieron en su propio país—. Pero los variados y numerosos factores que persuaden a los estudiosos a trasladarse a tierras lejanas no deben ser restringidos, aunque fuera deseable. Uno sólo puede esperar que haya un más elevado número de investigadores, y posiblemente que haya también una concentración creciente, dentro de este país, de trabajo de grupos concretos —como en Wisconsin— en regiones de un área relativamente limitada. En particular, como anota Finch, no deberíamos esperar resultados de valor científico extraordinario de la práctica de *desnatar la crema de lo que está más claramente ofrecido por una región y abandonarla luego por otra área*[35]. El valor que estudios de esta clase puede tener con

propósitos didácticos justifica el tiempo y el esfuerzo puesto en ellos, provisto que las áreas implicadas sean apropiadas para la instrucción en clase. Un progreso duradero en investigación sobre geografía regional, requerirá un volumen mucho mayor de concentración que el tiempo de un individuo, sea que uno vaya tan lejos como Finch o no y considere una región como suficiente para toda una vida de trabajo.

Por otra parte, inevitablemente, dan lugar a la pregunta de cuál dimensión de área debería considerarse acreedora de investigación en geografía regional. Los estudios regionales lanzados bajo el liderazgo de Vidal en Francia comenzaron por examinar áreas de las dimensiones de una provincia pero gradualmente se fueron seleccionando áreas más pequeñas. Demangeon opina que el límite extremo de estudio "microscópico" ha sido logrado por Allix, cuyo examen de *L'Oisans*, un sector de un valle alpino en el Delfinado más pequeño que un *arrondissement*, requiere 915 páginas con una bibliografía de 861 trabajos [36]. Esto promedia, asegura Demangeon, algo más de una página por kilómetro cuadrado o por cada 12 habitantes. Los geógrafos americanos, comparativamente, rara vez parecerían justificarse en aplicar a su trabajo la palabra "microscópico".

La pregunta formulada no admite una respuesta simple. Los historiadores dan la bienvenida a estudios extremadamente detallados sobre muy cortos períodos, sumados a estudios menos intensivos de una serie de períodos extensos. El criterio, en ambas materias —en especial el significado del estudio—, es el mismo, pero este es un criterio para el cual no tenemos una medida objetiva. Previamente [37] hemos sugerido hacer dos consideraciones importantes —concretamente, el significado de área en sí misma [38]— y su posible significado como representante de una vasta área o de un vasto número de pequeñas áreas similares. Fuera del interés propio de los ciudadanos de l'Oisans mismo, en la geografía de su propio distrito, podemos asumir que el mundo del saber en general tiene poca necesidad de tan exhaustivo estudio de este distrito pequeño y sin importancia. Además, si tuviéramos muy poco conocimiento de los valles de los Alpes franceses, y su reconocimiento hubiera mostrado que este distrito en

particular era en buena medida representativo de cientos otros, tal estudio podría proveer.ios con una visión aproximada de la geografía regional del área entera —o de una gran parte de ella—. Presumiblemente, empero, tal estudio sería limitado por el deseo de expresar fundamentalmente aquellas características que eran representativas, y uno podría inquirir si eso requeriría mil páginas. Demangeon encuentra mucho superfluo en ese estudio porque duplica meramente descubrimientos que Blanchard y otros habían presentado en trabajos sobre distritos similares. En la proporción que el estudio de Allix ha servido para corroborar el de sus predecesores, podría haber sido presentado más brevemente. Por lo demás, otro crítico competente [39], encuentra que Allix ha hecho una contribución a un mucho más riguroso tratamiento de los problemas típicos de los Alpes franceses de lo que lo hicieron sus predecesores.

Es particularmente en contra de esos estudios "microgeográficos" —para usar el término de Platt— que se ha dirigido la crítica de la geografía regional en Norteamérica. Reconociendo que sería impracticable, en un plazo razonable de tiempo, cubrir el total del territorio del mundo por la adición de tales pequeños estudios — y que el total sería indigerible si se lo pudiera lograr— los críticos han temido que produjéramos nada más que una colección diversa de piezas sueltas seleccionadas al azar [40]. Más particularmente, empero, los críticos han preguntado qué principios generales podemos esperar que se deriven de estudios tan minuciosos como dispersos. Aún quienes han hecho tales estudios microgeográficos como James, han dado a entender más tarde que *cuanto más detallado y específico es el estudio más insignificantes son los resultados* [41, 42].

A estos ataques, Platt en particular ha replicado vigorosamente en dos trabajos publicados [43] y en un discurso inédito leído en esta Asociación. La geografía microscópica, observa, se desarrolló *como actitud racional y oportuna contra las limitaciones de la compilación de sillón de información promiscua, de impresiones subjetivas durante viajes casuales y de la teoría ambiental no fundada en información.* Para lograr estos propósitos los geógrafos fueron al terreno y *en el terreno todos los geógrafos son mi-*

croscópicos. Allí *enfrentan el dilema del geógrafo **tratando de** abarcar vastas regiones viendo, al mismo tiempo, **sólo un área** pequeña.* No se sumergen, agrega Platt, en estudios detallados de áreas minúsculas porque las conclusiones metodológicas de otros los haya llevado a creer que, de allí en adelante, se ganará algo en última instancia conveniente para la geografía. Por el contrario, sus propios esfuerzos por abarcar áreas de la mayor extensión los ha conducido a la conclusión razonada además de los estudios de reconocimiento general para regiones mayores que cubren vastas áreas; generalizaciones precisas para regiones mayores requieren un examen del complejo total fundamental de rasgos interrelacionados que puede ser examinado en detalle sólo en áreas pequeñas [44].

La defensa que hace Platt de la microgeografía, empero, está basada menos en la discusión teórica que en el trabajo efectivo que él ha estado realizando durante algunos años en Hispanoamérica, los cuales forman la serie más significativa de estudios regionales microgeográficos de la geografía norteamericana [45].

De las preguntas escépticas que han sido formuladas respecto del valor de tales series de estudios muchas parecen irrelevantes a este propósito. Este, admito, consiste simplemente en incrementar nuestro conocimiento, organizado, objetivo y seguro de las tierras al Sur del Río Grande. Que tal conocimiento de las diferentes partes del mundo es deseable y requiere investigación de personal entrenado es, repito, la justificación fundamental para la materia geográfica. Que nuestro conocimiento actual de Hispanoamérica es inadecuado, es obvio para cualquiera que haya intentado recolectar material necesario siquiera para dictar un curso referente a esa parte del mundo. En consecuencia, no vamos a poner a prueba el valor de esa serie de estudios detallados de distritos dispersos preguntando si pueden darnos algún "principio científico" o si nos ayudará a sacar conclusiones sobre "las relaciones más amplias" de las que habla Pfeifer [46]. Mientras Platt no reclame que toda geografía deba consistir en estudios "microgeográficos", o en estudios regionales en general, estas cuestiones pierden importancia. La cuestión que sí tiene relevancia es, supuesto que queremos tener un conocimiento más adecuado de la geografía de

Sudamérica, si su método de estudio es apropiado para producir tal conocimiento.

Pocos cuestionarán la insuficiencia de los relevamientos generales de Sudamérica actualmente disponibles. En su más reciente estudio sobre plantaciones en la Guayana Británica, Platt ha destacado que los mejores mapas generales del continente que se pueden conseguir dan impresiones erróneas de los suelos, la vegetación, y la densidad de población de los distritos específicos que él ha estudiado. Aunque tuviéramos información precisa y detallada sobre los climas, el relieve, los suelos, los cultivos, las razas y el comercio de Sudamérica, esto no se sumaría a la geografía (me refiero a la diferenciación areal) de las diferentes partes de ese continente. En estudios limitados a escala provincial el estudioso norteamericano se frustra frecuentemente por carecer del conocimiento detallado de los complejos elementales de tipo cultural que son básicos para la geografía cultural de la región. Para áreas en los Estados Unidos, o Europa, le hubiera sido posible adquirir tal conocimiento inconscientemente, sea como subproducto del trabajo de campo o simplemente derivado de su saber general. Estos rasgos esenciales deben ser estudiados primero en áreas relativamente pequeñas —especialmente en un área mundial en la que falta homogeneidad cultural—. Si entonces recién uno adquiere una comprensión de una hacienda concreta de Panamá y puede permitirse asumir, de alguna manera, rasgos similares dispersos a través de un área extensa, uno tiene una imagen más correcta de la geografía del área mayor que se trate de lo que puede ser adquirido por ninguna de las de pequeña escala [47].

La suposición esencial en esta proposición es, por supuesto, que cada distrito diminuto estudiado es, de hecho, representativo de otros [48]; como advierte Finch apenas puede ser típico de una manera plena [49]. Si es representativo, empero, presumiblemente será típico en ciertos y limitados respectos, y es importante que sepamos en cuales. En áreas que se hallan cubiertas adecuadamente por censos y por información climatológica, topográfica y por relevamientos edafológicos, es posible dar respuestas aproximadas a estas cuestiones a partir del estudio de tales datos. La utilidad de los mapas con isolíneas o proporciones elementales

ya ha sido sugerida previamente. En otras áreas uno puede solamente depender del criterio del estudioso que se ha formado en el reconocimiento mismo. Aunque tal criterio sólo puede dar respuestas que están alejadas de la certeza científica, son preferibles a ninguna respuesta de ninguna clase y deberían, por lo tanto, ser provistas —aún a riesgo de ser más tarde desautorizadas por el trabajo de los mismos y de otros estudiosos—.

Quizá, en su más reciente estudio, Platt demostró claramente la relación de estos estudios detallados de pequeños distritos con el reconocimiento de grandes áreas. Aunque el área microgeográfica que él estudió en detalle no es, en este caso, "característica de tipos regionales muy generales", demuestran ser "un rasgo normal de un distrito de plantación coherente, que a su vez tiene un lugar en la intrincada pauta geográfica de Sudamérica" (224, 123ff) [50]. Sin duda la significación para un saber regional más general, de sus estudios previos en distritos pequeños y muy separados entre sí, aparentemente elegidos al azar, será aclarada en su última publicación de "estudios de reconocimiento de Hispanoamérica" de los cuales estos estudios unitarios detallados van a formar parte [51].

En suma, el investigador que presenta un estudio de un área pequeña que no posee especial importancia en sí misma, necesita tener presente que el propósito no es presentar el área en sí misma sino suministrar una ilustración precisa del carácter representativo de una región más vasta, excesivamente extensa como para permitir ser estudiada con tal intensidad. Mientras tenga esta intención in mente no hay base aparente sobre la cual se pueda prescribir la dimensión mínima de área que pueda ser estudiada.

[1] Harlan H. Barrows: *Geography as Human Ecology* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 13 [1923], 1-14). Carl Sauer: *The Survey Method in Geography and its Objectives* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 14 [1924], 17-33).

[2] Gottfried Pfeifer: *Entwicklungstendenzen in Theorie und Methode der regionalen Geographie in den Vereinigten Staaten, nache dem Kriege* (Ztsch. d. Ges. f. Erdk., Berlin, 1938, p. 96 [Bibliografía]). Resumen por J. Leighly (Geographical Review, 28 [1938], 679). (Una traducción completa realizada por Leighly fue impresa en mimeógrafo y hecha circular por la American Geographical Society.)

[3] Ibidem, p. 94.

[4] En un trabajo leído en la Asociación en una reunión reciente, 1938. Platt destaca específicamente que la primera publicación citada por Pfeifer como si contuviera "proposiciones hechas por Sauer" (nota de pie de página nº 12) en realidad consistía en propuestas presentadas sin distinción de autoría, de ambos co-autores (así como de otros miembros no mencionados de un grupo de seminario en la Universidad de Chicago): W. D. Jones and C. O. Sauer: *Outlines for Field Work in Geography* (Bull. Am. Geogr. Soc., 47 [1915], 520-5).

[5] Cf. Isaiah Bowman: *Geography in relation to the Social Sciences*, New York, 1934 (trae una bibliografía).

[6] Wellington D. Jones and Vernor C. Finch: *Detailed Field Mapping in the Study of the Economic Geography of an Agricultural Area* (conclusiones conjuntas de un grupo compuesto por Charles D. Colby, D. H. Davis, V. C. Finch, William H. Haas, Wellington D. Jones, A. K. Lobeck, Keneth C. McMurry, A. E. Parkins, Robert S. Platt y Derwent S. Whittlesey; Ann. Assn. Am. Geogrs., 15 [1925], 148-157).

[7] Derwent Whittlesey: *Sequent Occupance* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 19 [1929], 162-165). Wellington D. Jones: *Ratios and Isopleth Maps in Regional Investigation* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 20 [1930], 177-195). Russell Whitaker: *Regional Interdependence* (Journ. of Geogr., 31 [1932], 164 f.). Vernor C. Finch: *Montfort, a Study in Landscape Types in Southwestern Wisconsin* (Geogr. Scc. of Chicago, Bull. 9 [1933]).

Conventionalizing Geographic Investigation and Presentation: a Symposium (Ann. Assn. Am. Geogrs., 24 [1934], 77-122). Se integra con los trabajos citados a continuación: Preston E. James: *The Terminology of Regional Description* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 24 [1934], 77-86). Wellington D. Jones: *Procedures in Investigating Human Occupance of a Region* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 24 [1934], 93-107). Vernor C. Finch: *Written Structures for Presenting the Geography of Regions* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 24 [1934], 113-120). Derwent Whittlesey: *The Impress of Effective Central Authority upon the Landscape* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 25 [1935], 85-97).

A Conference on Regions (incluye trabajos de R. B. Hall, George T. Renner, **Samuel Van Valkenburg [sin pub.] y Robert S. Platt, con debate)**, (Ann. Assn. Am. Geogrs., 25 [1935], 121-174).

Robert Burnett Hall: *The Geographic Region: A Resumé* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 25 [1935], 122-136).

Esta lista debería incluir un breve trabajo de Wellington Jones de 1930 (Wellington Jones: *A Method of Determining the Degree of Coincidence in Distribution of Agricultural Uses of Land with Slope-Soil-Drainage Complexes*, Transact. Illinois State Acad. Sci., 22 [1930], 549-554). En el mismo se presenta por primera vez el 'método fraccional' de análisis en el terreno inventado por el grupo de trabajo de primavera, posteriormente desarrollado más exhaustivamente por Finch (*Montfort*... etc., op. cit) y subsiguientemente adaptado para su aplicación en relevamientos para planeamiento, tal como es descripto por Donald G. Hudson: *The Unit Area Method of Land Classification* (Annals Assn. Am. Geogrs., 26 [1936], 99-112) y en *Methods Employed by Geographers in Regional Surveys* (Economic Geography, 12 [1936], 98-104), del mismo autor.

[8] Este es el término que introdujo Sölch como concepto de área de unidad (Johann Sölch: *Die Aufassung der "natürlichen Grenzen" in der wissenschaftlichen Geographie*, folleto, Innsbruck, 1924; contiene una bibliografía y fue resencionado por R, Sieger, Peterm. Mitt., 71 [1925], 57-59). Tal cual él lo definió el concepto es independiente de la dimensión; el "coros" es simplemente un área de tierra determinada por el grado relativo de ho-

mogeneidad de todos los factores geográficos —"geofactores"—. Un "choros" establecido en cualquier escala particular podría ser dividido en "choros" más pequeños, cada uno de los que presumiblemente exhibiría un más alto grado de homogeneidad; el límite de un tal proceso es, por supuesto, la unidad perfectamente homogénea, que sólo puede ser un punto. Al adoptar este término Penck lo ha usado como un sentido diferente, conforme al cual el "choros" resulta ser algo así como la unidad territorial más pequeña, como una célula indivisible, por así decirlo, la que agregada con otras semejantes constituyen "formas" mayores. Personalmente nosotros no seguimos esa acepción, no sólo porque cambia el sentido del término tal como fue definido por quien lo inventó sino que también porque no puede haber unidades territoriales más pequeñas. Tal como Penck en otra oportunidad lo ha reconocido, podríamos continuar el proceso de subdivisión indefinidamente y nuestras subdivisiones no serán menos unidades reales (pero tampoco más) que aquéllas que nosotros dividimos.

[9] Albrecht Penck: *Neuere Geographie*, Ztschr. d. Ges. f. Erdkunde, Berlin, Sonderband, 1928, p. 43.

[10] Albrecht Penck: *Geography among the Earth's Sciences*, Proceed. Amer. Philos. Soc., 66 (1927), p. 640, discurso pronunciado en Filadelfia y en inglés.

[11] Johannes G. Granö: *Reine Geographie: eine methodologische Studie beleuchtet mit Beispielen aus Finnland une Estland*, Acta Geographica, 2, Nº 2 (Helsinki, 1929), pp. 28-31. Contiene bibliografía y fue resencionado por H. Hassinger (Geogr. Ztschr., 36 [1930], pp. 293-296).

[12] Ver Sec. IX E de la obra a la cual pertenece este subcapítulo.

[13] Ver Sec. X A Ibidem.

[14] Ver Sec. VII E Ibidem.

[15] Johannes G. Granö: *Reine*..., op. cit., p. 114, y cf. Leo Waibel: *Was verstehen wir unter Lanschaftskunde?*, Geogr. Anz., 34 (1933), p. 204.

[16] Ver Sec. VI B Ibidem.

[17] Otto Graf: *Vom Begriff der Geographie*, München und Berlin, 1925 (contiene bibliografía), pp. 57-62 y 105. Resencionado por A. Hettner (Geogr. Ztschr., 33 [1926], 304-306) con respuesta de Graf y contrarréplica de Hettner (Geogr. Ztschr., 33 [1927], 341-344).

[18] Ver Sec. XI D Ibidem.

[19] Alfred Louis Kroeber: *History and Science in Anthropology*, American Anthropologist, 37 [1935], p. 542.

[20] Cf. Peter Heinrich Schmidt: *Wirtschaftsforschung uns Geographie*, Jena, 1925, p. 194 (contiene bibliografía).

[21] Otto Maull: *Allgemeine vergleichende Länderkunde* (Länderkundliche Forschung, Krebsfestschrift, Stuttgart, 1936, pp. 184-186).

[22] Alfred Hettner: *Die Geographie, ihre Geschichte, ihr Wesen und ihre Methoden*, Breslau, 1927, p. 403.

[23] Ver también Otto Jessen: *Der Vergleich als ein Mittel geographischer Shilderung und Froschung* (Hermann Wagner Gedanknisschr. Pet. Mitt., Erg. Heft, 209 [1930], 17-28).

[24] Ernst Plewe: *Untersuchung über den Begriff der "vergleichenden" Erdkunde und seine Anwendung in der neueren Geographie* (Ztschr. d. Ges. f. Erdkunde, Berlin, Erg. Heft, 4 [1932], contiene una bibliografía).

[25] Sin traducir en el original. En un sentido lato significa el conocimiento territorial. [*N. del Tr.*]

[26] *Landschaftskunde* se refiere al conocimiento de la región. [*N. del Tr.*]

[27] Siegfried Passarge: *Versuch einer Darlegung der eigenen wissenschaftlichen Tätigkeit* (Ztschr. f. Erd., 1 [1936], p. 61).

[28] Sec. X E. de la obra a la cual pertenece este pasaje.

[29] Genéricamente: territorio. [*N. del Tr.*]

[30] Ernst Plewe: op. cit., p. 82.

[31] Richard Hartshorne: *Racial Maps of the United States* (Geogr. Rev., 28 [1938], 276-288).

[32] Franz Heiderich: *Geographisch-methodische Streiflichter* (Sieger-Festschrift, Wien, 1924, p. 213).

[33] J. O. M. Broek: *Neuere Strömungen in der Amerikanischen Geographie* (Geogr. Ztschr., 44 [1938], 249-258, contiene una bibliografía).

Gottfried Pfeifer: *Entwicklungstendenzen in Theorie und Methode der regionalen Geographie in den Vereinigten Staaten, nach dem Kriege* (Ztschr. d. Ges. f. Erd., Berlin, 1938, 93-125, contiene una bibliografía). Resumen por J. Leighly (Geogr. Rev., 28 [1938], 679). Existe una traducción completa del trabajo realizado por Leighly que está impresa en mimeógrafo por la American Geographical Society.

[34] En un comentario crítico sobre estos estudios, Platt habla del malentendido de los métodos y de las intenciones por parte de autores que no han sido testigos del tipo de trabajo de campo involucrado ni participantes en el debate que se ha desarrollado durante estos últimos quince años entre quienes han tenido experiencia en ese trabajo. (Robert S. Platt: *Reconnaissance in British Guiana, with Comments on Microgeography,* Ann. Assn. Am. Geogrs., 29 [1939], p. 125.) Para explicar esta dificultad es importante que nos acordemos de la notable diferencia en actitud hacia los debates metodológicos entre los geógrafos norteamericanos, como grupo, y los alemanes. En agudo contraste con estos últimos, los estudiosos norteamericanos rara vez consideran tales problemas como apropiados para hacer investigaciones que sean publicables. Por el contrario, tales problemas son considerados más frecuentemente como materia opinable en la que los individuos pueden expresar sus puntos de vista personales en symposia más o menos informales y, especialmente, en debates orales "oficiosos". Solamente en los pronunciamientos "madurados" de los discursos presidenciales de la asociación, tales criterios alcanzan ordinariamente a ser presentados formalmente —y eso, generalmente, mucho tiempo después de haber ejercido la mayor parte de su influencia. Las pocas excepciones, es significativo destacarlo, ha sido la contribución de estudiosos influenciados por la actitud germana. Ya que estos provienen en su mayor parte de una institución, el desarrollo del pensamiento metodológico vigente de la geografía norteamericana puede aparecer a un estudiante extranjero como identificado al desarrollo del pensamiento en California (por ejemplo en Robert E. Dickinson: *Landscape and Society,* Scott. Geogr. Mag., 55 [1939], p. 202). Tanto Broek como Pfeifer intentaron liberarse de esta limitación pero fueron intimidados por el hecho que la metodología de otros estudiosos norteamericanos aparece publicada sólo en informes de lo tratado en symposia o todavía en explicaciones más fragmentarias aún incluidas dentro de estudios de investigación diversos. No existe literatura disponible, comparable a esa misma en Alemania donde uno puede directamente rastrear el desarrollo de los criterios metodológicos de los geógrafos norteamericanos; la tarea es por lo tanto excesivamente difícil para cualquier estudioso alejado del curso efectivo de los hechos, lo cual en alto grado, desgraciadamente, incluye al grupo de nuestra costa pacífica. Probablemente se pueda hallar una fuente más precisa que los escasos tratados metodológicos en estudios exhaustivos del desarrollo general de la geografía norteamericana tal como el de Colby (Charles C. Colby: *Changing Currents in Geographic Thought,* Ann. Assn. Am. Geogrs., 26 [1936], 1-37, incluye una bibliografía).

[35] Vernor C. Finch: *Geographical Science and Social Philosophy* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 29 [1939], p. 26).

[36] André Allix: *Un pays de Haute montagne: L'Oisans. Etude géographique*, Paris, 1929. Resencionado por Demangeon (Ann. de Géogr., 1930, p. 91).

[37] *The Nature...*, p. 288.

[38] En la cuestión anterior consideramos el significado de un área en sí misma meramente en términos de su importancia relativa en el mundo actual. Finch nos recuerda sin embargo, que un área puede tener un significado especial para nuestra ciencia del mundo si incluye algunas cuestiones no contestadas, si posee alguna asociación peculiar de características (Vernor C. Finch: op. cit., p. 23). Para mi gusto es muy deseable agregar este criterio pues parecería ofrecer la única justificación para un geógrafo norteamericano por haberse ocupado de un área tan pequeña y tan remota en la Alta Silesia, que ni siquiera es representativa de otras áreas vecinas. (Robert Burnett Hall: *The Upper Silesian Industrial District*, Geogr. Rev., 24 [1924], 423-438, y *Suggestions on the Terminology of Political Boundaries*, Mitt. d. Ver. d. Geogr. a. d. Univ. Leipzig, Helft 14/15 [1936], 180-192.)

[39] J. Sölch, en una comunicación personal.

[40] John Leighly: *Some Comments on Contemporary Geographic Methods* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 28 [1938], p. 220).

[41] Preston E. James: *A Terminology...*, op. cit., p. 84.

[42] Este juicio posiblemente tenga que ver con la conclusión de Pfeifer de que James "se preguntaba aún si el 'método microscópico' representaba absolutamente algún progreso" (Pfeifer: *Entwicklungstendenzen...*, op. cit., p. 115 et seq.) lo que importa una conclusión ciertamente no consistente con el criterio general sustentado en tales declaraciones como que "el estudio detallado de pequeñas áreas se hace significativo en la medida en que contribuye a una generalización más precisa respecto de este detalle en el caso de mapas corográficos (mesocóricos) o geográficos (macrocóricos)"; o si no esta otra conclusión: que "los estudios topográficos (microcóricos) son partes vitales de las investigaciones corográficas (mesocóricas) o geográficas (macrocóricas)" (Preston James: *A Terminology...* op. cit., p. 86 et seq.).

[43] Robert S. Platt: *Items in the Regional Geography of Panamá: With some Comments on Contemporary Geographic Method* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 28 [1938], 13-36) y *Reconnaissance in British Guiana, with Comments on Microgeography* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 29 [1939], 105-126).

[44] A modo de ilustración Platt destaca que Finch ha contribuido no sólo con el extremadamente minucioso estudio de Montfort (citado en ref. [7]) sino también con estudios sistemáticos que cubren toda la agricultura del mundo (con Baker: *Geography of the World's Agriculture*, Washington, 1917) al que podría agregarse otros estudios de investigación fundamental incluidos en el texto más reciente escrito juntamente con *Trewartha* (*Elements of Geography*, New York, 1936); Whittlesey no sólo relevó un pequeño distrito en Wisconsin (*Field Maps for the Geography of an Agricultural Area*, Ann. Assn. Am. Geogrs., 15 [1925], 187-91) sino que se ha embarcado a establecer las grandes regiones agrícolas del mundo (*Major Agricultural Regions of the Earth*, Ann. Assn. Am. Geogrs., 26 [1936], 199-240). Por lo demás podríamos añadir que este último halla que la mayor dificultad para interpretar los descubrimientos de un tal relevamiento a escala mundial consiste en los estudios de distritos, pequeños pero representativos, tal como Dicken los brinda de las tierras altas de México (Galeana: *A Mexican Highland Community*, Journal of Geography, 34 [1935], 140-147), los que Platt ha hecho de varios distritos de América Hispana.

(Ver especialmente para el lector argentino: Robert S. Platt: Pirovano: *Items in the Argentine Pattern of Terrene Occupancy*, Ann. Assn. Am. Geogrs., 21 [1931]. *N. del Tr.*) Finalmente en su estudio más reciente, Platt ha mostrado la relación directa entre el trabajo microgeográfico y otras más amplias empresas de reconocimiento (*Reconnaissance*... op. cit.).

[45] Listados en Robert S. Platt: *Items*... op. cit., p. 13, a los que debería agregarse Robert S. Platt: *Reconnaissance*... op. cit.

[46] Gottfried Pfeifer: *Entwicklungstendenzen*... op. cit.

[47] Ver Robert S. Platt: *Items*... op. cit.

[48] Esta frase, que podría muy bien ser enfatizada se desarrolla en extensión en *Perspective on the Nature of Geography*, p. 164.

[49] Vernor C. Finch: *Geographical Science and*..., op. cit., p. 24.

[50] Robert S. Platt: *Reconnaissance*... op. cit., p. 123 et seq.

[51] Publicado en 1943: *Latin America: Countrysides and United Regions*. [*Nota del Traductor:* Se han traducido todas las notas de pie de página que figuran en la segunda edición con correcciones de 1961 de esta obra, incluidas las notas suplementarias y todas las referencias bibliográficas.]

EDWARD A. ACKERMAN

INVESTIGACION REGIONAL: CONCEPTOS Y TECNICAS [1]

No haré ninguna reclamación ni me reservaré ningún sector especial de los estudios regionales en geografía. La geografía, como cualquier otro campo de investigación, reivindica un lugar sólo en proporción al número de ideas que produce y a los resultados que registra. Si tuviéramos alguna necesidad de sentirnos seguros la buscaría, no dentro del territorio que podemos defender, sino en el que podemos invadir.

Aunque los geógrafos no hacen ningún reclamo especial de la región como si se tratara de su reducto, han tenido una larga y, por momentos, distinguida historia como estudiosos de la región. El estudio y el análisis regional han sido reconocidos como parte del pensamiento geográfico durante más de doscientos años. En su forma moderna, el estudio regional ha sido parte de nuestro trabajo en este país durante por lo menos 50 años. Ningún geógrafo al día negaría la existencia de una región, de la manera que al menos algunos estudiosos en otras disciplinas lo hacen. Existen quienes desesperan de haber jamás alcanzado una comprensión plena de la región, pero ninguno de los que conozco rehúsa ver su existencia. Al final, cree que los esfuerzos de nuestra profesión logran su mayor bien contribuyendo, como lo hacen, a una comprensión final de las regiones, regiones como una parte de la vida y la actividad del hombre sobre la tierra.

Quizá lo primero que hay que hacer al tratar este tema, es hacer un comentario semántico. En el curso de 200 años es natural que hayamos encontrado un cierto número de usos diferentes para la palabra región o su equivalente en otros idiomas. Mi propósito aquí es debatir lo que muchos geógrafos han calificado con

[Economic Geography (1953), vol. 29, Nº 3, pp. 189-197.]

la etiqueta de región "geográfica". No me referiré a la miríada de formas de regiones monotemáticas, aunque esos temas unificadores sean administrativos, comerciales, edafológicos, climáticos o asuman cualquiera de otros cientos de formas.

Hablaré, por tanto, de ese fenómeno compuesto que resulta de la ocupación de la tierra por el hombre: del agrupamiento espacial distintivo de atributos afines que tiene esa ocupación. Uno podría decir que una región es una expresión particular de los atributos y limitaciones de una cultura, observable en la medida que se relaciona con la composición física y el espacio de la tierra.

No tiene objeto reconocer la existencia de regiones "geográficas", o compuestas, a menos que se deduzca algún resultado benéfico de estudiarlas e interpretarlas. En esta instancia yo me inclinaría a reconocer como estos resultados benéficos a los que tengan valor académico o uso práctico inmediato, esto es, que pueden servir tanto para extender el alcance de nuestro saber, o pueden asegurar el enfoque de nuestra sociedad hacia una existencia mejor ordenada. Los conceptos operativos en investigación deben vincularse a estos resultados benéficos. Discutir conceptos y aún técnicas, inteligentemente, implica definir los objetivos del estudio regional claramente. Creo que un importante paso inicial, en conexión con esto, es entender que cualquier región tiene una dimensión temporal tanto como una dimensión espacial. Algunas investigaciones geográficas pretéritas han producido numerosos estudios de regiones de varios órdenes, desde los que cubren el barrio o vecindario de una ciudad hasta los de escala continental. Muchas de ellas han explorado las dimensiones espaciales exhaustivamente y han escrito sobre esas dimensiones adecuadamente. Pero, hasta hace relativamente pocos años, esos estudios muy a menudo tenían las características de una instantánea cuando uno los examinaba a la luz de la dimensión temporal. Registraban la expresión de una cultura congelada en el espacio en un momento dado. Era difícil discernir ningún resultado claramente beneficioso derivado de estos estudios regionales, excepto en la medida que servían de registros históricos. Más recientemente, los investigadores geográficos han explorado la dimensión temporal en su extensión hacia el pasado a través de las técnicas de la geografía histórica y mediante la más

simple técnica especial de estudiar la "sequent occupance"[2]. En cualquiera de los dos casos, el conocimiento de la evolución de una región es el objetivo inmediato. Tal estudio puede perseguir la más remota antigüedad y terminar todavía en la antigüedad como algunos de los cuidadosos estudios realizados bajo la inspiración de Carl Sauer en California. O, por otra parte, pueden explorar solamente esas etapas más recientes del pasado, de las que se cree que conducen a una comprensión mejor de la región actual. Esta investigación se puede concentrar en la evolución del paisaje, como en la técnica de Whittlesey de la "sequent occupance", o también puede cubrir los atributos espaciales de algunos de los menos tangibles aspectos de una cultura como en algunos otros estudios de geografía histórica.

Los geógrafos también se han interesado en explorar la dimensión temporal en otra dirección, es decir, en el futuro. Nuestro trabajo en esto se une al reconocimiento que algunos geógrafos también han otorgado a las posibilidades de ser realizado desde la práctica del planeamiento regional. El trabajo de Charles C. Colby, Harlan H. Barrows, Gilbert White, y otros que participaron en el trabajo del antiguo National Resources Planing Board[3] pueden ser citados como ejemplo del esfuerzo por extender la dimensión temporal en la dirección del futuro. No fue accidental que el profesor Barrows, durante tantos años un incisivo contribuyente a la geografía histórica, fuera también durante más de veinte años un importante colaborador del pensamiento geográfico al proceso de planeamiento. La reciente atención puesta por White sobre los recursos hídricos norteamericanos, y mi propio trabajo sobre recursos naturales del Japón y también sobre recursos hídricos norteamericanos, pueden ser citados como otros ejemplos más de trabajos que se propusieron extender la dimensión temporal. Realizados correctamente, creo que tales esfuerzos contribuyen a una comprensión del presente no menor que la atención a la región pretérita. Es haber entendido la dimensión temporal la que nos ha hecho cabalmente comprensivos y solidarios con los esfuerzos y la mentalidad del planificador regional. Si uno concede que la dimensión temporal es una parte esencial del análisis regional, el objetivo focal de la investigación regional se aclara considerable-

mente. Se trata de una descripción definitiva de las fuerzas sociales y físicas que conforman una región en cierto momento y la manera en que reaccionan unas sobre otras. Esta es la realidad que debe perseguirse y en proporción a nuestra captación de ella podremos tener derecho a reclamar cierta capacidad de predicción. Este es un objetivo de la más grande significación social y para la investigación regional, no creo que haya ningún otro objetivo final de fundamental importancia. Detrás de este objetivo yace la idea de que dado un determinado conocimiento somos capaces de moldear esas fuerzas por una sociedad mejor. Me parece que se trata de un objetivo lógico y académico, tanto como socialmente práctico. No obstante, mis colegas serán los primeros en admitir que el camino es largo y que la ruta hacia ese objetivo es azarosa.

Todavía estamos lejos de la descripción definitiva que he mencionado. Considerando el pequeño número actual de estudiosos de la estructura regional, nunca lograremos esa comprensión de tantas regiones. Una de las mejores pruebas que puedo ofrecer, en lo concerniente al estado de tales cosas se hace evidente en los programas de desarrollo de recursos regionales, que han necesitado más análisis regional que ninguna otra actividad de las contemporáneas. Sin embargo si uno fuera a preguntar a los funcionarios responsables de la administración de estos importantes programas por qué eligieron ciertos cursos de acción, nos responderían que no pocas veces actúan sobre suposiciones en vez de bases fácticas completamente razonadas. Los hechos que se derivan de un análisis regional concienzudo no aparecen allí.

Reconociendo la meta que coresponde al fin lógico del análisis regional, ¿es que nuestras ideas y técnicas son seguidas de, por lo menos, algún progreso en esa dirección? Creo que hay algunos signos promisorios provenientes de cada sector donde estudiosos se hallan pensando sobre análisis regional. Lo más destacado es el creciente interés por parte de economistas en análisis regional. Puedo atestiguar que los geógrafos también comparten el desarrollo de las ideas y técnicas que promoverán algún progreso. El estudio de 1952, realizado por el comité de geógrafos del National Research Council, suministra una interesante evidencia de cuanto hemos referido [4].

Ejemplos de conceptos actuales

Ahora me referiré a ejemplos ilustrativos de ambas cosas: conceptos y técnicas. De cada una de ellas voy a ofrecer cuatro.

Primero los cuatro conceptos.

En los estudios regionales debe reconocerse que:

1) No hay sólo regiones sino que también existe una jerarquía de regiones. Deberíamos definir estas unidades espaciales de diferente orden de una manera mejor que lo que solemos hacerlo y programar nuestra investigación de modo que tome en cuenta los resultados que pueden ser obtenidos del examen de varios niveles al mismo tiempo.

2) La totalidad de una región puede no ser siempre una meta de análisis práctico; en cambio deberíamos concentrar nuestra atención en desarrollar nuestro conocimiento de rasgos clave en análisis regional. En términos del comité del National Research Council, *"parecería ser una práctica sana restringir la inclusividad (de los estudios regionales) a la comunidad de rasgos que retratan la ocupación humana del área*[5]. El comité propone que usemos un nuevo término: *compage*[6], para este tipo de región, el cual implica algo menos que totalidad regional pero que nos contiene dentro de los límites de nuestras posibilidades actuales. El desarrollo del *compage* más significativo posible es, entonces, el objetivo inmediato de estudio.

3) Una refirmación de la singularidad de todas las regiones sobre la faz de la tierra. Encuentro esto bien ilustrado académicamente en la aserción del comité del National Research Council que para el estudio del *compage* por los geógrafos no puede *adoptarse ninguna lista normalizada de criterios como universalmente adecuados para diferenciar "compages", previos a la observación de campo*[7]. Esto, lo encontramos harto bien ilustrado en nuestra vida política nacional, en la controversia que ha surgido acerca del desarrollo de recursos hídricos en las varias partes del país. También lo vemos ilustrado internacionalmente, en la aplicación de ideas de desarrollo económico concebidas en este país, pero o bien concretadas o bien evaporadas en tierra extranjera.

4) Hay dos clasificaciones distintas de regiones, la región

cuasi-uniforme y la región nodal. Nuestra comprensión de la región nodal está lejos de tener la base necesaria para recibir un adecuado tratamiento aún cuando pueda ser la dominante en la ocupación humana. Resulta claro, por lo tanto, que la atención debería centrarse en desarrollar el concepto de núcleo regional y de zonas límites anchas, antes que perpetuar la convención de establecer límites exactos a los términos regionales y examinar los fenómenos de distribución dentro de esos límites. La región nodal puede probar ser la región de mayor significación para el objetivo que he descripto.

Técnicas

Tengo, asimismo, cuatro puntos que tratar con relación a la técnica:

1) Los geógrafos comparten la tendencia de otras ciencias sociales y físicas de alentar al extremo el análisis cuantitativo. Nuestra sensación respecto de la presentación cuantitativa es tan vieja como los mapas, porque un verdadero mapa es siempre un instrumento de presentación cuantitativa. Nuestros mejores esfuerzos recientes en esta dirección han ido hacia ulteriores refinamientos en técnica cartográfica, y en cierta tarea dirigida a incrementar la utilidad del material censal.

2) Ningún estudioso individualmente puede ser considerado como colaborador efectivo con la totalidad de una región como su área especial. El estudio sistemático intenso, en la medida que se refiere a la región, es la clave de una investigación efectiva. Por lo que se sigue que:

3) La investigación regional es una tarea para un equipo de investigadores antes que tarea individual.

4) El uso de la comparación interregional tiene probablemente algunos valores particulares que no han sido explotados que llevan a comprender las fuerzas en acción en el modelado de una región o de varias regiones.

No comentaré estos conceptos o técnicas. El espacio no me permite mencionar más que dos o tres en detalle.

La jerarquía de las regiones

El National Research Council Committe ha llamado la atención de una manera muy definitiva acerca de la necesidad de una mejor comprensión de la jerarquía de las regiones. El Comité sugiere que deberíamos tratar de desarrollar un sistema adecuado que caracterice los niveles diferentes de lo que llama *subdivisión y agregación* [8]. Para ilustrar este punto sugiere que hay cinco diferentes órdenes de regiones: localidades, distritos, provincia, dominios y grandes divisiones. Norteamérica, al este del meridiano 100° y al sur del San Lorenzo podría ser un ejemplo de gran división: la Gran Cuenca y las Grandes Llanuras un ejemplo de dominio. El S.E. de los Estados Unidos podría ser considerado una provincia. Cualesquiera sean las categorías elegidas como definitivas en tal sistema, creo que el reconocimiento de jerarquías es un paso adelante en la correcta dirección. Si es que pensamos arrojar luz sobre la interacción de fuerzas sociales y físicas en la medida que conforman regiones en el tiempo, es importante comprender que tendremos que tener investigación que examine características de todos los niveles de la región. En años recientes muchos de nosotros hemos trabajado sobre la teoría de que para comprender una región mayor primero debemos hacer estudios intensos de las unidades regionales menores de las que aquella se compone. Durante esa época la microgeografía llegó a acumular buena parte de la investigación realizada por la geografía entera. Han habido estudiosos que han trabajado sobre la región mayor pero la realización efectiva en esa área ciertamente ha sido una parte menor de la producción total. No obstante, ahora estamos llegando a apreciar que el examen concertado de varios niveles de región es necesario para aclarar la interacción de fuerzas sociales y físicas mientras van conformando regiones.

Ofreceré uno o dos ejemplos prácticos de la necesidad de atender a regiones más grandes junto con estudios de las menores.

Una de las fuerzas que influyen en la conformación de algunas regiones en los Estados Unidos, y ahora en el mundo, es el desarrollo inducido de los recursos naturales mediante la acción organizada sea social o gubernamental. Mi propia agencia, la *Tennessee*

Valley Authority (T.V.A.) ha sido probablemente el más notable ejemplo de tal tipo de empresa. Casi podría decirse que la T.V.A. ha creado una región. En verdad ha hecho aflorar ciertos rasgos latentes, o virtualidades, del Sud interior con un realce atrevido que crea un nuevo foco para actividades económicas. Creo que la T.V.A. ha sido no sólo eficiente sino exitosa; ha probado ser una fuerza benéfica efectiva. Empero sigue siendo un ejemplo solitario en los Estados Unidos de esta forma de desarrollo. Esto continúa siendo cierto, a pesar de dos destacados intentos en los Estados Unidos occidentales de establecer formas de desarrollo similares a las de la T.V.A. El fracaso de esas dos tentativas en el Columbia y en el Missouri han sido interpretados por ciertos sectores como un rechazo implícito del modelo de la T.V.A.

No deseo discutir de ninguna manera la aplicabilidad de la idea y de la forma de la T.V.A. al oeste de los Estados Unidos. No obstante, pienso que el ejemplo de la T.V.A. ha influenciado a lo que ha tenido lugar en el Oeste, en los años recientes, más de lo que muchos estudiosos se dan cuenta. La T.V.A. ha demostrado también ser un admirable instrumento básico para la rehabilitación de un área subdesarrollada de recursos deteriorándose y una población creciente en un entorno físico húmedo. Más aún, creo que algunos de los conceptos aplicados en la T.V.A. pueden tener casi universal aplicación toda vez que se persiga un desarrollo inducido. La verdadera cuestión es fijar la cantidad de detalle empleada para aplicar la pauta. Si fuéramos a estudiar el Oeste de los Estados Unidos como un dominio, o un orden de región en contraste con el Este, podríamos encontrar algunas claves importantes relativas a la conveniencia de una pauta u otra en cada uno de estos entornos. Soy conciente del hecho, aún improvisadamente, de que el Oeste tiene muchos aspectos destacados diferentes del Este cuando surge la cuestión de administración hídrica. Donde el agua está implicada, las tradiciones de la distribución, de la ingeniería, y de la administración difieren notablemente en estas dos partes mayores del país. No son las más pequeñas diferencias que uno encuentra comparando las leyes hídricas del Oeste con las del Este lo que resulta importante. Me parece que uno debe comenzar por un examen exhaustivo de tales atributos generales de la

región más aproximada, antes de obtener una respuesta convincente relativa a la pauta adaptada a cualquier cuenca fluvial en la región. A menos que hagamos esto, no entenderemos la magnitud que tienen las fuerzas físicas y sociales en acción, ni sus potencialidades.

Una necesidad, entonces, es prestar atención a la existencia de regiones de diferente orden. Otro resultado útil derivado de conservar la jerarquía de las regiones in mente es el de que puede servir para hacer evidentes las relaciones de las fuerzas o fuerzas potenciales, de una región en su influencia sobre otra. En la T.V.A. estamos llegando a apreciar, por ejemplo, que un conocimiento más íntimo de lo que está sucediendo en las áreas que rodean el área de la cuenca hídrica y de la red eléctrica, puede ser muy útil para planear efectivamente el futuro desarrollo de la región. No creo que podamos comprender la región mientras se desarrolla, a menos que sepamos qué yace detrás de los apéndices o salientes del cinturón manufacturero del Medio Oeste que comienza a extenderse dentro de la región del Valle del Tennessee. Así también, el desarrollo de los campos de petróleo y gas en la costa del Golfo, también puede tener efectos económicos de largo alcance sobre el Valle.

Esta relación es interesante en otra dirección. La Nación mejoraría por ejemplo, si conociese qué efecto ha tenido sobre otras regiones del Este de los Estados Unidos el desarrollo inducido del Valle. En conexión con esto el Valle del Tennessee ha sido acusado a menudo de sacar industrias fuera de New England. Empero, si fuéramos a examinar los hechos del caso, probablemente encontraríamos que sucede exactamente lo contrario. Basta examinar el vastamente incrementado mercado de artefactos eléctricos solamente despertado en todo el Valle y la necesidad de máquinas en su crecimiento industrial. Entonces uno se apercibe que las comunidades de New England y hasta los financistas de Boston deben haber sacado algún provecho de lo que tiene lugar en el Valle.

Rasgos clave en análisis regional

Si fuéramos a examinar las regiones más extensas junto con

las más pequeñas unidades, la búsqueda de rasgos clave en los estudios regionales asume una importancia particular. Aquí, probablemente, tengamos mucho que aprender. Pero también hay que decir que en el pasado hemos hecho un trabajo muy interesante. Nuestra atención en materia de recursos hídricos y energéticos ha sido particularmente intensa en la medida que se relacionan con la vida de la región. Sin embargo, los trabajos de Edward Ullman en el análisis regional del transporte y su interés en las comodidades como una fuerza en el desarrollo regional, son dignos de reconocimiento. El interés de Lawrence Durisch del T.V.A. y otros en el Sudeste, por estudiar las comodidades de la comunidad constituyen otros ejemplos [9].

Tengo fe en la utilidad del rasgo clave, porque cuando uno llega a descubrirlo se alcanza una amplia área de acción y experiencia humanas. Ullman cita al Profesor Stuart Dagget de California en conexión con esto: *La mayoría de los que han tenido algo que ver con la función del transporte... han sido economistas... empero, cuanto más tiempo he trabajado con problemas de transporte más he llegado a sentir que el tema del transporte, considerado en toda su magnitud, se sale del hilo de la experiencia humana. La historia, la psicología, las peculiaridades de gobierno, las asociaciones y migraciones de población, tanto como la fertilidad de la tierra y las técnicas y organización de la industria están involucradas* [10]. Lo mismo puede decirse del tema de los recursos hídricos. Ciertamente aquellos de nosotros que lo han examinado saben que entre estudiar recursos hídricos y filosofía social y controversias políticas hay una muy breve separación.

Probablemente la identificación principal de un rasgo clave es la holgura que marca en sus interrelaciones normales con otras actividades y la vida de la región. No obstante, me apresuraría a agregar que nuestra búsqueda debería extenderse más allá de la ruptura del orden que ya he mencionado, tanto en recursos hídricos como en transporte. Con relación a cada uno de ellos deberíamos indagar aquellos detalles más significativos y eliminar aquellos aspectos que son incidentales. Estoy convencido, por ejemplo, que el tema de las tarifas eléctricas es un rasgo clave para el estudio de la energía. El tema de las tarifas del transporte también

es un rasgo clave para el transporte en general. Cada uno de ustedes pensará probablemente en otros detalles importantes. Lo significativo es que probablemente necesitemos no pasar por alto ningún aspecto del agua o de la energía como recursos para entender esas dos actividades como fuerzas que conforman la vida de una región. Tenemos que abrirnos una picada en vez de intentar talar todo el bosque.

Puedo sugerir otras áreas dentro de las que deberíamos buscar rasgos-clave pero no sugeriría que tenemos inexorablemente las respuestas dentro de cada una de ellas: el uso de la tierra, y las actividades, así como los rasgos naturales influenciándola; población, tecnología, recursos laborales e ingresos; sistemas legales y administrativos; industria y finanzas, organización social, tradiciones y costumbres. En todo esto hay material para comprender las fuerzas que conforman una región. Pero ¿podemos aislar suficientemente uno de otros, estos factores lo suficientemente como para que tanto la región extensa como la pequeña sean manejables para el analista regional? Admito que nos encontramos en dificultad, pero estoy lejos de reconocer que estemos derrotados. Yo no admitiré el fracaso, ni creeré que estamos haciendo las cosas de la mejor manera posible hasta que hayamos explorado completamente el problema de identificar los rasgos-clave para el análisis regional.

Técnicas

Si la búsqueda de rasgos-clave es una parte importante del problema del analista regional en este momento, son necesarias algunas pocas palabras acerca de las técnicas.

El especialista sistemático

Los esfuerzos del especialista sistemático que trabaja dentro un marco regional son particularmente necesarios. No creo que el hombre que se especializa en una región, per se, pueda jamás darnos las respuestas. En lo que se refiere a investigación es un hombre atrasado de noticias. En su capacidad puede ser un logrado

docente o administrador, pero a menos que deje ese rol y se haga especialista sistemático, su esfuerzo investigativo no apuntará en la dirección que necesitamos. No se trata tanto de una cuestión de temas sistemáticos de categoría general a los que nos hemos acostumbrado a tratar en el pasado, ni de su selección e interpretación. En cambio es cuestión de aspectos particulares de aquellos estudios que son indicadores y medidas prácticas de las fuerzas que intentamos comprender. Por otra parte, creo que el especialista sistemático que ignora, o minimiza, la amplitud de los temas que deberían servir como su propio fondo de investigación tampoco será particularmente útil. Esta es la razón por la que he individualizado aisladamente al especialista sistemático que trabaja conciente del marco regional.

Comparación interregional

Una razón por la cual me atrae el especialista sistemático es porque me interesa un más amplio uso del artificio de la comparación interregional. Seriamente esto es sólo posible mediante el concurso de las especialidades sistemáticas.

Me gustaría sugerir que se ponga mucha más atención por parte de todas las disciplinas en la comparación interregional. La comparación espacial, desde ya, ha sido el rasgo central del estudio geográfico desde sus comienzos. El mapa que es nuestra herramienta mejor perfeccionada para la investigación y la expresión, es esencialmente un instrumento de comparación. Hemos hecho algunos estudios comparativos de regiones de una más compleja naturaleza de lo que generalmente se indica en un mapa, pero han sido menos de los que me gustaría ver. Hemos tenido una ilustración de los beneficios de tales estudios recientemente en la T.V.A. en algunos estudios sobre ingreso por condado que fueron completados en cooperación con las universidades de sudeste [11]. Este es esencialmente un estudio comparativo que ha demostrado tener muchos usos insospechados, sea para la T.V.A., los negocios, el gobierno y los estudiosos académicos de la región.

En una escala algo mayor creo que la mayoría de ustedes aquí pueden apreciar fácilmente el significado de los resultados que

podrían ser obtenidos del estudio de recuperación de tierras en establecimientos regionales del Este como del Oeste de los Estados Unidos. Yo llamaría vuestra atención acerca del valor de un estudio regional integral de la estructura energética de los Estados Unidos. Si es que nos interesa comprender las fuerzas que operan en la conformación de nuestras regiones, aquí, ciertamente, se hallan dos tópicos de significación. Creo que el mejor comienzo para una comprensión de los mismos puede nacer de la comparación regional.

Me gustaría hacer un resumen de algunos de mis comentarios:

1) Deberíamos considerar las regiones como un producto de las fuerzas sociales y físicas en interacción en el espacio. La dirección más fructífera para la investigación del analista regional se encuentra en la orientación de la región como entidad dinámica.

2) Deberíamos reconocer que si comprendemos la interacción en el espacio de las fuerzas sociales y físicas tenemos ya a mano una base sana para comprender naciones o culturas y además tenemos una base sólida para la formulación de una política pública.

3) Debemos reconocer que en relación al estudio regional, tratar con la totalidad de la región es casi lo mismo que indagar la verdad entera en filosofía. Deberíamos reconocer francamente que estamos tratando sólo con una parte del todo, o *compage*, como el National Research Council lo expresara a través de su comité.

4) Deberíamos ir en pos de alguna identificación sistemática de *compages*, o de estas regiones parciales, tal como existen en la tierra. Por lo menos deberíamos buscar alguna identificación sistemática de tales regiones, tal como existen en este país.

5) Deberíamos reconocer que todavía no hemos logrado reducir el estudio regional a proporciones manejables. Deberíamos concentrar nuestra atención sobre estudios sistemáticos en un esfuerzo por extraer los rasgos-clave que pueden ser utilizados para una descripción e interpretación efectiva de las regiones.

6) Yo recomiendo a vuestra atención un examen de las políticas públicas aplicadas, como un sector fructífero en el cual comenzar a buscar rasgos-clave en estudios regionales. Y todavía

recomiendo más a vuestra atención un examen del desarrollo regional inducido en los Estados Unidos como una política pública en esta materia. Lo recomiendo porque fortalece la región viva dinámica; porque aparta el énfasis sobre las apariencias físicas; y porque el desarrollo de los recursos tiene necesidad de un análisis regional continuo si es que se va a mantener en el óptimo de eficiencia. Agradeceremos esa atención puesta en el Valle del Tennessee donde creemos que podría darse una buena oportunidad para poner a prueba algunos de los enfoques y métodos en ciencias sociales. El valle quizá presente, por algunos años, una oportunidad única.

Mientras, yo continuaría ensanchando el alcance de nuestra visión; soy consciente que el mundo todavía no es nuestra ostra. Yo buscaría, por tanto, los lugares donde más se nos necesita y trataría de desarrollar nuestra teoría mientras trabajamos en lo práctico.

[1] Trabajo leído en las reuniones de la American Association for the Advancement of Science, Missouri, 30 de diciembre de 1952.

[2] El término de *sequent occupance* fue acuñado por Derwent Whittlesey, en 1929, en un trabajo que, con el mismo título, publicó en los Annals of the Association of American Geographers, 19 (1929), pp. 162-165. Su intención era buscar una denominación a la sucesión temporal de cortes geográficos de un área. El mismo Whittlesey lo compara con la sucesión vegetal en botánica. [*N. del Tr.*]

[3] Organismo creado en oportunidad de implantarse la política del *New Deal* en los Estados Unidos durante la presidencia de Franklin Delano Roosevelt. Fue posteriormente atacado por el Congreso con motivo de detentar un poder exagerado y fue remplazado, finalmente, por la oficina del Presupuesto de dicho parlamento. [*N. del Tr.*]

[4] The National Research Council tiene un informe titulado: *Regional Study with Special Reference to Geography* (National Research Council, Division of Geology and Geography, Washington, D.C., 1952, 74 pp.), el cual constituye la fuente estimulante de muchas ideas aquí expresadas.

[5] Ibid., p. 37.

[6] Otro término acuñado por Whittlesey hacia 1954. Richard Hartshorne en *Perspective on the Nature of Geography*, Chicago, 1959, dice: "*El comité de Whittlesey urgió el uso de un nuevo concepto, el 'compage', que se limita a 'todas las características de los entornos físico, biótico y societario que están funcionalmente asociados con la ocupación de la tierra por el hombre*" (p. 139). Según Stamp se trata del *resurgimiento de un término obsoleto que significa 'medios de unir y conectar cosas' (Oxford English Dictionary), un intento, en suma, de enfatizar un aspecto de 'región'*. (Ver Sir Dudley Stamp: *A Glossary of Geographical Terms*, London, 1961.) En castellano podría traducirse como 'complejo', que es una palabra frecuentemente

mal usada, o sino 'complejo regional' para indicar macro-regiones, o grandes espacios territoriales. Con todo parece acertada la advertencia de Stamp y no dejar de lado el rico y simple concepto de *región* a secas. [*N. del Tr.*]

[7] National Research Council, op. cit., p. 38.

[8] Ibid., p. 41.

[9] Ver *Local Government Services and Industrial Development in the Southest*, trabajo conjunto de las Universidades de Alabama, Georgia, Florida, Kentucky, Mississippi, North Carolina, Tennessee y la T.V.A. (Tennessee Valley Authority), University of Alabama Press, 1952, 27 pp.

[10] Edward L. Ullmann: *Human Geography and Area Research*, University of Washington, Seattle, Washington, 1952 (mimeo), 9 pp.

[11] J. L. Lancaster: *County Income Estimates for Seven Southeastern States*, Bureau of Population and Economic Research, University of Virginia, Charlottesville, 1952, 245 pp.; y L. C. Copeland: *Methods for Estimating Income Payments in Counties*, Charlottesville, 1952, 108 pp.

Capítulo IV

EL FACTOR TEMPORAL

CARL O. SAUER

INTRODUCCION A LA GEOGRAFIA HISTORICA

Apología

Estas observaciones están dirigidas hacia la naturaleza de la geografía histórica y algunos de sus problemas. Preferentemente, haré uso de material documental y conclusiones sacados de mi propio trabajo en México. En segundo lugar, empero, estoy tentado de hacer lo que tan a menudo se estila en el discurso anual ante este cuerpo, o sea, hacer pública, de alguna manera, una confesión de la fe que ha sostenido todo mi trabajo.

Es bastante obvio que quienes nos llamamos geógrafos entre sí, actualmente no nos entendemos demasiado bien mutuamente. Tenemos, más bien, un sentimiento fraternal de pertenecer juntos a algo, antes que un terreno intelectual común en el cual nos reunamos libre y fácilmente. Apenas podemos afirmar que recibimos nuestro principal estímulo intelectual uno de otro, o que esperamos impacientemente los resultados de la investigación de los colegas como una necesidad para nuestro propio trabajo. Tendemos a crear tantas mentalidades aisladas cuantos campos de estudio cultivamos. Mientras estemos tan inseguros acerca de nuestros objetivos principales, debe intentarse, de tiempo en tiempo, imponernos cierta orientación dentro de un curso común.

Una retrospección americana

Esto no pretende ser otro esquema para ser aplicado a la totalidad de la geografía, sino un reclamo contra el descuido de la geografía histórica. En los casi cuarenta años de existencia

---

[Annals of the Association of American Geographers (1941), vol. XXXI, Nº 1, pp. 1-24.]

de esta Asociación, han habido sólo dos discursos presidenciales que han tratado de la geografía histórica, uno por Ellen Semple y otro por Almon Parkins.

Una peculiaridad de nuestra tradición geográfica americana ha sido su falta de interés en los procesos y secuencias históricas hasta llegar al franco rechazo. Una segunda peculiaridad de la geografía americana ha sido el intento de sacarse de encima los temas de la geografía física para cederlos a otras disciplinas. El reciente ensayo metodológico de Hartshorne es una interesante ilustración de ambas actitudes. A pesar de basarse sólidamente en Hettner, no toma en consideración el hecho de que Hettner ha contribuido al conocimiento geográfico, principalmente en el campo de la geografía física. Tampoco sigue a Hettner en su posición preponderantemente metodológica, concretamente, que la geografía en cualquiera de sus ramas debe ser una ciencia genética, o sea tener en cuenta los orígenes y los procesos. Son estudiosos de Hettner quienes han hecho muchas de las importantes contribuciones en los últimos años a la geografía histórica. Hartshorne, sin embargo, dirige su dialéctica contra la geografía histórica, tolerándola sólo en los deslindes externos del tema. He citado esta posición porque es la última y, creo, la mejor manifestación de lo que, de hecho, sino confesado abiertamente, es un punto de vista bastante generalizado en este país.

Quizá en años próximos el período desde la "geografía como Ecología Humana" de Barrows hasta el resumen citado por Hartshorne será recordado como el de la Gran Retirada. Esta retracción de líneas comenzó con la separación de la geografía y la geología. La geografía, por supuesto, debe su iniciación académica en este país, al interés de los geólogos. Parcialmente, para ganar independencia administrativa en las universidades y colegios, los geógrafos comenzaron a buscar intereses que los geólogos no podían exigir compartir. En este proceso, empero, la geografía americana gradualmente cesó de ser parte de la Ciencia de la Tierra. Muchos geógrafos han renunciado completamente a la geografía física como tema de investigación si es que también no lo han hecho como tema de enseñanza. A esto siguió la tentativa de formular una ciencia natural del entorno humano, en la que esta relación

gradualmente ha sido suavizada pasando del término "control" al de "influencia" o "adaptación" o "ajuste" y finalmente al, de alguna manera litúrgico, de "respuesta". Las dificultades metodológicas en encontrar tales relacionamientos lleva a una nueva restricción, a una descripción no-genética del contenido humano de las áreas a veces llamada corografía, aparentemente en la esperanza de que por medio de tales estudios, de alguna forma se haría un aporte al conocimiento sistemático.

Esta caricatura de nuestra generación, tanto como de sus motivos dominantes, está simplificada, pero espero no haberla distorsionado. A través de este tiempo, ha existido el deseo de limitar el campo para asegurarse su dominio. Ha existido la sensación de que éramos demasiado pocos y dóciles como para haber hecho las cosas que se han hecho en nombre de la geografía y que si nos restringiéramos suficientemente esto significaría mejor trabajo y nos liberaría de rencillas acerca de transgresiones.

De cualquier manera, el geógrafo americano ha fracasado en el intento de localizar un campo indisputado en el cual sólo geógrafos profesionales diplomados puedan encontrarse. Los sociólogos han estado pululando alrededor de todos los recintos de la ecología humana. Odum y sus asociados de North Carolina, han explorado con éxito las connotaciones de región y regionalismo. La geografía económica ha sido enfocada desde nuevos ángulos por economistas como Zimmermann y Mc Carty. El planeamiento territorial no puede ser reclamado ciertamente como la disciplina de los geógrafos, ni como una disciplina en ningún sentido, puesto que debe ser obviamente la resultante de una teoría específica. Estos años errantes no nos han conducido al deseado refugio. No encontraremos tampoco nuestro hogar intelectual en esta suerte de apartarse de nuestra herencia.

La geografía americana de hoy es, esencialmente, un producto nativo; predominantemente originado en el Oeste Medio, y que al dispensar una seria atención a los procesos culturales e históricos, refleja sólidamente su trasfondo. En el Oeste Medio las diferencias culturales originales se diluyen rápidamente en la forja de una civilización comercial basada en los grandes recursos naturales. Quizá en ningún otro lugar y en ninguna otra época, una

gran civilización ha sido conformada tan rápidamente, tan simplemente, y tan directamente a partir de la opulencia de la tierra y de las riquezas del subsuelo. Aparentemente aquí, si es que en algún lugar lo hizo, la lógica formal de costos y beneficios dominó un mundo económico en expansión racional y establemente. El crecimiento de la geografía americana se produjo, holgadamente, en un momento cuando parecía razonable concluir que bajo cualquier situación dada en un entorno natural había siempre una mejor y más económica expresión de uso, ajuste y respuesta. ¿Acaso no era el Corn Belt la expresión lógica de suelo y clima de las llanuras? ¿No mostraba Chicago, su capital, en el carácter y energía de su crecimiento, el destino inherente manifiesto en su posición en el extremo sur del Lago Michigan, hacia el margen Este de la llanura? ¿El verde mar de maíz que abrumó los pastos nativos de las praderas, no representaba acaso una realización ideal del uso más económico de un sitio cuando torció los canales de comunicación en pos del dinámico centro de Chicago? Aquí el crecimiento de centros de industria pesada, en puntos de encuentro de materia prima extremadamente económica, era una demostración casi matemática de la función tonelada-milla, convencionalizada, en tanto, en términos de estructuras tarifarias de flete.

Así también, en el dinamismo simple del Oeste Medio de principios del siglo XX, el complejo cálculo del crecimiento histórico (o las pérdidas) no parecía particularmente real ni importante. ¿Era ser muy realista, en vista de tan racional ajuste entre actividades y recursos, decir que cualquier sistema económico no consistía nada más que en el juego de opciones y costumbres de un grupo particular temporalmente equilibrado? En este breve momento de realizaciones y desahogo parece que debió haber una lógica estricta en la relación de sitio y satisfacción, algo aproximado a la validez del orden natural. ¿Recuerdan ustedes los estudios que relacionaban el uso de la tierra con sumas numéricas que expresan al entorno natural, que vinculaban la intensidad de la producción con la distancia al mercado, que planificaban el *mejor* uso futuro de la tierra y la *más* deseable distribución de la población? Aunque eran actores en las últimas escenas de una pieza que había comenzado a principios del siglo XIX eran totalmente

inconscientes de que formaban parte de un gran drama histórico. Llegaron a pensar que la geografía humana y la historia eran temas bastante diferentes y no diferentes enfoques del mismo problema: el problema del crecimiento y del cambio cultural.

Para quienes no compartían esa tesitura, los últimos veinte años de la geografía americana han sido poco alentadores. Quienes encontraron su trabajo en el terreno de la geografía física a menudo se han sentido, ellos mismos, apenas tolerados. Particularmente deprimente ha sido la tendencia a cuestionar, no la competencia, la originalidad o el significado de la investigación que se nos ha ofrecido sino la admisibilidad del trabajo en tanto pudiera o no satisfacer una estrecha definición de geografía. Cuando un tema es manejado sin espíritu indagativo sino por la definición de sus límites, es muy probable que enfrente su extinción. Por este camino se va a la muerte del aprendizaje. Tal ha sido la prolongada enfermedad de la geografía académica americana, esa pedantería, que es lógica combinada con falta de curiosidad, que ha tratado de librarse de aquellos miembros que no se han conformado con las definiciones prevalecientes. Una ciencia sana está comprometida con el descubrimiento, la verificación, la comparación y la generalización. Su temática será determinada por su competencia en materia de descubrimiento y organización. Solamente si alcanzamos ese día en que nos reunamos para sentarnos hasta altas horas de la noche comparando nuestros descubrimientos y discutiendo todo su significado nos habremos recobrado de la anemia perniciosa de la pregunta: ¿pero esto es geografía?

Un trípode para la geografía

El asunto de hacerse geógrafo es un trabajo que dura una vida de aprendizaje. Podemos enseñar algunas prácticas tales como la de hacer mapas de varias clases pero, principalmente durante el período de instrucción, lo mejor que podemos hacer es abrir las puertas al estudioso.

1) Una de éstas, que no se encuentra suficientemente abierta de par en par es la de la historia de la geografía. Hay una herencia intelectual disponible grande y hermosa que no consiste sim-

plemente en el estudio de nuestro tema tal como ha sido conformado en los diversos períodos de su historia, aunque ello no deje de ser bastante estimulante. Es probable que nadie lamente alcanzar cierta familiaridad con el pensamiento griego en geografía como una base para su propia formación. Pero lo que tiene un valor especial en el desarrollo del estudioso, es el estudio de primera mano de las grandes y geniales figuras individuales de nuestro pasado. Difícilmente puede un estudioso sumergirse en un período, siguiendo la historia intelectual —pongamos por caso— de un Humboldt o un Ritter, sin ver qué amplios horizontes se abren frente a él. Esto, sin embargo, implica aprender a conocer estos hombres a través de la totalidad de su producción y no a través de la crítica de un tercero. Un buen conocimiento del trabajo de uno o más de nuestras mayores personalidades es muy importante como manera de introducirse en la geografía.

La lista de éstas variará con la opinión individual. Yo quisiera, sin embargo, encomendar un lugar en esta biblioteca de clásicos para Eduardo Hahn, tanto como para Ratzel. Ratzel es más conocido entre nosotros y esto mayormente de segunda mano por el primer tomo de su *Anthropogeographie*. Hay mucho más en el Ratzel desconocido que el publicitado. Hahn es nuestro clásico olvidado. Desde el punto de vista que deseo desarrollar en los próximos parágrafos es quizá la persona más importante en nuestra historia. A esta altura me limitaré a someter simplemente la opinión que Hahn tuvo de convertir la geografía económica en una ciencia histórica, lo cual abrió un panorama inimaginado sobre el origen y la dispersión de culturas, así como incursionó profundamente, y por primera vez, en el concepto de región económica. Por Inglaterra me gustaría nombrar a Vaughan Cornish y por este país a George Marsh, como acreedores de una encuesta exhaustiva de su biografía. La media docena de nombres ofrecidos proveerán, en sí mismos, una educación geográfica verdaderamente liberal [1] supuesto que cada uno sea tomado como una totalidad y no desnaturalizado en términos de opiniones prejuiciadas como las de si es o no geográfico.

2) La geografía americana no se puede disociar de los grandes campos de la geografía física. Las maneras en que Davis, Sa-

lisbury y Tarr tan claramente lo destacaron no deben ser abandonadas. Un geógrafo, permítaseme decir, puede muy bien ser un estudioso de fenómenos físicos sin ocuparse del hombre, pero un geógrafo humano tiene sólo una competencia limitada si no puede observar —tanto como interpretar— la información física que está involucrada en sus estudios de las economías humanas. Es un hecho desconcertante que los ambientalistas americanos redujeran la atención a la superficie y a los suelos, al clima y a la meteorología en términos de lo más inadecuados, mientras que quienes ven en la geografía algo más que la relación del hombre con el medio, han continuado sosteniendo la encuesta de estas observaciones físicas. Por lo demás, la climatología, la ecología, y la geomorfología sirven propósitos metodológicos importantes como disciplinas de observación cuyas técnicas pueden ser aplicadas a geografía humana.

3) Finalmente, el geógrafo humano debería estar bien equipado con las disciplinas hermanas de la antropología. Ratzel elaboró el estudio de las difusiones culturales que ha resultado básico en antropología, tanto como medio de observación o como teoría. Este es esencialmente un método gráfico. Su influencia puede ser rastreada como un tema dominante en la antropología durante los últimos cincuenta años, junto con la preocupación corriente por la *Kulturkreis* [2] y "área de cultura" como conceptos. La geografía sueca adquiere parte de su fuerza de una asociación formal con la antropología en la sociedad nacional conjunta. En Inglaterra la influencia de Fleure y de Sir Cyril Fox se verifica en el deslinde entre ambas disciplinas demostrando la activa generación de geógrafos en ese país.

Metodológicamente la antropología es la más avanzada de las ciencias sociales y uno de sus mejores métodos desarrollados es el de la distribución geográfica. El ensayo de Sten De Geer sobre la naturaleza de la geografía es, de hecho, la exposición de un método de uso continuo en antropología. Las formas de cultura material con las que se maneja el antropólogo son idénticas a las de la geografía humana. Sus observaciones de rasgos culturales, su síntesis de éstos en complejos o áreas culturales son, o deberían

sernos, enteramente familiares. El uso que hace de los casos, las discontinuidades, las pérdidas y los orígenes de los rasgos culturales en términos de su localización como diagnóstico de lo que sucedió a una cultura es en realidad un modo geográfico de analizar los extremos genéticos. Precisamente, es el mismo método de inferir movimiento cultural en base a las distribuciones que Augusto Meitzen introdujo en la geografía histórica continental hace muchos años. También es usado en fito y zoogeografía para rastrear procesos de dispersión, de retracción y de diferenciación.

El método geográfico: la localización terrestre

La forma ideal de la descripción geográfica es el mapa. Todo lo que tenga una distribución desigual sobre la tierra en cualquier momento dado puede ser expresado por el mapa como una pauta de unidades en el caso espacial. En este sentido la descripción geográfica puede ser aplicada a un número ilimitado de fenómenos. Así pues hay una geografía de cada enfermedad, de dialectos e idiomas, de quiebras bancarias y quizá hasta de genios. Que tal forma de descripción sea usada para tantas cosas indica que provee un medio diferenciado de inspección. El espaciamiento de los fenómenos sobre la tierra expresa el problema geográfico general de la distribución, que nos lleva a preguntar acerca del sentido de presencia o ausencia, compactación o raleo de cualquier cosa o grupo de cosas variables en relación con la extensión areal. En este sentido, absolutamente inclusivo, el método geográfico está comprometido con el examen de la localización de cualquier fenómeno sobre la tierra. Los alemanes han llamado a esto el *Standortsproblem* —el problema de la posición terrestre— y representa la expresión más general y más abstracta de nuestra tarea. Nadie ha escrito todavía esta filosofía de la localización geográfica, pero todos sabemos que esto es lo que da sentido a nuestra tarea, que nuestro único problema general es el de diferenciar cualidades del espacio terrestre. ¿Podría uno aventurar la manifestación de que en su más ancho sentido al método geográfico le incumbe la distancia terrestre? No estamos interesados en el hombre económico, ni en la familia, la sociedad o la econo-

mía, sino en la comparación de pautas localizadas o diferenciaciones areales.

El contenido de la geografía humana

La geografía humana, luego, a diferencia de la psicología y de la historia, es una ciencia que no tiene nada que ver con individuos sino solamente con instituciones humanas o culturas. Puede ser definida como el problema del *Standort* o la localización de los géneros de vida. Existen por tanto, dos enfoques metodológicos, uno por medio del estudio de la extensión areal de los rasgos culturales individuales y otro mediante la determinación de complejos culturales como áreas. El último es el objetivo general de estos geógrafos continentales que hablan de *genre de vie* y de los ingleses que últimamente están usando el término *personalidad* como aplicable a la tierra y a su gente. Mucha de esta especie de indagación está confinada, por lo menos por ahora, más allá de cualquier medio sistemático de desarrollo.

Disponemos, sin embargo, de una restricción útil al complejo de cultura material que se expresa en el *paisaje cultural*. Esta es la versión geográfica de la economía del grupo autoabasteciéndose de alimento, abrigo, mobiliario, herramientas y transporte. Las expresiones geográficamente específicas son las praderas, los bosques y las minas; la tierra productiva por una parte y los caminos y estructuras por la otra; los hogares, talleres y almacenes, para usar los términos más genéricos (introducidos por Bruhnes y Cornish). Aunque yo no insistiría en que estos términos incluyen a toda la geografía humana, cuando menos son el núcleo de las cosas que sabemos cómo enfocar sistemáticamente.

La naturaleza histórica de la cultura

Si es que estamos de acuerdo en que la geografía humana se interesa en la diferenciación areal de las actividades humanas, inmediatamente nos enfrentaremos con las dificultades del ambientalismo. La respuesta ambiental consiste en la conducta de un

cierto grupo sometido a un determinado medio. Tal conducta no depende de estímulos físicos, ni en una necesidad lógica, sino en hábitos adquiridos que constituyen su cultura. El grupo, en cualquier momento, ejercita ciertas opciones, como conducirse según actitudes y habilidades que ha aprendido. Una respuesta ambiental, por tanto, no es más que una opción específicamente cultural con relación al habitat en un momento concreto. Si pudiéramos redefinir la vieja definición de la relación del hombre con su medio como la relación entre hábito y habitat, está claro que el habitat se revaloriza y reinterpreta con cada cambio en los hábitos. Hábito o cultura implica actitudes y preferencias que han sido inventadas o adquiridas. No hay una respuesta ambiental general en el uso de sombreros de paja. En Chicago pueden pertenecer al guadarropas de verano de un hombre bien vestido. En México constituyen la prenda distintiva del peón en toda época del año, mientras los indios no usan sombrero de ninguna clase. Como cualquier otro rasgo cultural, el sombrero de paja depende de la aceptación de una idea o moda por un grupo, lo que puede ser suprimido o sustituido por otro hábito. La concepción de la ciencia que Montesquieu, Herder y Buckle anticiparon falló porque sabemos que las leyes de la naturaleza no son aplicables a los grupos sociales como creía el racionalismo del siglo XVIII, o el determinismo geográfico en el XIX. Hemos llegado a aprender que el medio es un término de apreciación cultural que es en sí un *valor* en la historia de la cultura.

También sabemos que el habitat debe ser referido al hábito, que el hábito es el aprendizaje activado común a un grupo y que puede ser sometido indefinidamente a cambios. La tarea integral de la geografía humana, por lo tanto, es nada menos que el estudio comparativo de culturas localizadas arealmente, incluyamos o no el contenido descriptivo del paisaje cultural. Pero la cultura es la docta y convencionalizada actividad de un grupo que ocupa un área. Un rasgo o un complejo cultural se origina en un cierto momento en un lugar concreto. Consigue ser aceptado, o sea, es aprendido por un grupo, comunicado hacia el exterior o difundido hasta que encuentra resistencia suficiente por parte de condiciones físicas inapropiadas, de rasgos alternativos o de disparidades de

nivel cultural. Estos son procesos que involucran cierto tiempo y no simplemente un lapso cronológico sino especialmente aquellos momentos de la historia de la cultura cuando un grupo posee la energía inventiva o la receptividad para adquirir nuevas formas.

La geografía humana como geografía histórica cultural

El área cultural, en tanto consiste en una comunidad con un estilo de vida, es una acrecencia en un "suelo" determinado u hogar, una expresión histórica o geográfica. Su modo de vivir, su economía o *Wirtschaft*, es su forma de maximizar las satisfacciones que persigue y también la de minimizar los esfuerzos que hace. Quizá sea eso lo que significa adaptación al medio. En términos de su conocimiento, en ese momento el grupo hace uso apropiado e intenso de su sitio. No obstante, estas necesidades y esfuerzos no hay que pensarlos necesariamente en términos monetarios, o energéticos, como si fueran unidades de trabajo realizado. Yo me animaría a decir que cada grupo de hombres ha construido sus habitaciones en el lugar que para ellos ha sido el más conveniente. Empero, para nosotros (esto es, para nuestra cultura) muchos de estos sitios parecen extrañamente elegidos. Por lo tanto, como una precaución, cada cultura o hábito debe ser estimado en términos de su propio aprendizaje y también el hábitat debe ser visto en términos del grupo ocupante. Ambos requerimientos implican una severa carga para nuestra habilidad como intérpretes.

Cada paisaje humano, cada morada en cualquier momento, es una acumulación de experiencia práctica y de lo que Pareto estaba feliz en llamar residuos. El geógrafo no puede estudiar casas y ciudades, campos y fábricas, como tal, sin preguntarse a sí mismo por sus orígenes. No puede tratar la localización de las actividades sin conocer el funcionamiento de la cultura, el proceso de vida conjunta del grupo y no puede hacer esto excepto mediante la reconstrucción histórica. Si el objeto es entender y definir las asociaciones humanas como acrecimientos areales, debemos averiguar cómo ellas y sus distribuciones (instalaciones) y sus actividades (uso de la tierra) llegaron a ser lo que son. Los modos

de vivir y de ganarse el sustento de su tierra implican conocer tanto los caminos (rasgos culturales) que han descubierto por sí solos, tanto como los que han adquirido de otros grupos. Semejante estudio de áreas culturales es geografía histórica. La cualidad de comprensión buscada es la del análisis de los orígenes y de los procesos. El objetivo integral es la diferenciación espacial de culturas. Tratando del hombre y siendo genético en su análisis, el tema está necesariamente implicado en secuencias temporales.

Lo retrospectivo y lo prospectivo son extremos diferentes de la misma secuencia. El presente es, por tanto, sólo un punto en una línea cuyo desarrollo puede ser reconstruido desde sus comienzos y la proyección del cual puede ser encarada en el futuro. Lo retrospectivo está vinculado a los orígenes, pero no con espíritu de anticuario. Tampoco tengo simpatía por la visión timorata de que el científico social no debe aventurarse a predecir. El conocimiento de los procesos humanos es alcanzable sólo si la situación corriente es abarcada como un punto móvil, un momento, en una acción que tiene principio y fin. Esto no implica compromiso acerca de la forma de la línea, o sobre si tiene cualidades cíclicas o no exhibe regularidad, pero protege contra el énfasis exagerado de la importancia de la situación actual. La única ventaja cierta de estudiar la escena presente es la que resulta enteramente accesible a la inspección. Sin embargo, fuera de la información contemporánea no es posible hallar en sí mismos los medios para seleccionar cuál es el diagnóstico de procesos importantes y cuál no. Me inclino a decir que geográficamente los eventos mayormente importantes de los tiempos que he vivido han sido los asentamientos en las más remotas tierras de la pradera [3] y el advenimiento del Ford modelo "T"; el primero un final, el segundo un comienzo de una serie de procesos culturales. Mientras tanto ¿cuán bien hemos escogido estos procesos críticos en el momento de su verificación, y los hemos vinculado con los cambios derivados de ellos mismos, nosotros, los que tenemos por tarea hacerlo? ¿Y por qué los perdimos sino a causa de que estábamos desacostumbrados a pensar en términos de procesos?

La geografía histórica exige especialización regional

La reconstrucción de áreas de culturas pretéritas es una tarea lenta de detective, para recoger evidencias y entretejerlas juntas. El historiador narrativo puede aceptar cualquier cosa que venga del pasado como si fuera agua para su molino, pero el historiador de culturas no podría hacerlo y, a esta altura, quiero recordar que la geografía histórica es una parte de la historia de las culturas. Nuestra obligación es espigar información clasificada en economía y habitación de forma que puedan cubrirse brechas temporales o espaciales válidamente. Tomemos, por ejemplo, la reconstrucción de México en el momento de la conquista hispánica. Aquí necesitamos saber todo lo bien que sea posible, cómo era la distribución de la población, los centros urbanos, los tipos de agricultura, las fuentes de piedra y metal, la provisión de materiales vegetales y animales de tierras incultas y las líneas de comunicación a principios del siglo XVI. Los autores tempranos que hicieron un cuadro de las condiciones precolombinas como opuestas a las hispánicas, tales como la famosa Monarquía Indiana de Torquemada, desgraciadamente hicieron manifestaciones generales antes que localizadas, o bien tomaron la situación que era real en cierto lugar y la aplicaron como si fuese general. Uno no puede confiar, por eso mismo, en relatos que estaba previsto que fuesen sinópticos sino que es preciso volverse hacia los registros menores que dan datos locales. La reconstrucción de los paisajes culturales críticos del pasado implica: a) el conocimiento del funcionamiento de una cultura dada como un todo; b) un control de todas las evidencias contemporáneas que pueden ser de varias clases y c) la más íntima familiaridad con el terreno que ocupó la cultura que se trate.

El geógrafo histórico debe ser por consiguiente un especialista regional puesto que no sólo conoce la región como se presenta hoy sino que conoce sus lineamientos tan bien que puede encontrarlos en las trazas del pasado, y debe conocer sus cualidades tan bien que es capaz de verlas como si fuera bajo circunstancias pretéritas. Uno diría que necesita la habilidad de ver la tierra con los ojos de sus anteriores ocupantes, desde el punto de vista de sus necesi-

dades y aptitudes. Esta es casi la tarea más difícil en geografía humana: evaluar sitio y situación no desde el ángulo de un norteamericano educado de hoy sino ubicarse, uno mismo, en la posición de un miembro del grupo cultural y en el tiempo que se estudia. Empero, es una experiencia gratificante saber que uno ha logrado penetrar una cultura que difiere de la nuestra, tanto en el tiempo como en su contenido.

Tal trabajo, obviamente, no puede hacerse por muestreos amplios sino que debe requerir toda una vida aprendiendo un contexto mayor de naturaleza y cultura. Uno puede extender, de esta manera, su aprendizaje por fuera de los límites de un área cultural y explorar los contrastes del otro lado de la línea que sirve de límite. O bien, uno puede hacer excursiones a áreas caracterizadas por importantes cualidades afines. Pero siempre deberá existir la base del área para la cual el observador hace de sí mismo un experto. El geógrafo humano no puede ser un turista a escala mundial mudando de pueblo en pueblo y de lugar en lugar; sabiendo de una manera casual y dudosa cosas sobre cualquiera de ellas. Tengo mis dudas de que un geógrafo humano pueda ser una autoridad continental. ¿No deberíamos, acaso, librarnos del hábito de escribir libros de texto regionales acerca de áreas que no conocemos, con materiales copiados de fuentes secundarias que somos incapaces de evaluar? Ni mil estudios —por llamarlos de alguna manera— de esa clase, que individualmente son registros cuasi fotográficos de ciertos sectores de la Tierra, es probable que agreguen nada realmente significativo. Reconocemos que algunos de nosotros tengamos pericia en geografía física pero ¿tenemos algo de esta suerte en geografía humana? Y si este no es el caso: ¿no será que obedezca a la dificultad de habernos ocupado de formas de presentación no genéticas en vez de haberlo hecho por medio de observación intensa y analítica? Tenemos una nutrida compañía de Ph.D.[4], debidamente entrenados en geografía humana, enseñando en cientos de clases a miles de alumnos, pero ¡qué poco están agregando a la substancia de la ciencia que representan!

Estudios histórico-regionales de la manera indicada se encuentran en la mejor y más antigua tradición. Cluverius en el siglo XVII hizo algunas extraordinariamente agudas reconstrucciones de

la antigua Germania e Italia, uniendo expertamente el conocimiento de los clásicos con el conocimiento de la tierra. El ensayo sobre Nueva España de Humboldt es todavía el clásico de la geografía histórica de México. El estímulo de Humboldt y de Ritter fue señalado en todo el trabajo de Meitzen a mediados del siglo XIX como una adecuada disciplina del estudio histórico-geográfico. El enfoque de Meitzen afectó a toda la geografía continental enormemente. La especialización histórico-regional está bien expresada en el gran repositorio de la *Forschungen zur Deutschen Landes und Volkskunde* [5]. La influencia de Fleure y de Miss Taylor se hace evidente en los estudios de los geógrafos ingleses más jóvenes. Ya es tiempo que, en este país, tomemos conciencia activa de esto, que es la gran tradición en geografía humana.

La naturaleza del área cultural

En todos los estudios regionales —y aquí equiparamos geografía regional y geografía histórica— hay un problema serio en la definición del término *área*. Ha habido tanta discusión interminable sobre el término *región* o *área* que, aparentemente, ninguna definición es suficiente.

Más comúnmente se ha intentado arrancar de *áreas naturales*. Sin embargo es azaroso saber qué es lo que constituye un área natural, a menos que sea una isla, porque los climas, el relieve y los suelos suelen combinarse de innumerables maneras. De ahí la preferencia por los estudios de islas y áreas que simulan condiciones insulares en lo neto de su perímetro. Si podemos ponernos de acuerdo en qué es una región natural, todavía nos queda el problema que nos presenta el hecho de que las unidades culturales probablemente se solapan en las zonas limítrofes de los contrastes físicos. Los lindes antes que centros de regiones físicas suelen ser centros de áreas culturales.

A menudo empleamos el término *región natural* para designar cualquier división areal de simples cualidades de habitat que pueden facilitar el estudio reduciendo la complejidad. De una manera bastante subjetiva solemos indicar que la región *natural* A está hecha de tierra forestal de coníferas, que la región B está caracte-

rizada por un determinado clima, que la región C es una tierra de montañas, que la región D es un territorio de carbón y de petróleo. Consistentemente mezclamos términos al designar regiones naturales, seleccionando una mayor calidad de habitat para cada uno. Por esa razón somos proclives a escamotear, antes que responder, frente al dilema del área llamándola unidad natural.

En geografía humana estamos especialmente interesados en la connotación del área cultural. La unidad de observación debe ser definida, por tanto, como el área sobre la cual domina una forma de vida funcionalmente coherente. La más satisfactoria ilustración que tenemos para computar está en las regiones económicas básicas del mundo según Eduard Hahn. Empero, nos hallamos todavía muy lejos de saber cómo determinar un área cultural más allá de decir que tiene estrecha interdependencia de vida. Sin embargo, tenemos una tarea más simple que la del antropólogo en sus áreas, total e inclusivamente culturales, aunque quizá también al final debamos construir nuestras áreas buscando un acuerdo suficiente de rasgos comunes. Un área cultural, de un orden dado, puede ser reconocida por el predominio de un complejo económico único. Un área cultural, de orden superior, puede ser determinada por la interdependencia de un grupo de economías areales. Los rasgos de los modos de subsistencia son las cosas que más importancia tiene observar. Hasta que no sepamos mucho más de ellos no necesitaremos preocuparnos demasiado con otros aspectos cualitativos de las culturas.

Las áreas económicas rara vez tienen fronteras fijas o marcadas. Históricamente suelen experimentar traslados de centros, alteraciones en la periferia y cambios de estructura. Se caracterizan por ganar o perder territorio y a menudo también por la movilidad de sus centros de predominio. Hay campos de energía dentro de los cuales los cambios en dinamismo muestran, a menudo, desvíos de dirección característicos. También es posible concebir un área cultural que, en el curso del tiempo, se aparte completamente de una localización inicial y sin embargo mantenga continuidad orgánica.

A nosotros nos interesa el origen de un sistema cultural como lugar de nacimiento. Este tema podríamos llamarlo del hogar de

la cultura, o la encuesta por la localización de los orígenes culturales. La formulación clásica del problema todavía consiste en los lugares de origen de los sistemas agrícolas. Luego, nos concierne la energía que una cultura creciente exhibe, la modalidad y la intensidad con la que ocupa la tierra, incluyendo la naturaleza de las fronteras flexibles. Después nos interesa la manera en que se estabiliza un área cultural frente a otra. Finalmente, están los problemas de declinación o colapso y el de las culturas logradas. Ejemplos de todas estas cuestiones son bien conocidos por la ecología vegetal cuando estudia las sociedades de plantas.

La relevancia de todo tiempo humano

Ahora debo registrar una queja contra esa visión de la geografía que la considera como exclusiva y peculiarmente preocupada con las economías o culturas presentes. Una de las cuestiones fundamentales en todo estudio social es cómo llevar la cuenta de los altibajos de las instituciones y de las civilizaciones. El nacimiento y muerte de un gran estado o cultura siempre apelará a la atención de los estudiosos de civilizaciones. Uno no es menos geógrafo si está comprometido con el estudio del surgimiento y paso de una cultura que se remonta atrás, en el amanecer de la historia, que si se ocupa del crecimiento del Chicago industrial. Debe haber cosas tan importantes para aprender sobre geografía humana en la arqueología del Delta del Missisippi como en las plantaciones de caña de azúcar. Cualquier tópico de las ciencias sociales es importante, no en razón de su fecha sino a la luz que arroja sobre la naturaleza de los orígenes y cambios culturales. Esta aserción es básica para la posición que sostengo aquí. Si es correcta, todo tiempo humano está involucrado en la materia y cualquier predilección, por considerar el presente como intrínsecamente más importante, pierde de vista la meta expresa de la geografía humana como ciencia genética.

Ora aquí, ora allá, los geógrafos se han ocupado de instalaciones y culturas prehistóricas. En Louisiana, Kniffen y Ford están proporcionando una buena ilustración de lo que debe entenderse por un estudio arqueo-geográfico. Por cierto que hay una

dimensión específicamente geográfica para la arqueología: la de la distribución completa de las trazas de una cultura, como para poder, en base de ella, reconstruir su pauta demográfica y su geografía económica. Aún en nuestra área mejor conocida, la de la cultura Pueblo, este enfoque ha sido aplicado sólo una vez por Colton y sus asociados en el Museo Flagstaff, enfoque que me place recomendar como un modelo de buen oficio. La geografía inglesa, hoy día, está en deuda con Fleure quien se ocupó principalmente con los más lejanos corredores del tiempo. En esta materia apenas hay cuestión de continuidad con el área de la cultura presente, sin un enfoque del problema general de la especialización y viabilidad de la cultura. Para alguno de nosotros, al menos la geografía del *Basketmaker Man*[6] o la del *Bell-Beaker Folk*[7] es tan reveladora y absorbente como cualquiera otra del mundo actual. Aquellos que somos completamente geógrafos históricos estamos interesados en los orígenes humanos y en los cambios a lo largo de todo el tiempo humano. Que nadie piense, por eso mismo, que estamos en algún sentido alejándonos del tema central cuando trabajamos en los más apartados confines del tiempo, con la infancia de nuestra raza. Más bien, creemos que el geógrafo humano cuando trabaja en la dimensión temporal reducida de la escena contemporánea, se halla atrapado por una obsesión peculiar.

El archivo en geografía histórica

El primer paso en la reconstrucción de las etapas pretéritas de un área cultural es lograr cierta destreza en el conocimiento y manejo de los documentos escritos. El descubrimiento de mapas contemporáneos es lo que primero se desea pero lo que rara vez se alcanza. Sin embargo, es poco lo que hemos explotado las posibilidades documentales en los Estados Unidos de antiguos relevamientos, así como de anotaciones acerca del carácter de la vegetación y de los adelantos en el período inicial de la instalación. Hay un buen volumen de valioso material en las oficinas de catastro y en los más viejos registros de concesiones de tierras que dan pantallazos sobre el paisaje pionero. Los datos de hechos, localizados con precisión, de enumeraciones de personas y de bienes, de títulos de pro-

piedad, impuestos, y producción, yacen abandonados en varios archivos esperando que alguien los utilice. Tesoros de tal tipo ponen en aprietos a un investigador en los viejos registros españoles de Nueva España, desde libros parroquiales hasta informes resumidos que eran enviados al Rey en España. Existen diarios y narraciones de exploraciones iniciales, las *visitas* [8] hechas por los oficiales inspectores que informaban en detalle sobre la condición del país, cartas de misioneros, las llamadas relaciones geográficas ordenadas para toda Hispanoamérica durante varias veces en el siglo XVI y XVIII, constancias de pagos de impuestos y tributos, datos sobre minas, salinas y caminos. Quizá ninguna otra parte del Nuevo Mundo ha elaborado una documentación sobre instalaciones, producción, y vida económica de cada lugar, como las colonias hispánicas, y ciertamente es un área excepcional cuyas fuentes documentales no cesarán de rendir testimonio de una gran parte de la información necesaria para reconstruir la pauta geográfica de la vida a través de etapas sucesivas de su historia. La familiaridad con tales registros, no obstante, toma mucho tiempo y requiere mucha búsqueda.

Trabajo de campo en geografía histórica

Que a nadie se le ocurra que la geografía histórica puede estar contenida en lo que se encuentra en un archivo o en una biblioteca porque, además, exige un trabajo de campo de precisión. Una de las primeras cosas es aprender a leer los documentos en el terreno. Llevad al terreno, por ejemplo, un relato sobre un área escrito hace mucho tiempo y comparad los lugares y sus actividades con el presente, mirando dónde estaban las habitaciones y por dónde corrían las líneas de comunicación, dónde estaban los bosques y dónde los cultivos, logrando descubrir gradualmente un cuadro del paisaje cultural anterior disimulado detrás del actual. Así es que uno cobra conciencia de la naturaleza y de la dirección de los cambios que han tenido lugar. Las preguntas empiezan a tomar forma acerca de lo que ha sucedido a determinados entes del lugar. Constituye un verdadero descubrimiento tomar antiguos documentos, llevarlos al terreno y re-ubicar lugares olvidados, para ver

dónde lo silvestre ocupa lugares otrora vitales, para tomar nota de las migraciones internas o del cambio de lugar de las bases productivas. En tal estudio llega un momento en que el cuadro comienza a acomodarse y uno alcanza el instante dramático en que el pasado aparece claro, y se comprenden los contrastes con el presente. Esto, lo pongo a consideración, es geografía humana genética.

Esto implica a menudo un trabajo físico duro y difícil, porque hay huellas que deben ser seguidas si uno quiere obtener respuestas. Uno debe transitar por el terreno de una actividad anterior, no importa como sea su accesibilidad actual o las facilidades que ofrece, o la falta de confort y de salud para el estudioso. No es cuestión de aprender a conocer un país mediante modernos medios de transporte. La geografía histórica podría decirse que nos extorsiona con la intimidad de los lugares fuera de camino, una imposición que la geografía económica moderna no hace. Esta suerte de encuesta demanda que el estudioso en el terreno vaya a donde la evidencia requiere que vaya. De allí la importancia de esos breves y precarios años jóvenes cuando uno es físicamente capaz de seguir las claves a través de un área elegida. Hay muy pocas temporadas disponibles. En el mejor de los casos, cuando los días de inferioridad física llegan al investigador, deseará haber pasado más tiempo en el terreno, y más a menudo, para asegurarse de las observaciones que necesita.

Los primeros objetivos del trabajo de campo histórico son valorizar el habitat en términos del habitat precedente y re-ubicar la pauta de actividad anterior de la manera que se indica en el registro documental. A esto se agregan luego tareas más específicas de observación en el terreno. La principal de estas puede llamarse la localización de fósiles y relictos culturales.

Los relictos culturales son instituciones sobrevivientes que conservan condiciones otrora dominantes aunque hoy hayan perdido vigencia. Son ilustraciones familiares de esto: 1) tipos de estructura, 2) planos de aldeas, y 3) pautas de campos subsistentes desde tiempos pretéritos. Cualquier estudioso de geografía europea sabe de que manera los tipos de casas, los planos de los asentamientos, el sistema de campos, han suministrado conocimiento so-

bre la dispersión de formas de instalación, a menudo cuando y donde los registros escritos permanecen mudos. Scofield, Kniffen y Schott han mostrado bien cómo pueden utilizarse tales datos en esta parte del mundo. 4) Algunos de nosotros hemos estado empeñados en trazar la distribución de variedades de cultivos nativos como indicadores de difusiones culturales. Un trabajo similar queda por hacerse con plantas y animales del Viejo Mundo para poder trazar las rutas de su diseminación. 5) Muy poco se ha hecho en el estudio de antiguas formas de producción vegetal y animal. Carecemos de encuestas sobre cultivos a azada o agricultura *milpa* [9], de antiguos rasgos de agricultura entre bosques todavía subsistente entre nosotros, de los antiguos elementos de nuestra cría de ganado, de las funciones históricas del granero, de los tipos de diferentes agriculturas inmigrantes. Tales estudios-tipo, registrando con detalle fiel el calendario anual de las antiguas comunidades agrícolas, sería de gran valor, especialmente si pueden ser realizados de manera que exhiban cuáles han sido las modificaciones que han venido con el tiempo. 6) De igual modo, todavía hay formas arcaicas de lavaderos de oro, minería subterránea o abierta y 7) viejos métodos de desmonte y de aserrado. Arcaísmos tales ayudan a comprender procesos anteriores que son operativos para localizar asentamientos y utilización de recursos que deben ser registrados mientras todavía existen. 8) Los anticuados molinos de agua a tracción animal y 9) la supervivencia de antiguos medios de transporte por agua y por tierra son otras instancias del caso.

Puede objetarse tal vez que tales encuestas son tecnológicas y no geográficas. Empero, cualquier actividad organizada es una técnica que ha sido aprendida y desarrollada por un grupo o una comunidad, sin entender las cuales el geógrafo no puede interpretar la ocupación productiva de su área. Si no existe tal cosa como la adaptación directa en geografía humana, no puede haber tampoco geografía humana que no se interese en comunidades en tanto asociaciones de técnicas. El geógrafo de terreno debe luego observar la expresión de tales técnicas en los objetivos culturales de un grupo ocupando un sitio dado, y el geógrafo histórico debe recuperar las viejas técnicas supérstites que explican formas dominantes más viejas de la ocupación de la tierra.

No obstante, el geógrafo como investigador de campo tiene la oportunidad de hacer observaciones sobre cómo las culturas materiales consiguieron lo que otros estudiosos de las ciencias sociales probablemente no aseguran, a causa, principalmente, de que no están acostumbrados a las observaciones hechas en el terreno. Ni siquiera los antropólogos dan importancia a la economía elemental de sus pueblos primitivos en el sentido que podría esperarse de un geógrafo que observase el mismo pueblo. Es difícil imaginar un geógrafo humano que carezca de pericia en los procesos de obtener el sustento. Si las tropas de ganado son un fenómeno geográfico, también lo son los trenes de carga que transportan animales; los lugares donde se alimentan los animales implican un conocimiento del forraje del cual dependen; luego, ¿por qué no también la utilidad del animal en lo que se refiere a la distancia que puede cubrir y la carga que puede llevar, y el proceso total de cargar y conducir? Yo no estaría interesado en geografía histórica o en geografía humana excepto como ayuda para comprender la diferenciación de las culturas, y no puedo conseguir una comprensión de esta suerte a menos que aprenda las maneras y medios que han usado los hombres para sustentarse en sus tierras primitivas.

Serán consideradas formas fósiles aquellas que ya no funcionan pero que todavía existen, aunque sean obsoletas o estén en ruinas. El trabajo de campo es importante para las ruinas, porque en algunos casos mostrará la localización de asentamientos que han fracasado. Existen ruinas directas de viviendas que suministran claves acerca de cómo vivió la gente alguna vez allí, desde lugares de fogones del hombre primitivo a granjas abandonadas. Hay también curiosas y persistentes alteraciones de suelos donde una vez hubo un fogón, o donde era echada la basura de un asentamiento, a menudo expresada por una vegetación característicamente diferente. Están también las plantas que se han escapado, por así decir, del recinto doméstico y que se han propagado por sí solas indefinidamente en su vecindad, tales como las matas de lilas del noreste, la rosa Cherokee del sudeste, la granada y el membrillo en tierras hispanoamericanas. Hay ruinas de usos de la tierra en campos abandonados que pueden ser identificados entre cultivos prehistóricos y el auge de la agricultura de hace dos décadas. La

evidencia puede estar en una peculiar sucesión de plantas, en cambios en el suelo y hasta en antiguos surcos. En el viejo Sud, es bien conocido que los límites exactos de los viejos campos pueden ser determinados por la ubicación de antiguos pinares y el tiempo aproximado en que han estado abandonados por la edad de los árboles.

Tenemos líneas menores de trabajo de campo histórico tales como la toponimia que tiene connotaciones de los viejos tiempos, las costumbres del pueblo y los giros dialectales que revelan tradiciones de épocas cuando la tradición era una parte viva de la economía, los recursos que todavía memoran los más ancianos miembros del grupo. Las curiosidades que uno descubre de esta forma viviendo con la gente no son pocas y ocasionalmente aparece un rumbo que es extraordinariamente revelador. Al respecto puedo referir que Eduard Hahn sacó orientaciones importantes de la consideración de aparentes bagatelas acerca de la alimentación y bebida en Europa, especialmente de manierismos cuyos vestigios nadie había considerado antes que él.

En toda geografía histórica el trabajo de campo exige una observación aguda, un espíritu constantemente alerta a las claves y una flexibilidad especial en la formulación de hipótesis. No es por cierto tan confortablemente rutinario como el mapear el uso contemporáneo de la tierra.

Existe apremio en tales observaciones de terreno. Año a año la escoba de la industria y del comercio modernos barre más exhaustivamente todo lo que es viejo. Las tradiciones mueren con los ancianos; los documentos se destruyen; la intemperie, las tormentas, las inundaciones borran los testimonios físicos; la ciencia y la standardización del mercado destruye viejos cultivos. Ahora es el momento mejor para el estudioso y para los testimonios, antes de que los años invaliden a ambos.

De esta manera una ciencia de la geografía regional comparada puede prosperar entre nosotros evitando las siguientes falacias: 1) que la geografía tiene sustancia como una ciencia de la actividad contemporánea, 2) que la geografía histórica puede hacerse sumando, al trabajo del historiador, los datos faltantes que conciernen al entorno o medio, 3) que la geografía histórica

es sólo trabajo de biblioteca, 5) que los estudios descriptivos realizados sin referencia a los procesos —por ejemplo: génesis y función— pueden asimilarse a una ciencia física o social, 6) que la geografía puede tratar de relaciones de cultura y de sitio sin necesidad de tener que comprender la naturaleza del proceso cultural, su crecimiento y su diferenciación, y 7) que existe algún modo de compensar la falta de curiosidad y los estragos del conocimiento mediante artificios de estilo y organización.

Algunos temas en geografía histórica

Se sugiere un cierto número de problemas generales como la clase de conocimiento que deberíamos hacer adelantar:

1) *Ciertos procesos de geografía física que involucran el cambio secular pueden afectar al hombre.* a) El más importante es el problema de los cambios o ciclos climáticos. Las otras ciencias del hombre esperan que demos las respuestas en términos de hechos, naturaleza y dirección de las alteraciones climáticas en tiempo humano. El geógrafo especializado arealmente tiene la oportunidad de arrojar luz sobre este tema controvertido. En todas las márgenes secas del mundo este tópico es del mayor interés, especialmente si sus límites se han expandido a partir de los comienzos de la agricultura. Los métodos y los resultados provenientes de usar información climatológica no-instrumental podría muy bien dar lugar a un simposio periódico de reuniones de esta Asociación. b) Conectado en parte con esta cuestión está el problema de los cambios naturales en la vegetación desde la glaciación; menos problemas podrían ser más interesantes para los geógrafos del interior de los Estados Unidos que éste de las praderas, o de las llanuras húmedas en general. c) Otro tópico es el de los cambios naturales en las líneas de costa y el drenaje en el período de la ocupación humana. En estas reuniones, Russell ha señalado cambios de drenaje en el Mississippi desde el cruce de De Soto. El clásico de Marsh, *Man and Nature* [10], perfila muchos de estos problemas.

2) *El hombre como agente físico en geografía.* a) Actualmente, nos inclinamos a negar todos los efectos de la instalación

y de la deforestación sobre el clima, en contraste con la actitud de la generación anterior según lo demuestra la literatura de la primera forestación americana. Por cierto, la ciencia forestal comenzó basándose en buena medida sobre la hipótesis de que los árboles disminuían la amplitud de los extremos climáticos. Estamos apenas suficientemente informados como para descartar este criterio enteramente. En términos de nuestra información actual, no hay seguridad de que en ciertas zonas de tensión climática, tales como sequía, alteración radical del tapiz vegetal no pueda afectar relaciones críticas de temperatura, humedad a ras del suelo. Yo no estaría enteramente seguro de que el hombre no ha extendido los límites de los desiertos al alterar las condiciones climáticas de la película más delgada de la atmósfera lo cual puede llamarse el clima intra-vegetacional.

b) Extrañamente, los geógrafos han prestado poca atención al hombre como agente geo-mórfico. La erosión es el nombre popular para los procesos de mudanza del relieve que el hombre ha liberado o acelerado. La incidencia de la erosión del suelo puede que sea una fuerza considerable en la geografía histórica. Los suelos ¿no hicieron trabajo de zapa en las civilizaciones del Mediterráneo? ¿Fueron los pobladores de Virginia grandes colonizadores porque eran notables devastadores de suelos? El trabajo de campo, en geografía, debería abarcar una búsqueda cabal de los perfiles de suelo originales y destacar la disminución característica o el quiebre de los perfiles del suelo en campos y pasturas. Sólo de esta manera se puede comprender la edad, naturaleza y extensión de la dilapidación de las superficies productivas de una manera completa y segura. La curiosa omisión de la geografía en este punto, que es uno de sus problemas básicos, puede servir para ilustrar el resultado de evadir el enfoque histórico.

La agradación [11] de detritus en superficies por debajo de las laderas de la denudación cultural es, por supuesto, la parte complementaria de la situación. Las hondonadas son síntomas agudos y avanzados de erosión del suelo, incluyendo algunos que han servido en libros de texto como ilustraciones de valles jóvenes normales. ¿Cuán a menudo los geógrafos han distinguido entre cañadas naturales y canales inducidos por el hombre, o encontra-

do estos últimos de interés en su incidencia y vida histórica? Seguramente nada puede ser más geográfico que los estudios críticos de la devastación de la superficie y del suelo como expresiones de ocupación abusiva de la tierra. Por otro lado están los procesos físicos patológicos, aparte de las causas naturales que también deben ser estudiadas. Luego vienen los efectos del agotamiento continuo debidos a la subsistencia de la población y a su economía, con tendencia creciente a la alteración degenerativa y al remplazo. Finalmente, está la cuestión de la recuperación y la de la rehabilitación.

Este tema fue claramente indicado como un problema formal de la geografía, hace tres cuartos de siglo, por Marsh. Los geógrafos de tiempo atrás ya daban cursos sobre Conservación de Recursos Naturales y consideraban la erosión como maldita. ¿Pero qué han hecho como investigadores en el terreno que puedan exhibir en el dintel de sus aulas? ¿Acaso la respuesta es que los estudiosos de suelos deban estudiar *sheet wastage* [12], los geomorfólogos hondonadas, los economistas agrarios la agricultura malograda, los sociólogos rurales las poblaciones decadentes y el geógrafo preparar clases sobre lo que otros investigan?

c) Todos los resultados de la explotación destructiva deben ser considerados como involucrando cambios en el habitat. La presencia del hombre civilizado a menudo ha significado cambios en el régimen de cursos de agua así como un recargo de agua subterránea. Las áreas de irrigación muestran aquí y allá la parálisis pavorosa por acumulación de álcalis o por excesiva retención de agua. Las formas de disipación del capital natural son varias, sus causas son culturales, sus resultados son lentas crisis en las áreas afectadas, sus connotaciones, por lo tanto, son una cuestión de geografía humana.

d) Un problema especial de la alteración de la tierra por el hombre es la relación entre cultura y ecología animal o vegetal. Hay cuestiones, en esta materia, que pueden estar reservadas a especialistas botánicos o zoólogos. El geógrafo histórico, empero, debe tomar en cuenta este tema en la medida que es capaz de tratarlo y, puesto que trabaja deliberadamente con datos históricos, puede hallar evidencias que el ecólogo no encontrará. En

México, por ejemplo, es visible que el hombre civilizado y el primitivo han modificado la vegetación de una forma diferente. La labranza primitiva estaba mucho menos confinada a las pendientes inferiores que la agricultura moderna. Dadas ciertas condiciones de clima y suelo la agricultura de azada era efectivamente una rotación entre cultivo y bosque a muy largos plazos, usualmente sobre colinas o laderas de montaña. Bajo tal sistema, como ha sido efectivamente durante miles de años, la totalidad de la flora salvaje actual podría representar localmente un tipo de antigua herencia de campos. La llegada del hombre blanco introdujo, en ciertas áreas, una nueva forma de presión sobre la vegetación nativa mediante el pastoreo intensivo. Alrededor de las minas, particularmente, completó la deforestación por la necesidad de madera y leña, tanto como por el pastoreo persistente del ganado en torno a los campamentos mineros. Los antiguos campamentos mineros podrán hoy estar rodeados por campo abierto por muchas leguas donde una vez había bosques matorrales.

Estos son algunos de los temas que el geógrafo histórico puede muy bien desarrollar. Durante el proceso, probablemente aprenderá algo sobre la supresión de ciertos elementos de la vegetación a causa de su superior utilidad al hombre o a causa de su poca capacidad para reproducir o también en razón de su sensibilidad en relación a un equilibrio ecológico. No hay nada particularmente esotérico en aprender los importantes elementos constituyentes de la flora nativa; ni siquiera en observar sus hábitos de reproducción y su crecimiento. Un observador puede ir más lejos en este o en otro tema, y su pertinencia apenas puede ser cuestionada en tanto el enfoque cultural puede aguzar la observación de la asociación biótica como elementos temporales. En zonas de tensión climática, en particular, es posible que ciertas interferencias puedan operar de manera característica para desplazar apreciablemente los límites vegetacionales anteriores. Cualquier área con una larga historia de pastoreo, en particular, debería ser examinada a este respecto, como en el del remplazo de renuevos y pastos sabrosos por elementos leñosos o amargos, aunque suculentos. El rol del fuego, esencialmente en manos del hombre primitivo, exige mucha más observación de la que se practica; lleván-

dola a cabo hay que recordar que la quemazón larga y continua puede tener efectos opuestos en la vegetación de lo que producen una serie de fuegos breves.

3) *Sitios de asentamiento.* La localización de un asentamiento registra las preferencias particulares como habitat que interesa a los fundadores. Desde que el asentamiento, una vez establecido, no es fácilmente transferido, los subsecuentes cambios culturales alteran el valor del sitio y confrontan a la gente de la ciudad con la alternativa de mudarse o de enfrentar inconvenientes en desarrollo. Quizá si fuéramos a localizar nuestras ciudades *de novo* ubicaríamos relativamente pocas de ellas en el sitio exacto que ocupan. Pensemos en ciudades que crecieron en lugares donde pasaba alguna vez un canal navegable, y otros sitios seleccionados que han perdido su significación, como, por ejemplo, a causa de la supresión de los portazgos, pero que han planteado repetidos problemas en generaciones sucesivas cuando los transportes, el abastecimiento y los servicios municipales han cambiado. Si California fuera poblada hoy, San Francisco probablemente sería un suburbio de una ciudad mayor cruzando la bahía. Sin embargo en 1840, San Francisco era el sitio más elegible como puerto en el cual se daban cita el transporte oceánico y el fluvial. Sucesivamente, ha mantenido un gran número de funciones urbanas en las que adquirió un predominio inicial y, en general, ha superado los inconvenientes de una posición peninsular transversal de la forma en que se ha desarrollado.

En el momento que se establece un asentamiento, generalmente se lo puede considerar como combinando en su sitio los mejores medios de satisfacer las necesidades del grupo fundador. Es necesario, por lo tanto, juzgar el sitio en términos de las necesidades originales. En ciertos casos, la protección puede ser importante, en otros indiferente. Las necesidades domésticas, de alimento y agua, así como las ventajas de transporte, varían según la cultura básica. La clasificación de sitios en términos de actitudes culturales, en el momento original del asentamiento, ha sido rara vez llevada a cabo y sin embargo, se trata del capítulo básico en la ciencia de la geografía urbana. Luego aparecen las revalo-

raciones de los sitios y el acomodamiento bajo cambios culturales, el sitio enfocado en etapas secuentes.

4) *Pautas de asentamiento.* No disponemos de un gran volumen de conocimiento histórico comparativo acerca de: a) dispersión o aglomeración de la vivienda, o b) acerca del espaciamiento y dimensión de los grupos de asentamientos aglomerados que se desarrollan bajo la influencia de culturas concretas, o c) de la especialización funcional como se da entre ciudad y ciudad dentro de una misma área cultural, o bien d) de la diferenciación funcional dentro de una ciudad de relativa importancia. Estos son algunos de los más obvios problemas de localización de los hábitos que necesitan inquirirse en términos históricos y regionales.

5) *Casas tipo.* Los norteamericanos han prestado poca atención a la unidad de vivienda que comúnmente se aproxima a la unidad social, o a la familia en su connotación específica antes que al sentido marital. ¿Estas unidades de vivienda son individuales o multifamiliares? ¿Proveen a las necesidades de miembros titulares y dependientes? ¿Incluye facilidades para animales domésticos? ¿Incluye también provisiones formales para el almacenaje de artículos de primera necesidad o para la práctica artesanal o comercial? ¿Cuál es la generalización funcional del plano de la casa? El estudio de los tipos de casa es el estudio de la unidad económica más pequeña así como el de la aldea o el de la ciudad es de una comunidad económica. En ambos casos la descripción persigue el sentido de estructura en relación a procesos institucionalizados como una expresión del área cultural. Las casas son registros histórico-geográficos. Pueden datar de una etapa histórica pretérita o, si no, como en el caso de los edificios corrientes, preservar todavía cualidades convencionales que alguna vez fueron funcionalmente importantes (hogares, pórticos, persianas, en las casas norteamericanas).

6) *Los estudios de ocupación de la tierra con referencia a la estructura histórica del área cultural.* En cualquier momento dado, en teoría, existe un equilibrio momentáneo de evaluación del habitat y de las necesidades habituales. Las ventajas o desventajas del entorno deberían ser siempre relativas al momento o etapa de la cultura particular y el uso de la tierra una acomodación de

las necesidades y energías de una comunidad que cambia en cuanto esto cambia. Cambiar, empero, usualmente implica una demora considerable en parte a causa de la dificultad de revisar las líneas divisorias entre propiedades. La racionalización del uso de la tierra se encuentra con el obstáculo que le interpone la disposición de los campos y otras formas de tenencia de tiempos remotos. En cualquier caso los derechos y los usos de la tierra es muy probable que conserven una buena parte del pasado. Pautas de asentamiento, tipos de casa, sistema de campo, y propiedad de la tierra son los items de observación más reconocidos para reconstruir cambios y continuidades.

7) *¿Qué podemos decir de los climax culturales?* ¿Existe en las sociedades humanas algo parecido a un climax ecológico, una realización de todas las posibilidades inherentes en un grupo y en un determinado sitio? ¿Qué podemos decir de los límites del crecimiento demográfico, de la producción alcanzada, de la acumulación de riqueza y aún del incremento de ideas más allá del cual una cultura madura no pasa? Es lícito ser escéptico de las más extremas hipótesis sobre el carácter cíclico de cada cultura, pero nosotros también estamos preocupados con la recurrencia de picos culturales, los estancamientos, y las decadencias culturales. La ascensión y caída de culturas o de civilizaciones que han interesado a la mayoría de los estudiosos del hombre, conscientes de la historia, falla en su intento de comprometer al geógrafo histórico. Parte de la respuesta puede encontrarse en la relación de la capacidad de la cultura con la calidad del habitat. El caso es relativamente simple si la explotación destructiva puede probarse haber llegado a ser seria. También está el intrincado problema de la sobrepoblación (que puede ser muy bien una realidad en el sentido histórico-cultural aunque suene a herejía al especialista teórico de las ciencias sociales) involucrando menos oportunidades y más participación para el individuo. De esta manera puede llegarse a una pérdida de energía productiva por mala distribución de la población, sea entre campo y ciudad, sea entre productores primarios y aquellos que se consideran como clase ociosa. Este escrutinio cuidadoso de los límites de una cultura es un tema melancólico y estimulante.

8) *Receptividad cultural.* Un nuevo cultivo, artesanía o técnica se introduce en un área cultural. ¿Se difunde vigorosamente o encuentra resistencia en su difusión? ¿Cuáles son las condiciones que hacen que un cierto grupo se entusiasme por aceptar innovaciones, mientras otro elija continuar con sus viejas costumbres? Este es un problema general de ciencia social, que en parte puede ser examinado por los estudios geográficos.

El geógrafo, en primer lugar, es el mejor capacitado para determinar la existencia de barreras o pasadizos físicos. Quizá un cultivo no se difunde porque halla un clima poco apropiado, quizá porque el suelo que requiere no es del particular tipo de labranza que se ha aprendido a utilizar.

En segundo lugar, el geógrafo, presumiblemente, ha estado siguiendo el rastro de la presencia, o la ausencia, de rasgos de la cultura material. El debería saber si un cultivo o una técnica está sujeto a una alternativa satisfactoria en el área. La diseminación del cultivo del trigo en Latinoamérica ha sido afectada considerablemente por los hábitos de los pueblos con relación a otros cultivos ricos en fécula y proteínas. Sólo en términos de mercados mundiales y por tanto de producción estrictamente comercial es verdad que el rinde de un lote dado, sea para maíz o para trigo, determinará cuál será sembrado. Yo agregaría que aún el precio corriente del mercado mundial es sólo una expresión de demanda cultural por parte de un grupo comprador dominante y no la expresión real de la utilidad de varios cereales.

Puede bien recordarse que Ratzel fundó el estudio de la difusión de los rasgos culturales, presentados en el casi olvidado segundo volumen de su *Anthropogeographie* [13] y que Eduard Hahn alcanzó el gran tema de toda una vida de trabajo preguntándose a sí mismo por qué las personas dedicadas al negocio de industrialización de la leche y afines tendrían necesariamente que ver con la leche misma, o con sus productos.

9) *La distribución de la energía dentro de un área cultural.* Aquí podríamos referirnos a la gran tesis de Vaughan Cornish, aquella de la *marca* [14] cultural. Su opinión es que cada civilización creciente ha tenido una frontera activa, una frontera efectiva en la que las energías de la gente se concentran, donde el poder.

la riqueza y la inventiva se desarrollan superlativamente. Esto tiene algunas semejanzas con la tesis de la frontera de Turner[15] aunque no implica la necesidad de una expansión continua. Comienza con expansión pero las energías de una cultura, una vez localizada en tal borde, pueden continuar manifestándose a sí mismas como liderazgo en muchos aspectos, tiempo después de que haya cesado la expansión. Históricamente, por lo mismo, no es en las partes centrales de un área cultural que tienen lugar las grandes evoluciones sino en lo que era, a la vez, el límite más expuesto y también el más seductor. Hay mucho por hacer para considerar los campos dinámicos (Kräftezentren) dentro de la expansión de un área cultural dada. Hay mucho que comentar acerca de la tesis de Cornish. El frente dinámico de México, por ejemplo, ha sido la frontera norte a lo largo de toda su historia. La arqueología, tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo, exhibe muchas ilustraciones del florecimiento de culturas en el lejano margen de un complejo cultural.

10) *Etapas culturales y continuaciones.* Turner cometió un error desafortunado cuando aceptó la anticuada visión deductiva de que el progreso humano avanza a través de una serie de etapas idénticas que él pensó que las podía asimilar a las etapas generales de la frontera norteamericana. Sabemos que no hay secuencias culturales con carácter general sino que cada cultura debe ser rastreada, separadamente, a través de su historia de conquistas y pérdidas. El gran trabajo de Hahn, en particular, precave contra enfoques deductivos de etapas culturales, como por ejemplo, su negativa a aceptar que los pastores nómadas deriven de cazadores y no de más antiguos agricultores. Desde que el cambio cultural no sigue por cierto un curso general o predecible, es necesario rastrear los orígenes de cada cultura a través de sus progresivos pases históricos.

No se aprecia generalmente, que la primera y predominante pauta del asentamiento español en el Nuevo Mundo fue la organización formal de cada español dentro de corporaciones urbanas y su permanente domicilio en una *villa* o *real*[16]. Partiendo de esa noción básica de que cada pionero español era miembro de una corporación urbana obligatoriamente, la naturaleza de la penetra-

ción hispánica y de su organización económica adquiere una forma muy diferente de la de asentamientos hechos por otros poderes coloniales en el Nuevo Mundo. En nuestra frontera norteamericana no hubo una uniformidad comparable a la de Hispanoamérica, salvo un número considerable de ensayos iniciales de Norte a Sud, dependientes de grupos colonizadores, ni tampoco hubo un tipo de frontera en el traslado hacia el Oeste. ¿No habrá llegado el momento de que los geógrafos traten de caracterizar los complejos culturales y sus secuencias en la ocupación de los Estados Unidos? Esto podría proveer de sustancia a algunas de las reuniones futuras de nuestra Asociación.

11) *La contienda por áreas entre culturas.* Ciertas culturas han sido notablemente agresivas; algunas de éstas pueden ser determinadas para casi todas las secciones del pasado humano. La contienda por el predominio en zonas de reunión de culturas, la manera en que se establece un balance y un límite toma forma, expresan energía y adaptabilidad cultural. Ratzel tenía in mente esta suerte de estudio en su geografía política, la cual ponía énfasis en la lucha histórica por el espacio. Sea por conquista, absorción, comercio o adaptabilidad superior, todas las culturas han sido marcadas por cualidades que les han permitido ganar terreno o perderlo.

Conclusión

El geógrafo humano tiene la obligación de que los procesos culturales sean la base en su pensamiento y observación. Su curiosidad debe dirigirse a las circunstancias bajo las que grupos o culturas han divergido o han sido asimiladas a otras. La mayor parte de la historia del hombre se resume en una cuestión de diferenciación de culturas y también de reconvergencias. No podemos siquiera señalar ni una sola cultura humana uniforme ni siquiera en los albores de la era Paleolítica. La torre de Babel es casi tan vieja como el hombre. En sentido literal hay muy pocas cualidades *sensatas* en los hábitos de vida, o sea, cosas que han sido sensatamente hechas de una manera solamente, necesidades lógicas o psicológicas generales. Me temo que las ciencias sociales

más teóricas —como la Economía— es probable que pierdan de vista esta verdad. En este país es probable que olvidemos esto porque sucede que somos parte de una cultura tremendamente vigorosa y difundida, tan confiada en sí misma que se inclina a considerar otros modos de vida con ignorancia y estupidez. El impacto terrífico del mundo occidental moderno, no obstante, no rechaza la vieja verdad de que la historia del hombre ha sido marcadamente pluralista y de que no hay leyes sociales generales sino sólo asentamientos culturales. No tratamos de la Cultura sino de culturas, excepto en la medida en que nos alucinamos pensando en que el mundo ha sido hecho a nuestra semejanza. En esta gran encuesta sobre experiencias culturales, comportamientos y giros, el geógrafo debería tener un rol significativo. El sólo se ha interesado seriamente en lo que ha sido llamado el relleno de los espacios de la tierra con las obras del hombre, o paisaje cultural. Su trabajo primordial consiste en la dificultosa tarea de descubrir el sentido a las distribuciones terrestres. Los antropólogos y él son los principales científicos sociales que han desarrollado la observación de campo como una técnica.

Los temas sugeridos por nuestro trabajo quizá representen una tarea que va más allá de nuestra capacidad individual o conjunta, pero indican, al menos, el designio de la calidad de conocimientos que perseguimos. Nuestros variados esfuerzos pueden llegar a hacernos comprender la diferenciación de la tierra a manos del hombre. No iremos muy lejos si nos limitamos, en algún sentido, al tiempo humano en nuestros estudios. O admitimos el lapso total de la existencia del hombre o bien abandonamos la esperanza de obtener resultados importantes en geografía humana. Debemos producir, o de lo contrario recalentar lo que otros han preparado. Yo no veo ninguna otra alternativa. De toda la tierra, en todo el tiempo de la existencia humana, construimos una ciencia retrospectiva que, fuera de esta experiencia, adquiere una habilidad especial para mirar hacia adelante.

[1] *Liberal* es el antiguo sentido inglés de la palabra, aplicado a artes o ciencias que eran válidas para un hombre libre, en oposición a las artes y ciencias serviles o mecánicas. Se trata de un concepto análogo al de *huma-*

nidades, salvo que incluye también a las ciencias teóricas, dirigido a una cultura intelectual general, no estrechamente técnica o profesional.

[2] *Kulturkreis* designa a la órbita o zona de influencia atribuible a una determinada cultura desde el punto de vista estrictamente espacial.

[3] Se refiere a la *prairie*, galicismo muy común en los Estados Unidos para designar las llanuras herbáceas del llamado Middle West y de la cuenca del Mississippi que se extiende desde el Oeste del estado de Indiana hasta el Este del Colorado y desde Alberta central hasta Texas.

[4] *Ph.D.* literalmente Philosophia Doctoris que, sin embargo no necesariamente se aplica solamente a ese doctorado sino, por extensión al que corresponde a cualquier ciencia o disciplina que no sea la Teología. Es el título académico máximo que se otorga en las universidades de tradición anglosajona.

[5] "Encuestas sobre las regiones y los pueblos alemanes".

[6] Artesano manufacturador de canastas.

[7] Artesano manufacturador de vasijas con forma acampanada.

[8] En español en el original. Se refiere a los viajes de inspección realizados en tiempos coloniales por sacerdotes destacados desde España para hacer un viaje informativo. Algunas órdenes religiosas aún retienen la designación de Padre Visitador para el que es enviado desde la Casa Madre en Europa.

[9] Técnica agrícola primitiva que consiste en sembrar el maíz en tierras taladas y quemadas practicada habitualmente por algunos pueblos aborígenes de Centro América.

[10] Se refiere a la obra de George Perkins Marsh: *Man and Nature or Physical Geography as modified by human action*, originalmente publicada en 1864 por Scribner en New York y que fuera reeditada bajo el cuidado de David Lowenthal con los auspicios del presidente y los *fellows* del Harvard College por Harvard University Press en 1965.

[11] Término geológico opuesto a degradación, llenado con detritus.

[12] Degradación de la capa más superficial del suelo debida especialmente a erosión hidráulica.

[13] Friedrich Ratzel: *Anthropogeographie*, Stuttgart, 1882-1891.

[14] En el sentido de las antiguas provincias fronterizas.

[15] Se refiere a Frederick Jackson Turner, historiador norteamericano famoso por su obra *The Frontier in American History*, publicada en 1920. En ella desarrolló la tesis de que el medio inhóspito y virgen de los territorios a través de los cuales se fue trasladando la frontera produjo un impacto especial en la civilización europea trasplantada a América. El significado de *frontera* como concepto sujeto a generalización superó pronto su origen histórico-geográfico y se aplicó en otros contextos con análogo éxito. Lo esencial de la teoría de Turner, empero, reside en que sostiene que el transplante sucesivo de hábitos y modos de comportamiento en dirección hacia el lejano Oeste, en la medida que se trasladaba igualmente la frontera, era más importante que la frontera misma; o dicho de otra manera que más relevante que la faja de tierra fronteriza en sí misma —o su geografía— era lo que transcurría en ella durante un determinado período de tiempo —o sea su historia—.

[16] En español en el original.

C. T. Smith

GEOGRAFIA HISTORICA: TENDENCIAS ACTUALES Y PERSPECTIVAS FUTURAS

En tanto los geógrafos se ocupen del estudio de los lugares, de cual es su apariencia, de cómo difieren unos de otros, y de cómo están interrelacionadas sus partes, es lógico que también querrán saber cómo es que esos lugares han llegado a ser lo que son hoy, así como de qué manera eran en el pasado. Obviamente, tales estudios pueden ser emprendidos con distinto grado de relación respecto de la geografía actual de esos lugares, así como con un interés variable según las predilecciones del geógrafo que los lleve a cabo. Pero los estudios históricos tienen una contribución que hacer que yace muy próxima al meollo del tema ya que a menudo resultan de esencial importancia para comprender por qué las cosas están donde están. Este problema de localización es, ciertamente, considerado por algunos como el tema central de la geografía misma, como totalidad.

Ahora bien, es evidente que el problema de la localización de fenómenos de interés para el geógrafo pueden tratarse ora de un modo genético, ora funcional, o de ambas maneras. Así pues, la localización de una industria, de una ciudad o de una frontera política, por ejemplo, puede ser discutida en términos de las formas en que está vinculada a las condiciones de su entorno actual y según como "encaja" o funciona en su contexto actual. Para algunos tipos de estudio esto puede ser suficiente. Los estudios de distribución de cultivos, por ejemplo, a veces pueden concentrarse satisfactoriamente en el contexto de un medio físico, social,

[Capítulo séptimo de Richard J. Chorley & Peter Haggett (Eds.): *Frontiers in Geographical Teaching*, London, Menthuen, 1965, pp. 118-143.]

económico y político en el que basten pocas referencias directamente hechas al pasado. Esto mismo es cierto en general respecto de estudios de esferas de influencia urbana, de migraciones de población, del movimiento de comercio y tránsito, o las operaciones de una industria dada en un determinado sitio. Pero no es menos obvio que muchos rasgos geográficos requieren un estudio histórico a fin de proporcionar una explicación convincente de cómo han llegado a convertirse en lo que son. La ubicación de granjas, aldeas, ciudades, industrias, comunicaciones, por ejemplo, pueden ser sólo entendidas en términos de una cuidadosa consideración de las condiciones bajo las cuales fueron fundadas, crecieron y sobrevivieron hasta el presente.

La experiencia de corregir exámenes de candidatos para Nivel Avanzado [1] y otras pruebas, revelan muchos conceptos erróneos y muchas otras sorprendentes omisiones en el conocimiento (aun de los buenos candidatos) acerca de la importancia del pasado histórico para comprender los hechos de la geografía humana y regional. Ciudades e industrias parecen haber nacido ya crecidas de la noche a la mañana como una "respuesta" anónima a puntos de enlace, rumbos de navegación, proximidad de materias primas, combustible, o agua. Raramente, por cierto, un candidato provee una indicación con perspectiva realmente histórica o insinúa siquiera las diferencias que separan las economías y las sociedades del pasado de las del presente. Por otra parte, es harto común que consideraciones de muy diferente valor cronológico sean amontonadas juntas, con la mayor desenvoltura. Algunos libros de texto usados, desgraciadamente son muy deficientes en la explicación de las circunstancias bajo las que, por ejemplo, se han desarrollado y viven ciudades, regiones industriales y hasta ciertas zonas de agricultura altamente especializada. Las exageradas simplificaciones y las distorsiones que tan frecuentemente han sido cometidas, en parte pueden ser el resultado de un indebido énfasis en "las influencias del entorno físico" y de un equivocado descuido de los factores "no-geográficos", pero también se originan en el hecho de que muchos geógrafos históricos han dejado de llenar las brechas que se abren entre lo que está disponible de textos históricos y de lo que de eso necesita el geógrafo moderno.

Es a todas luces necesario ser mucho más preciso y riguroso acerca de los problemas y los tópicos que surgen de este comentario preliminar. En primer lugar, los fines y los propósitos de la geografía histórica deberían ser aclarados: particularmente, la cuestión de qué función debería jugar en relación con las corrientes principales de la geografía. En el pasado se han dado muy diferentes respuestas a este asunto como veremos más adelante. En segundo lugar, podría ser provechoso sintetizar brevemente las tendencias vigentes que se expresan mediante la investigación sobre el tema, e intentar definir los rumbos generales de las futuras actividades a la luz de las nuevas realizaciones de la geografía en su acepción principal. Finalmente, la expresión a menudo provoca difíciles problemas —literalmente hablando— de organización. Lugar, tiempo y tópico presentan tres títulos mayores bajo los que debe organizarse el estudio. El ordenamiento y la ubicación relativa de éstos, juntamente con su integración en un estudio geográfico moderno, constituye un desafío al ingenio de los autores. Sobre este asunto poco es lo que se puede agregar a la excelente presentación del problema hecha por Darby [2], así como a la discusión de los diversos medios utilizados para resolverlo.

Los fines y los métodos de la geografía histórica

Cada geógrafo que haya practicado la geografía histórica puede tener sus opiniones propias acerca del significado de esta disciplina, las que casi seguramente serán muy influidas por la naturaleza de sus investigaciones en el tema; pero a pesar de ello quizá se pueda reducir a unas seis o siete las definiciones que se han dado al tema en el pasado. De éstas, tres o cuatro son arcaicas y carecen de otro interés que no sea el histórico. La geografía histórica es un término que ha sido usado como sinónimo de la historia de la geografía como disciplina y aunque Sauer aparentemente incluyó a ésta dentro de los límites de la geografía histórica, en 1941 [3], no es el caso normal. Durante el siglo XIX fue corriente aplicar el término a la historia de las exploraciones y descubrimientos así como a la historia de la cartografía antigua [4, 5]. El estudio realizado por Keith Johnston sobre la evolución

del conocimiento de la superficie de la tierra fue llamado "Un bosquejo de Geografía Histórica"[6] en 1872, y el término perdura con este sentido en cierta literatura geográfica europea como en *Petermanns Geographische Mitteilungen* o la *Bibliographie Géographique Internationale.* En la medida que la geografía pudiese ser concebida como principalmente dedicada a describir y poner nombres de rasgos geográficos así como a hacer relevamientos y descubrimientos, la geografía histórica podría clara y legítimamente retener estos significados, pero en realidad se trata también de sentidos arcaicos. Del mismo modo, la preocupación de los historiadores sobre la historia política y nacional fue reflejada en el surgimiento de una geografía histórica que trataba de la historia de los cambios de límites de las unidades políticas, con o sin las respectivas listas de batallas, conquistas, confiscaciones patrimoniales y demás, mediante las que nuevos sectores territoriales fueron ganados o perdidos. La *Geografía Histórica de Europa* de Freeman cae dentro de este tipo. La *Geografía Histórica de Francia* de Mirot[7] pertenece también a este género, así como Kretschmer[8] escribió la contraparte alemana que trata de la geografía histórica de Europa Central. Empero, debería señalarse que tanto Freeman como Kretschmer sostenían una concepción más amplia de la naturaleza de la geografía histórica que lo que aparece en el contenido de estos dos libros. Kretschmer, en particular, puso mucho más énfasis en un concepto más moderno de geografía histórica como reconstrucción de las geografías regionales pretéritas.

Existen otras opiniones acerca de la naturaleza de la geografía histórica que, sin embargo, no pueden ser tan ligeramente descartadas. Pueden ser anotadas, brevemente como: la vigencia del factor geográfico en la historia, la evolución del paisaje cultural, la reconstrucción de las geografías pretéritas y el estudio de los cambios geográficos a través del tiempo. Como veremos, todo esto está sujeto a un cierto número de limitaciones y la discusión debe ser ilustrada por algunas aclaraciones. Primero, el valor de estas definiciones se ve limitada por la dificultad de abarcar en una sola frase, actitudes o puntos de vista que poseen muchos matices sutiles. Ya veremos que cada uno de los cuatro conceptos citados

anteriormente se entremezclar el uno con el otro; muchos estudios serían difíciles de clasificar bajo un solo rubro de los dados; no obstante, las ventajas de clasificarlos de esta manera son probablemente mayores que el peligro de crear una espuria oposición entre puntos de vista imaginarios como es el caso, desgraciadamente, en trabajos metodológicos.

En segundo lugar, es igualmente evidente que cada uno de estos rubros se halla íntimamente asociado con una opinión especial acerca de la naturaleza de la geografía como totalidad. Cada uno de ellos aparece en una relación simétrica y ordenada con la geografía como totalidad de un modo lógico pero que raramente se adapta exactamente a la manera serpenteante y azarosa en que efectivamente se incrementa el saber. La tendencia a realizar investigaciones útiles marginales entre disciplinas es bien conocido y casi axiomático, pero los nuevos campos de estudio que así se crean quizá tiendan a gravitar en la disciplina de la que la mayor parte de la investigación ha sido sacada, aun cuando lógicamente puedan ser reclamadas por otras. Acerca de si los tópicos particulares han sido enfocados desde la historia o desde la geografía esto puede ser una cuestión accidental, o de personalidad, o el resultado de la estructura y las tradiciones de las instituciones involucradas en la enseñanza y en la investigación, o aún pueden ser parcialmente la consecuencia de la geografía y la historia del área de que se trate. Un solo ejemplo será suficiente.

Hasta hace relativamente poco, mucho del trabajo realizado sobre el sistema de campos, las estructuras agrarias y la historia de los paisajes rurales ha sido realizada en Inglaterra por historiadores mientras que en Francia ha sido realizada por geógrafos. Podría ser una mera casualidad que un cierto número de factores haya contribuido a este estado de cosas: las estructuras de la agricultura de campos abiertos son todavía parte integral de la geografía agraria de Francia y por tanto, un tópico conveniente para ser estudiado geográficamente, mientras que en Inglaterra, los movimientos de cercado han borrado la evidencia visible de los campos abiertos en el paisaje. En Francia, la íntima asociación entre la historia y la geografía, juntamente con una precoz preo-

cupación desde los tiempos de Brunhes con los hechos del "paisaje cultural", ha despertado el mayor interés geográfico en esta dirección: mientras que en Inglaterra, una evolución más precoz de la historia económica y social y la falta de importancia obvia y sobresaliente del problema para la geografía, tendió quizá a enfocar el tópico desde un punto de vista diferente. Y finalmente los intereses de hombres tales como Bloch, Dion, Seebohm, Gray, Hoskins y Darby, han tenido seguramente importantes consecuencias.

El factor histórico en geografía

En la década de 1870 a 1880 Wimmer consideró que las funciones primarias de la geografía histórica eran dobles: debería ocuparse de la operatividad del factor geográfico en la historia pero también de la interrelación de fenómenos en el espacio en un período en particular o de la geografía de períodos pretéritos [9]. Es la primera de estas opiniones la que deberíamos examinar a esta altura. Mucho de cuanto ha sido escrito sobre este tema del factor geográfico en la historia (y hay un caudal considerable) utilizan el término *geográfico* de una manera ambigua. En el caso de relativamente recientes trabajos como los de Whittlesey y los de East, el término *geográfico* en esta frase ha asumido pleno valor, el estudio de la operatividad del factor geográfico en la historia en la práctica suele involucrar un estudio no demasiado diferente del de reconstruir la geografía de períodos pretéritos como una parte del contexto necesario dentro del cual el flujo de los eventos históricos resultarán mejor comprendidos. Pero cuando el adjetivo *geográfico* indica simplemente *los hechos* de la geografía física (caso bastante frecuente), este estudio del factor geográfico en la historia se lo encara como a un viejo conocido, apenas disfrazado, porque simplemente se lo redefine como "el control/efecto/influencia del entorno físico de las actividades del hombre en el pasado o sobre la historia y los hechos históricos". Hasta cierto punto se carga con el moho que rodea a las amargas discusiones sobre determinismo y posibilismo; y se sugiere una visión de la causalidad por la que se pensaba que los fenómenos

podían ser mejor entendidos estudiando, haciendo listas y clasificando la operación de grupos particulares de factores y sus efectos, en los que cada agrupamiento produce su pauta especial de determinismo; de hacer que el determinismo social, económico, tecnológico ocupe su lugar codo a codo con el determinismo geográfico.

Tanto los historiadores como los geógrafos han convergido sobre este tema viniendo de diferentes direcciones. En la última cuarta parte del siglo pasado el interés creciente en la historia económica y social implicó una nueva concentración del interés acerca de la vida cotidiana de las sociedades pretéritas. Los historiadores se fueron interesando en muchos de los aspectos que interesaban a los geógrafos; agricultura, instalación humana, sistema de campos, ciudades, industrias, comercio y comunicaciones; y asimismo se fueron interesando en los simples hechos de la geografía física a la que estos enfoques estaban de alguna manera vinculados. Así, J. R. Green en *Making of England*[10] utilizó las evidencias geológicas, de relieve, suelos y vegetación juntamente con el conocimiento de los ríos navegables a efectos de arrojar un haz de nueva luz sobre la historia de Inglaterra en la Edad Oscura. G. A. Smith en su *Historical Geography of the Holy Land* buscó descubrir lo que la geografía podía contribuir en asuntos de crítica bíblica, atreviéndose a incursionar en terrenos especulativos acerca de los efectos del medio sobre el pensamiento religioso. Es tan interesante como revelador que H. B. George en su *Relations between History and Geography*[11] hallara que aún valía la pena destacar el punto, que hoy es parte corriente del acervo de todo historiador, de que *el conocimiento geográfico aporta muy valiosos datos para la resolución de muchos problemas históricos.*

En tanto la geografía fue concebida como esencialmente preocupada por la relación del hombre con el medio, los geógrafos pudieron muy bien buscar documentación en los archivos del pasado con tanta lógica como en los del presente, en pos de ejemplos de "respuestas" al entorno físico que pudieran ser catalogadas y clasificadas como una etapa *en route* hacia la formación de leyes geográficas.

El trabajo de E. C. Semple está lleno de este tipo de selec-

ciones de la historia, a veces arrancando información descaradamente de un contexto perfecta y necesariamente histórico [12]. Los posibilistas, por otra parte, han usado el pasado como una fuente de la cual recoger información acerca de las maneras de que el hombre ha utilizado su entorno físico por generaciones y se preocupan por demostrar los variados usos que podría haberle dado. A partir de esto hay muy poca distancia hasta una cierta clase de estudios en los que el mismo lugar es estudiado en diferentes épocas y una cierta geografía regional comparativa organizada mediante el tratamiento del mismo lugar en diferentes momentos en vez de lugares similares en su estado actual. De esta manera se espera que surjan conclusiones acerca del uso hecho de posiciones y recursos bajo muy diferentes medios sociales, económicos y tecnológicos. Algo parecido a esto ha sido la tarea de muchos escritores en la escuela regional francesa, lo que consiste en un enfoque que ha rendido mucho interés y significación. Pero en el momento en que el estudio del factor geográfico en historia ha alcanzado este nivel de interpretación, particularmente con el énfasis puesto en asuntos sociales, económicos y políticos que es la consecuencia lógica de la posición posibilista, hay muy poca diferencia absoluta con un punto de vista que se define como la reconstrucción de geografías pretéritas.

A este enfoque de la geografía histórica sostenido por Hartshorne [13], se le hicieron, oportunamente, dos cargos. Por un lado parece correcto objetar que la dilucidación del factor geográfico en historia es una tarea más para el historiador que para el geógrafo, puesto que aquél se hallará mejor equipado para indagar el factor geográfico en su contexto entero y poner lo geográfico, en tanto se opone a los demás factores, dentro de su propio contexto. No obstante vale la pena advertir que esta es una crítica que nace de una actitud cambiada referente a causación y explicación, ya que implica una actitud moderna hacia el estudio de complejas interrelaciones más bien que la actualmente muy pasada de moda intención de estudiar exclusivamente las causas. La otra objeción seria a este tipo de geografía histórica, destinada a clarificar la historia más bien que la geografía, pareciera bastante válida. Y uno tal vez debiera coincidir con Sauer en que en el

peor de los casos, este tipo de geografía histórica no será nada más que un *"agregar las notaciones ambientales omitidas al trabajo de los historiadores"* [14].

El cambio del 'paisaje cultural'

Cualquiera sea su inadecuación metodológica, la idea de geografía como estudio del paisaje, con el corolario de que la geografía histórica debería ser el estudio del cambio del 'paisaje cultural', ha sido sin duda alguna muy fecunda en punto a buenos trabajos e ideas estimulantes. No es este el lugar para explorar las raíces del concepto ambiguo del *Landschaft* alemán o el *paysage* francés, las discusiones bizantinas acerca de lo que podría llamarse problemas de visibilidad, o la atracción que ejerce un enfoque del tema que lo desembarace de la dualidad y de los interrogantes del enfoque hombre-medio, todo lo que, sin embargo, hay que reconocer que ofrece al geógrafo una moderada piedra de toque que le permite distinguir lo que es relevante para él de lo que no le es. La geografía histórica, como el estudio del cambio del paisaje es por cierto una ampliación muy obvia de esta idea, la cual fuera cultivada aún antes de Brunhes en 1914, en, por ejemplo, el primer volumen de la Historia de la Nación Francesa de Hanotaux la cual es una introducción general a la geografía humana de Francia, o sino por Kretschmer en su geografía histórica de Europa Central o por Wimmer todavía antes que él. Muchos geógrafos franceses y alemanes han seguido esta línea de ataque, que fue recorrida en Inglaterra especialmente por R. E. Dickinson y Darby en geografía y por algunos historiadores, principalmente Hoskins [15] y Beresford [16]. Whittlesey por momentos ha seguido este enfoque en los Estados Unidos así como el énfasis puesto por Sauer en la historia de la cultura ha sido frecuentemente asociado a estudios que se concentran sobre los cambios forjados por el hombre sobre la tierra.

Los estudios de cambio del paisaje han conducido, naturalmente, al punto de que la geografía histórica debería ocuparse especialmente de la transformación de los paisajes naturales por el hombre, y este tema adquiere forma y sustancia en la sistema-

tización que hace Darby de los mayores ítems: la deforestación, el drenaje de los pantanos, la recuperación de eriales, los cultivos cambiantes, la jardinería en gran escala, las ciudades y las industrias. Estos son, por cierto, los encabezamientos bajo los que se considera en un trabajo de 1951 el cambio del paisaje [17], y que corre paralelo con una discusión a cargo de S. W. Wooldridge sobre el paisaje físico de Gran Bretaña. Con muy pocos encabezamientos adicionales, que podrían ser: irrigación, erosión y conservación de los suelos, quizá, o un mayor énfasis en los rasgos asociados a población e instalación, este enfoque podría rendir un conjunto de categorías más o menos normalizadas bajo las que la geografía histórica podría ser escrita. Y lo que es más importante, éstas son categorías que resultan tan claras como peculiarmente relevantes para la geografía que quedan muy pocas posibilidades de confusión con la historia económica, lo que ha perturbado endiabladamente el tema en el pasado. Sin embargo desde ciertos puntos de vista es un sistema ya insinuado en los escritos de Brunhes cuando insiste en la clasificación de los rasgos del paisaje como hechos esenciales de la geografía. Puede notarse, entretanto, que parte del precio que se paga por este redescubrimiento de la unidad en la geografía por medio de estudios paisajísticos es el riesgo de que el hombre pueda ser desplazado de una posición central en el estudio de la geografía y mirado nada más que como un autómata anónimo cuya tarea consiste en producir rasgos visibles del paisaje cultural, tan impersonalmente como en los procesos responsables de la superposición de suelos. Esto prueba que el hombre juega un papel de agente geomorfológico y que a la vez éste es un rol que ha sido origen de muchas ideas nuevas en geografía humana y en geomorfología, debería considerárselo como apenas uno solo entre varios posibles.

Una de las virtudes más atrayentes del enfoque de la geografía histórica a través del cambio del paisaje, es la aparente simetría que existiría con la geomorfología genética. Ambas se ocupan de la evolución de los rasgos del paisaje; ambas, en las propias palabras de Darby [18] se preocupan de establecer las bases de la geografía, aunque uno debe señalar, como él mismo lo hace, que no se trata más que de bases sobre las que finalmente deben cons-

truirse cosas mejores por parte de geógrafos sociales y económicos. La consideración de esta analogía entre la geografía histórica y la geomorfología puede llamar la atención, en particular, sobre los problemas de evidencia y de método que obstruyen por igual a ambos temas. La geomorfología genética se propone comprender los rasgos del paisaje ordenándolos de acuerdo al modo y a la cronología de su desarrollo. Las circunstancias pasadas que se relacionan con el desenvolvimiento de formas del relieve deben reconstruirse a la luz del conocimiento relativo a procesos que actúan para producir formas del relieve ellos mismos. La evidencia externa de las mismas notas del paisaje deriva solamente de la composición de depósitos de varios tipos. Así pues es también claro que en geografía histórica se puede avanzar reconstruyendo geografías pretéritas mediante el cuidadoso análisis de las modalidades y la cronología por las que estas notas distintivas del paisaje han tomado la forma que ahora poseen. La importancia dada al estudio de tales rasgos y su interpretación indudablemente constituyen la contribución individual mayor de esta escuela de pensamiento. Estudios sobre la morfología de las ciudades, o de instalaciones rurales, estructuras agrarias y sistemas de campos derivan directamente de este enfoque y han reposado muy fundadamente sobre la reconstrucción de secuencias cronológicas fuera de la pauta de los rasgos del paisaje (como por ejemplo en el caso de la disposición de los campos). Por cierto que este modo de enfocar el método ha sido dignificado mediante términos tales como 'la morfogénesis del paisaje cultural', y la analogía con la geomorfología genética ha sido llevada al extremo por medio de intentos de caracterizar el desenvolvimiento de las estructuras de instalaciones en términos de 'estructura, proceso y etapa' y por intentos semejantes de identificar 'ciclos' de desarrollo, como por ejemplo, el de caracterizar un ciclo de desarrollo en los paisajes del tipo 'bocage' [19] en Francia.

Cada vez que se rompe el círculo argumental que resulta de interpretar elementos del paisaje en tanto tales, la geografía histórica ha tenido tan obviamente que recurrir a pruebas documentales (análogamente quizá al caso de los depósitos en los geomorfólogos) que su tarea normal ha sido más frecuentemente consi-

derada como la reconstrucción de geografías pretéritas que como la comprensión de los rasgos del paisaje que derivan del pasado. Por cierto que así como las técnicas de interpretación de la ecología de depósitos relativamente recientes han avanzado y se han refinado en precisión, el conocimiento de los procesos geomorfológicos se hace más y más elaborado, y ha comenzado a trasladarse más allá del terreno de la reconstrucción narrativa de los eventos, hacia una reconstrucción mucho más documentada de las circunstancias de períodos particulares del pasado a la luz de métodos de análisis más elaborados.

Antes de debatir lo más claramente posible el enfoque de la geografía histórica como la reconstrucción de las geografías pretéritas, pareciera que vale la pena destacar dos aspectos relacionados con el estudio del paisaje. En primer lugar, a veces sucede que aparentemente se presta una atención desproporcionada a elementos del paisaje que son de menor importancia en sí mismos o que tienen un significado que resulta marginal respecto de lo que normalmente se considera como parte integrante de la geografía. Formas de tejado, tipos de vivienda, la distribución de gredales, por ejemplo, caerían dentro de la primera categoría y el estudio de la jardinería, tan importante en sí misma para los estudios paisajistas, parece entrar en la segunda categoría en la medida que tiende a conducirnos fuera de lo que normalmente abarca la geografía frente a la historia social o aún frente a la historia de las bellas artes. Lo mismo podría ser dicho, en verdad, del estudio de los planos urbanos barrocos y también es no menos obviamente cierto respecto del estudio de las formas arquitectónicas.

De esta manera surge otra cuestión. Identificar y ordenar cronológicamente los elementos de un paisaje es un interesante ejercicio y quizá difícil de llevar a cabo [20] (Yates, 1960), pero aunque Yates lo logró admirablemente en su área escogida, es obvio que la comprensión de la distribución de formas relictas depende enormemente del conocimiento de las circunstancias históricas de su origen y supervivencia. Datar, solamente, no basta. Quizá, con frecuencia, es más provechoso considerar los elementos del paisaje como una fuente de inapreciable evidencia para la

reconstrucción de las geografías del pasado que como fenómenos que deben ser explicados mediante estudios históricos.

La magnificencia de templos medievales, puede ser considerada como la evidencia que haga posible reconstruir la distribución de la prosperidad o de la piedad medieval; la distribución de tipos de techos o de casas, caen dentro de la categoría de ítems, que junto con los sistemas de parcelamiento, evidencia documental y pautas de instalación, arrojan luz sobre, por ejemplo, los contrastes culturales entre el norte y el sud de Francia, como en el excelente estudio de la Limagne [21]. Gredales en Norfolk han servido para revelar una fuente de evidencias acerca de la distribución de la actividad de los mejoradores del siglo XVIII. La distribución de surcos y lomos es importante como fuente potencial de información referente a actividades agrícolas primitivas en los campos abiertos. El estudio del origen de los Broads [22] de Norfolk comenzó siendo un ejercicio sobre el origen de una característica del paisaje que primero se creyó natural y sólo en una fecha muy posterior recién se contempló como de origen histórico. Sin embargo en la parte histórica del estudio, los más interesantes problemas que se han suscitado han sido los que tienen relación con las circunstancias económicas, sociales o físicas del período en el que las turberas fueron abandonadas y subsiguientemente fueron inundadas. Ayuda mucho y es interesante considerar al paisaje o al mapa topográfico como un palimpsesto, pero no basta con identificar y poner en orden cronológico las fragmentarias inscripciones que son legibles. El fin último del estudio debería ser, con toda seguridad, el poder leer e interpretar las inscripciones mismas.

La reconstrucción de geografías pretéritas

De lejos, la más ortodoxa y, por cierto, la menos peregrina versión de la geografía histórica es la de que debería ocuparse de la reconstrucción de las geografías de tiempos pretéritos. Ahora bien, éstas pueden variar tanto como las geografías adjetivas de los tiempos modernos. No pueden haber sólo geografías regionales del pasado sino que también es posible que existan geografías

urbana y rural, o agrícola e industrial. Muchas de las más importantes geografías históricas publicadas emplean este método. En la clásica obra de H. C. Darby sobre la geografía histórica de Inglaterra antes de 1800 se presenta una serie de cortes en el tiempo y éste es también el método usado tan sistemática como ingeniosamente por Ralph Brown en 'Mirror for Americans', una reconstrucción de la geografía del litoral oriental de los Estados Unidos tal como era en 1811, utilizando fuentes documentales contemporáneas al período. Es el método usado por Fernand Braudel en su igualmente clásico trabajo sobre la historia y la geografía del mundo Mediterráneo en la segunda mitad del siglo XVI, pese a que él habla de *geohistoire* más bien que de geografía histórica. Estos no son sino apenas unos ejemplos recientes de un tema que se remonta tanto como hasta el último cuarto del siglo pasado. Kretschmer consideró que la tarea de la geografía histórica consistía en descubrir las relaciones mutantes entre la tierra y la población durante períodos particulares, conforme a su interdependencia causal y, como Whittlesey mucho más tarde, aconsejó que *es necesario estudiar períodos de paz y estabilidad antes o después de grandes cambios. No debe ocuparse de procesos de desarrollo. Describe y explica las interrelaciones geográficas durante un período fijo* [23]. El enfoque de Kretschmer se convirtió en el más aceptado, con pocas variaciones en sus distintos énfasis. Así pues, Mackinder escribió que la geografía histórica es el estudio del presente histórico: *el geógrafo tiene que tratar de retrotraerse a un presente que existió, digamos hace mil o dos mil años; tiene que tratar de restaurarlo.* Y finalmente la versión de que la geografía histórica se concentra en la reconstrucción de la geografía de un período o períodos pretéritos fue la única que Hartshorne hubiera permitido en 1939 aunque es importante reconocer que sus opiniones parecen haber cambiado desde entonces [24].

Aparentemente, existen dos razones para considerar que la geografía de períodos pretéritos debería ser significativa para el geógrafo. Primero, si se hacen sucesivos cortes en el tiempo de un área dada, es posible construir una especie de geografía comparativa en la que puede ser posible enfocar la totalidad de un

período de tiempo, de manera tal, que ciertos factores como recursos y posición, suelos y clima hayan sido usados conforme a condiciones variables de tecnología, estructura social, tendencias demográficas, etc. Se pueden sacar conclusiones útiles sobre el relacionamiento del hombre con el medio apoyándose en tales estudios comparativos, y puesto que tanto el medio físico como la posición física son sustancialmente lo mismo, el método histórico debería hacer factible, al menos en términos teóricos, el poder aislar algunas de las extremadamente complejas variables de cualquier situación geográfica. Probablemente fue esto lo que Wimmer tenía in mente cuando escribió tan prematuramente como en 1885: *El fin individual de la geografía histórica es comparar las geografías de diferentes períodos en la misma área.* East[25] en 1935 escribió en la misma vena que: *El significado de la geografía histórica es más fácilmente asible cuando es posible revisar una al lado de la otra la geografía de una serie completa de períodos históricos.* En segundo lugar, la reconstrucción de la geografía de períodos del pasado es necesaria para poder comprender la relación entre geografía pasada y presente. J. B. Mitchell[26] en este mismo contexto escribió que el valor del trabajo del geógrafo histórico, en tanto geógrafo, *reside en el hecho de que algunos elementos del orden geográfico que se desenvuelven en respuesta a condiciones pasajeras son muy estables en su forma o perdurables en sus efectos, y la comprensión del presente exige el estudio de la geografía del período de su instalación y desarrollo.* Parecería que muy pocos comentarios son necesarios, no obstante, ya que esto es obviamente muy similar a la versión expresada más arriba en conexión con el estudio de formas relictas en el paisaje cultural. Tales formas sólo pueden ser apropiadamente entendidas cuando se las ubica en el contexto general, geográfico o cultural, de su origen o, aún, en ciertos casos, el contexto de las condiciones que les han permitido persistir. Así pues, como el caso del perro que no ladraba de noche, la supervivencia de tanta arquitectura *Georgian* y *Regency* en las ciudades-mercado de East Anglia, es en sí misma como una advertencia negativa del desarrollo de esas áreas durante el siglo XIX.

El concepto de geografía histórica como una reconstrucción

de períodos pretéritos es ortodoxa y tan clara como nítida. Pero esta claridad y esta nitidez necesitan ser examinadas más de cerca, pues reposan en suposiciones acerca de la naturaleza de la explicación en geografía y en historia que nunca han tenido plena validez. Para decir las cosas con la máxima brevedad, existe consenso general en el sentido de que la geografía está esencialmente comprometida con la interrelación de los fenómenos que estudia. Autores alemanes del siglo XIX enfatizaron la *interdependencia causal* y la interrelación del *Zusammenhang* de fenómenos mientras que los franceses como Brunhes destacaron la idea de *connexité*, así como Mackinder, Hettner y otros que vinieron luego, especialmente Hartshorne, todos coniciden en este punto. El terreno de desacuerdo durante mucho tiempo ha sido si la geografía debería ocuparse de estudios genéticos, esto es de estudios de crecimiento y desarrollo o de procesos que se han operado para producir el cambio. Wimmer, Kretschmer, Mackinder y Hartshorne en 1939 creyeron que los estudios genéticos pertenecían realmente al método histórico y debía ser excluido de la geografía tanto como fuese posible. Es desde este enfoque, en efecto, que la geografía histórica puede ser contemplada con la máxima claridad, como una serie de cuadros de época o cortes en el tiempo, utilizando sus propios métodos para producir una geografía que, metodológicamente sería bastante diferente de cualquier otro tipo de historia del mismo lugar durante el mismo período. La geografía debería ocuparse de las interrelaciones funcionales; los estudios genéticos en cambio son esencialmente históricos.

Desgraciadamente, es obvio que esta posición lleva a la conclusión, empíricamente insostenible, de que aunque los geógrafos puedan legítimamente considerar cómo una industria o ciudad puede funcionar en la actualidad, no entraría dentro de su quehacer el estudio acerca de cómo esa industria o ciudad llegó a estar donde está. La mayoría de los geógrafos han rechazado esta posición extrema, incluyendo a Hartshorne en su más reciente obra metodológica.

Existe, entretanto, otra más estricta y diferente razón lógica para rechazar este enfoque excesivamente simple. La oposición entre funcional y genético, en materia de estudios geográficos, es

más aparente que real. Los estudios genéticos, en efecto, pueden involucrar uno de los dos diferentes componentes. Muchos estudios autodenominados genéticos no son, ciertamente, más que un intento de reconstruir relaciones funcionales de algún período del pasado. Así pues, un estudio de localización industrial frecuentemente procede a mostrar cómo sucesivas pautas de localización industrial se han adecuado a circunstancias físicas, sociales y económicas de períodos concretos. La segunda componente, sin embargo, es algo diferente en carácter y está orientada hacia la evolución de situaciones continuadamente a través del tiempo, pudiéndosela rotular convenientemente como el método dialéctico. La misma ha supuesto *...una preocupación con secuencias históricas amalgamadas. Una explicación dialéctica de una situación histórica demostrará cómo ha surgido de la situación que la precede; una prognosis mostrará de qué manera un futuro cierto está modelado por fuerzas que operan desde el pasado. Pasado, presente y futuro no son sino peldaños en la "escala ascendente de la necesidad": una escala en la que cada peldaño se halla de tal manera sostenido por el anterior y soportando el próximo superior que su posición relativa entre ambos nos dirá todo lo que necesitamos saber acerca de sí mismo como acerca de la escala como totalidad*[27]. El materialismo dialéctico es un ejemplo en el campo histórico de un enfoque teórico que emplea este tipo de método; y en el campo geográfico aparentemente la idea de *escenario* en la trinidad estructural de Davis, estructura, proceso y escenario deben mucho a esta clase de pensamiento dialéctico.

Ahora bien, pareciera que muchos historiadores han disminuido las pretensiones de un método dialéctico tal cual como éste; tanto más cuanto Postan cita los temores de un historiador *de miedo que minimizando los cambios históricos mudemos la misma historia del trabajo de los historiadores* [28]. En cambio, los historiadores crecientemente han perseguido un fin limitado de entender consistente en comprender las relaciones internas de las sociedades de una manera mucho más precisa y detallada de lo que pensaron posible los historiadores del siglo XIX. Los estudios del cambio a través del tiempo de un solo elemento o de un complejo de elementos relacionados, ofrece la posibilidad de evaluar la parte

que los mismos pueden jugar en una sociedad, pero esto, de ninguna manera implica la misma idea del estudio de fenómenos cambiantes en su totalidad, a través de un fluir continuo de eventos. A partir de la publicación del estudio clásico de Namier los historiadores ciertamente han intentado más y más concentrarse en las interrelaciones de fenómenos durante un período dado, y aunque el énfasis es diferente del que pone el geógrafo histórico, es bastante obvio que ni la historia, ni la geografía, pueden reclamar derechos exclusivos en punto a métodos analíticos.

Es. por tanto, prácticamente indeseable y metodológicamente innecesario excluir los estudios genéticos de la geografía. Pero si los estudios genéticos de elementos concretos en las situaciones complejas de la geografía moderna son deseables, esto igualmente debe ser cierto respecto de geografías de tiempos pretéritos. Pero como a la vez, la claridad conceptual de una serie de cuadros de períodos relativamente estáticos no siempre es evidente, resulta altamente deseable vincular los cuadros correspondientes a períodos sucesivos mediante estudios de cambios intermedios y de los determinantes económicos y sociales del cambio [29].

Existen, no obstante, otras dificultades incluidas en la restricción de la geografía histórica al cuadro de un período en gran escala, y el hecho de que estas dificultades prácticas pueden ser resueltas bastante brevemente no les quita importancia respecto de los problemas metodológicos que hemos tratado extensamente más arriba. Whittlesey y otros han seguido a Kretschmer en la idea de que los períodos de estabilidad deberían ser escogidos como los más adecuados para la reconstrucción de cuadros periódicos así como también es verdad que la geografía de ciertos períodos pueden resultar particularmente significativos en su contribución hacia la comprensión geográfica de áreas tales como la de *Great Plains* [30]. Pero la estabilidad no es de ninguna manera contemporánea con un área entera o un sector completo de una economía o sociedad. Sin embargo, en una serie de cuadros de períodos geográficos, aún la simple eliminación de la repetición omitiendo aquellos sectores en los que el cambio no ha tenido lugar, resultará claramente en una concentración de alguna suerte de cambio antes que en una estabilidad. El axioma mismo de que

deberían ser escogidos períodos de estabilidad necesita un examen muy cuidadoso, pues en el caso de estudios de instalación, por ejemplo. o en los de deforestación y recuperación de tierras, agricultura, crecimiento urbano y comunicaciones, es precisamente en el momento de cambio y sobre el proceso mismo de cambio que la mayoría de los geógrafos concentran su atención, pues es frecuentemente este el más interesante y provechoso estudio. La clase de preguntas que normalmente se hacen a menudo exigen la consideración del cambio tanto como la de las relaciones estáticas. ¿Cómo ha tenido lugar la instalación? ¿Por qué la fundación de una ciudad ha tenido éxito en un lugar y fracasó en otro? ¿En qué circunstancias y con qué resultado tuvo lugar la deforestación en esta o en aquella área?

El cambio geográfico a través del tiempo

Es por cierto en muchos casos que la posición del geógrafo histórico puede resultar bastante difícil de distinguir de la del historiador en tanto se concentra en lo que ha sido descripto antes como *estudios de los cambios de un elemento singular o de un complejo de elementos relacionados a fin de evaluar la parte que juega,* pero, por supuesto, en una situación geográfica relativa al lugar, más que en una situación histórica relativa a la sociedad. A. H. Clark enfatiza este punto reclamando una mayor atención a la descripción de los procesos mediante los que *elementos seleccionados... que se cree que han contribuido sobradamente a dar carácter regional y que han cambiado a lo largo del tiempo* [31]. Queda mucho por decir respecto de un enfoque de la geografía histórica que la consideraría como un estudio sobre *el cambio geográfico a través del tiempo* tal como lo sugiere Clark [32]. Aceptar este criterio, en cierto sentido no implica más que reconocer que los geógrafos históricos ya están haciendo en sus estudios de instalación, sistemas de parcelas, localizaciones industriales cambiantes, crecimiento urbano, etc. Hay unos pocos obstáculos metodológicos y aunque cometen petición de principio acerca de la naturaleza de la geografía como cualquier otro de los puntos de vista antes mencionados, en suma es mucho más informal y permisivo

que preciso y restrictivo. Pero ofrece solamente una solución parcial así como extiende el panorama sin definir el total; porque es poco satisfactorio insistir en el estudio del cambio. Situaciones cambiantes pueden permitir que emerja un cuadro más claro acerca de la función de la posición o del recurso (por ejemplo, en los usos sucesivos de rutas fluviales, marítimas o terrestres en la historia de los Países Bajos), pero es claramente un prerrequisito examinar, digamos, la estructura comercial del siglo XVII en Holanda en un contexto relativamente estático. Y es más básico aún para los geógrafos el estudiar cómo se hallan interrelacionadas las cosas que les interesan sobre períodos y lugares.

¿Qué conclusiones, pues, surgen de este análisis de puntos de vista que han sido tomados hasta ahora sobre el problema de la geografía histórica? El primer y más importante comentario que hay que hacer es que no es posible ninguna solución doctrinaria a los problemas de relevancia que encaran los geógrafos históricos y que no hay ninguna fórmula que decida en lugar de ellos lo que es historia y lo que es geografía. El problema en sí mismo es a menudo artificial y árido ya que lo que importa es la contribución que efectivamente se hace al saber, si bien es frecuentemente útil tener *in mente* la regla empírica de que los geógrafos están especialmente consagrados a los lugares y a cómo son, sea tanto en el presente como en el pasado. No existe ningún instrumento de precisión que pueda derivarse de la más cuidadosamente construida definición a fin de lograr este propósito. En segundo término cada una de las actitudes que han prevalecido sobre el tema durante un momento u otro han prestado una función útil en conexión con las opiniones dominantes acerca de la naturaleza de la geografía y también sobre la naturaleza de la explicación. En tercer lugar, cada uno de estos puntos de vista ha ayudado a contribuir, o ha facilitado o ha (quizás más a menudo) simplemente aceptado y reconocido una contribución real a los conocimientos que se han incrementado en geografía o en historia o en ambas.

Finalmente, el abandono de actitudes doctrinarias en beneficio de la naturaleza y contenido de la geografía histórica abre el camino para un enfoque mucho más flexible de la organización del trabajo así como de su presentación. Este es un tema que ha sido

hace poco debatido con cierta longitud por Darby [33]. Hay poco que pueda agregarse excepto que la extensión de la variación en el método de presentar elementos históricos en geografía es no sólo una medida de la dificultad del problema, sino que también es una medida del grado en que la geografía histórica se ha sentido emancipada ella misma de las restricciones de metodologías gastadas. Es obvio que la naturaleza del material mismo puede dictar la forma de organización, particularmente en tópicos de investigación. El fin y el propósito de cada autor quizá pueda llevarle a adoptar un enfoque retrospectivo, o a adoptar un enfoque sistemático mediante el cual los cambios en la instalación o la agricultura, por ejemplo, pueden seguirse a través del tiempo. Esto se ha convertido en algo tan corriente como para llegar a ser ortodoxo.

Problemas y tendencias actuales en geografía histórica

Las tendencias en la literatura histórico-geográfica de las décadas recientes ilustran estos temas. La relación del hombre con su entorno ha sido desde el siglo XIX en adelante un tema que estimuló y a menudo fue asociado con el estudio de sociedades primitivas, en las que el ajuste al medio físico jugó un rol mucho más obvio y directo que en las sociedades industrializadas de Occidente. La Prehistoria ha sido el terreno en el que la apreciación de la posición, el relieve, los suelos, el drenaje y la provisión de agua arrojó un nuevo haz de luz sobre la geografía humana y también pudo contribuir en algo a la arqueología. No obstante, en años recientes, se ha producido un cambio de enfoque en los estudios de la prehistoria llevados a cabo por Fleure, Daryll Forde, Cyril Fox o Wooldridge y Linton sobre instalaciones anglosajonas. Los prehistoriadores han aprendido sus lecciones geográficas, pero también es verdad que los lazos que vinculan la prehistoria (en Europa, aunque no en América y en Asia) con la geografía moderna tienden a ser muy extendidos y tenues, discutibles y, a menudo, de importancia poco aparente en el mundo moderno. Esos lazos han dejado pautas en el terreno en forma de relictos, así como trazas de instalaciones que ahora constituyen un punto de partida para estudios de historia rural. Han afectado la distribución de razas

y de idiomas, pero él interés geográfico en estos tópicos se ha debilitado con la decadencia de la geografía política, habiendo alcanzado su cenit, quizá, en el período anterior a 1939.

El estudio de una época ha sido desde hace mucho tiempo la norma en el repertorio de los geógrafos históricos, e indudablemente continuará siéndola pues todavía queda mucho por hacer que sea provechoso y ayude a cerrar la brecha existente entre el parroquialismo de mucha historia local y los intereses más amplios del historiador económico, quien aún ocasionalmente tiende a ignorar las diferencias regionales de un área a otra y quien usualmente no se interesa *prioritariamente* en la diferenciación areal. El éxito de *Historical Geography before 1800* [34] y el valor de la geografía de Domesday [35] dejan en claro que hay considerables posibilidades y de que la profundización de este principio mediante el examen detallado y el mapeado sería de un gran valor, toda vez que sea posible, concerniente a datos que relacionan población con recaudación de impuestos y uso de la tierra que están disponibles bajo varias formas desde 1250 hasta los censos de población de los siglos XVI y XVII así como en la documentación de antiguos tributos. A escala local, es mucho lo que se ha hecho y existe un amplio campo de oportunidades, todavía, para estudios piloto de pequeñas áreas. Pero la evaluación de los datos, la compilación de mapas y la interpretación y comparación de un período con otro, de las conclusiones extraídas de tales estudios en una escala mayor, representa una tarea importante para el futuro. Relatos topográficos, escritos de viajeros y mapas primitivos son otras fuentes de interés peculiar para geógrafos históricos del período moderno en sus comienzos y han sido explotados a un nivel más profundo del que era factible hace sólo unos pocos años. Y sólo se ha empezado a hacer, con los vastos recursos del siglo XIX, la reconstrucción de la geografía de un país industrializado. Este no es el lugar para hacer el listado de tales fuentes con detalle, y al mismo tiempo, un bosquejo más o menos amplio ha sido incluido en el trabajo de Darby sobre *Historical Geography, Twenty Years After* [36]. Hay dos puntos que, no obstante, vale la pena señalar. El primero es que el análisis y el mapeo de tantos datos cuantitativos como estén disponibles para períodos primitivos pareciera ser uno de los campos

de investigación en los que hay considerables posibilidades para un juicioso uso de técnicas estadísticas elementales para comparar distribuciones en períodos sucesivos, ayudar a echar luz sobre factores involucrados en casos especiales de distribución y quizá, ocasionalmente, para ayudar a controlar la validez de las muestras. El segundo punto es que quizá sea posible proveer de un marco regional para propósitos específicos que podrían remplazar con ventaja unidades jurisdiccionales o contextos regionales modernos que a menudo son igualmente insatisfactorios. Tales regiones, a menudo proporcionadas como "hechas a medida", como es el caso de regiones agrícolas identificadas por autores del *General View of Agriculture* son más a menudo el producto de trabajos detallados, por ejemplo, sobre estadísticas del uso del suelo (las divisiones del uso del suelo de Mitchell para Suffolk en la edad Media que está basada en estudios de la *Inquisitiones Nonarum* de 1341 es un caso pertinente).

Estudios de la génesis de rasgos del paisaje y del cambio geográfico a través del tiempo han conducido por igual a dar un énfasis considerable al rastreo de la evolución de la agricultura, la instalación, el comercio y la industria en lo que se ha llamado estudios "verticales" o estudios tópicos a través del tiempo. Sería tedioso hacer un relevamiento de todas las contribuciones que se han hecho sobre aspectos históricos de estudios sistemáticos en geografía agrícola o industrial, etc., pero sería muy provechoso tocar las áreas de considerable crecimiento en años recientes.

Los cambios en los paisajes físicos en el tiempo histórico han sido estudiados más intensamente con nuevas normas críticas y nuevas fuentes de material extraído de archivos locales y nacionales. Los estudios del cambio climático, previos a la aparición de instrumentos de medición han sido realizados con ayuda de una escrupulosa atención sobre las condiciones del tiempo y de las cosechas año por año en crónicas monásticas, o por medio de estudios sistemáticos de las fechas de la vendimia en Francia, y esto añade nuevos criterios a los muchos otros que han sido usados para ilustrar acerca de las condiciones climáticas durante los tiempos históricos, así como su relación con las condiciones económicas. La visión del hombre como agente modificador de la faz de la tierra apa-

rece patente en el título de la obra editada por Thomas sobre *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, y es a la luz de esto mismo que uno debería igualmente mirar la reciente y considerable producción de estudios sobre la deforestación, la recuperación de eriales, drenaje e irrigación. El desmonte, la erosión de los suelos y la sedimentación han sido tratados desde el punto de vista histórico en trabajos sobre los Alpes franceses y por Haggett en su estudio sobre Brasil. Muchos estudios de este tipo han combinado técnicas de investigación en geografía física e histórica de un modo nuevo y fecundo que a menudo parece demostrar la ausencia de toda separación entre el método "científico" y el histórico.

El estudio sobre los Norfolk Broads [37] llevan a la acumulación de pruebas a través de documentos estratigráficos e históricos a fin de explicar cómo se han originado. Y en los Países Bajos, la historia de las inundaciones y la recuperación de tierras ha sido en buena medida fundada en el examen de la sedimentación reciente, y aquí, como en Alemania Occidental como en Francia, se han dado pasos para establecer la historia medieval de la deforestación y aún los lineamientos más importantes de la evolución del uso de la tierra mediante estudios del polen y de otros vestigios vegetales.

Los estudios de la instalación rural, los sistemas de campos, y las estructuras agrarias, indudablemente han recibido un gran impulso por el énfasis que se ha puesto en la comprensión de los elementos del paisaje. En Europa Occidental, trabajos pioneros sobre instalaciones y sistemas de campos ya fueron escritos entre fines del siglo pasado y 1930. Pero una vez que estaban publicados trabajos tan normativos como los de Meitzen en Alemania, Marc Bloch en Francia, Seebohm y Gray en Inglaterra, y luego de la edición de las actas de la Comisión de Habitat Rural por la Unión Internacional en 1928, los trabajos en esta dirección parecerían haberse agotado. A partir de la Segunda Guerra Mundial ha habido una gran expansión de tales estudios en una escala más local y a menudo más intensa que la de los pioneros. En Francia, los Países Bajos, Alemania y Suecia, se ha alcanzado un gran progreso no sólo en el sentido de la comprensión de los paisajes rurales actuales y sus problemas, sino también hacia un mucho más profundo conocimiento de las circunstancias históricas bajo las que las configu-

raciones de sistemas de campos y de instalaciones se desarrollaron. En Inglaterra, historiadores como especialmente Hoskins, Beresford y Allison han continuado las tradiciones establecidas por historiadores sociales o por la larga lista de topógrafos locales, y los geógrafos también han hecho contribuciones importantes, particularmente en años recientes. Jones, Sylvester, Vollans, Thorpe y Bowen, pueden ser mencionados, pero hay muchos otros también que han investigado, o aún están haciéndolo, dentro de este campo con considerable provecho y beneficio mutuo tanto para el historiador como para el geógrafo. Este tipo de estudio ha sido uno de los puntos que más se ha enriquecido en la geografía como totalidad, y se ha convertido en el núcleo de la historia agraria. Muchos artículos sobre esta clase de tema han servido, por cierto, para llenar las páginas de las publicaciones periódicas nuevas o relativamente nuevas, tales como *Etudes Rurales* o *Agricultural History Review*.

El estudio organizado de la instalación, sea urbana o rural y el estudio de sistemas de campos llena evidentemente una de las brechas que habían sido dejadas entre la geografía y la historia a fines del siglo XIX y que sólo en forma parcial había sido llenada por los estudios pioneros de aquel tiempo y el que le siguió. En los años entre las dos guerras mundiales fue muy abandonado y su renacer se opera después de la última conflagración. Uno se siente tentado a especular acerca de cuál es la causa por la que esto sea así y a hacer una lista de algunas de las cualidades de este tipo de estudio que pudieran haberlo hecho especialmente susceptible de ser atacado durante este período por gente entrenada geográficamente.

En primer lugar hay una relación entre instalación y sistema de campos y las características del entorno físico. Sin duda, este fue el hecho que atrajo el interés geográfico en la fase inicial de estos estudios. Relieve, suelos, y provisión de agua eran los factores citados por los geógrafos para contrapesar los enfoques étnicos de Meitzen y sus seguidores. Este interés en las facetas del entorno físico es algo perdurable. Los sistemas de campos así como los modelos de instalación rural son rasgos prominentes del paisaje en áreas de Europa continental donde el movimiento de los cercados

no tuvieron lugar y la relevancia de la historia rural medieval y moderna en sus primeras fases, es bien evidente. Por cierto, uno está inclinado a preguntarse en qué medida la reticencia inicial de los geógrafos ingleses sobre este tema no está asociada a la circunstancia de que los cercamientos borraron disposiciones de los campos más antiguos. En tercer término las fuentes de evidencias suelen tender hacia la clase de fuentes que los geógrafos se sienten más competentes a encarar —mapas primitivos, planos, fotografías aéreas, y, por supuesto, observación y medición en el terreno.

En cuarto lugar, a falta de documentación abundante, como sucede frecuentemente en los estudios ingleses, los métodos más apropiados de investigación a menudo han sido aquellos que emplea la geomorfología genética. Es precisamente en conexión con estudios de instalación rural y sistemas de campos que se acuñó la frase "morfogénesis del paisaje cultural" [38] (1960, 1961). En términos más generales podría añadirse que también este es un tema en el que el interés, frecuentemente, está centrado en factores sociales y tecnológicos en vez de en cuestiones estrictamente económicas, y su resurgimiento coincide entonces con un renovado interés en aspectos sociales de la geografía.

Comentarios bastante similares pueden hacerse de los estudios urbanos. Aquí también ha habido una ola de interés a fines del siglo XIX que estaba intrigada en cuestiones acerca del origen de las ciudades y la naturaleza de sus instituciones. Este interés también cedió antes de 1939 y es sólo después de la guerra que se ha verificado una tendencia renovada hacia la historia urbana, por parte de historiadores, geógrafos, arqueólogos, arquitectos y urbanistas. Muchas de las cualidades que han hecho de la instalación rural un tema atractivo para geógrafos, son las mismas que resultan pertinentes en el caso de la historia urbana, en especial cuando se centra sobre problemas conexos con crecimiento físico, función económica y con las funciones variables de áreas especiales dentro de la ciudad. Parece, sin embargo, innecesario seguir entrando en detalles sobre este tema que, en lo esencial resulta similar al de la instalación rural.

Puede ser que sea útil, aunque azaroso, concluir sugiriendo las maneras en que la geografía histórica puede ser que evolucione

en el futuro próximo. La aplicación de métodos estadísticos es una tendencia que la geografía comparte con la historia económica. Quizá se trate del análisis más refinado de documentación cuantitativa relacionada con la distribución de la prosperidad, la población y el uso de la tierra conque los métodos estadísticos jamás hayan contribuido. De ser así, el estudio de distribuciones en ciertos períodos en especial, podría estar mejor provisto de herramientas precisas para la comparación de distribuciones sucesivas y la comprobación de la información. Estudios como el de Buckatzsch [39] suministran un indicador en esta dirección. En segundo lugar se puede prever que los estudios históricos de la vegetación y de la sedimentación van a hacer los más grandes progresos en la medida en que sea posible sacar conclusiones del análisis del polen y del contenido orgánico de depósitos sedimentarios recientes, cuya data se obtenga por métodos empleando el radio-carbón en lugar de la documentación escrita siempre fragmentaria, o de las pistas que sugiere la antigua toponimia. La deforestación, la erosión de los suelos, la recuperación de tierras incultas y el drenaje de tierras bajas serán entendidos mejor, así como también será mejor comprendida la historia del uso de la tierra en ciertas áreas.

En el caso del estudio de la instalación rural también se necesita una cooperación más sistemática en el uso de evidencias procedentes de diferentes disciplinas: el historiador local, el historiador de la arquitectura, el geógrafo, el experto en suelos y en especial el arqueólogo pueden trabajar juntos con provecho, tal como lo hicieron en un proyecto de investigación sobre relevamiento de aldeas en Norfolk. Algo ya se ha hecho en el sentido de elaborar un modelo teórico para el estudio de la expansión de la instalación a través del tiempo asumiendo ciertas hipótesis sobre la naturaleza de la nueva colonización [40]. Pero esto no es sino apenas un comienzo y la aplicación de modelos de este tipo pareciera que estuviera enormemente limitado por la dificultad y, a veces, por la imposibilidad de calibrar el grado de aproximación de los sistemas reales a los teóricos. Como quiera que sea, en cuestiones de instalación rural, tanto en el sentido de instalación y colonización como en el sentido de la interpretación de formas de instalación hay muchas

posibilidades de lograr un enfoque más sistemático a través de clasificaciones y terminologías generalmente aceptables.

Es quizá en geografía urbana y en estas teorías de localización que muchos de los progresos recientes han sido hechos de manera integral, en el tema como totalidad. No es el momento de entrar a debatir sobre la utilidad o la validez de los conceptos teóricos que esos progresos mencionados suponen; pero no es imposible que esos nuevos enfoques de los problemas de localización, "análisis espacial" o el *Standortsproblem* puedan proveer un marco conceptual de referencia que contribuya considerablemente en la organización e interpretación de las geografías pretéritas.

Quizá un ejemplo aclare lo que queremos significar. En los países modernos y altamente industrializados, la multiplicación de las industrias de consumo y la emancipación de la industria de las minas de carbón, la disponibilidad universal de energía y la orientación mercantil de muchas industrias desmontables han contribuido a implicar que una geografía industrial basada en el estudio de artículos de consumo individuales se ha hecho impracticable cada vez más o, en el mejor de los casos, se ha divorciado de las realidades de las estructuras industriales contemporáneas. Los geógrafos han sido enfrentados durante cierto tiempo por la necesidad de examinar el desarrollo industrial en los términos generales con que lo hace el economista o si no en los términos del estudio de regiones industriales o ciudades individuales y conurbaciones. Esto debe complementar necesariamente el estudio de unas pocas y selectas industrias que, por una razón u otra son consideradas adecuadas para ser analizadas; hierro y acero, química pesada, textiles. La concentración de la industria en minas de carbón o en otros sitios propicios, por ejemplo en puertos y capitales, los que originalmente daban coherencia a la geografía industrial, hoy por hoy ya no tiene mayor sentido y se ha abandonado.

La situación que ha surgido con la emancipación de las minas de carbón tiene algo en común con la geografía "industrial" de la sociedad pre-industrial. Antes de que el carbón se convirtiese en un factor de locación dominante, hubo relativamente pocas industrias —hierro, vestido, astilleros, etc.— que justificaban estudios detallados de localización. Luego, en años recientes, quizá la mayor

parte de la industria se estableció en localizaciones muy dispersas, en pequeños talleres y en las casas de la población rural y urbana. Las fuerzas del mercado parece que a menudo dominaron la localización de los artesanos y aún, en cierto grado, hasta la industria rural. Es quizá relevante, entonces, para el geógrafo histórico de las sociedades pre-industriales, usar y modificar las ideas y principios de organización desarrolladas en la literatura sobre teorías del lugar central, jerarquías urbanas y esferas de influencia urbana. Parece probable, por ejemplo, que ideas tales como éstas ayuden a dar coherencia e inteligibilidad a la variada estructura ocupacional de pequeñas ciudades y centros regionales y que ayuden a interpretar algunos aspectos de la distribución de la industria doméstica rural en torno a las ciudades que abastecían con materia prima y en las que el producto terminado era comercializado, por ejemplo, en el marco de la industria textil de los Midlands orientales.

Es asimismo evidente, que nuevas tendencias van a trasgredir los límites de diversos puntos de vista sobre la naturaleza de la geografía histórica que han sido esbozados más arriba y es correcto que así suceda. Los estudios tópicos en las ramas históricas de la geografía sistemática, parece que ofrecieran posibilidades de un desarrollo fundamental, particularmente en términos de una mejor comprensión de los procesos por medio de los que el cambio geográfico a través del tiempo suele tener lugar. Algunos de esos procesos en geografía urbana, especialmente los relacionados con la teoría del lugar central y las esferas de influencia, técnicas estadísticas de análisis regional, y el desarrollo posterior de estudios de distribución, quizá den un nuevo y considerable estímulo a los estudios de la geografía de períodos específicos. Este será el caso también de la transferencia a casos históricos de estudios geográficos sobre "subdesarrollo" y "despegue". Quizá no sea excesivamente ambicioso esperar que todos estos serán campos en los que el geógrafo tiene alguna contribución que hacer para su comprensión histórica tanto como en los estudios sobre lugares sea en el pasado, el presente y en el futuro.

Finalmente cabe preguntarse acerca de qué ofrecen las tendencias recientes en geografía histórica para la enseñanza de la

geografía y de qué manera pueden ayudar a corregir algunas de las deficiencias señaladas al principio de este capítulo. Quizá una de las más importantes oportunidades que se abren sea hacia un más profundo conocimiento del entorno local mediante una capacitación para poder continuar el contexto más vasto posible de trabajos escritos sobre instalación rural, sistemas de campos o historia de los cercamientos. Todavía existe una apreciable oportunidad para hacer trabajos de campo y labores prácticas que pudiera ser que se superponga con la historia local (una oportunidad para la cooperación y el mutuo aprovechamiento antes bien que un caso de competencia) pero que puede muy bien escapar a la aridez de algunos estudios sobre uso de la tierra. Las ideas que sugiere el estudio localizado de la instalación rural y urbana puede ayudar a los estudiosos para que establezcan un lazo fructífero entre las abstracciones que los libros de texto hacen acerca de otras y más vastas regiones y los paisajes de esas áreas tal cual se ven en un filme, o en una serie de diapositivas, o (cada vez más frecuentemente en el mundo opulento de hoy) sobre "vacaciones en el extranjero".

Resulta igualmente claro que el énfasis reciente puesto en la geografía histórica orientado hacia la comprensión de las maneras en que el pasado ha contribuido a las geografías actuales, es de mucho mayor importancia para el docente que los ejercicios académicos de geografía de períodos pretéritos. Los textos están introduciendo, con razón, más y más material por el cual la importancia de una herencia cultural o de la instalación primitiva en un área puede ser calibrada por el estudiante. El estudio de América Latina, por ejemplo, gana sin duda alguna gracias al conocimiento de la contribución *cultural* de las culturas indígenas, el período colonial español y la independencia durante el siglo XIX. La estimación de la utilidad de la posición, las rutas y los recursos mejora enormemente mediante cierto conocimiento de su utilidad en el pasado. La utilidad del Rhin asimismo puede ser vinculada con el crecimiento y las vicisitudes de las ciudades y puertos, su vecindad tanto como en relación a la circulación de petróleo y carbón. Y también resulta claro que las "explicaciones" crudamente deterministas de la localización de la industria o del asiento y expansión de las ciu-

dades puede sensatamente evitarse introduciendo una síntesis histórica acerca de cómo llegaron a ser lo que son. Pero es de la competencia del geógrafo histórico, no menos que para el historiador, el proveer al autor de textos la información para sintetizarla lo más exactamente posible, así como elegir los métodos mediante los cuales los problemas y los estudios locales pueden ser entendidos en forma más directa.

[1] Ultima etapa de la enseñanza media y requisito previo a ingresar a la Universidad. [*N. del Tr.*]

[2] H. C. Darby: *On the Relations of Geography and History* (Trans. Inst. Brit. Geog., Pub. Nº 19, [1953], 1-13).

[3] Carl O. Sauer: *Foreword to Historical Geography* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 31 [1941], 1-20).

[4] J. N. L. Baker: *The Last Hundred Years of Historical Geography* (History, New Series, 21, 193-207).

[5] E. W. Gilbert: *What is Historical Geography?* (Scot. Geog. Mag., 48, 129-36).

[6] Keith Johnston: *A Sketch of Historical Geography*, 1872.

[7] A. Mirot: *Manuel de la Géographie Historique de la France*, 2 vol., Paris, 1929.

[8] K. Kretschmer: *Historische Geographie von Mitteleuropa*, München, 1904.

[9] J. Wimmer: *Historische Landschaftskunde*, Innsbruck, 1885.

[10] London, 1882.

[11] London, 1901.

[12] E. C. Semple: *American History and its Geographic Conditions*, Boston, 1903, y *The Geography of the Mediterranean Region: Its Relation to Ancient History*, New York, 1932.

[13] Richard Hartshorne: *The Nature of Geography*, Lancaster, Pa., 1939.

[14] Carl O. Sauer: op. cit.

[15] W. G. Hoskins: *The Making of the English Landscape*, London, 1955.

[16] M. W. Beresford: *History on the Ground*, London, 1957.

[17] H. C. Darby: *The Changing English Landscape* (Geogr. Jour., 117, 377-98).

[18] H. C. Darby: op. cit. (1953).

[19] Según E. D. Laborde es un tipo de comarca dividida en forma de damero de pequeños campos separados por cercos o árboles en línea típico de Normandía y de Bretaña. [*N. del Tr.*]

[20] E. M. Yates: *History in a Map* (Geogr. Jour., 126 [1960], 32-51).

[21] M. Derruau: *La Grande Limagne*, Clermont Ferrand, 1949.

[22] Rasgo típico y exclusivo del Este de Inglaterra (East Anglia) donde fueron ensanchados algunos ríos. Del inglés *broad*: ancho, ensanchar. [*N. del Tr.*]

[23] D. Whittlesey: *Sequent Occupance* (Ann. Assn. Am. Geogrs., 19 [1929], 162-65).

[24] R. Hartshorne: *Perspective on the Nature of Geography*, Chicago, 1959.

[25] W. G. East: *Historical Geography of Europe*, London, 1935.

[26] J. B. Mitchell: *Historical Geography*, London, 1954.

[27] M. Postan: *Function and Dialectic in History* (Ec. Hist. Rev., 2nd series, 14 [1962], 397-402), p. 379.

[28] Loc. cit.

[29] J. M. Broek: *The Santa Clara Valley, California*, Utrecht, 1932. H. C. Darby: *Historical Geography, Twenty Years After* (Geogr. Jour., 126 [1960], 147-59).

[30] Se refiere evidentemente a las *Great Plains* de los Estados Unidos, que son las llanuras altas (entre los 1.000 y los 1.500 metros de altura) ubicadas al oeste de las praderas del Corn Belt y que se caracterizan por las escasas lluvias que reciben. Es por esta razón específica que hemos preferido no traducir su designación. [*N. del Tr.*]

[31] A. H. Clark: *Geographical Change as a Theme for Economic History* (Jour. Ec. Hist., 20 [1960], 607-17).

[32] A. H. Clark: *Historical Geography*, Capítulo III en *American Geography: Inventory and Prospect*, P. E. James y C. F. Jones, Syracusa, 1954.

[33] H. C. Darby: *The Problem of Geographical Description* (Trans. Inst. Brit. Geogr., Pub. Nº 30, [1962], 1-13).

[34] H. C. Darby: *An Historical Geography of England Before 1800*, Cambridge, 1936.

[35] *Domesday Book* es el nombre del célebre padrón mandado a hacer por Guillermo I el Conquistador en 1066, inmediatamente de producida la invasión normanda a Gran Bretaña en el cual se consignan con todo detalle datos de la tierra y de los pobladores de la Inglaterra de entonces. Su exactitud ha sido estimulante para emprender estudios de reconstrucción del pasado geográfico. Su valor tan definitivo ha sido destacado mediante un juego de palabras y llamándolo *Doomsday* (donde *doom*: sentencia, condenación).

[36] H. C. Darby: *Historical Geography, Twenty Years After* (Geogr. Jour., 126 [1960], 147-59).

[37] J. M. Lambert et al.: *The Making of the Broads* (Royal Geogr. Soc., Research Series Nº 3, 1960).

[38] Vadstena Symposium: *Morphogenesis of the Agrarian Cultural Landscape*, Vadstena Symposium, Congreso de la Unión Geográfica Internacional de 1960 (Geogr. Annaler, 43, 328 pp.).

[39] E. J. Buckatzsch: *The Geographical Distribution of Wealth in England, 1086-1843* (Ec. Hist. Rev., New Series, [1950], 180-202).

[40] E. Bylund: *Theoretical Consideration regarding the Distribution of Settlement in Inner N. Sweden* (Geogr. Annaler, 42 [1960], 225-32).

ROBERT NEWCOMB

DOCE ENFOQUES OPERATIVOS EN GEOGRAFIA HISTORICA

> "El verdadero problema de la geografía es cómo combinar la visión subjetiva en la cual consiste la esencia de la descripción, con la explicación en la que la visión subjetiva no tiene lugar. La historia en su sentido más lato ayuda a cerrar la brechá."
>
> H. C. Prince [1]

En un período de aguda y áspera transición, los geógrafos se encuentran controlando mapas de caminos y midiendo la dirección y la fuerza de las brisas conceptuales. Incumbe al geógrafo histórico, nominalmente a salvo de los caprichos de la moda, perdido en los archivos o en las aldeas abandonadas, el calibrar los vientos del cambio para ver si existen nuevas metodologías y técnicas en circulación. El geógrafo histórico no necesita ser dentro de su clan disciplinario quien esté más al corriente de las novedades, pero tampoco puede permitirse el riesgo de caer en investigaciones técnicamente superfluas.

El elemento tiempo en geografía

Las siguientes observaciones sobre doce métodos para trabajar en geografía histórica han sido reunidos como un ejercicio de acopio. De la docena de enfoques presentados aquí, seis merecen el título de creencias tradicionales cuyos balances pueden considerarse relativamente como nuevos puntos de partida. Para establecer una vitalidad individualizable de lo que de lo contrario podrían ser etiquetas abstractas, se citan ejemplos ilustrativos de la literatura específica. La secuencia en las que los métodos ope-

[Yearbook of the Association of Pacific Coast Geographers (1969), vol. 31.]

rativos se presentan, no indica su mérito conceptual ni su valor. En efecto, las comparaciones de valor han sido evitadas en este trabajo el cual está destinado a ser una suerte de compendio introductorio sobre el método antes que un manual para el artesano.

La apoteosis del elemento temporal dentro del reino geográfico de habla inglesa está indicado en los dos volúmenes de Hartshorne, en su denso prolegómeno y en su comprimida visión retrospectiva [2]. Ultimamente el elemento temporal ha sido elevado a una posición de importancia como contribución a la descripción y a la explicación geográficas. Esto es cuanto se ha andado y se ha afirmado y espera sólo al erudito que adapte las realizaciones temporales del geógrafo dentro del más amplio marco de la historia de las ideas, como hizo Collingwood para su disciplina y como otros autores enfocan las suyas [3].

Si es verdad que ya no es necesario defenderse por "amar el moho" [4] todavía está vigente el desafío a desarrollar y a perfeccionar los métodos operativos que incorporan el elemento temporal como un constitutivo fundamental. Darby ha atacado de manera directa la tarea de ordenar las definiciones existentes de geografía histórica que oscurecían los modos y los medios de introducir en grandes dosis el factor puramente temporal dentro de los estudios geográficos. Un trabajo suyo de 1953 establece cuatro categorías de geografía histórica que circundan las fuertes tendencias británicas en materia de clásicos y de historia [5]. Su ensayo de 1962, aunque dejando de lado tres áreas temáticas con sobretonos temporales, retoca la categoría principal del elemento histórico en geografía para ponerlo más al día en términos de la creciente popularidad del rol del hombre en el cambio del paisaje y en el tema del cambio geográfico a través del tiempo [6]. Sin intenciones de desaprobar las interpretaciones que hace Darby de los métodos operativos, basados en la historia dentro de la geografía, puede decirse que representan a la creencia tradicionalista.

Un nuevo punto de partida, aparte de las recetas normalizadas para geografía histórica, ha sido presentado por Merrens quien tomó sus principales claves de una manera penetrante de un artículo de Pattison sobre las tradiciones pedagógicas de la geografía [7]. Las categorías de Darby, así como algunos tipos menores

de estudios temporales en geografía, pueden clasificarse dentro de las tres tradiciones descriptas por Merrens, a saber: la espacial, los estudios areales y las tradiciones hombre-tierra. Aunque esta simplificación indique un progreso real, o simplemente represente la restructuración del caos de acuerdo a pocas pero más vastas clases, todavía no es tan aparente. El modelo de Pattison para la descripción de la materia es tan lejano como un bosquejo. Lo que será necesario es poner a prueba una vez más este modelo para ver si se simplifica al hacerlo meramente más general, o si sus aparentes contenidos reorganizativos son veraces y nuevos. Una breve reflexión indicará, empero, que todos los siguientes modos de inyectar tiempo en la geografía, sean o no de carácter tradicional o novedoso, entran en el modelo de Pattison-Merrens. Su enfoque conceptual ha aclarado algunos aspectos de la clasificación y sus problemas y su osadía ha estimulado usos no tradicionales del factor temporal en la literatura geográfica.

Teniendo in mente el catálogo de tipos de Darby, estimulado por el modelo tipo *troika* y con cierta experiencia de aplicación pedagógica a mano [8] se ofrece el siguiente lineamiento de los métodos posibles para manipular el factor tiempo en la labor geográfica. Las doce categorías pueden dividirse en dos familias: TRADICIÓN y NUEVOS PUNTOS DE PARTIDA. En un esfuerzo por encarnar literalmente este esqueleto estructural se han hecho referencias representativas para cada modo. Podrían haberse citado muchos otros trabajos pero este esquema no debe ser considerado como exhaustivo.

I. Los modos tradicionales

Tradicional significa aquí método operativo que ha sido consagrado por la práctica exitosa demostrada en la literatura específica. Los antecedentes de la geografía histórica tradicional pueden rastrearse en los campos de la historia y la antropología respecto de aptitudes conceptuales y de métodos operativos. Cierta habilidad, tanto en organización como en expresión literaria, es requerida para triunfar en cualquiera de los seis enfoques tradicionales.

1) *El corte temporal*

Las geografías pretéritas perfeccionadas mediante cortes en el tiempo proporcionan una manera popular y útil de manejar el elemento tiempo en los estudios geográficos. Un período pretérito, seleccionado a causa de su importancia o a causa del abundante material existente se lo aísla y se lo describe de manera muy semejante a la cual podría intentarse un estudio regional. Se necesita una justificación para la selección de la "rodaja de tiempo" en particular elegida que usualmente forma parte de una porción básica de la exposición razonada del proyecto total. Un bien conocido ejemplo es *Mirror for Americans* de Brown [9]. Una crítica común a este enfoque es la de que permanece muerto como la sala cerrada de un museo, elegantemente arreglada y por más exquisito que sea su contenido. Por otra parte, un alto grado de vivacidad puede caracterizar un corte dado en el tiempo si se producen procesos y cambios excitantes que conducen a ese instante en el tiempo y éstos han sido apropiadamente cubiertos. El tratamiento que hace Darby de este enfoque incluye citas adicionales y muchas referencias intrigantes como demostración [10].

2) *El tema vertical*

Génesis y evolución, o más sencillamente, el TEMA VERTICAL constituye un segundo modo popular tradicional de considerar el tiempo de una manera más dinámica. Si el complejo paisajístico total no puede ser tratado en términos de su larga historia, la selección de uno o de unos pocos temas pertinentes y su ilustración dentro de una base de tiempo fluido es una alternativa practicable. El desafío literario que presenta es tal que el estudioso debe elaborar su tema suficientemente, de forma que lo vivifique pero al mismo tiempo no se pierda en medio de apartes atractivos pero divergentes. Una crítica fundamental, y que se hace frecuentemente al uso del tema vertical, es que el tópico favorito del crítico se selecciona por omisión. En principio, la idea de que partes de todos dinámicos pueden ser aislados es defendible sólo en tanto las habilidades del autor demuestren esta posibilidad, o si su argumentación hacen parecerlo. El estudio de Darby del Fenland cubrió un largo período y mantuvo bajo control una gran

variedad de desconcertantes subtemas desde lo físico a lo fiscal [11]. Lamb, trabajando con un lapso más reducido, manipuló materiales estadísticos imposibles de manejar de los que guardándose contra las tentaciones provocadas por cuestiones seductoras se relacionaban con la mula en el viejo Sur [12].

3) *El "sandwich" de Dagwood*

EL SANDWICH DE DAGWOOD es un título extravagante para el intento de emparentar el corte temporal con el tema vertical. Esta pareja no es fácil de lograr y pocos son los que han deseado intentar el rol de agentes matrimoniales. La meta es cruzar la cría del corte temporal con el dinamismo de los temas verticales en una exposición estructural que tendrá su mayor éxito al ilustrar el crecimiento y el cambio de un paisaje. El frecuentemente citado estudio de Broek, del Santa Clara Valley de California, sigue siendo el *nec plus ultra* de los ejemplos de este método [13]. Tal método de integrar la descripción del paisaje con discusiones acerca de los mecanismos de cambio plantea una potente atracción a los eruditos. La práctica requiere una considerable habilidad de organización aplicada al estudio de una localidad geográfica susceptible a tal modo de tratamiento. El comentario de Darby de que tal esquema podría muy bien haber sido usado en la construcción de su exitosa compilación sobre la evolución histórica de Inglaterra es un elogio bien elocuente [14].

4) *El método regresivo*

Otro enfoque de la geografía histórica de un área pero que exige un alto grado de refinamiento literario, es el MÉTODO RETROGRESIVO [15]. En él se emplea el principio de comenzar por el presente volviéndose hacia atrás, hacia el pasado sólo en tanto —y tan frecuentemente— como sea necesario para lograr la mejor ilustración de la escena contemporánea. Este tipo de maniobra —referida a menudo como la técnica de mirar-hacia-atrás-por-encima-del-hombro— requiere una delicadeza y, a la vez, un cierto toque literario si es que el autor y su público no van a cortar la hebra de la argumentación lógica y confundirse acerca de las implicancias del ejercicio en sí mismo. Los geógrafos franceses

tienen reputación de haber logrado hacer uso, con éxito, de este enfoque más a menudo que cualquier otro grupo nacional. Quizá su éxito es en parte un producto de la educación que promueve admiración de lo sutil y de un lenguaje que permite un fino tono de prosa. Si uno se asoma a la literatura disponible en idioma inglés, el libro de Hoskin proporciona una indicación indirecta del método y una excelencia de estilo que confirma la relevancia del pasado en la escena moderna compulsiva [16].

5) *Historia cultural dinámica*

La Historia cultural dinámica vastamente practicada por los geógrafos de hoy día, después de haber obtenido respetabilidad profesional, es un enfoque tradicional. Por encima de sus contribuciones académicas se lo juzga como el medio más efectivo para tratar las peculiaridades de los orígenes, difusión, innovación y remplazo de los diversos ítems culturales. La escena a estudiar puede consistir en una área individual rica en variedad de rasgos, o puede consistir en grupos unitarios o pequeños de combinaciones de rasgos en continentes enteros y hasta en el globo entero. Este enfoque parece tener mucho en común con el método del tema vertical. Sin embargo en razón de una permanente incumbencia con los ítems culturales en el sentido antropológico y una proclividad por trabajar con sociedades preliteratas y precontractuales se lo puede considerar como una metodología con su propia operatividad. Un buen ejemplo de alguien que formula el enfoque en Norteamérica es la obra de Sauer sobre origen y dispersión de la agricultura [17].

6) *Geografía histórica regional*

El último enfoque tradicionalista está representado por la geografía histórica regional. Lo que diferencia a este método del de los cortes temporales, del genético y del histórico-cultural, es principalmente su falta de preocupación por la metodología y su profesionalismo histórico. Quienes practican esta variedad de investigación histórico-geográfica suelen estar bien entrenados en las técnicas y en las fuentes de la historia, lo cual es un tipo de preparación conocida en Gran Bretaña y que está siendo aceptada

en el Nuevo Mundo. En la empresa de ilustrar el desarrollo histórico de una porción dada de la superficie de la tierra, el investigador puede limitar su esfuerzo a un segmento de tiempo en el pasado o puede intentar hacer avanzar su estudio hasta el presente. La destreza en manipular los materiales de la historiografía, particularmente las fuentes primarias, caracteriza a este genus de trabajadores más que las idiosincrasias de su filosofía práctica. Aparentemente, por definición, hay una tendencia a sociedades con ricos registros escritos y acaso por eso tierras no europeas no han recibido idéntica atención. Un subproducto adicional de este grupo suele ser la frecuente y apropiada eliminación de estereotipos convencionales sostenidos demasiado tiempo en relación a los paisajes y a sus habitantes. Los trabajos de Harris y de Merrens pueden citarse entre otros muchos títulos de igual alta calidad [18].

En los seis ejemplos de métodos tradicionalistas para organizar el trabajo en geografía histórica, yendo desde posiciones nítidas e individualizables a creencias difusas, puede señalarse toda una gama de semejanzas y paralelismos. Todas ellas representan áreas de trabajo dentro de los límites aceptados de la geografía. Los credenciales de linaje pueden ser rastreados hasta las fuentes de la inspiración geográfica para Occidente en Alemania, Francia y Gran Bretaña. No todos los tradicionalistas se consideran a sí mismos como metodólogos, pues frecuentemente rehúyen la polémica en beneficio de una concentración sobre la alta calidad de ejecución de la tarea académica que tienen entre manos: el esclarecimiento del juego de los factores geográficos, a través del tiempo, sobre un pedazo de tierra dado. De todas maneras, a través de los medios de publicación y de pedagogía, estas peculiaridades de enfoque se han hecho parte de las viables tradiciones de la geografía, tradiciones que tienen su importancia y que tienen gran influencia.

II. Los nuevos puntos de partida

Yendo ahora a los nuevos puntos de partida tanto en método como en perspectiva, uno puede sentirse como navegando al garete

en un mar de novedades y de esperanzas si no para mapearlas con precisión por lo menos para advertir el sentido de las corrientes. Desde que la geografía de hoy participa en la explosión informativa y conceptual, uno cree poder descubrir nuevos rumbos, no-ortodoxos y frecuentemente perturbadores [19]. Si este no fuera el caso, la disciplina estaría, por cierto, moribunda.

1) *El rol del hombre como agente de cambio del paisaje*

Uno de los más vigorosos y generalmente aceptado como novedoso enfoque en el estudio de la historia sobre la tierra se halla en *Man's Role as an Agent of Geographical Change* [20]. La popularización académica de este tema durante la última década probablemente es más una respuesta a una sentida necesidad que generador de la necesidad misma. La mutabilidad y exhaustividad de los envoltorios físicos y culturales de la tierra han sido forzosamente demostrados en el turbulento medio siglo pasado. Realizaciones de naturaleza y magnitud de tales cambios en el paisaje y de los largos períodos involucrados, han sido finalmente contrastados por una voz clara y con autoridad, por académicos que se identifican personal tanto como profesionalmente con las implicancias de estas cuestiones de importancia global. El simposio de Wenner-Gren reveló el allanamiento de los escrúpulos morales de la conciencia del Nuevo Mundo que suelen aparecer incorporados en el ethos tanto de las academias como de los individuos. Los preceptos morales y religiosos asociados, junto con el manejo conservacionista de los recursos y la aceptación de la tesis de que el hombre por sobre todo es una criatura racional y responsable, son convenciones que hacen su aparición aquí. Las peculiaridades del credo conservacionista no son nuevas en la escena norteamericana, sino por el contrario su renacimiento posterior a la segunda guerra mundial ha sido abrupto y por lo tanto verdaderamente intrigante [21].

La explotación del medio físico por el hombre, durante los últimos tiempos, ha producido un legado detectable hoy día que tiene un interés geográfico directo. Los cambios en la cobertura vegetal, el uso de recursos minerales, las alteraciones hidrológicas son casos frecuentes. Como derivados de estos tópicos histó-

ricos tenemos a los imperativos persuasivos para comprender las necesidades de la población de alimentación y de materia prima ahora y para el futuro. Aquí reside una oportunidad para el conservacionista moralmente agudo de lograr un impacto social por medio de sus investigaciones y de sus interpretaciones. Por lo demás, es también agradable convencerse de que podemos aprender del pasado y, en un sentido, conservar el recurso de las experiencias acumuladas por la sociedad.

La propiedad dinámica del hombre, en su rol de agente de cambio del paisaje, es atractiva pues hace posible un más vívido desenvolvimiento del drama de la historia de la cultura conforme a un punto de vista bien actualizado. Hace aceptable que un investigador defienda la causa de la sofisticación cultural y conceptual entre las sociedades primitivas del mundo, las cuales puede haber comprobado que han sido subestimadas en su destreza para manejar los recursos naturales. Otro aspecto favorable de este enfoque es que las investigaciones están abiertas a estudios interdisciplinarios que pueden ser intelectualmente estimulantes así como indicativos de una muy deseable perspectiva moderna para un método operativo. En suma, este es un enfoque que nace de muy saludables raíces conceptuales en geografía, depende de una amplia gama de intereses en disciplinas periféricas contribuyentes y está basado en una estimación positiva de la eficacia del esfuerzo humano en la tierra.

2) *Diferenciación areal de los remanentes del pasado histórico*

Lo que puede llamarse el enfoque de la DIFERENCIACIÓN AREAL DE LOS REMANENTES DEL PASADO HISTÓRICO es tradicionalista en su base pero novedoso en el material con que se expresa. Entre los elementos característicos del paisaje hay muchos relictos del pasado que cumplen hoy funciones enteramente diferentes [22]. El hecho de que tales ítems varíen en su densidad y frecuencia o en las formas que adoptan sobre la superficie de la tierra, los convierte en convenientes para ser estudiados desde el punto de vista de la diferenciación areal contemporánea o presente, o sino mediante análisis corológicos. Este enfoque debiera estar en la corriente central de la geografía moderna. ¿Por qué, entonces, no ha sido

colocado bajo la categoría tradicional de geografía histórica regional?

La respuesta estriba en un examen de los tópicos peculiares tratados y en el enfoque metodológico que interpreta las discontinuidades versus las ocurrencias continuas [23]. El tema central peculiar de este modo de atacar el problema está sugerido en el Atlas de Paullin, los items arqueológicos cubiertos por Grinsell y por Hastrup en su estudio de aldeas-tipo en Dinamarca [24]. Los rasgos asociados con instalaciones primitivas, el uso de la tierra, o las prácticas funerarias, suelen encontrarse corrientemente en la literatura especializada. Pero otros aspectos, aún más específicos de estas categorías generales, tales como tipos de casas, nombres de lugares, o campos de cutivo muy antiguos, también pueden muy bien ser investigados. Con el propósito de clasificar enfoques operativos no es preciso que estas distribuciones sean más que descriptas, si bien usualmente el investigador tiene fines interpretativos in mente cuando emprende tales estudios.

3) *Genre de vie*

Si la sutil filosofía del concepto geográfico francés de *genre de vie* significa que el uso de la totalidad de los items humanos en la explotación del medio natural produce a su turno una impronta individualizable en los habitantes, luego es posible poder conjeturar manifestaciones de tales improntas tanto para el pasado como para el presente [25]. Tal definición podría encerrar, sino en el título, un parentesco con la geografía histórica regional. No obstante, si sucesivos modos de vida basados en rasgos humanos son superpuestos en un área dada a lo largo del tiempo, quizá una variedad de historia de la cultura dinámica, o una cruza de cortes en el tiempo —con temas verticales— podría ser un tipo de método más apropiado. Suponiendo que *genre de vie* represente una interpretación completamente aislada del hombre en el paisaje y en tiempo pretérito, entonces es razonable aislar el enfoque del género de vida y proveerle de un nombre que lo identifique.

En muchos casos, la impronta de los rasgos individuales manipulados, o las maneras de hacer cosas sobre el entorno concreto natural, es suficientemente durable como para permitir el estudio

de grupos que ahora hace mucho tiempo que han desaparecido de la escena. La cuestión crucial tradicional de la impronta detectable del género de vida sobre las estructuras sociales de los hombres, es más difícil de sustanciar y definir especialmente para grupos extintos. Los ilustrativos ejemplos de Sorre en su artículo y en su obra *L'Homme sur la Terre* están tomados de grupos contemporáneos porque él ha trabajado duro por extender y aplicar su concepto a la sociedad moderna occidental [26]. Ambos, él y Forde, extraen muchos ejemplos de culturas simples no-occidentales para ilustrar sus puntos [27]. El trabajo de Forde es reconocido como el primer ejemplo de estudio en inglés sobre género de vida primario en tiempo presente. Si este concepto es adecuado para el tratamiento de las culturas primitivas contemporáneas de hoy, podría asimismo ser una herramienta efectiva para el estudio de grupos antiguos.

La relevancia de este enfoque en un contexto histórico está sostenido por la descripción que Sorre hace de propiedades evolutivas y dinámicas del género de vida [28]. El género de vida de un grupo humano habitando dentro de un entorno natural dado puede evolucionar a partir de energías internas de innovación y cambio exclusivamente. Alternativamente, si el grupo se traslada a un nuevo medio, o si el medio original cambia suficientemente, entonces también puede evolucionar su modo de vida. La tercera situación dinámica se presenta cada vez que nuevos rasgos elementales se introducen desde el exterior. De ello puede resultar el avivamiento de una cultura o bien su reforma. Estos procesos supuestamente ocurrieron en el pasado, tal como suceden hoy día aunque no al mismo ritmo.

Sobre la base de aptitud y dinamismo cultural, el concepto de género de vida es teóricamente conveniente para el trabajo histórico-geográfico. Es difícil de cualquier manera hallar ilustraciones netas de este concepto operativo dentro de un contexto histórico-geográfico. Sorre citó ejemplos pretéritos particularmente en oportunidad de discutir aspectos de la instalación y el asentamiento o las propiedades dinámicas del género de vida. Forde también tuvo en cuenta la relevancia y la aplicabilidad del pasado cuando se busca una explicación evolutiva [29].

Si uno examina el trabajo de los prehistoriadores en pos de ejemplos de género de vida, la obra de Grahame Clark sobre la prehistoria de Europa sugiere en su lista de contenidos los mismos que los del libro de Forde, sin los nombres de los grupos específicos [30]. "Caza y recolección: costera y marítima", "Casas e instalaciones" y "Tecnología: piedra, bronce, hierro", representan variedades de soluciones culturales pretéritas al problema de obtener un sustento dentro de un entorno dado. El foco se orienta sobre ensambles de rasgos identificados por sus artefactos antes que por sus grupos étnicos específicos.

Una alternativa al enfoque de los artefactos se la puede hallar en el estudio de Sir Cyril Fox basado en un cuarto de siglo de estrecha atención arqueológica a los rasgos funerarios de la antigua Gran Bretaña [31]. Su pareja de temas de la Muerte como evento culminante en las vidas de aquellos personajes tan prominentes como para tener tumbas extraordinarias y la Vida tal cual se reflejaba en el placer evidente de todos aquellos involucrados en las elaboradas ceremonias funerarias, son conceptos directamente ligados al género de vida. En el curso de las investigaciones de Fox los grupos de rasgos representados por los diversos tipos de túmulos emergieron junto con tipologías de estos últimos y los lazos con el entorno natural debieron ser aclarados para que las peculiaridades de la distribución de túmulos pudiera asumir algún sentido. La íntima dependencia de la cultura material y la incapacidad para tratar directamente el impacto de un modo de vida sobre las estructuras afines de sociedades pretéritas sugieren que los estudios de antiguas pautas de vida pueden participar de más ramificaciones que las que son usuales para el geógrafo. Por otra parte el fuerte tono cultural tanto de Clark como de Fox y su éxito evidente en la consideración de la sociedad y sus mores, dentro de un contexto areal, argumentan a favor de que la investigación de un género de vida pasado sea enteramente posible.

4) *El modelo teórico*

En el momento actual cuando el campo de la geografía extiende velozmente su perímetro conceptual y sus posibilidades de manejar más datos, es pertinente preguntarse si el MODELO TEÓRICO

tiene un rol que jugar en la geografía histórica. ¿Puede, acaso, el modelo proporcionar, dentro del contexto histórico, una explicación funcional, de las complejidades de un período pretérito o de un tema vertical? El manual de Haggett sobre nuevos conceptos clarificados para geógrafos, sugiere que el propósito del proceso de construir modelos así como su producto final *consiste en crear una representación ideal de la realidad para demostrar algunas de sus propiedades* [32]. La simplificación mediante la esquematización ha sido practicada antes de ahora por los geógrafos históricos mientras trataban de poner orden dentro de la confusión de los datos y los enredos entre los hechos. El modelo al que se refiere en el contexto moderno se dice que es superior, como herramienta, para la dilucidación de la compleja realidad, que los esquemas *hechos a mano,* y no-rigurosos, abundantemente representados en la producción literaria especializada. Dicho más simplemente: los modelos de hoy pueden ser definidos como medios para lograr simplificar las generalizaciones. Tal instrumento puede ser derivado inductivamente de las observaciones y de los hechos comunes a todos los investigadores en el campo de la historia.

Un enfoque sobre modelos pero que es diametralmente opuesto, es el que consiste en formular un gran esquema total que se asume para dar cuenta de una situación. Tal esquema es encarnado secuentemente por medio de los hechos, en la esperanza de acercar el modelo más a la realidad a modo de incrementos de información real que son incorporados a un esqueleto hipotético. La realidad es enfocada y aprehendida optimistamente en el curso de tal pasaje del esquema general a las complejidades del mundo mismo.

La próxima incógnita es si el empleo de técnicas de construir modelos en geografía histórica ha alcanzado ya el nivel necesario para poder ser comparadas con los de la sociología o los de la historia de la economía [33]. Lukermann examinó las obras de la geografía clásica para ver si podía detectar variedades de descripción y análisis de lugares, entonces practicadas e interpretarlas a la luz de marcos conceptuales de referencia actual [34]. Esto ha sido sugerido como ejemplo de búsqueda de un empleo concreto de un tipo de modelo por parte de autores en el pasado histórico. Recientemente, Carol adelantó un esquema para la evaluación de los impactos

de las culturas sobre el entorno, a muchos y diversos niveles tecnológicos [35]. Temas verticales, cortes temporales, estudios comparativos y estudios predictivos en geografía histórica, son potencialmente accesibles siguiendo el modelo de Carol.

Aparentemente el hecho de que las aplicaciones de las técnicas para formular modelos formales en geografía histórica no sean todavía corrientes, sugiere que es prematuro pretender recoger frutos de este enfoque.

Los tópicos, en geografía histórica, que deberían ser adaptables a un tratamiento mediante estudios que involucren el uso de modelos, incluyen lo siguiente: el entusiasmo común existente en geografía por el análisis de ecosistemas de relaciones entre el hombre y su medio que podrían ser aplicados con provechos a la escena prehistórica [36]. El equipo de investigación arqueológica del sitio mesolítico en Star Carr, en Yorkshire, está muy próximo a satisfacer los requerimientos del análisis de modelos de ecosistemas aplicado a culturas preliterarias [37]. En esta excavación se obtuvo un extraordinario cúmulo de información que ilustró enormemente acerca del modo de vida y de los métodos de explotación de recursos típico de un pueblo en transición desde el alto paleolítico hasta el mesolítico. Pedernal, animales, plantas y supuestamente madera, fueron usadas plenamente dentro de las estructuras tecnológicas y económicas muy simples de la época. En términos de recursos materiales parecería haber suficiente documentación del trabajo sobre Star Carr como para la construcción de un modelo de ecosistema.

El rol de la Iglesia Católica medieval en la historia de los asentamientos en Gran Bretaña podría también ser investigada provechosamente por medio de técnicas de formulación de modelos. Las dos hojas del Mapa de la Gran Bretaña monástica por el Ordnance Survey revela la enorme variedad y rica naturaleza de los establecimientos religiosos durante la Edad Media [38]. El orden cisterciense, por ejemplo, era famoso como grupo religioso que drenaba tierras activamente, talaba bosques y difundía la cría de ovejas [39]. La organización y la función de la parroquia medieval, misteriosa en sus orígenes, pero importante para comprender las intrincadas

relaciones entre la agricultura y los asentamientos eclesiásticos, es una faceta adicional de la iglesia como influencia geográfica regionalizadora. Si estas manifestaciones de influencia religiosa sobre el desenvolvimiento de los paisajes fueran a ser investigadas por medio de modelos analíticos, sería apropiado considerar a la parroquia como el prototipo de una administración altamente centralizada. Existirían insumos de información y cursos de acción, bucles de realimentación conectando la iglesia parroquial local con la superestructura administrativa y semitonos que afligen al sistema, generados por la población local que no obedecía a las políticas impuestas, ni a las decisiones de la iglesia. Tal visión de la parroquia como un sistema geográfico podría extraerse de ejemplos de modelos diseñados para describir el funcionamiento de otras jerarquías con poder de decisión. Adicionalmente, debería ser posible utilizar modelos para arrojar luz acerca de las funciones de la iglesia como agencia explotadora de recursos o como participante en lo que podría denominarse ecosistema parroquial.

Pero, ¿acaso todos los modelos, son adaptables al uso en estudios de agricultura campesina del pasado? Conklin en su trabajo sobre cultivos rotativos propuso un tipo de modelo que sugería las dimensiones múltiples de esa práctica agraria [40]. He aquí un punto de partida, en términos de técnicas adaptables al desarrollo de ayudas conceptuales diseñadas específicamente para los estudios histórico-geográficos. Evans, en contraste, ha procurado, por medios descriptivos, definir el tema de la agricultura campesina como evolucionando en una sola pauta desde el pasado distante [41]. Si uno fuera a combinar la visión de Conklin con la de Evans como para dar lugar a un modelo abstracto que sirviera de marco referencial, a ser vestido con detalles múltiples de prácticas agrícolas actuales, entonces, quizá por medio del modelo emergería una gradación de orden del registro histórico.

Obviamente, la adopción de técnicas de formulación de modelos no asegura automáticamente, ni simples, ni completos, ni exactos resultados. James ha prevenido últimamente contra los excesos de la cuantificación por la cuantificación misma en geografía [42]. No obstante, la patente para explorar nuevos métodos operativos es tan válida en geografía histórica como en otras ramas de la dis-

ciplina y quizá, en este momento, algún joven Galileo del análisis locacional histórico esté en plena tarea en su buhardilla.

5) *Preservación pragmática de los legados paisajistas*

Un tema periférico, organizador del material histórico geográfico, es la PRESERVACIÓN PRAGMÁTICA DE LOS LEGADOS PAISAJISTAS. Dentro de este contexto se ha intentado aislar y describir aquellos legados del paisaje que, localizados como están dentro de la comarca moderna son explotables como escenario, como focos de interés para viajeros, o como atracciones que pueden dar ganancia comercial [43]. La historia visible es un recurso geográfico adaptable a ser planeada su explotación con la ayuda de la geografía histórica aplicada. Es el logro de una meta más bien que la ejecución de un ejercicio erudito y desapasionado lo que hace pragmático a este estudio y lo vincula estrechamente a las actividades de la planificación física.

Considerar simplemente reliquias del pasado, sean estas objetos discretos o complejos relictos del paisaje, dentro de un contexto de descripción escénica o topográfica, no es suficiente a los propósitos implicados aquí [44]. Lo que se propone como método operativo para la geografía histórica está representado por el análisis de la reconstrucción de Williamsburg en Virginia junto con otros sitios tratados por Tunnard y Pushkarev [45]. La preservación o reconstrucción debería proceder en armonía efectiva junto con el respeto del entorno actual y tomar en cuenta técnicas modernas para la explotación recreativa de rasgos históricos. El ingenio del geógrafo histórico puede ser aplicado al problema de reconstrucciones exactas a través de análisis descriptivos provistos sobre la base de la situación original que sean lo más completos posibles. Siguiendo este estudio básico hay necesidad de que las apreciaciones geográficas sean utilizadas en la cruza de auténticas antigüedades con un paisaje contemporáneo, de manera que no sólo resulte convincente sino que también deleite al observador. Este tipo de planeamiento del entorno es una tarea mayor y los estudios histórico-geográficos pueden ayudar a la búsqueda de resultados que no sean ni toscos, ni discordantes.

En los ejemplos que existen de preservación de edificios his-

tóricos dentro de conjuntos contemporáneos a menudo ha existido una intención de utilizar los mejores logros de la erudición académica en la selección y tratamiento de estructuras individuales y agrupadas estimadas más dignas de ser salvadas. Los museos al aire libre de Escandinavia son famosos como ejemplos primordiales de lo que la inspirada asistencia estatal puede producir en forma de atracciones a cielo abierto. En Dinamarca, los ímpetus detrás del Museo Folklórico y su asociado el Museo de Tipos de Edificación Rural han sido desarrollados a lo largo de los últimos noventa años, aproximadamente. Una media docena de museos han sido subsecuentemente fundados y su trabajo especializado es descripto en un reciente volumen dedicado a Axel Steensberg [16]. El resultado del enfoque museológico para la preservación de la tradición no es ninguna otra cosa más que un ensamble disecado de exhibiciones suavemente decadentes instalados a la intemperie. En cambio, establecimientos rurales completos han sido cuidadosamente desarmados y estudiados antes de ser trasladados y reconstruidos en una espaciosa área parquizada. Se ha hecho mucho esfuerzo para mantener las apariencias de la vejez en las estructuras y especialistas en cultura *folk* han restaurado los interiores y los han amueblado apropiadamente a su época. A pesar de que tal museo es un compromiso en el sentido que consiste en la reunión de distintos estilos arquitectónicos rurales dispares en data, crea efectivamente una atmósfera vívida dentro de un parque que, por lo demás, es muy concurrido.

En contraste con la preservación museológica, el geógrafo histórico puede contribuir a los muchos intentos que se han hecho dentro del contexto urbano por salvar, en su sitio actual, edificios y hasta calles enteras que tienen valor histórico. Si el museo al aire libre requiere, para su éxito, una cruza de captaciones penetrantes en punto a cultura *folk*, historia y arquitectura, el salvataje del patrimonio urbano necesita una íntima colaboración entre urbanistas y restauradores. El ascendente espiral de los valores inmobiliarios y los problemas del deterioro de áreas urbanas, así como los del tránsito, afectan tremendamente al edificio histórico contenido dentro del congestionado centro de una ciudad. Las estructuras urbanas han sido logradamente *secuestradas* dentro de

los confines del museo al aire libre conocido como la *Vieja Ciudad* en Aarhus, en Dinamarca, aunque retener los edificios en sus sitios originales hubiera sido preferible porque la relocalización tiene un precio excesivo. Alternativamente, entonces, el edificio a ser conservado puede llenar múltiples propósitos en su sitio original donde proporciona un componente equilibrado en el diseño urbano, mientras absorbe conjuntamente nuevas actividades dentro del viejo casco. Los viejos edificios son a menudo de tal tamaño y composición que el traslado está totalmente fuera de lo posible. Basta con recordar las macizas iglesias, castillos y palacios que decoran los centros de muchas ciudades europeas. Probablemente, uno de los ejemplos más vigorosos del planeamiento urbano con el designio de conservar un entorno histórico urbano, frente a las presiones del desarrollo de una ciudad moderna, esté representado por el análisis de Norwich incluido en el Informe Buchanan [47]. El estudio enfoca el alivio de la congestión de tránsito dentro del centro de una ciudad básicamente medieval que debe ser preservada como monumento histórico nacional. Las soluciones alternativas a los problemas de circulación y a las necesidades de estacionamiento fueron planteadas dentro de un volumen de tránsito siempre creciente y se buscó acomodarlo dentro de las muy restringidas condiciones que los edificios históricos provocan sobre los esfuerzos de renovación.

Uno puede admitir que los túmulos en un campo, un trozo de vía romana amenazados por la extensión de asfalto y un hospicio medieval medio derruido, no son primeras prioridades en tiempos en que hay que alojar, emplear y equipar una caterva de agentes. No obstante, Tunnard y Pushkarev implican que los legados de la historia pueden contribuir a la creación de envolturas más apropiadas, físicas y psicológicas, para la sociedad [48]. A este fin requieren estudio y, por eso es que, ha comenzado a desarrollarse un enfoque aplicado de la geografía histórica.

6) *Lentes perceptuales para el pasado*

El último enfoque innovador de la geografía histórica se verifica por medio de un estudio de LENTES PERCEPTUALES PARA EL PASADO en el cual el entorno es vivenciado por sus ocupantes. Las

investigaciones corrientes sobre percepciones de base cultural, para apreciar mejor las interacciones volitivas entre los hombres y sus medios, se pueden enfocar tanto en el pasado como en el presente [49]. Si, como ha sugerido Lynch, el paisaje en general "sirve como un vasto sistema mnemotécnico para la retención de los ideales y la historia de grupos" entonces por la misma razón las percepciones pretéritas deberían ser demostrables en términos de historia visible [50]. Aunque la naturaleza frecuentemente pasajera de los juicios de valor individuales y sociales de un entorno dado no quedan infaliblemente impresas sobre el paisaje los resultados de algunas interpretaciones pueden ser duraderas o aparentemente permanentes [51]. La restricción conceptual que determinó las motivaciones y las perspectivas de pueblos prehistóricos y prealfabetos son, obviamente, más difíciles de sondear que aquellos que pertenecen a sociedades alfabetas. Sin embargo con una técnica crecientemente refinada para la interpretación de datos y con herramientas sociológica y psicológicamente más agudas a mano, el geógrafo histórico tiene alguna fundada esperanza de comprender porqué un grupo ya desaparecido utilizó sus recursos de la forma que lo hizo.

Lowenthal y Prince [52] citan evidencias de percepciones actuantes en el pasado y que modelan rasgos todavía visibles hoy. Se refieren al rol histórico que tiene en Inglaterra la preservación de los bosques en la promoción de espacios abiertos diseñados paisajísticamente, a la selección de tipos de cercos particulares usados para cercar campos, y a las manifestaciones del gusto local que son preservadas en la arquitectura rural. Estas necesidades cotidianas se expresan vigorosa y duraderamente. También han efectivamente alterado el escenario inglés algunas preferencias perceptuales, para anticuarios así como lo pintoresco a expensas de lo funcional.
para anticuarios, así como lo pintoresco a expensas de lo funcional.
tural, es enfocada con respecto a los problemas agrícolas y a su solución, entonces el estudio de Saarinen sobre métodos de cultivos secos en Norteamérica es relevante a este efecto [53]. Saarinen se concentró a estudiar el impacto de las percepciones ambientales sobre utilización de recursos y administración e hizo objeto de su estudio la tentativa de ciertos agricultores de sonsacar un beneficio usando

un sistema agrícola en especial, empleado en un azaroso régimen climático. Aquí el papel juzgado por el factor decisión, a lo largo de un cierto período, debe ser tomado en cuenta si es que uno va a analizar los éxitos y los fracasos de la agricultura resultante. Aunque el estudio de Meining sobre los altos y bajos de la agricultura de secano en la frontera del Sud de Australia no fue formulado como un caso tipo de estudio sobre percepción ambiental y sus manifestaciones físicas, lo que él descubrió acerca del siglo XIX y sus asentamientos en esta área ilustran la evaluación que se hacía en el pasado de las condiciones ambientales y las modificaciones subsiguientes del paisaje alcanzadas a esa luz [54].

Ejemplos históricos de evaluación perceptiva de paisajes pueden ser citados en mayor número. La presencia de colonizadores romanos en el Norte de Africa es conmemorada hoy día bajo la forma de residuos visibles y extensos de una pauta de asentamiento conforme a los principios de la centuriación. Bradford describió la centuriación como la imposición de un sistema de retícula elaborado para la división de la tierra diseñado para apoyar el asentamiento controlado de poblaciones agrícolas en porciones fronterizas del imperio [55]. La evidencia de esta práctica es fácilmente reconocible hoy mismo sobre las márgenes del Mediterráneo y algunas trazas aparecen aún al norte de los Alpes. Por medio de un atlas anotado convenientemente, basado en fotografía aérea interpretada y el trazado de lo remanente en mapas a la escala de 1:50.000, Caillemer y sus asociados en Francia lograron revelar la impresionante herencia de la centuriación en Túnez moderno [56]. Esto es un listado sin criterio analítico, del impacto de una altamente geométrica percepción sobre una comarca, lograda hace tiempo pero claramente incorporada a la escena contemporánea.

Un estudio basado conceptualmente de LENTES PERCEPTUALES PARA EL PASADO está representado en los *ciclos de conquista* de Spicer [57]. Su interés estaba puesto en el choque de clases sociales en el S.O. de los Estados Unidos y en el N.O. de México, pero ¿qué son las remezones culturales, la fricción y los conflictos, sino confrontaciones entre dos o más percepciones disímiles del entorno? Los diversos programas para someter y controlar a los indios en esta área derivaron de las peculiaridades de las perspectivas

españolas, mexicanas y anglo-americanas. Todas promovieron el cambio del paisaje a través de innovaciones en asentamiento y en uso de la tierra. En la base, las percepciones ambientales aparentemente irregistrables y frecuentemente ignoradas de los habitantes originales, permanecieron en agudo y obstinado contraste para los recién llegados. Aquí se puede mencionar un último trabajo: el reciente libro de Sauer sobre los primeros días de la influencia hispánica en el Nuevo Mundo [58]. Las crueles disparidades entre las apreciaciones ambientales por parte de los indios y de los españoles debió haber contribuido en mucho en la mortandad de los primeros y en los errores inútiles de los segundos.

Las acomodaciones entre el hombre y el entorno, características de puntos de vista perceptuales, por cierto han tenido una parte importante en los estudios de la evolución de la ocupación humana tal como lo declara Evans:

> "El uso sucesivo del medio por ocupantes de diferentes maneras, se verifica conforme a su organización social, sus necesidades económicas y su capital tecnológico. En todo momento, no obstante, habrán relictcs culturales en el paisaje —en edificios, en el terreno, en la disposición y ubicación de los asentamientos, en las pautas de campos y caminos, y en los límites de las propiedades, así como en el de las unidades administrativas— y como regla también habrán fósiles culturales bajo la forma de monumentos prehistóricos e históricos, casas abandonadas, campos y líneas de comunicación. De lo cual puede seguirse que al estudiar el paisaje cultural no podemos pensar en el hombre y en la naturaleza como si estuviesen apartados. Ni el racionalismo, ni el ambientalismo, pueden explicar un paisaje cultural. Nosotros tratamos con complejos procesos de interacción y debería tenerse presente que es sólo por conveniencia que listamos separadamente algunos de los elementos físicos y culturales concernientes" [59].

Sumario y conclusión

Existe un consenso general en geografía de que los procesos genéticos son un aspecto fundamental de la disciplina. Si se

acepta este corolario de que el tiempo es una parte esencial de la génesis, entonces los juicios históricos son agregados comunes y aceptables a la filosofía de la materia. La forma en que el estudio histórico puede ser organizado es variable suficientemente como para proporcionar interés desde el punto de vista metodológico. En momentos en que la geografía está sufriendo una profunda re-evaluación de conceptos establecidos y está ajustándose a la introducción de otros nuevos, vale la pena emprender una sistematización de las técnicas metodológicas y expositivas.

Lo que proponemos aquí es que la geografía histórica pueda ser investigada desde doce diferentes puntos de vista. La mitad de éstos son individualizables como de tenor tradicional. El corte temporal, el tema vertical, una combinación de estos dos enfoques y el método retrogresivo son fáciles de encontrar en la literatura específica. La historia cultural dinámica y la geografía histórica regional que es más excitante que lo que su nombre sugiere son, de alguna manera, enfoques menos claramente definibles dentro de este grupo.

De los seis más recientes desarrollos, al menos tres pueden ser considerados como nuevos puntos de partida. Son éstos el modelo teórico usado en el estudio histórico; la percepción planeada de la historia visible y el estudio de lentes perceptuales para el pasado a través de los que los hombres han evaluado variadamente sus entornos. Los tres métodos remanentes van hasta un cierto punto a horcajadas de los regímenes nuevo y antiguo de la geografía histórica. Sus linajes son tradicionales pero sus promesas son modernas. La orientación conservacionista del rol del hombre como un elemento activo en la evolución del paisaje, es responsable por la creciente popularidad de este enfoque en un período marcado por la grave preocupación por los recursos naturales y su uso adecuado. El método inclinado hacia la arqueología que intenta develar las características distribucionales de los residuos del pasado histórico, es novedoso en su sujeto material tanto como en sus orígenes conceptuales en lo que se refiere a los geógrafos. El *genre de vie* del pasado, puede desenvolverse en un método operativo provechoso si se lo moderniza a fin de combinar sus penetrantes juicios humanísticos junto con los esquemas útiles

de la formulación de modelos, apropiada al pensamiento contemporáneo sobre ecología humana.

Dadas las tendencias corrientes en geografía para evaluar su constitución en términos de actitudes comúnmente compartidas y de una dicotomía de métodos operativos representada por el sistema tradicional de exposición-demostración y la resolución de problemas científicamente más beneficiosa, los juicios comúnmente ofrecidos en la literatura específica necesitan ser leídos y ponderados [60]. El azorante crecimiento exponencial de conocimiento, y la proliferación del esfuerzo aún dentro de un campo tan modesto como la geografía, debe ser aceptado tal cual es: el amanecer de un nuevo día para la disciplina [61]. Sin embargo, la verdadera medida del éxito de la geografía como ciencia todavía es el producto del investigador individual y sus decisiones personales, en lo que concierne a métodos de trabajo, constituyen la base de toda modernización exitosa de la materia.

1 H. C. Prince: *The Geographical Imagination* (Landscape, Vol. 11 [Winter 1961-63], pp. 22-25).

2 Richard Hartshorne: *The Nature of Geography* (Lancaster, Pa., 1946) y *Perspective on the Nature of Geography* (London, John Murray, 1960, 200 pp.).

3 R. G. Collingwood: *The Idea of History* (New York, Oxford University Press, Galaxy Book, 1956, 339 pp.). Glyn Daniel: *The Idea of Prehistory* (London, C. A. Watts and C?, 1962, 171 pp.). Stephen Toulmin and June Goldfield: *The Discovery of Time* (London, Hutchinson, 1965, 200 pp.). Estos dos últimos libros tratan del desarrollo de puntos de vista relativos al tiempo y sus implicancias, respectivamente en arqueología y para la ciencia en general.

4 John Earle: *Microcosmography or a Piece of the World Discovered th Essays and Characters*, editado por Ed. Blount, 1628, pp. 10-11 en Ronal Jessup: *Curiosities of British Archeology* (London, Butterworths, 1961, 215 pp.).

5 H. C. Darby: *On the Relations of Geography and History* (Transactions and Papers, Institute of British Geographers, Publication N? 19 [1953], pp. 1-11).

6 H. C. Darby: *Historical Geography*, pp. 127-157, en H. P. R. Finberg (Ed.): *Approaches to History: A Symposium* (London, Routledge & Keegan Paul, 1962, 221 pp.).

7 H. R. Merrens: *Historical Geography and Early American History* (William and Mary Quarterly, 3rd Series, Vol. XII [1965], 529 pp.) y W. D. Pattison: *The Four Traditions of Geography* (Journal of Geography, Vol. LXIII [1964], pp. 211-16).

8 R. M. Newcomb: *An Introduction to Historical Geography and its*

Methods. A Compendium (Aarhus, Dinamarca: Instituto Geográfico, [1965 y 1967], 28 pp., policopiado).

9 R. H. Brown: *Mirror for Americans: Likeness of the Eastern Seabord 1810* (New York, American Geographical Society, 1943, 312 pp.).

10 H. C. Darby: op. cit., pp. 3-6.

11 H. C. Darby: *The Draining of the Fens* (Cambridge, University Press, 1940, 312 pp.).

12 R. B. Lamb: *The Mule in Southern Agriculture* (University of California Publications in Geography, Vol. 15 [1963], 99 pp.).

13 J. O. M. Broek: *The Santa Clara Valley, California. A Study in Landscape Changes* (Utrecht, N. V. A. Oosthoek, 1932, 185 pp.).

14 H. C. Darby: *An Historical Geography of England: Twenty Years After*, (Geographical Journal, Vol. CXXVI [1960], pp. 149-50), con referencia a su compilación editada: *An Historical Geography of England Before 1800: Fourteen Studies* (Cambridge, University Press, 1936, 556 pp.).

15 H. C. Darby: *Historical Geography of England*, p. 15, en donde atribuye este término al historiador británico F. W. Maitland.

16 W. G. Hoskins: *The Making of the English Landscape* (London, Hodder and Stoghton, 1955, 240 pp.).

17 C. O. Sauer: *Agricultural Origins and Dispersals* (New York, American Geographical Society, 1952, 110 pp.).

18 Alan Harris: *The Rural Landscape of the East Riding of Yorkshire, 1700-1850* (London, Oxford University Press, 1961, 136 pp.). H. R. Merrens: *Colonial North Carolina in the Eighteenth Century: A Study in Historical Geography* (Chapel Hill, North Carolina, University Press, 1964, 293 pp.).

19 Ver especialmente estos dos capítulos incluidos dentro de una compilación que señala algunos nuevos puntos de partida para la geografía contemporánea: E. A. Wrigley: *Changes in the Philosophy of Geography*, pp. 3-21 y C. T. Smith: *Historical Geography: Current Trends and Prospects* (incluido en este volumen [*N. del Tr.*]). También es útil J. D. Chapman: *The Status of Geography* (Canadian Geographer, Vol. X [1966], pp. 133-145).

20 W. L. Thomas (Ed.): *Man's Role in Changing the Face of the Earth* (Chicago, University of Chicago Press, 1956, 1193 pp.). Este bien conocido volumen contiene una vasta selección de trabajos que cubren los múltiples efectos que el hombre ha impreso sobre el territorio a través del tiempo.

21 Un ejemplo de opinión y de la historia del pensamiento respecto de la conservación de los recursos puede hallarse en la 2ª Parte: *The Conservation of Limited Resources* en: Ian Burton y R. W. Kates (Eds.): *Readings in Resource Management and Conservation* (Chicago, University of Chicago Press, 1965, 609 pp.).

22 C. O. Sauer: *The Morphology of Landscape* (University of California Publications in Geography, Vol. 2 [1925], p. 46).

23 C. O. Sauer: *Foreword to Historical Geography*, (Ann. Assn. Am. Geogrs., Vol. XXXI [1941], p. 6).

24 C. O. Paullin: *Atlas of the Historical Geography of the United States*, edited by J. K. Wright (Carnegie Institution of Washington, Publication Nº 401) (Washington & New York: Carnegie Institution of Washington and the American Geographical Society, 1932, 1962 pp., 166 plates). L. V. Grinsell: *The Archeology of Wessex* (London, Methuen, 1958, 384 pp.). **Ver especialmente los mapas I a VI en Fritz Hastrup:** ***Danske Landsbytyper*** (Geografisk Analyse, Aarhus, Dinamarca, Universidad de Aarhus, 1961, 297 pp. y un volumen de mapas). Esta obra, con su atlas suplementario, es accesible en razón de poseer un resumen en inglés.

[25] Max Sorre: *The Concept of Genre de Vie*, pp. 399-403, en P. L. Wagner y M. W. Mikesell (Eds.): *Reading in Cultural Geography* (Chicago, University of Chicago Press, 1962, 589 pp.). (Originalmente publicado como *La notion de genre de vie et sa valeur actuelle* [Annales de Géographie, LVII, 1948, 97-108, 193-204] - *N. del Tr.*)

[26] Max Sorre: *L'Homme sur la Terre* (Paris, Librairie Hachette, 1961, pp. 116-121).

[27] C. D. Forde: *Habitat, Economy and Society: A Geographical Introduction to Ethnology* (New York, Dutton, 1934, 500 pp.). El autor se refiere a estas estructuras de subsistencia como la 'economía' de un grupo más que usar el término 'género de vida'. Ver: C. D. Forde: *Human Geography, Sociology and History* (Scottish Geographical Magazine, Vol. 55 [1939], pp. 221 y 231).

[28] Max Sorre: *The Concept of Genre de Vie*, op. cit., pp. 403-407.

[29] C. D. Forde: *Human Geography, Sociology and History*, p. 230.

[30] J. G. D. Clark: *Prehistoric Europe. The Economic Basis* (London, Methuen, 1952, 349 pp.).

[31] Cyril Fox: *Life and Death in the Bronze Age. An Archaeologist's Field Work* (London, Routledge & Kegan Paul, 1959, 193 pp.).

[32] Peter Haggett: *Locational Analysis in Human Geography* (London, Edward Arnold, 1965, pp. 17-23).

[33] Un ejemplo de monografía de historia económica que utiliza un enfoque esquemático en el análisis de precios y producción de mercadería es B. H. Slicher van Bath: *The Agrarian History of Western Europe A.D. 500-1850* (London, Edward Arnold, 1963, 364 pp.).

[34] F. E. Lukermann: *The Concept of Location in Classical Geography* (Ann. Assn. Am. Geogrs., Vol. 51 [1961], pp. 194-210).

[35] Hans Carol: *Stages of Technology and Their Impact upon the Physical Environment: A Basic Problem in Cultural Geography* (Canadian Geographer, Vol. VIII [1964], pp. 1-9).

[36] Hay dos artículos recientes en los que se debate la aplicabilidad del ecosistema y de la corología del ecosistema en geografía. Son: J. S. Rowe: *The Level-of-Integration Concept and Ecology* (Ecology, Vol. 42 [1961], pp. 420-427); I. G. Simmons: *Ecology and Land Use* (Transaction and Papers, Institute of British Geographers, Nº 38 [1966], pp. 59-73).

[37] J. G. D. Clark: *Excavations at Star Carr. An Early Mesolithic Site at Seamer, near Scarborough, Yorkshire* (Cambridge, Cambridge University Press, 1954, 200 pp.).

[38] Great Britain Ordnance Survey: *Map of Monastic Britain* (Chessington, Surrey, Ordnance Survey, 1954, 2 mapas plegados en escala 1:625.000 con un texto adjunto).

[39] W. G. Hoskins: *The Making of the English Landscape*, pp. 80-81.

[40] H. C. Conklin: *The Study of Shifting Cultivation* (Unión Panamericana, Studies and Monographs Nº VI, Washington D.C., 1963, pp. 5-9).

[41] E. E. Evans: *The Peasant and the Past* (Advancement of Science, Vol. XVII, Nº 68 [1960], pp. 293-302).

[42] P. E. James: *On the Origin and Persistence of Error in Geography* (Ann. Assn. Am. Geogrs., vol. 57 [1967], pp. 1-25; ver especialmente pp. 13-17).

[43] R. M. Newcomb: *Geographical Aspects of the Planned Preservation of Visible History in Denmark* (Ann. Assn. Am. Geogrs., Vol. 57 [1967], pp. 462-480).

[44] Maurice Beresford: *History on the Ground, Six Studies in Maps and Landscapes* (London, Butterworth Press, 1957, 256 pp.). Este libro

es un exponente ameno, erudito y agradable de este tipo de estudios del paisaje histórico.

[45] Christopher Tunnard and Boris Pushkarev: *Man-Made America: Chaos or Control?* (New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1963, 479 pp.). Ver especialmente la Parte VI: *Something for the Future*, pp. 401-441.

[46] Holger Rasmussen (Ed.): *Dansk Folkemuseum & Frilandmuseet. History and Activities* (Kobenhavn, Nationalmuseet, 1966, 263 pp.). Este volumen, escrito enteramente en inglés, está bien ilustrado con muchos ejemplos de edificios rurales y de su mobiliario ahora reunidos en el centro al aire libre del Museo Nacional en Lyngby al norte de Copenhague.

[47] *Traffic in Towns. A Study of the Long Term Problems of Traffic in Urban Areas.* Reports of the Steering Group and Working Group Appointed by the Minister of Transport (London, Her Majesty's Stationery Office, 1963, 224 pp.). Ver especialmente en el Capítulo III: *Practical Studies*, 3ª Parte: *An Historic Town*, pp. 112-124. (Se puede consultar la versión abreviada publicada por Penguin Books Ltd. con el título de *Traffic in Towns. The Specially Shortened Edition of the Buchanan Report*, London, 1964, 263 pp. - *N. del Tr.*)

[48] Christopher Tunnard and Boris Pushkarev, op. cit., *Preface*, nota de pie de página nº 50.

[49] David Lowenthal: *Geography, Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology* (Ann. Assn. Am. Geogrs., Vol. 51 [1961], p. 260). También es importante, como introducción a la geografía de la percepción David Lowenthal (Ed.), *Environmental Perception and Behavior*, University of Chicago, Department of Geography, Research Paper Nº 109, (1967), pp. 1-3.

[50] Kevin Lynch: *The Image of the City* (Cambridge, Mass., Technology Press & Harvard University Press, 1960, p. 126).

[51] David Lowenthal: *Geography, Experience*... (op. cit.), pp. 245 y 252.

[52] David Lowenthal and H. C. Prince: *The English Landscape* (Geographical Review, Vol. LIV [1964], pp. 309-347); David Lowenthal and H. C. Prince: *English Landscapes Tastes* (Geographical Review, Vol. LV [1965], pp. 186-223.

[53] T. F. Saarinen: *Perception of the Drought Hazard in the Great Plains* (University of Chicago, Department of Geography, Research Papers Nº 106 [1966], 183 pp.).

[54] D. W. Meinig: *On the Margins of the Good Earth: The South Australian Wheat Frontier*, 1869-1884 (Assn. Am. Geogrs., Monograph Series Nº 2, Chicago [1963], 231 pp.).

[55] John Bradford: *Ancient Landscapes. Studies in Field Archeology* (London, G. Bell and Sons, 1957, 297 pp.). Ver especialmente el Capítulo IV: *Roman Centuriation: A Planned Landscape?*, pp. 185-217.

[56] André Caillemer: *Les Centuriations Romaines en Tunisie* (Paris, Institut Géographique National, 1960, 24 pp.). Este es el comentario que sirve de descripción al atlas compilado por el Ministerio de Obras Públicas y Transportes: *Atlas de Centuriationes Romaines de Tunisie*, 3ª ed. (Paris, Institut Géographique National, 1959, 45 mapas).

[57] E. H. Spicer: *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, México and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960* (Tucson, University of Arizona Press, 1962, 610 pp.).

[58] C. O. Sauer: *The Early Spanish Main* (Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 1966, 306 pp.).

[59] E. E. Evans: Capítulo I: *The Province*, p. 10, en R. Common (Ed.):

Northern Ireland from the Air (Belfast, Queen's University [1964], 103 pp.).

[60] R. B. McNee: *A Proposal for a New Geography Course for Liberal Education: Introduction to Geographic Behavior*, pp. 1-38, en Association of American Geographers, Commission on College Geography: *New Approaches in Introductory College Geography Courses* (Ass. Am. Geogrs., Commission on College Geography, Publiction Nº 4 [1967], 174 pp.).

[61] D. R. Stoddart: *Growth and Structure of Geography* (Transactions, Institute of British Geographers, Nº 41 [1967], pp. 1-21).

INDICE

Se terminó de imprimir
en la segunda quincena de febrero de 1984
en los talleres de
ARTES GRÁFICAS GENTILE S.R.L.
Carlos A. López 3841 - Capital - Rep. Argentina

Tirada de esta edición: 1000 ejemplares

ALGUNAS
PUBLICACIONES
DE GAEA

SERIE ESPECIAL

1 **HOMENAJE AL PROFESOR ROMUALDO ARDISSONE DE SUS COLEGAS Y DISCIPULOS.** Buenos Aires, 1973. 423 p. Ilus.

2 **BIBLIOGRAFIA GEOGRAFICA REFERIDA A LA REPUBLICA ARGENTINA** (Primera contribución), compilada por el Dr. Raúl Rey Balmaceda, Buenos Aires, 1975, 648 p.

5 **GEOGRAFIA DE CATAMARCA.** Contribuciones presentadas en la XXXV Semana de la Geografía por varios autores, Buenos Aires, 1978, 331 p. Ilus.

6 **GEOGRAFIA DEL CHUBUT.** Contribuciones presentadas en la XXXVI Semana de la Geografía por varios autores, Buenos Aires, 1978, 195 p. Ilus.

7 **AFRICA: CONFLICTOS POR SU UNIDAD POLITICA.** Antonio Di Benedetto, Buenos Aires, 1979, 118 p. Ilus.

8 **PATAGONIA: PANORAMA DINAMICO DE SU GEOGRAFIA REGIONAL.** Huberto Cuevas Acevedo, Buenos Aires, 1981, 330 p. Ilus.

9 **ESTUDIOS DE GEOGRAFIA DE LA PROVINCIA DE SANTA FE.** Homenaje al Dr. Alfredo Castellanos, 1981, 359 p. Ilus.

10 **MAR DEL PLATA Y SU REGION.** Silvia Mensi, Ana Yeannes, Marta Rimondi, Mónica García, Adriana Martínez, Teresita Suárez, Carmen Acin, Delia Marinelli de Cotroneo, Alfredo Siragusa y Mirta González. Coordinador, Juan A. Roccatagliata (en prensa).

11 **BIBLIOGRAFIA GEOGRAFICA REFERIDA A LA REPUBLICA ARGENTINA** (Segunda contribución), compilada por el Dr. Raúl Rey Balmaceda.


publicaciones de oikos asociación para la promoción de los estudios territoriales y ambientales